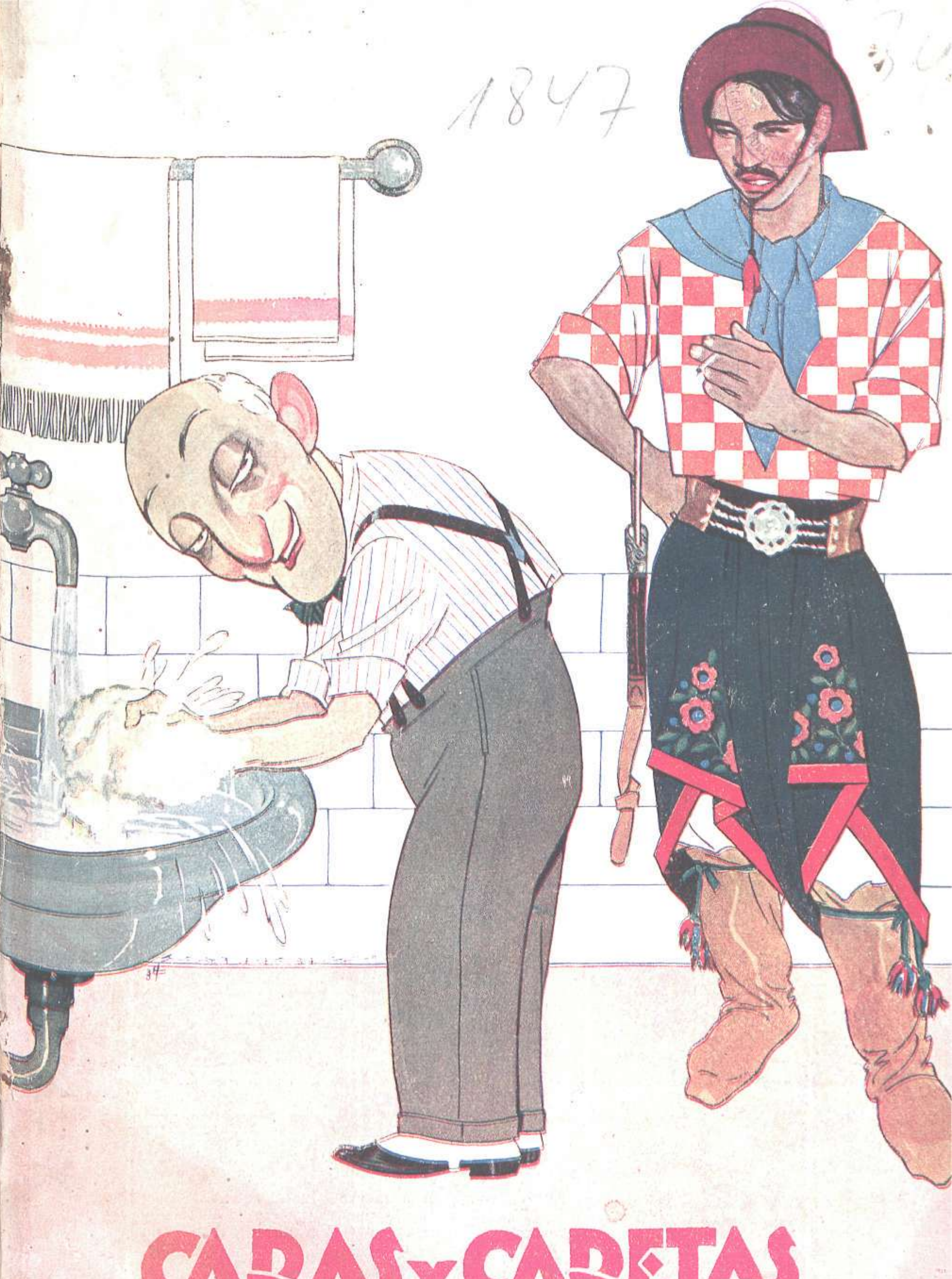
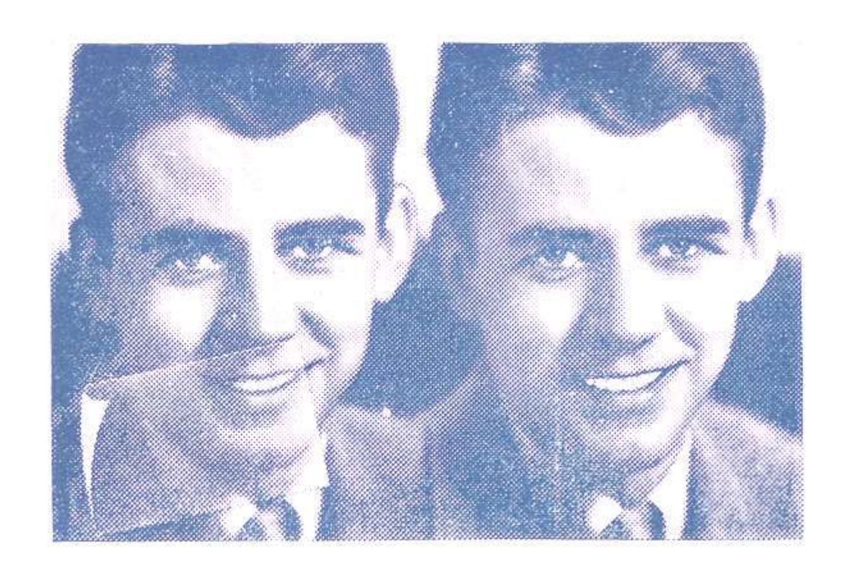


CARAS Y CARETAS

—Señor ministro, ¿puedo votar libremente?
—¡Cómo no! Hágalo con confianza.





¡Pepsodent deja los dientes limpios y deslumbradores!

ELIMINANDO la capa pegajosa que cubre los dientes, llamada "película", la Pasta Dentífrica Pepsodent revela el esmalte blanco y limpio de la dentadura. Además Pepsodent pule los dientes y les da un brillo deslumbrador.

Ese resultado excepcional se debe a un material de limpiar y pulir especial, de doble acción, que sólo se halla en la pasta Pepsodent. Ningún otro dentífrico lo contiene. Por esto es que ninguna otra pasta puede producir, los mismos resultados que Pepsodent.

Pida hoy un tubo de muestra gratis de Pepsodent, suficiente para diez días, y verá cuánto difiere de las pastas dentífricas comunes. Al cabo de unos días, sentirá más limpios sus dientes. Brillarán más. Estarán más sanos.

Muestra Gratis



LABORATORIOS DE GUIDO HORVATH,
MONROE Esquina COLODRERO,
BUENOS AIRES

Sírvanse enviarme gratis un tubo de Pasta Dentífrica Pepsodent para diez días. Les remito 10 centavos en estampillas de correo para el porte.

Nombre ....

Dirección .... *Ciudad* ....

4-1-S.

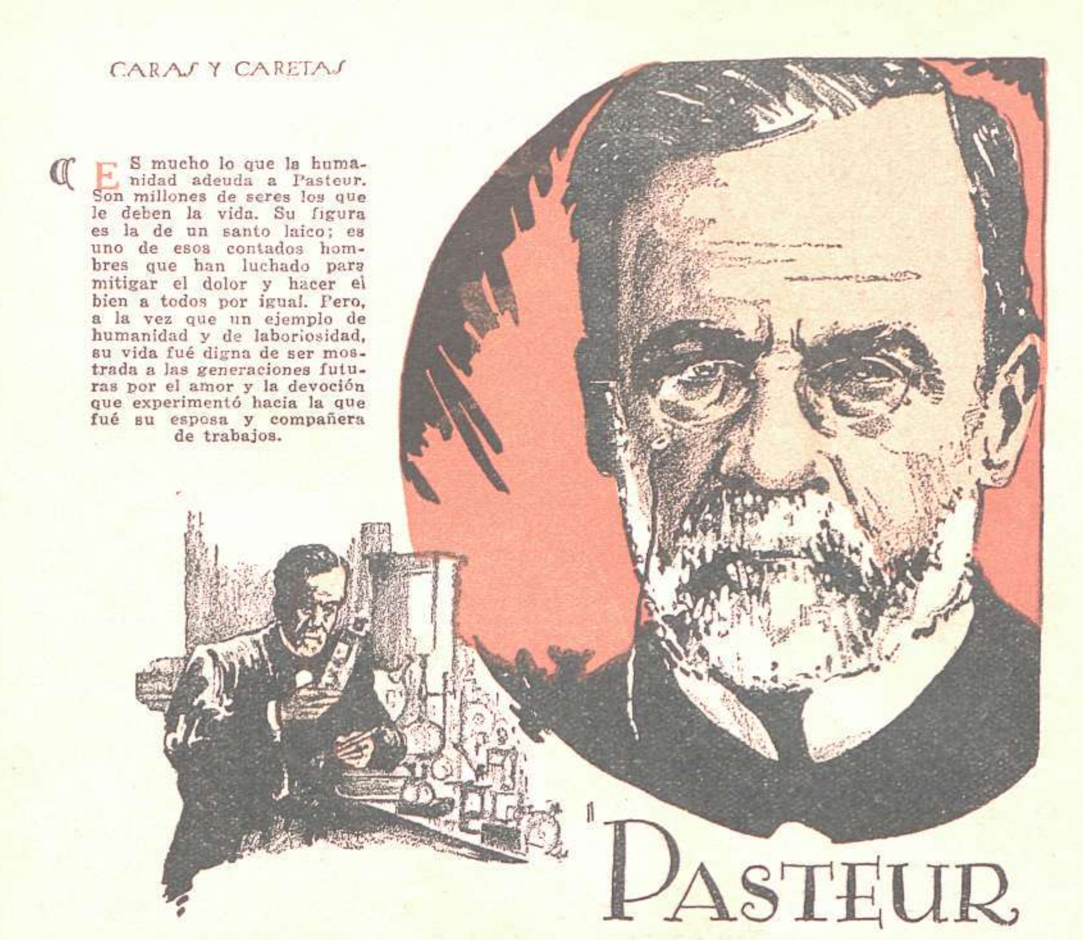
Acuarela



DE OSNOLA

Era el señor diablo, y se quitó el antifaz: un raso con dos perforaciones, para que la traviesa mirada antigua jugase sin responsabilidades del espíritu. Y se quitó el antifaz, y ante la mascarada vencida, descubrió a su hombre, al de dentro, al que perdió la frecuencia de la risa y se hizo al infierno de vivir, siempre un poco tristemente.

ES mucho lo que la humanidad adeuda a Pasteur. Son millones de seres los que le deben la vida. Su figura es la de un santo laico; es uno de esos contados hombres que han luchado para mitigar el dolor y hacer el bien a todos por igual. Pero, a la vez que un ejemplo de humanidad y de laboriosidad, su vida fué digna de ser mostrada a las generaciones futuras por el amor y la devoción que experimentó hacia la que fué su esposa y compañera de trabajos.



PASTEUR

LA BREVE Y SENTIMENTAL NOVELA AMOROSA DE UN GRAN SABIO

PASTEUR llegó en la primera quincena de enero de 1849 a Estrasburgo. Acababa de ser designado profesor suplente de química y, como era de rigor, se apresuró a visitar a su rector, el profesor Laurent... Desde aquel día se convirtió en uno de los asiduos a las reuniones dominicales de la rectoría. Eran sus únicos paseos. El resto del tiempo lo pasaba en su modesta habitación situada cerca del muelle de pescadores y en los laboratorios de la facultad. Entre sus colegas, era un profesor más, un *poco huraño y silencioso; empero, en París, los miembros de la Academia de Ciencias comenzaban a tener* en cuenta sus trabajos sobre cristalografía.

Un día el rector recibió una carta de Pasteur. En ella le decía que: "como en breve le harían un pedido tan importante para él como lo era para su superior", se apresuraba a hacerle algunas aclaraciones sobre su familia. Por esas aclaraciones sabemos hoy que el sabio era hijo de un curtidor de Arbois, pequeña ciudad del Jura. La familia estaba en posición desahogada; pero, todos tenían que trabajar. "No valúo en más de cincuenta mil francos lo que poseemos; pero he decidido dejar mi parte a mis hermanos". Pasaba luego a hablarle de sus estudios en París y de su ambición de llegar a adquirir renombre en el mundo de la ciencia, donde ya contaba con amigos importantes. Y, al final, le anunciaba que su padre iría a pedir la mano de la señorita María Laurent. En la posdata deciale que acababa de cumplir veintiséis años el 27 de diciembre anterior.

Pasteur habíase sentido prendado de la hija del rector desde el primer día que la encontró. Pero, hombre reposado, más nada tímido, preparó las cosas en debida forma, sorprendiendo tanto a su padre como a su superior. Una aliada tuvo en el amorío: fué la señora de Laurent, a la que alguna vez escribió y hasta incluyó breves líneas "por si estimaba oportuno entregar a su distinguida hija".

Una vez que estuvo seguro del asentimiento de los padres, escribió a la amada esta expresiva carta: "Desde hace días — deciale — todo ha cambiado para mí. Actualmente se encuentra mi destino y mi felicidad en sus manos. Todo lo que lamento con sinceridad es no ser más digno de usted; no poder ofrecerle muchas cualidades de que carezco en absoluto; una mejor posición; pero, no dude que trataré de mejorar por los más grandes esfuerzos... Me intranquilizan tanto sus primeros sentimientos, sus primeras *impresiones, y temo tanto que me sean desfavorables*. Todo lo que le pido, señorita María, es que no me juzgue demasiado ligero; podría usted equivocarse. El tiempo le dirá que, bajo este exterior tímido y frío, que tanto debe desagradarle, hay un corazón lleno de afecto hacia usted"...

María, en efecto, al principio sospechó de aquel repentino enamoramiento. Pero, el joven profesor, puso tanta devoción en sus palabras y tanta sinseridad en sus requerimientos, que ella, al cabo, entregó su mano al que sería el compañero de su existencia.

Pasteur estaba tan enamorado, que hasta había olvidado sus estudios e investigaciones. En una de las cartas de aquella época, sorprendido, deja escapar esta exclamación: "¡Y yo que estaba tan enamorado de mis cristales!" Pero supo conciliar un amor con otro y hacer, desde aquel punto, inseparable una pasión de la otra. "Quiero — le escribía a su novia — solicitar a la señora Laurent que me indique exactamente los días y las horas en que podré ir a verla a usted, a fin de que en el intervalo me dedique por entero a mi trabajo. Este trabajo, también, me hace más digno de usted".

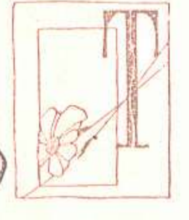
Hasta que el 29 de mayo de 1849 tuvo lugar en Estrasburgo, en la iglesia de Santa Magdalena, el anhelado enlace. Desde entonces vivieron el uno para el otro; y en la silenciosa devoción de ella tuvo el gran sabio el más sólido y valioso de los acicates.



LA "GRAN" ACTRIZ

Por

LEONARDO MERRICK



TRICORTIN, el poeta, llegó ansioso a la puerta de entrada reservada a los artistas de la "Comedie Moderne", y, adoptando un gesto desenvuelto y firme, esperó a que saliera la señorita Claudina Hillairet. Pero, bien que aparentemente seguro de sí mismo, una gran turbación lo poseía: su pasión no era correspondida y tenía razón al pensar que la divina criatura no se mostraría muy contenta de verlo. En efecto, apenas apareció, Claudina pronunció estas desconcertantes palabras:

—¡Dios mío! ¡Todavía usted! ¿Qué es lo que quiere?

—¿Cómo puede preguntármelo? Estoy aquí para implorarle el permiso de acompañarla a su casa. ¡Qué gran artista se ha revelado usted esta noche! ¡Qué fuego, qué escena! ¡Magnífica!

—¿Estuvo en el teatro?

—En espíritu. Mi espíritu, que nadie puede arrancarme, está presente en el teatro todas las noches, bien que sórdidas consideraciones me obliguen a permanecer materialmente en mi escondite. Transportado por el entusiasmo, he terminado por prorrumpir en aplausos frenéticos entre mis cuatro paredes. ¡Qué simpatía perfecta une a nuestras almas!

— Escuche, amigo mío — le interrumpió Claudina. — Usted está loco. Lo lamento por sus padres: si los tiene, debe ser usted para ellos una fuente de dolores. Pero le ruego que comprenda de una buena vez que no debe seguirme para repetirme esas idioteces. ¿Qué es lo que usted persigue con su conducta?

— La gloria — aseguró él lentamente, — la gloria para usted y para mí. Yo soy, se lo aseguro, un perfecto hombre de negocios. ¡No me tome usted por un soñador! ¿Está usted satisfecha de su situación en la "Comedie Moderne"? No, ¿verdad? Usted ocupa una situación subalterna: la obligan a representar siempre papeles de camarera, absolutamente indignos de sus valores, y a substituir a la ingenua, una matrona robusta que rebosa salud. La posibilidad de hacer brillar sus excepcionales dotes, me parece

"LA VOIX"

más lejana que Marte. ¿Exagero, o digo la verdad?

— Es cierto — admitió ella. — ¿Y luego?

— Bien, yo me propongo hacer cambiar todo esto. Yo, Tricortin, he resuelto escribir una gran tragedia, y cuando la hayan aceptado, impondré como condición la de que sea usted sola, interpretando el rol de la heroína, la que comparta mi triunfo. Y cuando la obra de mi ingenio la haya elevado a las cimas para las que usted ha sido creada, cuando en el recinto del teatro resuenen nuestros dos nombres, yo caeré a sus pies y usted me dirá conmovida:

— Gustavo, yo te amo.

— Pero, ¿por qué no lo cuida su madre, de usted? — preguntó ella. — Alguien debería de ocuparse de hacerlo internar en una casa de salud. ¿Una tragedia? ¡Imbécil! ¿No sabe que yo soy cómica hasta la punta de los dedos? No sabría qué hacer con su tragedia, aunque estuviera en la "Comedie Francaise".

— Tiene razón — replicó Tricortin. — Escribiré entonces una brillante comedia. Y cuando la obra de mi ingenio la haya elevado a las cimas para las que usted ha sido creada, cuando en el recinto del teatro resuenen nuestros dos nombres...

Fué interrumpido por una carcajada argentina, que lo desconcertó más que las palabras precedentes de Claudina.

— Es imposible enojarse con usted — declaró la actriz. — ¡Es demasiado bufo! Además, como amigo, no lo desprecio. ¡Vamos, confórmese con lo que usted pueda alcanzar, en vez de llamar a la luna!

— Por ahora me conformo — fué la rápida respuesta de Tricortin, — pero la amistad no es más que un substituto del paraíso..., y ya veremos... Dígame ahora, ¿es verdad que quieren exhumar "La Curieuse" en la "Comedie"? ¿Qué papel le han asignado?

— ¡Ah! — exclamó la señorita Hillairet. — ¡Es siempre la misma historia! Me obligan a sacudir siempre los mismos muebles con el mismo plumero: respondo "sí" o "no"; anuncio: "hay una carta, señora". Eso es todo.

— ¡Le juro que es una infamia! — explotó el poeta. — ¿Pero son ciegos, sus directores, que constriñen a una artista de tanto espíritu a representar papeles tan ignominiosos? ¿Y los críticos? ¿Por qué los críticos no llaman la atención del público sobre un delito que se viene repitiendo desde hace años? ¡Es hora de que yo haga uso de mi influencia en los diarios!

El tono con que pronunció estas últimas palabras temerarias era tan serio, que Claudina empezó a pensar que no conocía bien a su cortejante.

— ¿Su influencia? — interrogó con una sonrisa de esperanza. — ¿Tiene influencia sobre los críticos, "usted"?

— ¡Ya lo veremos! — recalcó Tricortin, con un acento significativo. — No soy desconocido en París y la causa de usted la defenderé de todo corazón. Si quiero, puedo hacer de usted un astro. Pero, hablando de astronomía, permítame una pregunta: ¿cuando haya hecho de usted un astro, deberé continuar llamando a la luna?

La voz de la actriz temblaba de emoción mientras le aseguraba a Tricortin su agradecimiento. Al separarse, quedó establecido que si la empresa del poeta tenía éxito, también su constancia sería premiada.

ADMITO — reconocía Tricortin cuando estuvo en presencia de su amigo y compañero de pieza, el pintor Pitou, — admito que he abandonado las bridas a merced de mi imaginación y que me he metido en una empresa frente a la cual los trabajos de Hércules son simples juguetes de niños. Pero no puedo faltar a la palabra empeñada con Claudina. ¿Qué me aconsejas?

— Te aconsejo que me dejes dormir — respondió Pitou — Tengo demasiado hambre para poder razonar.

— ¡Tú no dormirás antes de haber examinado conmigo la cuestión! ¡Escúchame! Claudina hará el papel de camarera en "La Curieuse", que subirá a escena en la Comedie Moderne dentro de dos semanas: sacudirá los muebles y dirá "sí" y "no" con toda la pasión y la inteligencia que estos monosílabos puedan contener. ¿Me has entendido? Bien. En base a esta prueba, el más grande crítico teatral de París debe declarar que Claudina es una actriz de genio. Ahora, ¿de qué modo se puede obtener esto? ¿Cómo haremos para convencer a Labarregue para que escriba entusiastamente algo sobre Claudina en "La Voix"?

— ¿Labarregue? — balbuceó Pitou. — ¡Tu atrevimiento es tan increíble que me ha despertado!

— Sí — continuó Tricortin con todo fervor. — ¡Se me ocurre justamente Labarregue! No es costumbre mía hacer las cosas a medias. Iré, pues, a hablarle.

— Estoy seguro de que no te recibirá ni mucho menos.

— Lo sospecho yo también. Pero no me desanimo por tan poca cosa. En vez de perder tiempo yendo en pos de una entrevista que no me será acordada...

— Y que, si te es acordada, no te conducirá a nada...

— No me conducirá a nada, tienes razón. En vez de hacer eso, pienso que debo escribir yo mismo la crítica de Labarregue

— ¿Cómo? — exclamó Pitou enderezándose hasta sentarse en la cama.

— Confieso que no sé todavía cómo haré, pero es evidente que no hay otro camino que elegir. Yo debo escribir lo que haya de escribirse y "La Voix" debe de publicarlo, creyendo que se trata de un artículo de Labarregue. Pero, ¿sabes que estamos ya sobre un buen terreno?

— ¡En nombre de D'Artagnan, de Porthos y de Aramís! — gritó Pitou. — ¡Esta será la aventura más audaz en la cual yo me haya empeñado jamás!

— Tienes razón. Es una aventura digna de nosotros. Divertiremos al público, exaltaremos a una artista y, en compensación, ganaremos su corazón, es decir, su corazón lo ganaré yo. No sé decirte por ahora cuál será tu parte del botín, pero te prometo una parte generosa en peligros.

— ¡Siempre leal — expresó Pitou, — siempre generoso! Pero, ¿no crees que "La Voix" descubrirá la "mula"? ¿Cómo harás para hacer pasar tu prosa por la de Labarregue?

— Es éste un punto débil que ya he examinado. Si pudiera construir la situación como me es cómodo, Labarregue debería de escribir sus críticas a máquina. Pero como él tiene la pésima costumbre de escribirlas delante de un vaso de cerveza en el "Café d'Europe", es ne-

cesario adaptarse a las circunstancias. Es probable que una crítica llevada por el mensajero habitual y firmada "J. L." pasaría sin despertar sospechas. La diferencia de ortografía podría ser atribuída a un amanuense. La próxima vez que el gran hombre escriba una crítica, yo me encontraré en el café para observarlo de cerca. El lunes habrá un ensayo general en el "Vaudeville" y yo espero haber perfeccionado ya, para esa misma noche, nuestro plan. Y ahora, no me hables más: estoy por componer un ditirambo sobre Claudina, del cual, a su debido tiempo, se llevará Labarregue todo el mérito

El poeta se adormeció, por fin, murmurando algunas frases entusiastas.

En la noche del lunes, o mejor dicho, en la madrugada del martes, Pitou fué despertado con gritos de entusiasmo.

—¡Querido! — exclamó Tricortin, — la noche ha sido excelentemente bien aprovechada. He espiado atentamente a Labarregue y he recogido un tesoro de observaciones. Cuando salió del "Vaudeville", el gran crítico se fué al "Café d'Europe", se sentó en su mesa favorita y escribió sin descanso durante media hora. Terminado el artículo, lo colocó en un sobre y en seguida ordenó la cena. Poco después apareció un mensajero de "La Voix" quien tomó el sobre de las manos de Labarregue y salió. Yo me levanté en ese instante y lo seguí. Para llegar al diario, el muchacho debe atravesar algunas callejuelas desiertas a aquella hora de la noche; he notado una más siniestra y abandonada que las otras, que parece hecha a propósito para desarrollar nuestro plan. He aquí lo que haremos: asaltaremos al muchacho en la calle de Cendres.

—¿Lo dices en serio? — preguntó Pitou, sorprendido.

—¿Te parece que bromeo? Pero no haremos correr su sangre: nos limitaremos a vaciarle los bolsillos y luego, disgustados por el magro botín, se lo restituiremos con un par de coscorrones. Está demás agregar que el muchacho escapará de nuestras manos llevando mi crítica en vez de la de Labarregue. Y escapará con tanto miedo, que ni siquiera se dará cuenta de la substitución.

—No es una mala idea.

—¡Llámala, si te parece, una inspiración! Pero, para estar absolutamente seguros del éxito, necesitamos un cómplice.

—¿Por qué, es tan robusto el muchacho?

—No, querido Pitou, no es, desde luego, muy robusto, pero la calle tiene dos extremos y yo no deseo ser arrestado en funciones de asaltante. ¿Sabes qué haré? Buscaré como aliado a Lajeunie: en su calidad de novelista, nuestro plan deberá agradarle. Si Lajeunie hace la guardia en un extremo de la calle, mientras tú vigilas el otro, yo podré operar con el mensajero sin temor de terminar yendo a la comisaría.

—Tienes razón. Y para avisarte de algún eventual peligro, yo silbaré los primeros compases de mi "Fuga".

—¡Muy bien! Y buscaremos otra señal para Lajeunie. ¡Dios mío! ¡Cómo será feliz Claudina al día siguiente de la primera representación de "La Curieuse"! Entretanto, no se me escapará ni una sílaba: quiero que el artículo de "La Voix" sea una verdadera sorpresa para ella. "El suceso de la velada se ha debido a una actriz que desempeñaba el papel de camarera y que tal vez ha dicho sólo seis palabras en total. ¡Pero, con qué vivacidad, con cuánto espíritu ha sabido decirlas! Cada gesto, cada destello de sus ojos, revelaban a la actriz cómica de nacimiento. Por mi parte no le he concedido ni una mirada a la ingenua y he olvidado la presencia de la famosa primera actriz, para seguir, fascinado, la mímica de la camarera, de cuya inteligencia y belleza me constituyo en garante! ¡Todo París se prosternará a sus pies rápidamente!"

—¿Tienes la intención de escribir eso?

—Sí: con algunas mejoras todavía. No hago más que introducirle mejoras a mi crítica: es por eso que aun no la he terminado. Pero el esfuerzo de tener que sujetarse al estilo de Labarregue me paraliza y me impide alcanzar la elocuencia que soñaba. A propósito, vamos a asegurarnos la colaboración de Lajeunie: no lo sabemos, podría tener algún otro compromiso para el martes a la noche.

Tricortin pasó los días que lo separaban del martes escribiendo repetidamente su crítica. ¡Jamás en la historia del periodismo un artículo fué escrito con tan ardiente pasión!

Por fin, el martes a la noche el poeta metió al bolsillo su ditirambo, y, demasiado impaciente por tener fama, se puso a vagabundear por el barrio declamando en voz alta los períodos más inspirados de su artículo. La sombra cayó sobre París, los focos se encendieron, sonaron las once. A las once y media, los tres conspiradores llegaron a la puerta de la Comedie Moderne. Veinte minutos después, vieron salir entre los primeros, a Labarregue. El crítico se detuvo en el umbral a encender un cigarrillo, luego se encaminó con paso vivaz por entre la multitud de los bulevares, seguido a poca distancia por los tres jóvenes que cambiaban entre sí miradas febriles. Pronto se hicieron visibles las luces del "Café d'Europe". El crítico entró, hizo señas a un mozo y fué a sentarse gravemente en su acostumbrada mesa.

Todos lo observaban con interés. Los "habitués" cuchicheaban con los noveles:

—Aquel es Labarregue: ha venido a escribir la crítica de la exhumación de "La Curieuse".

Labarregue, entretanto, fingía desenvoltura, pero secretamente su vanidad lo envanecía. De tanto en tanto se pasaba la mano por la frente con un gesto profundamente intelectual. Pocos notaron la entrada de tres jóvenes que fueron a sentarse bastante lejos uno de otro pidiendo cada uno un vaso de cerveza. Ninguno sospechaba que aquellos humildes aventureros proyectaban asestar un golpe mortal a la celebridad del gran hombre. Después de un rato, Labarregue dobló las hojas de papel que se habían ido acumulando delante suyo y las introdujo en un sobre. Algunos minutos más tarde uno de los jóvenes pidió a un mozo papel, tintero y lapicera. Escribió algo en una hoja de papel, se la guardó en el bolsillo, y en un sobre del café puso la falsa crítica de Labarregue.

Pasó un cuarto de hora, al cabo del cual un muchacho como de dieciséis años entró en el café, dirigiéndose hacia donde estaba Labarregue. En ese mismo instante Lajeunie se le-

vantó y salió a la calle. Y mientras el mensajero tomaba la crítica de las manos de Labarregue, también dejó el café Tricortin seguido a breve distancia por Pitou.

Los conspiradores estaban ahora en el orden establecido: Lajeunie a la cabeza, Tricortin a la espera del mensajero y Pitou cerrando la marcha.

El muchacho andaba con paso suelto. Era tarde y ya en los grandes bulevares los transeúntes se hacían más raros: en las calles laterales reinaba una desolada soledad.

Cuando el mensajero llegó a la mitad de la calle de Cendres, Tricortin se le paró en frente de improviso:

— Muchacho — dijo el poeta, — me muero de hambre. ¡Dame cinco francos!

— Pero... pero... — balbuceó el mensajero, tambaleando. — ¡Pero si yo no tengo cinco francos!

— Vuelca tus bolsillos y dame todo lo que tengas. Si me obedeces, no te haré ningún daño, si no, ¡pobre de ti!

El muchacho, temblando, alcanzó a Tricortin veinte centésimos, dos cigarrillos, un pedazo de bramante, la fotografía de una muchacha y la crítica. Un instante después la substitución del sobre se había cumplido diestramente.

— ¡Toma todas tus porquerías! — gritó el improvisado agresor. — Y vete rápido, si no quieres pagar caro el tiempo que me has hecho perder.

A la mañana siguiente, Tricortin abrió "La Voix" con el corazón en la garganta. Su crítica había sido publicada palabra por palabra y firmada con las famosas iniciales "J. L." La primera actriz había sido liquidada en una línea, la ingenua con una frase irónica y todo el resto de la columna contenía el panegírico de la camarera. El triunfo de la camarera era absoluto y sin precedentes.

Como es natural, apenas Labarregue vió el diario, se largó a la redacción fuera de sí, pero como a "La Voix" no le convenía hacer conocer la burla de que había sido objeto, aquél fué obligado a aceptar como suyas todas las bellas cosas que se decían de la camarera.

La única desgracia fué que cuando Tricortin llegó triunfante junto a Claudina para estrecharla en sus brazos, la encontró sobre el diván a punto de darle un ataque histérico. Pues Claudina, después de tantas andanzas, no había representado el papel de camarera: a último momento le había sido asignado el papel de la ingenua, mientras que el de camarera le fué conferido a una actriz insignificante, que era su rival empedernida.

— ¡Es una crueldad, una vergonzosa injusticia, un feo favoritismo! — balbuceó Tricortin anonadado. — Pero, luz de mi vida, ¿por qué has de culparme a mí de esta infamia de Labarregue?

— No lo sé — repuso Claudina llena de lágrimas. — Pero sé que tú y tu influencia en los diarios, me han arruinado. ¡Vete de aquí!

Leonardo Merrick

DIBUJO DE CABALLE

♥ ♥ ♥

DEMOS A LA MUSICA PARTE DE NUESTRO DESCANSO

La música es un elemento de energía. Su valor individual y social no es posible negarlo. La música hace menos brutal la actualidad del mundo.

No hay duda que los días, las horas y hasta los minutos de descanso, son cada vez más raros en este mundo moderno, lleno de preocupaciones y de fiebre. La distensión después de las labores es menos posible y frecuente en nuestros días, sobre todo en las ciudades y particularmente en las grandes metrópolis. Pero, eso mismo prueba lo urgente que es el descanso. Y el descanso dedicado a la música, aunque sea en parte, contribuirá maravillosamente a la reacción de las fuerzas tanto espirituales y cerebrales como corporales, de los trabajadores de nuestro tiempo. Hasta en la misma vida del campo, tras de las rudas y largas faenas a la intemperie, la música presta su encantador remedio. Nunca, como en nuestra época, fué la música más necesaria.

Es preciso que sepamos descansar. Nunca fué el descanso, el descanso bien combinado con las labores — bien intercalado, para que el equilibrio de las energías no se pierda — nunca fué el descanso, decimos, más imperativo que en este tiempo vertiginoso y quemador de fuerzas.

Cuando el trabajo amenaza con ser pesadísimo, cuando los ideales se debilitan, es cuando se necesita, precisamente, la distensión de que hablamos.

Es por eso que deseamos hablar un poco de la música, factor de aliento, de alegría, de vida. En fin de cuentas, la fuerza, la alegría, la salud, son los tres pilares que sostienen la razón de existir en este mundo.

Esa música no es, evidentemente, una música quintaesenciada, complicada, inaccesible... ¡No! Es simplemente la música auténtica y universal, porque ella es la imagen del hombre — cuerpo y alma — ritmo y melodía.

Es esa música la que debe estar al alcance de todos. La que está al alcance de todos, para decirlo mejor. Ella es el lenguaje común, universal. Ella acerca los hombres y los pueblos. No hay un elemento de pacificación más noble, más eficaz, más desinteresado.

La música a nuestro alcance, sin los largos y graves aprendizajes que la mayor parte de las gentes atribuyen a esta forma divina del sentimiento y de la idea del hombre. Nos referimos particularmente a la voz humana.

¿Quién no ha sentido ese soplo animador que nos hace cantar, o querer cantar?

¡Pues, cantemos! Cada uno ha de cantar a su manera, según su poca o mucha disposición, de acuerdo con sus pequeñas o grandes facultades. Porque cantar no es solamente buscar una distensión y un descanso, sino fortificarse físicamente, y elevar las ideas a planos de donde llega a cada corazón y a cada espíritu una lluvia de consuelo y de renovada fortaleza.

E. E.

VEAMOS CUANTO SE SABE SOBRE EL ELEFANTE

Es el mayor de los mamíferos terrestres actuales. Su talla llega a pasar de los cuatro metros. Su peso, de los cinco mil kilogramos.

Tiene un cuerpo macizo y corto. Posee un par de incisivos que, poco desarrollados en la hembra, en el macho pueden llegar a los dos metros de longitud. Lo que le caracteriza es la trompa, que llega al suelo cuando él está parado. La cabeza es grande, voluminosa, provista de grandes orejas, siempre en movimiento. Los ojos son pequeños; el ángulo externo de los párpados, finamente plegado, hace que sus miradas resulten, diríase, maliciosas. Existen dos clases de elefantes. No son tan parecidas. El elefante de Africa y el elefante de Asia.

El elefante asiático es de talla menor que el africano. Su cabeza, fuerte, está achatada en la parte frontal, abultada en los costados y tiene orejas pequeñas y movedizas. Aparentemente desnuda, presenta, empero, pelos raros y suaves. La extremidad de la cola muestra un penacho de pelos negros muy gruesos. La piel es de color gris apizarrado, con algunas manchas blancas, en particular sobre la frente y en el borde de las orejas. Estas manchas son fenómenos de pigmentación que pueden variar sus estados hasta el albinismo. Los elefantes albinos son los famosos de Siam, muy raros, venerados por los naturales hasta la idolatría.

Los elefantes asiáticos no están muy diseminados. Se encuentran congregados en la India, Annam, Birmania, Siam, Cochinchina, península de Malaca y en la isla de Borneo. Viven por lo general en las selvas, donde se alimentan con hojas tiernas y, en particular, con yemas de bambú. Pocas veces salen de los límites de la selva. Cuando lo hacen es en manadas de treinta y cuarenta individuos, conducidos por un jefe, que suele ser una hembra. Algunos ejemplares viejos y solitarios quedan rezagados. Son los machos de carácter irascible y tan difíciles como peligrosos de cazar.

El elefante asiático es fácilmente domesticable. Se aclimata perfectamente en Europa, donde llega a reproducirse. Su gestación dura unos diecinueve meses. Estos animales rinden grandes servicios. En la India se les utiliza para las labores agrícolas, para el transporte, en las explotaciones forestales y también para la guerra. En todos los jardines zoológicos se les hace trabajar diariamente; los naturalistas están de acuerdo en afirmar que el trabajo es condición indispensable para su salud.

El africano es el más grande, el más pesado y el más hermoso de los elefantes. Algunos viajeros afirman haber visto ejemplares hasta de cinco metros de altura. Tiene un perfil bastante distinto del anterior. En efecto: su frente es convexa y sus orejas son enormes, pues cubren una parte del lomo, y desplegadas en abanico llegan a tener un diámetro de metro y medio. Habita la selva ecuatorial, pero se le llega a encontrar en el norte hasta la Mauritania. Las manadas más numerosas están en el Congo Belga, Oubangui-Chari, Kenya, Ouganda y en los bordes del lago Victoria.

Su caza está reglamentada, pero hace unos diez años se les perseguía hasta el exterminio. El marfil se pagaba a razón de 150 francos el kilogramo y europeos e indígenas dedicábanse a la caza. Hoy, las leyes severas y la baja del precio del marfil permiten esperar que la desaparición no sea total.

Los belgas, por otra parte, tienen establecimientos para la cría y reproducción de elefantes. Es una experiencia tan humanitaria como provechosa... porque la jornada de trabajo de un elefante africano llega a las quince horas, y domesticado con habilidad puede substituir a muchos hombres y hasta no pocas máquinas...





YO, MEDICO

UNA VIEJITA SORDA

Esta viejita sorda, nudosa y retorcida,
quiere acabar en este rincón su poca vida:

el último cuartucho de una casa prestada:
una cómoda renga, una cama floreada,

y un reloj que resuena majestuoso y despacio
capaz de conmover las salas de un palacio,

y que cuelga redondo sobre su cabecera.
Querrá escuchar, sin duda, su hora postrimera.

YO, CATEDRATICO

CASTELLANO

El cuaderno abierto, lapicera en mano,
hacen su ejercicio los de castellano.

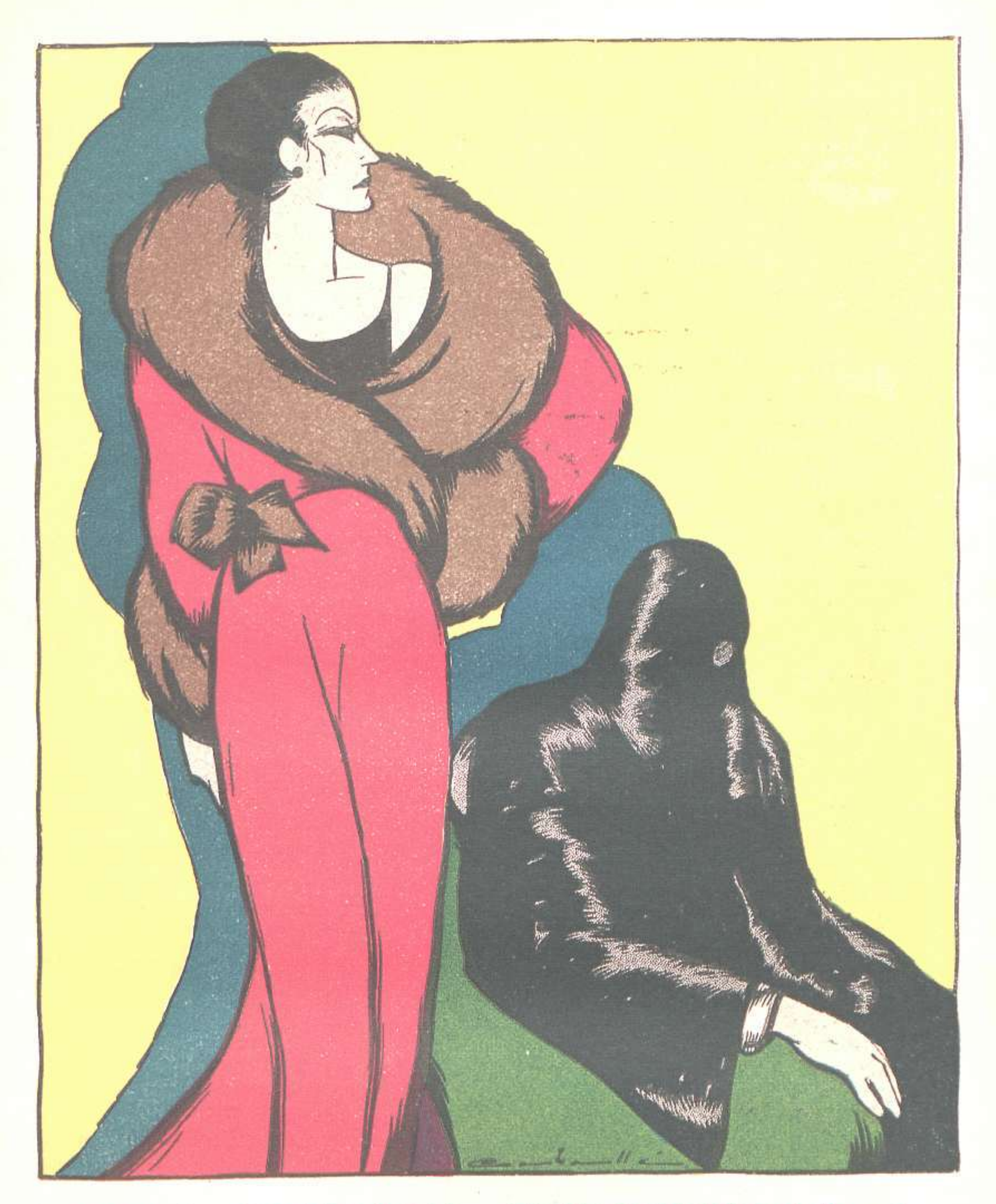
¡Qué diversidad, pienso, de facciones!
¡Qué apellidos raros, todas las naciones!

Afuera está el cielo de un azul radiante;
hay una flor roja, menuda y colgante.

Cuando estos muchachos digan mariposa
y el alma les quede como temblorosa;

cuando digan alba o brisa o cristal
y sientan frescura como matinal,

estarás contento, señor profesor:
habrás hecho obra de patria y amor.



UNA "ESTAFA CIENTIFICA" A LA RULETA DE MONTECARLO

Por ALEJANDRO SUX

En estos meses de invierno la noche se precipita sobre Montecarlo como ave de rapiña; el sol cae tras las montañas; la inmensa escalinata que forman los barrios lujosos del principado de Mónaco, se hunden en las sombras con rapidez, contrastando con la iluminación teatral que pone relieves rosas y morados en las sierras y en los promontorios que corren hacia Italia, reflejándose, como en espejos, en los pequeños golfos y bahías azules del Mediterráneo.

Fué a esa hora indecisa cuando llegué a las puertas del casino, Como todos los días, para matar un par de horas en las salas de ruleta y de treinta y cuarenta. Los galoneados porteros se hacían lenguas ante un extraño automóvil, detenido bajo el abanico vítreo de la marquesina iluminada.

Sin la insólita actitud de los lacayos, el vehículo no me hubiera llamado la atención. A primera vista, lo único desusado era su tamaño, demasiado grande; pero después se le descu-

brían algunas otras particularidades inexplicables; la portezuela, por ejemplo, era plegadiza y sin cristales; en el interior no había más que un asiento delantero, a resorte, levantado cuando nadie lo ocupaba.

—¿De quién es esto? — pregunté a los servidores.

—¡Ya lo quisiéramos saber nosotros, señor! — exclamó uno.

—Es la primera vez que vemos semejante cosa — explicó el otro; — dentro de ese coche viaja un hombre enteramente cubierto, en otro coche más pequeño, dentro del cual acaba de presentarse a la Oficina de Admisiones. Lo acompaña un hombre joven, muy moreno, y una mujer maravillosamente bella, como no se ven por aquí con frecuencia. En cuanto al chofer, debe de ser mudo, porque vi que el joven le daba órdenes por señas.

—¿Enteramente cubierto? — pregunté intrigado.

—¡Enteramente! No se le ve ni esto de la cara. Lleva un capuchón negro que le cae, como funda, desde la cabeza hasta los pies. En el lugar de los ojos hay dos cristales ahumados. Le aseguro, señor, que si no hubiese visto sus movimientos dentro del cochecillo, hubiera creído que se trataba de alguna estatua.

—Pero... ¿y el cochecillo?... En fin...

—Mi compañero tiene mucha imaginación — interrumpe el otro portero, sonriendo; — se trata de un vehículo para paralíticos. El patrón de ese automóvil debe de ser algún ricacho extranjero y enfermo de las piernas.

—Está bien — le dice el otro, — pero, ¿y el capuchón?

—¡Ah!... Será leproso; también a los ricos les agarra eso.

Yo lancé un "¡Claro, claro!" y entré en el Casino.

Gran alboroto en las oficinas de Admisión, generalmente tan ceremoniosas y austeras; los empleados comentaban en alta voz, olvidados de las jerarquías:

—¡Horrible, espantoso... una verdadera pesadilla!

—¿Y quién es ella?

—¡Su esposa!

—¿Y el joven moreno?

—Su hermano.

—Bueno, señor Viareggio, usted que les hizo las tarjetas, ¿le vió la cara? Yo apenas pude darme cuenta...

—¡Algo escalofriante! Yo no creo que haya entre todos los "gueules cassés" (1) de Francia uno más horriblemente deformado.

Aprovechando la racha de familiaridad que soplaba en las oficinas, me mezclé a la conversación, intrigado de veras.

—¿Hablan ustedes del hombre del capuchón? — interrogué.

Sin contestarme, todos me rodearon.

—¿Sabe usted quién es? — preguntáronme en coro.

Yo dije cuanto sabía por los porteros, y confesé que no me desagradaría saber un poco más.

Desilusionáronse y, de mala gana, me dijeron:

—Nosotros sabemos que es hombre de gran fortuna, extranjero, lisiado de guerra... No podemos decirle otra cosa.

—¿Y está en la sala de juego? — pregunté.

—Sí; se ha reservado un asiento en la mesa de la ruleta número once, en los salones privados, para la dama... ¡una belleza extraordinaria! El esposo se colocará en un rincón disimulado, pero es él quien dictará el juego a su esposa, por medio del joven moreno.

—Pero, ¿no es mudo?

Todos se miraron. Ninguno podía afirmar o negarlo. ¡Nadie le oyó decir palabra!

Esa tarde no me detuve en el gran salón público para observar el juego de los "sistemeros", como se les llama en la jerga de Montecarlo a los que emplean sistemas más o menos complicados e infalibles para ganar a la ruleta, y me fuí directamente al salón privado, donde la unidad de apuesta es mayor y los requisitos de admisión más rigurosos.

No me fué difícil dar con el misterioso lisiado, ni con la hermosísima dama; él estaba arrinconado tras el gran biombo que separa las mesas de juego de las taquillas de cambio; ella, instalada ya en la mesa de la ruleta número 11, frente a numerosas pilas de fichas rojas de cien francos y de placas rosas y sepias de cinco y diez mil. Su hermano iba y venía de la mesa a la silla rodante, en la cual se adivinaba una silueta humana sentada, enteramente cubierta por un amplio capuchón de seda negra que no dejaba ver más que las extremidades de dos zapatos charolados. La cabeza estaba ligeramente inclinada hacia adelante, y bajo los pliegues de esa funda sombría, se adivinaban movimientos lentos de brazos y manos, como si manipularan algo sobre las rodillas.

Algunos jugadores, discretamente, se asomaban por encima del biombo para ver al extraño personaje; algunos cuchicheos; muchas miradas admirativas para la dama, verdadera belleza, fina, distinguida, con una dulzura cautivante en ojos y sonrisa. Pero muy pronto cada uno volvió a su lugar y la atención se concentró en los treinta y siete signos numéricos de la ruleta, pintados de amarillo sobre el paño verde, que se cubría y desnudaba de fichas multicolores cada vez que la pequeña bola de marfil caía en su alvéolo de bronce, correspondiente a un número.

Sin embargo la dama no dejó de llamar la atención, no solamente por su belleza, sino también por su juego, considerado como verdaderamente temerario por los conocedores. Era visible que ella obedecía órdenes traídas por su hermano, pues muchas veces dejó pasar algunas jugadas sin apostar, esperándolo.

Cuando logré un buen sitio para verla, observé que sus apuestas, todas ellas de las cantidades máximas admitidas para cada caso, se repartían así:

800 francos al número *23*; cuatro apuestas, a caballo, de 1.600 francos cada una, al *23-20*, al *23-26*, al *23-22*, al *23-24*; cuatro "cuadrados" de *3.200* francos cada uno, correspondientes a las esquinas del número 23; dos transversales de tres números: *22, 23* y *24* de 2.400; cuatro transversales de seis números englobando desde el 19 hasta el *27*, de 4.800 francos cada una; dos apuestas de 12,000 a la columna y a la docena del centro, y tres de 24.000: una al rojo, otra a impares y otra a "passe". Si salía el número 23, debían pagarle, globalmente, la formidable suma de 508.000 francos; si fallaba, la pérdida era de 140.000.

—¡"Rien ne va plus"! — gritó el croupier.

La pequeña bola de márfil chocó con los rombos de bronce y saltó sobre ellos para ir a caer en el número... ¡32!

Se oyó una admiración colectiva. Nadie recor-

(1) A los heridos de la paz, se les llama "gueules cassés", que traducido literalmente quiere decir: "Jetas rotas".

daba haber visto jugar en esa forma. La maldad humana dibujó sonrisas de satisfacción en las bocas pintadas de las mujeres, celosas, y en las afeitadas de los hombres, rabiosos, heridos en su amor propio masculino por el alarde de fuerza que se permitía una mujer, ya que el dinero es la forma moderna del poderío.

La dama sonrió imperceptiblemente.

Los rastrillos de madera arrasaron los paños con ruido de mandíbulas triturando huesos; fichas y placas de galalita multicolor se amontonaron al lado del pagador, que las fué alineando por orden en la caja.

—"Messieurs, faites vos jeux" — invitó el croupier, impasible.

Los comentarios enloquecían al público, tan numeroso ya en derredor de la ruleta número 11, que era difícil ver los paños.

—El número salió, pero al revés — decía alguien.

— Hay que ser multimillonario para hacer eso — afirmaba otro.

— Es un juego estúpido — gritaba un viejo jugador, — con tres o cuatro pérdidas como ésta, casi seguras, se arruinan.

—No tanto — observaba una anciana inglesa, — no ha perdido todo; ganó a rojo, a passe y a columna, y eso le hace una bonita suma, de todos modos.

—¡Setenta y dos mil francos!

—Muy bien, pero ¿y cuánto ha perdido?

— Exactamente ocho mil francos. Haga usted la cuenta.

— Lo extraño es que hayan salido los mismos números, pero combinados inversamente. Aquí hay gato encerrado. Ya van dos veces que pasa lo mismo: jugó a 13 y salió 31, jugó a 12 y salió 21; ahora...

En ese momento la dama entregaba a diferentes croupiers fichas y placas, indicando el lugar donde debían colocarlas. En el otro extremo de la mesa, su hermano repetía el mismo juego, centralizado por el número 17. Esta vez las apuestas eran por partida doble.

Jugadores y mirones estaban anhelantes.

Los empleados se miraban interrogativamente. El jefe cuchicheaba con el "bouleur"; éste imprimió a la ruleta un movimiento más violento que de costumbre y lanzó la bola marfileña con fuerza inusitada.

—El Casino se defiende — comentó uno.

Cientos de ojos seguían la trayectoria circular de la pequeña esfera blanca, esperando verla caer en el fatídico cero. La carrera duró más tiempo que el habitual, pero al fin la bola chocó contra los bronces, rebotó contra la pared del aparato, saltó hasta en medio del disco y resbaló rápidamente para caer en el número 17.

No se oyó más que una sola exclamación:

—¡Oh!

Los empleados palidecieron. El croupier apenas pudo anunciar:

—Diez y siete, negro, impar y manque.

El jefe de la ruleta número 11 agitó la campanilla. Un mozo de librea azul acercóse y luego salió en dirección de las oficinas.

—Un momento, señores — balbuceó el jefe, — la ruleta número once ha saltado. Ya se fué por fondos... ¡un segundo!

¡Aquello fué repetición de la bíblica escena de la confusión de lenguas en Babel! Nadie atinaba a hablar en el internacional francés, y cada uno comentaba el suceso en su idioma propio, dirigiéndose a un vecino, antípoda lingüístico.

Un personaje administrativo llegó con dos cheques y propuso a la desconocida y a su hermano, pagarles en esa forma. Creo que aceptaron. Entre tanto, la ruleta número 11 detuvo, por primera vez en veinte años de servicios, su incesante trabajo.

— El juego continúa — anunció el jefe.

—"Messieurs, faites vos jeux" — propuso maquinalmente el croupier.

Las apuestas se hicieron con timidez. Ni la dama, ni el joven jugaron. El último fué a conferenciar con el misterioso personaje lisiado y cubierto, tras el biombo de cristales.

La normalidad se fué restableciendo en el salón.

Yo seguí apuntando los números salientes: 4, 36, 19, 11, 22... La hermosa mujer apiló sus fichas, acomodó sus placas, sacó bombones de su saco... Empezaba a impacientarse visiblemente, y en dos ocasiones echó una mirada ansiosa hacia el espacio libre que hace de puerta entre los dos grandes biombos.

Su hermano apareció; dijo unas palabras a la dama, y ambos esperaron la salida de un número para hacer sus apuestas.

Hicieron un juego exactamente igual; el número elegido como base fué el 8. ¡Perdieron!

— Ahora van a dejar el millón ganado, y los que traigan; así es esta máquina — dijo el viejo jugador acercándose a mí, — este golpe les cuesta 140.000 francos. Ya ve usted..., diez como éste... ¡Y abur! Me dan tentaciones de aconsejar a esa hermosa dama que se vaya. debe de ser uno novicia; la suerte protege a los inocentes.

Mientras charlábamos, la dama y su hermano hicieron sus apuestas alrededor del número 29.

Zumbido de la bola, sonido metálico al chocar con los rombos de bronce, ruido especial al caer en su alvéolo numerado.

—¡El 29!

Aquello fué indescriptible. Las mesas de ruleta, de bacará, de brelán, de treinta y cuarenta, quedaron sin un jugador. Todo el mundo se arremolinó, se apelotonó junto a la ruleta número 11. ¡Cómo las escondidas pasiones se manifestaron en las miradas de todos! La envidia dominaba enmudeciendo las bocas torcidas, crispando las manos, apretando los dientes. Algunos, conmovidos, como si hubieran ganado, felicitaron, sonrieron, aplaudieron... ¡pero fueron tan pocos!

La escena que siguió fué igual a la que produjo la salida del número 17. Anunció de salto, idas y venidas de empleados, cheques, etc.

— No hay dos sin tres — pronosticó el viejo jugador, que no me dejaba en paz un minuto, comentando, criticando, profetizando, con inocente pedantería. — Ya verá, ya verá... ¡Si lo sabré yo que llevo veinte años en este infierno! Pero al fin perderán todo... ¡Es fatal!... Aquí nadie escapa. El Casino es una sanguijuela insaciable. Yo he perdido tres fortunas... ¡y voy a perder la cuarta, es fatal! Mire usted...

Mientras todo entró en orden, el joven moreno fué tras el biombo y volvió junto a la dama. Ambos volvieron a colocar sus apuestas a todas las combinaciones permitidas, alrededor del número 8.

¡Y salió el número 8!

Aquello produjo verdadero escándalo.

—¿No le decía? — gritó jubiloso el viejo jugador. — Pero es la última. Ahora empezarán a perder.

Pero ni fué la última ni perdieron. Cinco ve-

ces seguidas salió el número sobre el cual habían apostado.

Cada vez, como en las anteriores, se reprodujo la escena de los cheques. Los empleados estaban lívidos. La multitud elegante abandonó sus asientos para asistir al espectáculo milagroso.

—¡Jamás se vió fenómeno igual! — decían todos.

— El hombre que está escondido bajo el capuchón debe ser algún mago! Es imposible acertar así.

La curiosidad fué más fuerte que las conveniencias sociales, y ya las miradas no fueron discretas; un verdadero desfile se organizó para ir a contemplar al misterioso personaje oculto. ¡Lo que no se dijo!

La dama cambió sus fichas por dinero efectivo y abandonó la mesa de la ruleta número 11, seguida por las miradas rencorosas y admirativas de todo el mundo. El chofer hizo rodar el coche hacia los salones públicos, y los cuatro dejaron el Casino.

Yo los vi entrar en el automóvil extraño, y partir en dirección de Niza.

Al otro día, el misterio de la extraordinaria suerte de los cuatro personajes, ya no lo era.

Muchas versiones corrían en Montecalo, pero la más verídica, a mi parecer, es la que me dió el viejo jugador, enterado "en buena fuente", según me confesó guiñándome un ojo con malicia, feliz de ser posesor de un secreto.

— Mire usted — me dijo, — el hombre lisiado y desfigurado por la metralla durante la guerra europea, no es ni lisiado ni desfigurado. La horrible cara que le vieron en las oficinas de Admisión, y que figura en su pasaporte, es, simplemente, una careta de cera. Su verdadera fisonomía es mucho mejor que la mía... y que la de usted. Todo eso es un truco. Su identidad sí es verdadera, de modo que a estas horas, los cheques que les dieron han sido cobrados legalmente. Además...

— Está bien — le interrumpí, — pero eso no explica su extraordinaria suerte.

— No se apresure; vamos por partes. No hay tal suerte. El individuo estuvo muchos años en la India; allí aprendió una porción de cosas misteriosas... ¡Usted sabe las que hay en ese extraño país!

— ¿Es un hindú? — pregunté.

— No es hindú; es persa. ¡Pero ello no viene al caso! Persa o hindú, es lo mismo. Entre esas cosas extraordinarias que aprendió, hay una, la más extraordinaria de todas, que le sirvió para ganar una fortuna... ¡exactamente 7 millones 8 mil francos en menos de media hora!

— Pero... ¿y las veces que perdió ?

— Descontadas. Perdieron cuatro veces, lo que hace 560.000 francos por paño, o sea, en total 1.120.000; ganaron ocho veces, lo que hace 8 millones 128 mil francos... Descuente y verá... ¡Es la primera vez que ocurre! La administración del Casino está desorientada. Lo que puedo asegurarle es que...

— ¿Y cuál es esa "cosa" extraordinaria que les ha hecho ganar? — le interrumpí, temiendo que descarrilara su conversación.

— ¿La "cosa" extraordinaria? ¡ja, ja! Algo verdaderamente magnífico. Ahora me doy cuenta de que perdieron porque les dió la gana, para despistar, porque si hubiesen querido... ¡y si los dejan!... no solamente se llevan siete millones en la ruleta número 11, se llevan hasta el Principado de Mónaco... ¡Es algo infalible, único!... ¡Es lo que todos los jugadores quisiéramos poseer!

— ¿Es un adivino?

— No, precisamente un adivino no. A ver si logro explicarme: el hombre del capuchón negro, "ve" con anticipación, los números de la ruleta que van a salir. Para ello necesita estar en completa obscuridad... ¡por eso el capuchón negro! ¿Me va entendiendo? ¿Cómo justificar esa funda? ¡La historia de la cara monstruosamente desfigurada por una granada! ¡Ah, el golpe estuvo admirablemente preparado!

— Eso de "golpe" me huele a estafa — le digo sin galantería, — y me parece que no hubo tal cosa... ¡que es imposible estafar a la ruleta!

— Pues es una estafa... en cierto modo. No se impaciente. ¿Oyó hablar usted de la inexistencia del tiempo, la distancia y la velocidad absolutos? Bueno; usted sabe que aun vemos la luz de estrellas desaparecidas hace algunos siglos a causa de... Bueno, no le voy a dar lecciones de astronomía, aunque entiendo un poco de eso, no crea. Ahora, dígame, ¿por qué no puede ser el fenómeno contrario? Si es visible lo que existió, ¿por qué no podrá verse lo que existirá? Debe saber usted que todo, ¿me entiende? todo existe, ha existido y existirá siempre; es cuestión de tiempo, de lugar, de momento... Lo que le estoy diciendo a usted en este instante, el hecho material de hallarnos juntos aquí, etc., ya ocurrió o ya ocurrirá, según nos coloquemos; para nosotros, pobres seres defectuosos, solamente "ocurre". ¿Me va comprendiendo? El hombre del capuchón puede prescindir del tiempo a voluntad; lo mismo está en ayer que en mañana, en dos minutos antes o en dos minutos después de los que marcan todos los relojes astronómicos de la tierra. Con igual facilidad hubiese podido dictar los números que salieron en la ruleta número 11, antes de su llegada a la sala, por orden, que adivinar los que saldrán, hasta mañana, si le da la gana. ¿Cómo lo hace? ¡Ahí está su secreto!

El viejo jugador me observó con malicia, feliz del efecto que en mí producían sus palabras; después de un instante, me tomó por un brazo, y me dijo llevándome hacia el bar:

— ¿Un ajenjo? Bueno; "yo sé cómo hace".

...Y mientras paladeábamos el lechoso licor, el viejo que había perdido tres fortunas en la ruleta, me explicó:

— El hombre posee un disco de metal bruñido; el hombre logra adelantarse al tiempo fijando la vista en ese disco, en el cual "ve" todo cuanto ocurrirá en el lugar que él desea. ¡Es todo!

— ¿Y cómo logra adelantarse al tiempo?

— ¡Ah, ese es otro secreto! Eso se aprende, amigo mío, en los países misteriosos, ejercitándose durante años, sometiéndose a ciertas gimnasias espirituales... La ciencia oficial logrará algún día provocar el mismo resultado... ¡pero necesitará siglos! Esto se lo aseguro yo... ¡y yo sé muchas cosas!

Alejandro Sux

Montecarlo.

DIBUJO DE CABALLÉ



DELITO PASIONAL

CARAS Y CARETAS

Por ANDRES BIRABEAU



Es necesario remontarse a muy lejos. Fué una noche de... ¿qué año, precisamente? Haciendo un breve cálculo se terminaría por hallar la fecha, pero no importa. En cualquier caso, se trata de un año muy lejano. Fué una noche, en La Baule.

Edmundo Jubeaud es el novio de Miguelina Sambre. Ha visto a Miguelina por la tarde y se proponía ir aquella noche, como todas, a visitarla en villa Sambre, pero Miguelina le ha dicho:

—No vengas esta noche, Edmundo, estoy muy cansada... Prefiero acostarme temprano... A menos que te conformes con jugar al bridge con papá.

Esta última frase es ligeramente irónica. El señor Sambre, personaje habitualmente muy cortés en todas las circunstancias de la vida, pierde toda su cortesía cuando está sentado a la mesa del bridge. Si no vence, trata a todos sus compañeros de juego de manera insultante. En efecto, nadie se sienta frente a él, en una mesa de juego, a menos que se vea obligado, violentamente.

Edmundo, entonces, no va a la villa Sambre. Vaga una hora o dos por las salas del Kursaal y luego piensa regresar a su casa. Pero la noche está hermosísima. El océano se mueve apenas y las estrellas parecen tibias... No se experimenta sino el deseo de permanecer allá, en la noche, caminando con pasos de los cuales no se oye ni siquiera el rumor, pensando en cualquier cosa vaga...

Edmundo camina, así, a lo largo de la playa, y su paseo lo conduce, sin quererlo, hasta el fondo de la escollera de San Benedicto, un lugar muy desierto de noche.

Delante de Edmundo, una pareja: un cuerpo que se inclina y un cuerpo que no se aleja bastante.

Pero... no, no se engaña.

Edmundo conoce bien aquella figura de mujer: ya ha visto aquel vestido. Es Miguelina... Miguelina que lo ha alejado, y, saliendo de la villa sin que la vieran sus padres, ha ido a unirse a un hombre, en la escollera de San Benedicto.

Edmundo ve, ahora, un brazo que avanza y una boca que se abandona. Y entonces Edmundo vive uno de los más terribles minutos de su vida. Una ola de sangre le invade el cerebro, aprieta los dientes y una mano busca algo en el bolsillo posterior del pantalón.

Si aquella noche Edmundo Jubeaud no ha matado, no ha cometido un doble homicidio, fué simplemente porque el azar quiso que aquella noche Edmundo no llevara consigo su revólver, como de costumbre.

Después la pareja ha dado media vuelta, la luz de una pequeña villa ha iluminado los rostros de los dos amantes, y Edmundo ha comprobado que la mujer que va del brazo de aquel desconocido ¡no era Miguelina!

Entonces, todo ha terminado bien? No, porque ahora Edmundo reflexiona. Piensa y reflexiona casi todas las noches. Quiere decir que él puede muy bien convertirse en un asesino. No sabía que era tan violento.

Edmundo ha tenido sus arranques de cólera, como todos. Ha dado palizas cuando era muchacho. Tal vez ha castigado también a alguna gobernanta indiferente a sus caprichos o a su gula. Luego, ha odiado fuertemente a un jefe de su regimiento. Otra vez puso de patitas en la calle, violentamente, a un empleado inescrupuloso.

Pero lo que había sentido aquella noche allá, cerca de la escollera, había sido otra cosa. Edmundo piensa que ha vivido un instante estupefacto. Su razón desapareció por un minuto. Edmundo recuerda muy bien haber pensado en el ademán homicida, en el espantoso y rápido ademán.

—Entonces, puedo llegar a matar... Puedo sentir deseos de matar...

Edmundo no piensa en otra cosa. Vuelve a ver continuamente la escena de la escollera, la pareja delante de sus ojos, su aturdimiento, la mano que busca en el bolsillo...

—Yo, entonces, puedo sentir deseos de matar... puedo matar...

Edmundo se ve obligado a admitirlo: si las circunstancias lo desean, él puede muy bien convertirse en un asesino.

A esta idea, toda el alma de Edmundo se rebela, es decir, toda su razón, toda su bondad fundamental, todos sus sentimientos de hombre civilizado y por fin su egoísmo. Matar a un ser humano es espantoso. Más espantoso todavía es guardar íntimamente, durante toda la vida, el remordimiento de haber matado. Luego, ir a los trabajos forzados porque se ha cometido un asesinato. ¡Matar! Algo que es tres veces espantoso, primero por el hecho en sí, luego por el peso con que se carga la conciencia y después por la prisión.

Las cosas más mezquinas no son siempre las

que golpean menos la imaginación. En todo aquel horror de sus pensamientos, Edmundo es sobre todo sensible a aquello que puede revolucionar su tranquilidad y su bienestar. Imagina su vida, ya bella y hecha: tiene un hermoso departamento, una mujer graciosa, rentas, tal vez hermosos chicos, una flor en el ojal de saco, un calorífero que funciona bien, tapetes blandos, una buena cocinera. El automóvil lo espera siempre delante de la puerta.

Ayer ha estado en el teatro y mañana tiene una velada en sociedad; después un paseo por el campo. Este verano hará un viaje por el mar.

Bruscamente, porque su sangre le hace vivir un minuto trágico, porque sus ojos descubren una pareja abrazada, porque una ola de sangre le congestiona de improviso el cerebro, he allí la prisión, la Corte de Assises, la celda, los cabellos rasos. Tal vez algo peor todavía: una mañana, al alba, la muerte...

He ahí todo cuanto puede suceder, todo cuanto sucederá.

Porque es necesario mirar las cosas de frente. La situación es muy grave y es necesario examinarla sin hacerse ilusiones complacientes. Edmundo está convencido de que Miguelina lo quiere. ¡Veamos! ¿Miguelina lo quiere realmente? Sí. Miguelina es mucho más rica que él y ha rechazado otros partidos. Entonces, lo ama. ¿Pero lo amará siempre? El tiempo consume todo.. Lo sabe, hay personas que no abandonan jamás un piyama usado o un viejo par de pantuflas, pero, ¿quién puede afirmar que Miguelina no querrá pronto un piyama nuevo, nuevas pantuflas, es decir, un amor nuevo y besos frescos?

Se necesita lucidez y coraje.

Es necesario no decir, con la cómica fatuidad de casi todos los hombres:

—Los otros sí... Todos los demás, sí, pero yo no...

Edmundo sabe muy bien que las mujeres traicionan. Es necesario entonces tener la franqueza de decirse:

—Un día, no será mañana, probablemente, pero un día, seré traicionado.

Y he aquí lo que ocurrirá: Edmundo será traicionado, lo sabrá y matará. Sin embargo, hasta hoy, ¿qué ha hecho, cómo ha vivido?

Edmundo tiene casi treinta años. Ha tenido amantes. ¿Lo han traicionado? ¡Quién sabe! Probablemente. ¿Y entonces?

Edmundo ha tenido un cierto número de amantes, como todos. Ha dejado algunas. De otras, él fué el abandonado. Sin embargo, nunca ha conocido el terrible instante que vivió, en cambio, allá, en la escollera. Ha experimentado celos, despechos, cóleras, pero nunca su mano buscó el revólver. Se trataba entonces de falsos celos, de falsas cóleras. Era, tal vez, amor sin amor.

De Miguelina, en cambio, está enamorado. No piensa más que en ella, y está como obsesionado. Sus días son azules o negros, según el estado de ánimo de Miguelina. Si ve a Miguelina, son días azules. Si no la ve, son días negros. La presencia de Miguelina agita siempre a Edmundo. Su recuerdo lo encanta. En los días de Edmundo, lo que realmente tiene importancia es lo que Miguelina ha dicho, lo que dirá Miguelina, o lo que los demás le han dicho de Miguelina. Su sueño es el de hacerla feliz y el de ser feliz a su vez. En suma, la quiere. Por esto, dentro de un tiempo indeterminado, la matará, estará obligado a matarla.

El día siguiente, como de costumbre, Edmundo llega a villa Sambre: día azul. Debería de ser un día muy azul, porque Miguelina sonríe mucho, mira a Edmundo con ojos llenos de confianza, sin coquetería y le dice:

—Edmundo, hablemos un poco de la fecha... de la fecha de nuestro casamiento... ¿Quieres que sea después de las vacaciones?... A fin de septiembre...

Edmundo salta. El corazón se le comprime y piensa:

—¿Tan pronto? Justamente como un condenado, pero no un condenado a muerte, sino un condenado a matar.

Y murmura:

—Por de pronto, Miguelina, debo advertirte una cosa... Tengo que hacer un viaje de negocios a Argelia... Esto retardará un poco nuestro casamiento. Pero, tenlo por seguro, se tratará de algunas semanas solamente..

Edmundo ha hablado instintivamente. Retroceder. Atrasar. Retardar la hora de la felicidad, es decir al mismo tiempo retardar la del peligro. Por el momento, quiere mucho a Miguelina.

Su razón le dice la misma cosa, también allá en Argelia, donde efectivamente ha ido a refugiarse y donde se aburre. Edmundo quiere mucho todavía a Miguelina. Una felicidad tan grande, sería naturalmente demasiado exigente. La traición a un amor tan grande, sería, naturalmente, escandalosa, imperdonable.

Lo que constituye la sorpresa, el celo, el dolor, y, por fin, el delito pasional, es el hecho de que los enamorados dejan de ser por un cierto tiempo individuos comunes. Por cierto tiempo olvidan que los humanos son mediocres, sometidos al frío y al calor, capaces de grandezas y de debilidades. A fuerza de sentirse, gracias a su amor, provisoriamente superiores a sí mismos, los enamorados terminan por exigir de quienes ellos aman, la misma perfección. Peor todavía, exigen la perfección continua. Si entrase en el matrimonio con la fiebre apasionada que experimenta en este momento, Edmundo no lograría olvidar el calor, no lograría nunca realizar la indulgencia.

¿Entonces? No hay más que un medio: renunciar a Miguelina. ¡Vamos!... No es posible. No se trata de renunciar a Miguelina: bastará continuar aquello que el instinto le ha sugerido, es decir, callar, esperar un poco. Se casará cuando esté más calmo: he ahí todo. La hará su esposa cuando esté seguro de que no la quiere tanto.

Edmundo permanece así en Argelia, sin hacer nada, aburriéndose, reclinado sobre sí mismo para examinar su alma, como si se tomara el pulso. Escribe a Miguelina en cada partida de vapor. Miguelina a su vez, le escribe: "¿Cuándo vuelves?" Y Edmundo responde corajudamente: "Mis asuntos me obligan a permanecer todavía aquí". Pero es necesario dar detalles de estos asuntos, y Edmundo termina efectivamente por ocuparse de negocios.

Tal vez esto lo distraiga, tal vez esto le per-

mita pensar un poco menos en Miguelina. Pero en realidad, Edmundo todavía piensa mucho en su novia lejana. Para acostumbrarse a no quererla tanto, Edmundo inventa de cuando en cuando, una escena: Miguelina entre los brazos de otro. Miguelina en trance de confesarle:

—¡Y bien, sí, amo a otro!

Cuando alguien por casualidad le cuenta una aventura o la odisea de un marido traicionado, Edmundo transporta la historia al plano de sus pensamientos:

—¿Y si se tratase de Miguelina y yo?

Pero cada vez, siempre el mismo flujo de sangre, siempre los mismos dientes que se aprietan.

Las semanas pasan. Sus negocios comienzan a interesarlo seriamente. Luego Edmundo vive alguna aventura. Su psicología está ahora sensiblemente mejorada. La sangre le bulle mucho, los dientes muerden sus labios con menor violencia.

Un día, el vapor le trae una carta de Miguelina que dice textualmente: "Ya hace casi dos años que has partido, Edmundo, y no me dices siquiera cuándo piensas volver..."

Edmundo se atreve a contestar: "Querida mía, creo que se trata de pocos días más".

Y helo aquí, en efecto, delante de Miguelina. El corazón de ella ha experimentado sacudimientos cuando Edmundo ha golpeado a la puerta. Volver a ver a Miguelina. Terrible prueba. Hela allí... Está más hermosa que nunca. He ahí sus ojos, su voz... Ella no es más que una graciosísima señorita a quien Edmundo desposará de buena gana. Pero no la quiere tanto.

En efecto, le dice:

—Ahora, querida, podemos tranquilamente casarnos.

Miguelina, efectivamente, es una graciosa muchacha que viste muy bien, que dirige con mucho gusto la casa y que es muy dócil. Edmundo realiza su vida así como se había complacido en imaginarla allá, en La Baule, la noche de su primer celo furioso: un cómodo departamento, dinero, graciosos chiquillos, una flor en el ojal del saco, un calorífero excelente, blandos cojines, una buena cocinera, el automóvil...

Los años pasan. Edmundo se convierte en un señor con los cabellos grises. Luego, una noche... una noche muy semejante a aquella noche lejana, allá, en La Baule.

Pero la escena se desarrolla en cambio en el departamento de Edmundo, después de un recibo, en el fondo de un saloncito mal iluminado. Una pareja se abraza: amigos cualesquiera, el marido de otra señora con la mujer de otro marido. La cosa no le atañe a Edmundo, pero aquella pareja sorprendida in fraganti por sus miradas, el movimiento de los dos amantes, hacen resurgir improvisamente en Edmundo el recuerdo de la noche lejana. Y el recuerdo lo hace vacilar.

Algo en lo cual Edmundo no había reflexionado nunca, aparece de pronto en su mente: en tantos y tantos años de matrimonio, Miguelina no lo ha engañado. Tal vez no ha experimentado siquiera el deseo íntimo de engañarlo. Nada en Miguelina ha podido provocar nunca motivos de sospecha. Es una mujer fiel. Porque todavía hay mujeres fieles. No muchas, pero las hay.

Pero, entonces, todo cuanto ha acaecido ha sido terrible y ridículo. Edmundo ha matado voluntariamente su amor, así, por nada. Ha hecho de Miguelina una compañera cualquiera, mientras que en cambio habría podido vivir años y meses de pasión frenética y feliz.

Edmundo, matando su amor, ¿se ha impedido a sí mismo aquella felicidad? ¿Y por qué? Por miedo de ser traicionado, por miedo de verse obligado a matar. En cambio, Miguelina es una de aquellas mujeres que no traicionan. Pero Edmundo contaba con aquella traición. La preveía. Era mejor preverla. No habría sido inteligente suponer que mientras todos los demás maridos, más inteligentes, más hermosos, con más méritos, son regularmente engañados, él, Edmundo, iba a ser la excepción con su mujer fiel.

Miguelina, no traicionando a Edmundo, como en cambio Edmundo esperaba, lo ha traicionado efectivamente. Es paradojal, pero es así. Y esto es, en efecto, lo que piensa Edmundo.

Lo cierto es que, a partir de aquel día, él se siente presa de una especie de irritación que no lo abandona más. Piensa solamente en las horas de pasión que ha perdido, que ha sacrificado en vano

Imagina esas horas, las amplifica, las lamenta con ira. Mira a su mujer con despecho, con rencor, con desdén. Poco a poco Edmundo se deja poseer por el hábito de reprochar a su mujer, de herirla en su orgullo. Por otra parte, Miguelina se revela toda tal cual es. Es una mujer fiel, pero tiene también sus defectos, se muestra mezquina, colérica, fastidiosa. Las escenas se suceden. El veneno se acumula día a día, gota a gota, y, en pocos años, aquellas gotas crecen.

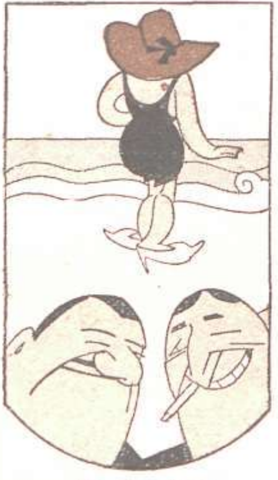
Una noche se desarrolla una escena más violenta que de costumbre. Una brusca cólera se apodera de Edmundo, la sangre le sube al cerebro, su razón se evapora, su mano busca algo en el bolsillo posterior del pantalón. Desgraciadamente, desde hacía mucho tiempo, Edmundo ya no tenía miedo de ponerse el revólver en el bolsillo todas las mañanas. Y por eso mató a Miguelina.



ANDRES BIRABEAU



A PUNTA DE LAPIZ, por ALVAREZ



En la playa

—Ha encontrado novio en la playa.

—¿Y quién pudo enamorarse de ella, con esos descomunales juanetes?

—Uno que la adora precisamente por eso: un pedicuro.



Niños caprichosos

—¿Por qué llora el nene?

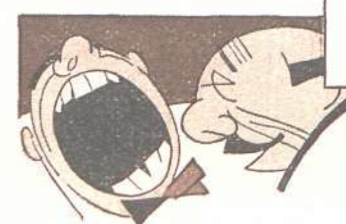
—Porque le habían prometido una azotaina, y no le han cumplido la promesa.



¿De quién es la culpa?

—¡Qué pestilencia! La culpa es de ese mal cigarro que fuma usted. ¿Por qué no fuma de otra clase?

—Y, la culpa ¿no será de su olfato de usted? ¿Por qué no cambia de narices?



El bostezo

—El bostezo es el barómetro del aburrimiento.

—Según. A veces es el manómetro del hambre.



Los que lo exageran todo

—Fué un calor infernal.

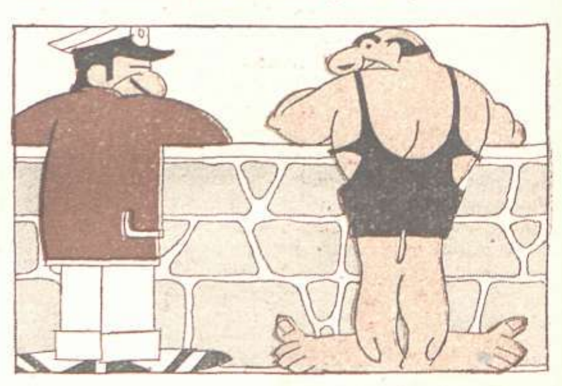
—Efectivamente. ¡Cómo sería la temperatura que algunos echaron lava encendida por los poros!



Cerveza helada

—Esta cerveza no está bastante helada. No sé en qué consiste; en ninguna parte tienen la cerveza bastante helada.

—¿Y por qué no va usted al Polo, a la cervecería donde suelen ir los osos blancos?



En el río

—¿No se baña?

—Nunca. Temo ahogarme.

—¿Y, entonces, a qué viene usted aquí?

—A ver cómo se ahogan los demás.

DICHO Y HECHO

F R A N C I A



El "affaire" Stavisky ha sido la gota de agua que ha colmado el vaso de la paciencia francesa. Y las derivaciones del mismo, de todos conocidas, han puesto de relieve la exacerbación política del pueblo. Realistas y republicanos, comunistas y francistas, los hombres de las ideas más opuestas han ganado la calle, y el terror y la muerte han sido las inmediatas consecuencias del malestar que latía en la intimidad económica de Francia. Hoy Gastón Doumergue y su ministerio "venerable" procuran disolver los nubarrones. La tarea es delicada y difícil, pero, no obstante el caos, palpita la fe de un pueblo, y Francia se salvará, porque ése es su destino.

▼ ▼

A U S T R I A



En medio de una situación financiera desesperante, el canciller Dollfuss venía luchando, desde hace tiempo, contra la influencia del nacionalsocialismo y contra el marxismo. Unas veces parecía ser el primero el enemigo más serio, y otras, el último, que sólo contaba hoy con escasos municipios, entre ellos el de Viena. Pero la Heimwehr requería una definición, y el primer movimiento para lograrla se ha producido al ocupar la citada guardia nacional la ciudad de Linz. ¡Dolorosa maniobra! Los socialdemócratas se han alzado, y en varias ciudades austríacas las barricadas y las ametralladoras han iniciado un período de guerra civil. Y mientras la Heimwehr apoya al "Napoleón de bolsillo" y el socialismo defiende sus baluartes, el nacionalsocialismo confía en el porvenir, que considera suyo y cercano, como que acaso la diferencia sólo existe en las designaciones...

▼ ▼

E S P A Ñ A



Contaba don Ramón Pérez de Ayala que, durante una de sus permanencias en Lisboa, al entrar en una librería se le acercó un soldado portugués y le dijo, con la clásica dulzura lusitana: "Hoy no se vende porque estamos de revolución". No creemos que esa gentileza haya hecho escuela, pero lo cierto es que no sólo se comunican las revoluciones en estado activo, sino aquellas en preparación. El lector habrá advertido que nos referimos a España, cuyas izquierdas han hecho el anuncio de la rebelión... Hasta este instante no ha estallado aún, pero la verdad es que el encono entre diestras y siniestras se intensifica diariamente, y que la nueva república vive una hora cargada de sombríos presagios. Esperemos los acontecimientos, para no malograr un comentario.

▼ ▼

E L S I S T E M A Y E L H O M B R E



Y el conflicto soviéticojaponés? La palabra guerra vibra en el Extremo Oriente... Y observe el lector: variados sistemas de gobierno rigen a las naciones del mundo; tenemos monarquías absolutas y monarquías constitucionales, sistemas dictatoriales de izquierda y de derecha, repúblicas democráticas y más o menos democráticas, y en todas partes, y en modo especial en Europa, una vibración de angustia sin antecedentes en la historia. ¿Son los sistemas los malos? ¿O ha llegado el momento de pensar en que el valor hombre atraviesa por un período depresivo, causante de la depreciación de los sistemas? Hacemos esta inquisición, y, al hacerla, contemplamos el panorama americano, y particularmente el argentino, y aun nos sonríe una esperanza.

▼ ▼

APUNTES SUPERFICIALES DE UN

Lo que se ve y se oye

El paisaje herido por la presencia de los bañistas y de la propaganda Mujeres artistas que se destacan. — Una anécdota pintoresca. — El inspirarse. — Historia trágica de un jugador de ruleta. — Una un filántropo. — Medio millón de pesos para el Hospital Español es el mejor esca

Por JUAN JOSE

El paisaje herido

El paisaje de Mar del Plata — me dice un pintor — *sería muy hermoso si estuviera vacío...*

En efecto. No hay rincón bonito a lo largo de toda la costa marplatense, que esté libre de los seres humanos. Muchos de los artistas que andan por aquí, se quejan de la imposibilidad de hallar un ángulo de la naturaleza donde no se encuentre una foca con traje de baño.

—*El hombre, ubicado en el centro de la naturaleza* — continúa diciéndome el pintor — *me resulta antiestético. Es un estorbo. Se parece a la gota de tinta que cae en las cartas de amor. En cuanto los veraneantes descubren un paraje en que las olas producen un efecto pictórico, allí se amontonan los gordos y los flacos, con la boca abierta a comer mariscos o a pescar. Y sucede algo peor: tan pronto como los comerciantes ven que un artista ha descubierto un paisaje digno de pintarse, ellos se apresuran a hacerlo, dándonos consejos innobles: "Lávese con jabón marca Tal" o "Purifíquese el organismo con..." La policía debiera prohibir esos abusos.*

En Alemania — lo acaba de contar Camille Mauclair — el señor Hitler ha tomado medidas severas para impedir que los paisajes sean estropeados por la reclame comercial. Además, ha resuelto castigar a los artistas de las escuelas revolucionarias que — según él — perjudican con sus fantasías estrambóticas al buen gusto del público.

—*Si esos falsos artistas* — ha dicho Hitler — *son mistificadores, deben ir a la cárcel y si son sinceros deben ser recluídos en el manicomio.*

Artistas

La mayoría de los artistas que vienen a Mar del Plata, se dedican, sencillamente, a descansar. Aspiran yodo; se ponen en contacto con la naturaleza y olvidan las duras faenas del oficio. Sin embargo, no todos los artistas consiguen olvidar que lo son. Si encuentran un motivo digno de su pincel, lo capturan con la punta del lápiz o con el rabo del pincel. Y así, en esa actitud, he podido sorprender a tres artistas femeninas, cuyas obras comienzan a darles renombre: Margarita Roux, de positivos méritos; Antonia Ventura y Verazzi, cuyas telas eficaces serán expuestas próximamente en algunos salones de Italia; y Eloísa J. Dufour, paisajista inspirada y diestra que obtuvo en 1932, un premio en el Salón de "Camuati" y otro, en 1933, en la exposición del "Club Argentino de Mujeres".

Anécdota pintoresca

Y ya que sigo hablando de pintores, he aquí una anécdota que corre por la Rambla:

El otro día, el prestigioso pintor español don Francisco Villar, encontróse de pronto, al pasar por la Rambla del Brístol, con un efecto de luz maravilloso. El sol a través de las grandes columnas, daba a las aguas del mar un color estupendo. Villar, que es un artista sincero, vibrante y emotivo, se estremeció de júbilo. Acudió a lo de Witcomb. Pidió tela, pinceles, pinturas. Allí mismo, en la rambla, en el peristilo, se puso a reproducir con la habilidad que lo caracteriza, ese efecto de luz. A los cinco minutos lo interpeló violentamente uno de los vigilantes de la Rambla:

—*¿Quién le ha dado permiso para pintar?*

—*¡Dios!* — le repuso Villar.

—*¿Tiene patente?*

en Mar del Plata



comercial. — El hombre es antiestético. — Una opinión de Hitler. — pintor Francisco Villar. — Los artistas necesitan patente para condena sentimental. — "Don Julio". — El magnífico ejemplo de de Buenos Aires. — Un gesto simpático. — La Rambla del Bristol parate del mundo.

DE SOIZA REILLY

—*No, señor. Dios no da patente a los artistas porque sería negar su propia obra.*

—*Entonces, retírese.*

Fué en vano que el ilustre artista protestara contra la orden del guardián:

—*Si no se retira, lo voy a llevar preso...*

Villar, respetuoso de las leyes argentinas — aunque sean leyes refractarias al arte — recogió sus pertrechos de guerra. Se dirigió a la oficina administrativa de la Rambla, donde otro funcionario confirmó la orden del vigilante:

—*En la Rambla, señor, no se puede pintar sin patente. Existe una ordenanza, firmada por el ministro doctor Míguez, que lo prohibe terminantemente.*

Aquí terminaba el sainete. Pero yo me enteré del asunto. Fuí a la agencia de "La Razón" en la Rambla, y transmití mi indignación al jefe de la misma, doctor Manuel María Oliver. Mi noble e inteligente colega redactó un magnífico suelto poniendo de relieve la cómica arbitrariedad de los señores agentes del orden ramblero. Al día siguiente, el pintor Villar recibió toda clase de excusas oficiales, muy caballerescas. Se le otorgó un permiso muy original que, en síntesis, dice más o menos: *"El pintor don Francisco Villar queda autorizado para pintar la rambla".*

¡Nos imaginamos a Villar blanqueando la rambla!

Historia trágica

Es popular en Mar del Plata un caballero que está radicado en esta población, desde hace veinte años. Ambula todos los días por el paseo del Brístol, vestido de blanco y, a veces, de gris, con un poncho. No conversa con nadie. Es decir, habla solo. Mientras camina va diciendo palabras inconexas. Si algún fotógrafo pretende retratarlo, se enoja. Enarbola su bastón y pega. Vive en Mar del Plata durante todo el año. En invierno, cuando la Rambla es un desierto, se le ve, solitario, recorrer el paseo, hablando fuerte y accionando con su grueso bastón. Los guardianes le llaman: *Don Julio.*

Don Julio se digna, a veces, cambiar dos palabras con ellos, acerca de la temperatura y, en seguida, se aleja murmurando frases que nadie le entiende.

Hoy me han contado la historia de este buen señor. Es pintor e italiano. Hace tiempo conquistó en Buenos Aires cierta nombradía por sus cuadros al óleo. Consiguió formarse un capital y con él construyóse una casa. Era feliz. Hace veinte años, vino por primera vez a Mar del Plata, para veranear. Entró en la ruleta. Ganó. Perdió. Ganó. Perdió... Al tercer día se fué a Buenos Aires, sin un solo peso. Allá vendió su casita y con el producto regresó a la ruleta.

—*¡No va más!... ¡Colorado el 5!*

En media hora se jugó la casita. Desesperado, pensó en el suicidio. No quiso matarse. Juró vengarse de sí mismo.

—*Quiero* — se dijo interiormente — *castigarte por loco. Vivirás siempre en Mar del Plata. Aquí te ganarás la vida como puedas. Abandonarás el arte. Pasarás por frente a la ruleta sin entrar...*

Y cumple su castigo. Hoy he visto a don Julio que, al pasar frente a la ruleta, enarboló el bastón como para pegarle a la pared. Y entre dientes, con una voz muy dulce, decía:

—*¡Porcachona!*

Un ejemplo magnífico

Los ricos ya no tienen plata...

Esta es la reflexión que suelen hacerse en el balneario los vigías de la temporada. En la ruleta sólo juegan aquellos que nunca tuvieron fama de poseer fortuna. Los que juegan más fuerte son los turcos, los rusos, los israelitas, los comerciantes y algunos políticos... Los hoteles suntuosos sufrirán este año pérdi-

das enormes. La nueva gente rica que viene a Mar del Plata es, en su mayoría, de origen modesto. Son los mismos que juegan. Prefieren hospedarse en hoteles baratos. (Los hoteles baratos están repletos. Hay clientes que, con motivo del Carnaval, se resignan a dormir sobre las mesas de los comedores. Una vez levantados los manteles, se juntan las mesitas y se extienden sobre ellas los colchones...)

—*Pero ¿qué se han hecho los ricos de apellidos ilustres?*

—*Economizan. Viven en sus chaléts. Juegan al bridge. Leen. Bailan...*

Hay, sin embargo, personas muy acaudaladas que, por modestia, ocultan sus riquezas. Huyen del rastacuerismo. No quieren aparecer ni siquiera en la crónica social de los periódicos. Son generosas; son filántropos. Practican la caridad sin ruido de campanas, humildemente, con la sencillez de los santos antiguos. He aquí un ejemplo:

—*¿Quién conoce en Buenos Aires al señor Francisco Buedo?*

No figura en el "libro de oro" o "Almanaque Gotha" de nuestra aristocracia. Su nombre no aparece jamás en los periódicos. Sólo lo conocen sus amigos. Pero ellos hablan de él con verdadera admiración:

—*Es un hombre honestísimo, suave, de temperamento angelical. Inteligente, pulcro, modesto y laborioso, podría actuar en las más altas esferas sociales, como si hubiera nacido para vivir en ellas. Pero no quiere.*

¿Es rico? ¿Es pobre?

Un día, hace pocos meses, un caballero se presentó en el Hospital Español de Buenos Aires. Este hermoso hospital, orgullo de la colectividad española, es dirigido actualmente por uno de los grandes maestros de la cirugía: el doctor Jáuregui. Pues bien: el desconocido, enterado de la urgencia que aflige al hospital de ampliar sus comodidades, dijo en voz baja:

—*Quisiera hacer una donación al hospital.*

El empleado se dispuso a tomar nota del ofrecimiento. Habituado a atender a muchos españoles agradecidos que llevan siempre donativos más o menos pequeños, no observó en el donante ningún detalle que le llamara la atención. Tomó la pluma y el formulario para extender el recibo del caso. En seguida preguntó:

—*¿Cuánto va a dar, señor?*

—*Medio millón de pesos.*

—*¿Medio millón de pesos?*

Al empleado se le cayó la pluma. Hubo un revuelo en la administración. ¡Medio millón de pesos! Parálisis general...

—*¿Cierto?*

—*¡No puede ser!*

—*¡Verdad!*

—*Medio millón de pesos. Quinientos mil pesos...*

El donante firmó un cheque por esa suma. Pero ¿y si se trataba de una fantasía? ¿Y si se trataba de un enfermo delirante que se creyera dueño de los millones de Arlequín?

—*En 1934, un hombre desconocido que regala a un hospital medio millón de pesos... ¡No!*

Desde el hospital preguntaron al banco, con miedo, si se trataba de una realidad.

—*Sí, señor. Tenemos orden de don Francisco Buedo para entregar al Hospital Español de Buenos Aires su donativo: medio millón de pesos...*

El gesto merece la publicidad. Entrego, pues, el nombre de don Francisco Buedo al corazón de todos los españoles que honran con su trabajo a la República Argentina.

Escaparate del mundo

ANTIGUAMENTE se hablaba de los bulevares de París como del único sitio del mundo donde podían encontrarse reunidas todas las razas del orbe. Comparados con la Rambla del Brístol, los bulevares me resultan un teatrito de títeres...

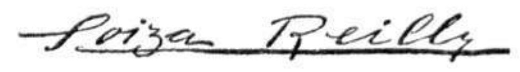
—*¿Ve usted aquel caballero vestido de blanco? Es un potentado de la India. Viene a comprar cereales y lana para no sé dónde...*

—*¿Ve usted aquel hombrecito que camina moviéndose de derecha a izquierda? Es el famoso torero X, que viene a comprar una estancia...*

—*¿Ve usted aquel señor tan solemne y de mirada tan noble y tan simpática? Es un "pequero", dueño de un lujoso chalet en el barrio del golf.*

—*¿Ve usted?...*

Y van desfilando los tipos más extraños, de todas las razas, de todas las proezas, de todas las manías. No falta el "hombre gigante" o la "mujer serpiente". La Rambla es el reflejo de la vida moderna. Es el mundo metido en un escaparate...



Por los caminos del diablo

Por

Erich María

Remarque

●

El renombrado autor de "Sin novedad en el frente" nos relata aquí un episodio de los caminos, de la dura lucha por la vida para ganarse el pan en los años posteriores a la Gran Guerra.

●



DESPUÉS de haber vivido cuatro días alimentándome con ciruelas verdes, sentí que me desmayaba. Fuego en el estómago. El camino del pueblo me pesaba sobre los ojos. Tenía noción de que era un mediodía de sol brillante, pero todo me parecía gris como la ceniza y mis piernas, tan pesadas, como si se arrastrasen entre las aguas de un pantano. Pude apartarme del camino y tumbarme bajo un pino, la camisa desabotonada, sintiéndome caer en un negro abismo sin fondo...

Era noche cerrada cuando recobré el conocimiento. Un campesino hallábase a mi lado, sacudiéndome. Tenía la sensación de que mi rostro estaba mojado. Pasé la lengua por mis labios ardientes, advirtiendo sabor a brandy. El hombre acercó la botella a mi boca. Me incorporé y tomé un trago, moviendo negativamente la cabeza. No podía beber más. Se me había subido al cerebro apenas tragado.

El campesino se dirigía a su casa del pueblo. Su caballo resoplaba delante del carro entoldado, al borde del camino. Bajo las ruedas, una linterna expandía en torno su luz mortecina. La sombra del hombre ,el tibio olor del caballo y el tosco vehículo aldeano me traían reminiscencias de hogar, acreciendo mi debilidad.

Me mordí el labio y me enderecé. El campesino me preguntó qué me ocurría. Le contesté que estaba sin trabajo y que la semana anterior, mientras andaba por los caminos, al-

guien me había robado mis últimas monedas. El hombre extrajo de su carro dos huevos frescos, los cascó sobre un vaso, los mezcló con brandy y me ofreció el tonificante cóctel. Lo bebí con lentitud, saboreándolo. Luego comí un poco de pan cortezudo que también me alargó. Me propuso llevarme consigo y yo le pregunté si podría darme trabajo. La contestación fué negativa. ¿Qué podía hacer yo? Cualquier cosa — le expliqué — que se me encomendara y que no se tardara mucho en aprender. Quedó pensativo por un minuto antes de decirme que, no muy lejos, trabajaba una cuadrilla en la línea del ferrocarril y que el capataz necesitaba dos hombres más, según había oído; pero probablemente ese trabajo resultaría demasiado pesado para mí. Le repliqué que me repondría pronto y que podría desempeñarlo. Al día siguiente estaría mejor. Que me dejase allí mismo. Entonces me informó acerca de la dirección de la cuadrilla, cinco kilómetros adelante, me entregó más huevos frescos, un pan entero y una salchicha. Nada tenía yo que darle a cambio, excepto una navaja de bolsillo. Se la ofrecí, rehusó tomarla al principio, pero luego se apoderó de ella como si le viniera un súbito pensamiento acerca del uso probable que yo pudiese hacer de tal arma. Al irse con su carro, agregó a sus anteriores donaciones una vieja manta del caballo.

Escondí los huevos entre el musgo. El pan y la salchicha los coloqué a mi lado, bajo la manta. Desperté varias veces durante la noche para palparlos. Sentía sobre mi cuello el áspero roce del borde de la bayeta, que olía a sudor de caballo. Después de todo esto, las cosas no fueron tan mal.

Tan pronto como amaneció me levanté para apartarme de la orilla del camino. Mis reservas alimenticias eran mi única preocupación. Internándome entre la arboleda di con un pequeño arroyo, en un claro del bosque, y allí me tumbé. El hambre me atormentaba más que en los días precedentes. Hice una cuidadosa repartición de mis comestibles. No podría resistir mi estómago muchos bocados. Los rechazaría de golpe. Necesitaba aprovechar hasta la última migaja para recuperar fuerzas y poder trabajar en la cuadrilla. El primer día comí muy poco y permanecí a la sombra. Al segundo día me sentí mucho mejor, me bañé y permanecí a los rayos del sol, teniendo la precaución de preservar la cabeza. A pesar de mi temor de que las dos vacantes estuviesen ya ocupadas, me quedé el tercer día en aquel claro del bosque, durmiendo y comiendo los restos de mis provisiones. A la mañana del cuarto día me dirigí hacia la cuadrilla. El capataz se quedó mirándome con expresión dudosa, pero tuve suerte: habían enfermado dos peones y fuí contratado.

●

ERAMOS unos veinte hombres y vivíamos en unas barracas de cinc, cerca de la vía. La primera mañana trabajé con vehemencia porque advertí que el capataz me vigilaba. Al atardecer apenas podía moverme y me sentía tan exhausto que comí muy poco. Invadíame la desesperación porque presentía el desmayo. No esperaba simpatía de nadie. Por lo pronto, uno de los trabajadores, un membrudo y negro dogo a quien llamaban Meck, me había tomado ojeriza y me molestaba, golpeando con su pico de modo que me apedreaba las espinillas con los desprendimientos. Además, hacía constantes referencias a la gente "fina" que se creía capaz de aquellos trabajos y a quienes echaba al diablo.

El calor era sofocante. Las láminas de las barracas resplandecían, lo mismo que nuestras espaldas sudorosas. Los rieles, expuestos al rigor solar, abrasaban. El compañero que trabajaba a mi lado aparecía tan resistente como un caballo, con su piel atezada y sus salvajes mostachos. No decía nada, pero me observaba con frecuencia, notando cuán entorpecidos eran mis movimientos. Al fin me detuve. Me temblaban las manos y un copioso sudor me inundaba de la cabeza a los pies. La humedad de la frente se tornó fría. Con un gruñido me empujó hacia un lado, tomó mi pico y me enseñó prácticamente cómo realizar el trabajo con menos esfuerzo.

—Gracias... gracias — le dije.

—Bueno — refunfuñó, pero no de malos modos.

Volví a trabajar. El día terminaba, pero me di cuenta de que podría resistir la labor con las lecciones aprendidas.

Aquella noche me acerqué al capataz y le pedí dos marcos a cuenta. En la cantina compré un atado de cigarrillos. El compañero que me había ayudado hallábase sentado sobre el tronco de un árbol, a la vera de las barracas. Se llamaba Heinrich Thiess. Me acerqué a él como por casualidad, encendiendo un cigarrillo y ofreciéndole otro.

—No, gracias — me dijo, tocándome el brazo suavemente.

Prefería mascar. Me aparté para entendérmelas con el capataz o obtener una pieza de tabaco prensado a cambio de varios cigarrillos, y poco después se la ofrecía.

—Estas son las tabletitas obscuras de buena clase, aromadas con ron — le expliqué.

—¿Es usted conocedor del artículo? — me preguntó, tomándola y oliéndola.

—Uno poco — contesté, — pero a mí no me agrada.

—Comprendo. Lleva tiempo acostumbrarse a estas mascaduras.

Desde entonces cenábamos juntos todas las noches. A veces mi compañero pescaba en el río cercano y guisaba a su modo lo que atrapaba con los anzuelos. Sabía muchas cosas y era muy mañero.

Una vez cocinó un erizo, bañándolo en arcilla bien preparada. Me informó que los gitanos consideraban este "plato" como para los días de fiesta. Lo comimos. Tenía un gusto extraño, pero no malo. Me habría gustado más si ignorara que me comía un erizo. En una ocasión, siendo soldado, me comí un gato guisado, sin saberlo, y me pareció riquísimo.

Después de cenar me solía relatar sus aventuras. Era un vagabundo que nunca se detenía mucho en el mismo lugar. ¡Hermosas noches aquéllas! La brisa nos traía fuertes aromas florales. Cerca de nuestras barracas extendíase un jardín delante de una casita ocupada por un empleado del ferrocarril; una de esas pa-

téticas y pequeñas quintas que se van viendo en abundancia desde las ventanillas del tren. El jardín estaba cubierto de rosales y su fragancia nos la acarreaba el viento. Heinrich se ponía en pie cuando su nariz la advertía, y olfateaba con placer, alzando su cabezota y balanceándola a su gusto. Solía contemplar la casita con mucha atención. La mujer que todas las mañanas limpiaba los cristales de las ventanas era bastante más joven y robusta que su marido, el empleado. Mi compañero pesaba setenta y seis kilos y no poseía en todo su cuerpo diez gramos de grasa.

El negro Meck no perdía ocasión de molestarme. Me hizo varias perradas. Heinrich le reprendió varias veces, pero no hacía caso: me odiaba aunque yo trataba siempre de evitarlo.

—No es correcto lo que hace — me dijo Heinrich; — tendrás que pelear con él. Yo lo haría por ti, pero no adelantarías nada. Toda la cuadrilla se te echaría encima. Ven conmigo.

Nos internamos en el bosque y me enseñó lo que debía hacer.

—Su cabeza es dura, me consta; pero su estómago es como la manteca — explicó — y tendrás que machacarle en esa parte y tumbarle. Es fácil.

Por aquellos días eran frecuentes las peleas en las barracas, ya entre los peones o bien con los mozos del cercano pueblo. Muchos de nosotros andábamos ansiosos tras de las mujeres y todos los domingos había camorra. Heinrich observaba con cuidado a Meck, dándome consejos como lo haría un entrenador. Todas las noches practicábamos.

—Derecho al estómago... como si le golpearas a él. Yo puedo aguantar cualquier puñetazo.

En efecto; me hacía tocarle los músculos de su estómago que, cuando se estiraba, formaban como una red de acero.

Transcurrió una semana y un domingo aconteció lo esperado. Respirábase en las barracas una atmósfera tensa. Meck rondaba. Una mujer que le quitaba el sueño le había echado al diablo. Toda la tarde se la pasó buscando camorra. Cuando llegué, en seguida se me enfrentó. Esperaba que yo permanecería tranquilo, como de costumbre, pero esta vez se equivocó.

—¡Cierra tu hocico, perro puerco! — le grité, contestando a sus insultos.

Un inmediato silencio reinó en todas las barracas. Meck vino hacia mí, inclinando ligeramente su cuerpo, los brazos colgantes y los labios torcidos en una mueca fea. Se podía notar la alegría que le embargaba al haber encontrado, al fin, la oportunidad de machacarme.

—¿Qué? ¿Qué es lo que has dicho, muñeco de porquería? — rugió con rabiosa exaltación.

De una rápida mirada advertí, a la media luz de aquella noche clara, las caras de los compañeros diseminados por las barracas. Algunas se mostraban indiferentes, otras sorprendidas; pero en las más podía leerse la desalmada expectación de presenciar con regocijo la caída de alguien bien machacado. Vi el rostro de Heinrich y volví a gritar a Meck:

—¡Te dije que cierres tu puerco hocico!

Se detuvo un momento antes de arrojarse sobre mí. Me alcanzó en el hombro y yo le alcancé en el cuello. Luego intentó agarrarme por las rodillas, sin duda para derribarme y machacarme sobre el suelo, tal como me había advertido Heinrich. Lo hubiera logrado de no conocer yo sus intenciones. Retrocedí para en seguida tirarle un tremendo puntapié. Se enderezó un poco tambaleante y le alcancé netamente en el estómago antes de que sus brazos se estiraran. Cayó lanzando un resuello y quedó tumbado. Alguien del corrillo dijo: "Tiene bastante. No se moverá en un rato". Miré a Heinrich. Aprobó con los ojos. Luego paseé la mirada en torno. Todo me parecía nuevo. Estaba temblando. Meck me habría convertido en jalea golpeándome en tal estado. Me acerqué a Heinrich. De súbito se escuchó una sorda exclamación.

—¡Cuidado!

Salté a un lado por instinto y Heinrich, a mi lado, hizo lo mismo. Un resoplido, un áspero ruido... Meck, sobre sus piernas, esgrimía una navaja en la mano.

—¡Condenación! — exclamó el hombre que me había avisado. — A puñaladas no se puede consentir.

Heinrich le cayó encima como un rayo al negro Meck. Sus golpes parecían martillazos. Una escena horrible. Todas las gargantas carraspearon. Quedó tendido y castigado con exceso.

Más tarde comprendí que lo hecho no había sido por mí, sino por la navaja. Heinrich era el peón más fuerte de toda la cuadrilla y eso le daba ciertos derechos y le obligaba a ciertos deberes que los demás reconocían. Así como no pudo favorecerme en la lucha cuerpo a cuerpo con el caído, así tuvo que intervenir directamente para castigarle cuando amenazaba con el arma.

●

Arribó el mes de agosto. Heinrich y yo no podíamos dormir en las sofocantes barracas. Sacamos nuestras esteras para dormir al aire libre. ¡Inolvidables noches! Los rieles brillaban a la luz de la luna. De cuando en vez pasaba un tren barriendo la vía con su escoba luminosa. En lo alto, la Vía Láctea desparramaba la sutil claridad, vaporosa y fantástica, de sus núcleos estelares. Parecía el humo tenue de un gigantesco barco que se perdiera sobre el horizonte. Me despertaba con frecuencia y contemplaba las estrellas, no logrando seguir con la mirada atenta las que, fugaces, rayaban el cielo con inimaginable celeridad. Y soñaba, despierto y durmiendo; soñaba sintiéndome volar por el espacio sobre el cascarón de la tierra...

Heinrich se ausentaba de mi lado, cruzaba parte del bosque. Al amanecer regresaba. Yo sabía de dónde venía... de la casita del empleado... pero me hacía el desentendido.

Una noche se presentó ante nosotros éste. Mi compañero y yo estábamos sentados ante el fuego que habíamos encendido para cocer una trucha. El recién llegado se sentó cerca, a nuestro lado. Tipo descolorido y sudoroso. Hein-

rich procedía como si no le hubiera visto. El hombre habló del tiempo, del mucho calor. Heinrich callaba. Le miré. En apariencia mostrábase sereno, pero trajinaba demasiado alrededor del fuego.

— Pronto volveré — dije yo, retirándome hacia las barracas.

Posteriormente supe lo que había sucedido entre ambos. El empleado contó a mi compañero cómo había sido herido en los pulmones durante la guerra.

— ¿Dónde? — le preguntara Heinrich.

— En Arras.

— Allí estuve yo también — dijo el primero.

El encargado de la vigilancia de aquel trayecto ferroviario confesó que padecía de tuberculosis. Mostró el certificado de un médico, pero Heinrich rehusó leerlo. Con toda tranquilidad y sin buscar simpatías con sus palabras, el enfermo dijo que sus días estaban contados y que no tenía a nadie en el mundo fuera de su esposa. Sabía muy bien que Heinrich mostrábase ansioso por ella... y como él viviría muy poco y no poseía otra cosa en el mundo... ¿comprendía la soledad y el desamparo que...?

— Sí — le había contestado mi compañero.

El empleado habló poco más. Esperaba otra contestación.

Transcurridos dos minutos de silencio, Heinrich se enderezó ante el fuego.

— ¿En dónde dices que te hirieron en los pulmones, camarada? ¿En Arras?

El enfermo asintió con un movimiento de cabeza.

Heinrich continuó mirando el fuego con ojos inmóviles, como si no hubiera escuchado sus propias palabras.

Una rama seca ardía crepitando en la pequeña fogata. Heinrich, como si se sacudiese de una pesadilla, alzó los ojos, parpadeando.

— ¡Ah, sí! — dijo, todavía con expresión distraída.

Luego, mirando al hombre frente a frente, agregó:

— Pero tendré que hablarle personalmente a ella.

— Me parece bien — asintió el empleado.

Y se despidió con un par de palabras más.

A la noche siguiente, Heinrich regresó de su excursión nocturna mucho más pronto que de costumbre.

El expreso Varsovia-París no tardaría en aparecer, pues ya silbaba en la distancia. En aquella pequeña estación se detendría los cinco minutos reglamentarios. Por fin la negra y reluciente locomotora avanzó resoplante por aquellas vías, esparciendo chorros de chispas en su torno.

Mi compañero se tumbó en el césped.

— Mañana me largo, Paul — me dijo.

Permanecí callado. Presentía un desenlace parecido, no sé por qué. Pero, sin embargo, la noticia me hizo el efecto de una punzada y no acerté a decir palabra.

— Me he quedado demasiado tiempo en un mismo lugar — habló él al cabo de un prolongado silencio.

— ¿Se lo has dicho a ella? — se me ocurrió preguntarle.

— Sí.

Entorné los párpados y me quedé contemplando el césped.

— No se sentirá muy consolado el tipo ése cuando sepa que te has ido. Y ella se asomará a la ventana y aullará como una loba que ha perdido su compañero.

— No — pronunció, convencido, Heinrich.

Le miré a los ojos y él se revolvió con brusquedad.

— Ya tuvo bastante de mí — exclamó. — Le dije que era casado, que deseaba regresar al hogar, al lado de mi mujer...

Hice un ademán comprensivo.

— Y ya no chilló más con esa explicación — continuó mi compañero. — Estaba rabiosa, ¿comprendes? ¡Rabiosa! Mujer de mucho carácter, compañero. ¡Condenación, cómo se enfureció! Pero le pasará.

Otra vez el silencio fluyó sobre nosotros, envolviéndonos en su sombrío aliento.

El tren sudaba de nuevo vapor antes de arrancar, horadando la obscuridad con sus potentes focos.

— ¿Es cierto que eres hombre casado? — le pregunté rompiendo el silencio.

— ¡Oh, qué esperanza! — murmuró Heinrich, arrancando un puñado de musgo y arrojándolo lejos.

●

PARTIÓ a la noche siguiente.

— Te acompañaré un trayecto, compañero — le propuse.

Movió la cabezota negativamente con expresión resuelta.

— No, Paul. Me iré solo por este camino que serpentea al borde del bosque.

La noche expandía gran claridad. Se podía distinguir el camino, el bosque, la casita, el jardín, algunas sombras bien perfiladas...

— Tendrás que estar alerta con Meck, nada más que con cuidado — me aconsejó. — Lo mejor es que ocupes el lugar de la esquina donde yo dormía. Pero no creo que te moleste más después de lo ocurrido.

— Ni yo tampoco lo creo — contesté.

— Bueno... entonces, buena suerte, Paul.

— Buena suerte, Heinrich.

Nos dimos un sólido apretón de manos.

Permanecí frente a las barracas mientras él se iba internando en las revueltas del sendero, ladeando el arbolado. Pisaba con firmeza, con aire de ex soldado, a la espalda el atado, ausentándose por los caminos del diablo, mundo adelante...

No volvió la cabeza una sola vez.

Me sentí solo bajo la capa del cielo.

Tres semanas después me largué yo también.

ERICH MARIA REMARQUE

Traducción de J. A.

Chevalier, el de la sonrisa parisiense, a través de un reportaje



Mauricio Chevalier, paseando por los jardines de La Bocca, su villa.



Una foto de Maurice, de los tiempos en que se inició en las tablas.

Durante la época de sus triunfos, en París, en compañía de su madre.

A cuál escoger? ¿Al amante tierno y alegre del "ecran" o a ese ángel de la neurastenia que se le parece como una sombra y que pasea en todo lugar una mirada helada de fastidio en su rostro florido de salud? El filántropo (existe un hospital Chevalier) o al avaricioso? ¿O a un otro Mauricip, sentado sobre su pedestal de gloria, a un otro que, sin duda, es el verdadero?...

Después de su regreso a Hollywood, he corrido, vuelta a vuelta, tras esos brillantes personajes. No quedaba — falso semblante, sombra chinesca, ojos de hielo — nada más que el fantasma de Chevalier.

Pisella se había encargado de negociar la entrevista. El sólo, por largo tiempo, explicó y justificó a Chevalier. Esta tradición de amistad que Cástor y Pólux, Orestes y Pílades, Montaigne y La Boetie embellecieron, Chevalier y Pisella la han dejado intacta.

Esperé durante varios días. Pisella, apretado entre su promesa y el tiempo que pasaba, desesperaba, a simple vista. "¡Está tan ocupado", suspiraba. Finalmente, tomando el mayor partido, se desembarazó de mi entre las manos del "manager".

La maravillosa utilidad de Max Rúppa, yo la descubrí poco a poco. Esta gran sombra fiel se interpone entre el mundo exterior y él, suaviza sus asperezas, pule sus facetas, ofrece a las personas el héroe como ellas lo quieren, adorna la verdad de amables semejanzas. Sin él — pronto y avisado — Mauricio tiene el aire descabalado de un doble que no se le parece como un hermano, de otro doble: Chevalier, tal como debía ser.

"Maurice and partner" habían elegido domicilio cerca de la Concordia. Como es natural, sólo me recibió el "partner":

— Yo le diré todo — me prometió, — todo lo que quiera saber. Cosas que el mismo Mauricio ignora...

— No pido tanto...

— Le hablaré de esa inteligencia formidable que, desde hace veinte años, lo ayuda a conservar el aire...

— No pido tanto. .

*

Cuando entró, recibí en pleno corazón la sonrisa de París: todo su destino estaba allí. Parecía haber respirado el aire más francés, gozado el sol más francés, mirado las piedras, los techos más franceses, nutrido su sonrisa con la sangre más perfectamente francesa: no los de París; de los suburbios de París.

Me mostró en seguida dos pequeños Chevalier de 10 a 12 años, de los cuales guarda con ternura las fotografías.

— La época de mis "debuts". Apreté la música bajo mi brazo y salí a buscar contratos. Mi madre quería hacer de mí un obrero, pero yo me había cansado bien pronto de carpintear. Me llamaban "el pequeño Chevalier". Canté un repertorio bastante "cochon", pero bien pronto comprendí que era necesario cambiar.

— Entonces — intervino Ruppa — su buen sentido lo guió, y a los 16 ó 17 años ya era una *pequeña vedette*.

Mauricio descansó al amparo de esta interrupción, y readquirió el aliento y la confianza. Porque yo no diré que él "a les fois", pero yo veo su rostro animado por la desconfianza. Ella no lo abandona jamás.

Es necesario comprender: contratado en un destino aplastador, acechado por la envidia, temiendo resbalar diariamente en la pendiente del éxito, no tenía más armas que su instinto...

Continuó enumerando sus recuerdos:

— Durante la guerra estuve prisionero veintiséis meses. Los aproveché para aprender inglés con un sargento, al que daba lecciones de francés en cambio. Desde aquel tiempo he guardado una bala en la espina dorsal.

Mientras tanto las dificultades aproximan. Max Ruppa cava en ellas.

— Después, el Casino de París, con la Mistinguet. Más tarde, *Dédé, La Haut:* en lo sucesivo, el verdadero Mauricio — afirmó — con una presteza de escamoteador.

El no se ha movido. El nombre ha resbalado sin dejar rastro en su semblante de muchacho en penitencia.

— Escuche — digo directamente a Ruppa, — estamos aquí para

rich procedía como si no le hubiera visto. El hombre habló del tiempo, del mucho calor. Heinrich callaba. Le miré. En apariencia mostrábase sereno, pero trajinaba demasiado alrededor del fuego.

— Pronto volveré — dije yo, retirándome hacia las barracas.

Posteriormente supe lo que había sucedido entre ambos. El empleado contó a mi compañero cómo había sido herido en los pulmones durante la guerra.

— ¿Dónde? — le preguntara Heinrich.

— En Arras.

— Allí estuve yo también — dijo el primero.

El encargado de la vigilancia de aquel trayecto ferroviario confesó que padecía de tuberculosis. Mostró el certificado de un médico, pero Heinrich rehusó leerlo. Con toda tranquilidad y sin buscar simpatías con sus palabras, el enfermo dijo que sus días estaban contados y que no tenía a nadie en el mundo fuera de su esposa. Sabía muy bien que Heinrich mostrábase ansioso por ella... y como él viviría muy poco y no poseía otra cosa en el mundo... ¿comprendía la soledad y el desamparo que...?

— Sí — le había contestado mi compañero.

El empleado habló poco más. Esperaba otra contestación.

Transcurridos dos minutos de silencio, Heinrich se enderezó ante el fuego.

— ¿En dónde dices que te hirieron en los pulmones, camarada? ¿En Arras?

El enfermo asintió con un movimiento de cabeza.

Heinrich continuó mirando el fuego con ojos inmóviles, como si no hubiera escuchado sus propias palabras.

Una rama seca ardía crepitando en la pequeña fogata. Heinrich, como si se sacudiese de una pesadilla, alzó los ojos, parpadeando.

— ¡Ah, sí! — dijo, todavía con expresión distraída.

Luego, mirando al hombre frente a frente, agregó:

— Pero tendré que hablarle personalmente a ella.

— Me parece bien — asintió el empleado.

Y se despidió con un par de palabras más.

A la noche siguiente, Heinrich regresó de su excursión nocturna mucho más pronto que de costumbre.

El expreso Varsovia-París no tardaría en aparecer, pues ya silbaba en la distancia. En aquella pequeña estación se detendría los cinco minutos reglamentarios. Por fin la negra y reluciente locomotora avanzó resoplante por aquellas vías, esparciendo chorros de chispas en su torno.

Mi compañero se tumbó en el césped.

— Mañana me largo, Paul — me dijo.

Permanecí callado. Presentía un desenlace parecido, no sé por qué. Pero, sin embargo, la noticia me hizo el efecto de una punzada y no acerté a decir palabra.

— Me he quedado demasiado tiempo en un mismo lugar — habló él al cabo de un prolongado silencio.

— ¿Se lo has dicho a ella? — se me ocurrió preguntarle.

— Sí.

Entorné los párpados y me quedé contemplando el césped.

— No se sentirá muy consolado el tipo ése cuando sepa que te has ido. Y ella se asomará a la ventana y aullará como una loba que ha perdido su compañero.

— No — pronunció, convencido, Heinrich.

Le miré a los ojos y él se revolvió con brusquedad.

— Ya tuvo bastante de mí — exclamó. — Le dije que era casado, que deseaba regresar al hogar, al lado de mi mujer...

Hice un ademán comprensivo.

— Y ya no chilló más con esa explicación — continuó mi compañero. — Estaba rabiosa, ¿comprendes? ¡Rabiosa! Mujer de mucho carácter, compañero. ¡Condenación, cómo se enfureció! Pero le pasará.

Otra vez el silencio fluyó sobre nosotros, envolviéndonos en su sombrío aliento.

El tren sudaba de nuevo vapor antes de arrancar, horadando la obscuridad con sus potentes focos.

— ¿Es cierto que eres hombre casado? — le pregunté rompiendo el silencio.

— ¡Oh, qué esperanza! — murmuró Heinrich, arrancando un puñado de musgo y arrojándolo lejos.

●

PARTIÓ a la noche siguiente.

— Te acompañaré un trayecto, compañero — le propuse.

Movió la cabezota negativamente con expresión resuelta.

— No, Paul. Me iré solo por este camino que serpentea al borde del bosque.

La noche expandía gran claridad. Se podía distinguir el camino, el bosque, la casita, el jardín, algunas sombras bien perfiladas...

— Tendrás que estar alerta con Meck, nada más que con cuidado — me aconsejó. — Lo mejor es que ocupes el lugar de la esquina donde yo dormía. Pero no creo que te moleste más después de lo ocurrido.

— Ni yo tampoco lo creo — contesté.

— Bueno... entonces, buena suerte, Paul.

— Buena suerte, Heinrich.

Nos dimos un sólido apretón de manos.

Permanecí frente a las barracas mientras él se iba internando en las revueltas del sendero, ladeando el arbolado. Pisaba con firmeza, con aire de ex soldado, a la espalda el atado, ausentándose por los caminos del diablo, mundo adelante...

No volvió la cabeza una sola vez.

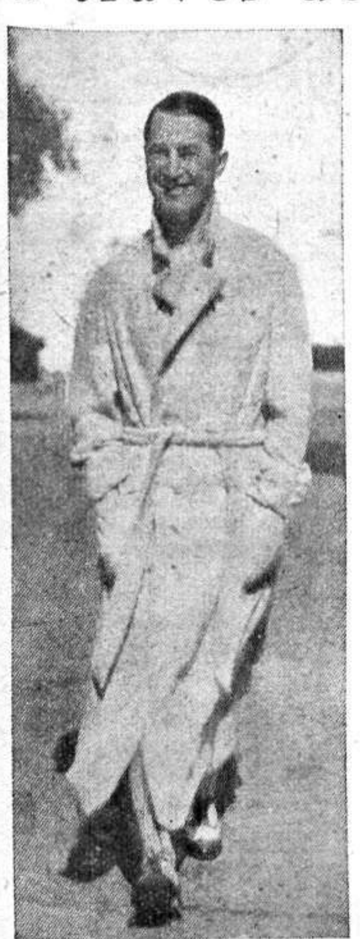
Me sentí solo bajo la capa del cielo.

Tres semanas después me largué yo también.

ERICH MARIA REMARQUE

Traducción de J. A.

Chevalier, el de la sonrisa parisiense, a través de un reportaje



Mauricio Chevalier, paseando por los jardines de La Bocca, su villa.



Una foto de Maurice, de los tiempos en que se inició en las tablas.

Durante la época de sus triunfos, en París, en compañía de su madre.

¿A cuál escoger? ¿Al amante tierno y alegre del "ecran" o a ese ángel de la neurastenia que se le parece como una sombra y que pasea en todo lugar una mirada helada de fastidio en su rostro florido de salud? El filántropo (existe un hospital Chevalier) o al avaricioso? ¿O a un otro Mauricio, sentado sobre su pedestal de gloria, a un otro que, sin duda, es el verdadero?...

Después de su regreso a Hollywood, he corrido, vuelta a vuelta, tras esos brillantes personajes. No quedaba — falso semblante, sombra chinesca, ojos de hielo — nada más que el fantasma de Chevalier.

Pisella se había encargado de negociar la entrevista. El sólo, por largo tiempo, explicó y justificó a Chevalier. Esta tradición de amistad que Cástor y Pólux, Orestes y Pílades, Montaigne y La Boetie embellecieron, Chevalier y Pisella la han dejado intacta.

Esperé durante varios días. Pisella, apretado entre su promesa y el tiempo que pasaba, desesperaba, a simple vista. "¡Está tan ocupado", suspiraba. Finalmente, tomando el mayor partido, se desembarazó de mí entre las manos del "manager".

La maravillosa utilidad de Max Rúppa, yo la descubrí poco a poco. Esta gran sombra fiel se interpone entre el mundo exterior y él, suaviza sus asperezas, pule sus facetas, ofrece a las personas el héroe como ellas lo quieren, adorna la verdad de amables semejanzas. Sin él — pronto y avisado — Mauricio tiene el aire descabalado de un doble que no se le parece como un hermano, de otro doble: Chevalier, tal como debía ser.

"Maurice and partner" habían elegido domicilio cerca de la Concordia. Como es natural, sólo me recibió el "partner":

— Yo le diré todo — me prometió, — todo lo que quiera saber. Cosas que el mismo Mauricio ignora...

— No pido tanto...

— Le hablaré de esa inteligencia formidable que, desde hace veinte años, lo ayuda a conservar el aire...

— No pido tanto. .

*

Cuando entró, recibí en pleno corazón la sonrisa de París: todo su destino estaba allí. Parecía haber respirado el aire más francés, gozado el sol más francés, mirado las piedras, los techos más franceses, nutrido su sonrisa con la sangre más perfectamente francesa: no los de París; de los suburbios de París.

Me mostró en seguida dos pequeños Chevalier de 10 a 12 años, de los cuales guarda con ternura las fotografías.

— La época de mis "debuts". Apreté la música bajo mi brazo y salí a buscar contratos. Mi madre quería hacer de mí un obrero, pero yo me había cansado bien pronto de carpintear. Me llamaban "el pequeño Chevalier". Canté un repertorio bastante "cochon", pero bien pronto comprendí que era necesario cambiar.

— Entonces — intervino Ruppa — su buen sentido lo guió, y a los 16 ó 17 años ya era una *pequeña vedette*.

Mauricio descansó al amparo de esta interrupción, y readquirió el aliento y la confianza. Porque yo no diré que él "a les fois", pero yo veo su rostro animado por la desconfianza. Ella no lo abandona jamás.

Es necesario comprender: contratado en un destino aplastador, acechado por la envidia, temiendo resbalar diariamente en la pendiente del éxito, no tenía más armas que su instinto...

Continuó enumerando sus recuerdos:

— Durante la guerra estuve prisionero veintiséis meses. Los aproveché para aprender inglés con un sargento, al que daba lecciones de francés en cambio. Desde aquel tiempo he guardado una bala en la espina dorsal.

Mientras tanto las dificultades aproximan. Max Ruppa cava en ellas.

— Después, el Casino de París, con la Mistinguet. Más tarde, *Dédé, La Haut*: en lo sucesivo, el verdadero Mauricio — afirmó — con una presteza de escamoteador.

El no se ha movido. El nombre ha resbalado sin dejar rastro en su semblante de muchacho en penitencia.

— Escuche — digo directamente a Ruppa, — estamos aquí para

explicarnos. Usted sabe que algunos biliosos recocidos pretenden que él debe todo a Miss...

Sólo Ruppa protestó, con los ojos, con el gesto, con la voz:

—¡Qué estupidez! ¡El era ya una *vedette* antes de conocerla!

Sin embargo, él mismo ha dicho: Dédé, La Haut. El verdadero Mauricio, ¿es entonces después?...

—Después, América — encadenó Chevalier; — cinco años hace que estoy en ella. ¡Ah, lo que quiero a Panamá, y los compinches!...

—¿Qué vida hace usted allá?

—Trabajo, duermo y luego recomienzo.

—¿Y las salidas?

Voz del "partner":

—Es muy solicitado. Pero, usted comprenderá, las combinaciones, los alborotos, eso no le dicen nada. Tiene siempre sus pensamientos honestos, esa rectitud... Hacemos una vida ordenada y simple. Por las noches, un poco al cinema; luego, a dormir.

—¿Tiene usted tiempo de hacer deporte, de trabajar? ¿Porque también debe usted leer, debe estar al corriente de todo?

—Hago golf, natación, caminatas, tenis: el deporte está incluído en mi oficio. Por lo demás... ¡Oh!, leo todos los diarios. Siempre están en contacto con nosotros.

No oso decir que esperaba un programa intelectual más completo. Pero él ha dicho bien "chez nous".

—¿Dónde vive usted?

—Eso depende. Frecuentemente en Beverley Hills.

—¿Cómo? ¿Usted no tiene su villa?

—¡Oh, no! Eso sería demasiado complicado. De esa forma me marcho cuando quiero, y, cuando vuelvo, escojo lo que me gusta.

En medio de las costumbres fastuosas de Hollywood, esta simplicidad prolonga la imagen del francés... económico. Sin embargo, la verdad no es ésa: está empeñado en remover el montón de oro que se forma delante suyo: "Haz una cancha de tenis" — le aconsejó un amigo para su villa de La Bocca. En seguida: "Haz una piscina". El la hizo.

—Salgo poco — siguió diciendo. — Quiero a los compinches de aquí; los otros, ¡están tan lejos de mí!

—¿Y las mujeres...?

—¡Oh, las mujeres! Una hermosa cara, eso sí que me gusta. Pero usted sabe, estas muchachas que tienen el cerebro complicado, las detesto. Si veo que una mujer hace piruetas, cuenta trucos, castiga canciones, yo me voy.

—En cuestiones amorosas — me ha dicho su manager — no insiste nunca.

—Sí — yo sospechaba, — tanta gloria y ni un escándalo. Tanto ruido en torno de él y ni una historia escandalosa. La experiencia Vallee le ha bastado — se me diría. — Seguramente: una experiencia basta a quienes eluden el riesgo y que tienen poco calor y mucho equilibrio, que abren al mundo ojos insensibles y buscan siempre la certidumbre donde asirse. Como dijo el otro: no insiste y, siguiendo el consejo de la canción, parte "sin darse vuelta", sin una lágrima, sin una flor, sin una pena. Este "amante" prefiere la amistad.

Insisto:

—¿Las mujeres le escriben regularmente?

—Sí, y se responde a las más interesantes — agrega, con un tono displicente.

—¿Y desde ahora, qué piensa hacer?

—Cine, todavía, siempre. Pero tengo bastante del género "El subteniente sonriente". Quiero un fondo humano. Para la "Viuda alegre", que debo filmar, Irving Thalberg ha dado orden a los escritores de hacer un ser humano.

Repite esta palabra inesperada que lo seduce. Imposible, además, el hacerle explicar lo que entiende por eso.

—Lo he fastidiado bastante, ¿no es así? La popularidad es una carga terrible.

—Lo que fastidia de veras es el pedido de autógrafos. Pero la simpatía es alentadora.

Y sobre su rostro tranquilo la sonrisa cinematográfica, la sonrisa tipo Chevalier, brilla un breve instante.

Saco de él algunas conclusiones: a ese ser intacto, ni la gloria, ni el tiempo lo han transformado. El muchacho de Menolmontant no se ha adaptado, ni a los halagos del éxito, ni a las exigencias del público, ni a los estatutos de la Feria de las Vanidades. El permanece idéntico, con esa sencillez que ningún pensamiennto importante, que ningún sentimiento esencial podrá destruir.

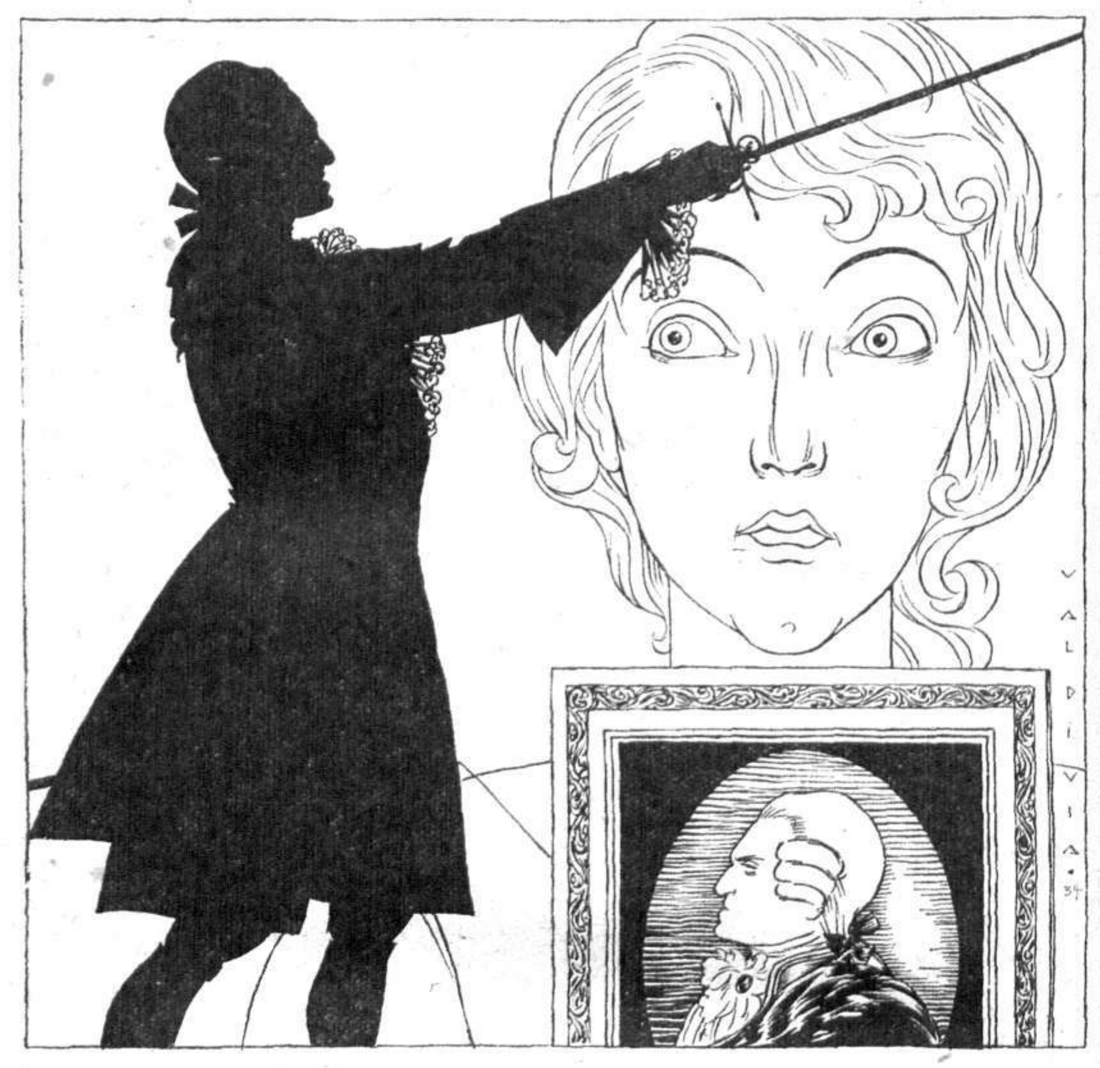
(De una entrevista de Maggie Guiral).



Con Baby Lerois, el más pequeño de los astros cinematográficos y el que lo obligó a demostrar sus sentimientos paternales.

Chevalier en compañía de Kid Francis y de su gran amigo Pizella, junto a la pileta de su villa de La Bocca.


Despiértelo
XI XII I
El cerebro cansado, agotado por el exceso de trabajo mental y por las muchas preocupaciones diarias es como si estuviera dormido; no produce lo que debe producir.
Para despertar el cerebro está la
Nucleodyne
(EL TÓNICO QUE DÁ FUERZA)
Verdadero alimento del cerebro. Su efecto es sorprendente; desaparece la apatía y la sensación de pesadez y embotamiento del cerebro; las ideas se aclaran y el espíritu se levanta.
Su eficacia reside en el fósforo orgánico que contiene, que es considerado como el mejor reconstituyente del cerebro. Nucleodyne es tan buena para las señoras como lo es para los hombres.
En todas las farmacias y en la
Farmacia Franco-Inglesa
LA MAYOR DEL MUNDO
Sarmiento y Florida
Buenos Aires



MISTERIO

Por LUCIE DELARUE - MARDRUS

Qué quieres, mi querida! — dijo el joven recién casado. — Esos dos retratos se arrastran con la familia desde hace varias generaciones, y sólo mi tía abuela de Jéminiers, esa vieja loca, sabe cuál es la causa. Pero como hace cien años que estamos disgustados con ella...

La joven mujer estaba pensativa. Examinaba alternativamente las dos telas en sus cuadros un poco desdorados.

—Al fin de cuentas, me da lo mismo. Son antepasados, eso es todo, y con el tipo del salón es exactamente lo que nos faltaba.

Reflexionó un instante, y agregó:

—Pondré uno en este panel, y el otro en el del frente.

Y después:

—Tú solamente vas a aconsejarme, Raúl. ¿El joven de peluca blanca quedará ahí mejor que el otro joven de la piel de pantera?

Raúl se echó a reír.

—Pides su opinión a un ingeniero electricista, y sabes, sin embargo, que no conozco nada de "estilo", como tú dices. Tú me habías dicho que te encargarías de amueblarlo todo, puesto que eres hija de un anticuario, y bien sabes que te tengo confianza, "mi viejo".

Con ese "mi viejo", ella, que no tenía aún veinticinco años, quedó perpleja.

Era una pequeña mujercita de bucles rubios, de ojos azules, lo que se llama bien luminosos, bien claros, y, naturalmente, ponía gran empeño en acicalarse con ocres que le daban el tinte de una criolla.

En piyama de seda, en medio del desorden de la mudanza, miraba a su joven marido — vestido más o menos como ella, — un lindo muchacho, de cabellos negros furiosamente alisados con cosmético, de rostro rasurado hasta la desaparición total de toda sombra.

—¡Vale la pena tener una madre aristocrática para no conocer nada de estilo!

—Una madre aristocrática, sí, pero un padre industrial, alias almacenero enriquecido. En nuestra época no hay tiempo para ocuparse de eso, lo sabes bien.

—Y bueno, que sea como sea. Pongo la pelu-

ca blanca aquí, y la piel de pantera allá. Puedes, por lo menos, ayudarme a colocarlos.

Mientras manejaban la escalera, los clavos y el martillo:

—En nuestra casa — manifestó Raúl — la peluca estaba en el salón, y la pantera en el comedor. Eso dejó dos agujeros en la casa, pero mamá se las arreglará...

Una vez colocados los retratos en su lugar, Raúl, encendiendo su cigarrillo, y el de su mujer, convino en que el efecto resultaba feliz.

—A pesar de ello — dijo Nicolasa, — ¡no queda más que hacer que encontrar lugar para los muebles!

Fatigados por la primera jornada en el pequeño departamento de recién casados, dormían, el uno en brazos del otro, en la vasta cama que durante el día sería diván. El dormitorio era una prolongación del desarreglo del salón contiguo: cajas llenas de paja, paquetes hinchados de "bibelots", muebles colocados al azar.

Hacia medianoche, el ruido de una sorda y pesada caída, justamente en el salón, los despertó bruscamente, asustándolos, y ambos, sin saber dónde estaban, tanteaban las paredes para encontrar la llave de la luz eléctrica.

—¡Raúl! ¡Tengo miedo! ¡Tengo miedo!

—Espera un poco, "mi viejo", que voy a ver. ¡Si pudiera encontrar la luz!

—¡Dios mío! ¿Tienes tu revólver?

—¿Cómo crees?... Está todavía embalado. Vamos, no tiembles así.

Cuando hubo encontrado, por fortuna, el conmutador, Nicolasa, estremecida en su piyama nocturno, saltó detrás de su marido, animada por un coraje amoroso, para llevarle un aliento en el instante.

En la puerta de la sala, doble exclamación. Uno de los retratos, el de la peluca blanca, estaba en el suelo; y se vió en seguida que el oro del marco había sufrido grandes daños en la caída.

—¡Prefiero esto a los ladrones! — gritó Nicolasa. — Pero ¡qué desgracia, a pesar de todo! ¡Mi lindo cuadro!

Y, definitivamente pasado el terror, añadió:

—Es culpa tuya; debiste haber clavado en forma sesgada.

Protestas del marido; pequeña disputa. Inmediatamente, examinaron la tabla, con meticulosidad. La pintura no había sufrido nada. El marco era reparable. Volviéronse a acostar, ya calmos.

Diez días más tarde, el salón casi en orden, Nicolasa, terminada la cena, servía el café que acababa de preparar. Inclinábase sobre su marido, para abrazarlo. Un crujido en el muro la detuvo. El otro retrato, el de la piel de pantera, había hecho correr el cordón. Los dos no tuvieron más tiempo que el necesario para precipitarse y evitar la caída sobre el piso.

Estupefactos, quedaron mirándose.

—¡Sin embargo, los he revisado el otro día, para estar seguro de que no había peligro!

Tomaron la escalera. El pitón estaba en su lugar; la cuerda, nueva.

—El nudo estaba seguramente mal hecho — murmuró Nicolasa.

—Sin duda.. — respondió Raúl.

Pero los dos mostrábanse bastante impresionados.

Y estuvieron más cuando, a fin de semana, los dos retratos, con algunas horas de diferencia, se desclavaron por segunda vez del muro.

—Debe de ser la trepidación — exclamó Raúl.

Sin embargo, no se apresuró esta vez a volverlos a colocar.

—Harás venir a algún obrero — dijo a su mujer; — prefiero no tener ninguna responsabilidad con estas malditas pinturas.

Los obreros no vinieron. Apenas instalado, el salón estaba ya deslucido. Cada uno en su rincón, los cuadros, vueltos contra el muro, esperaban ser colgados de nuevo. Fué necesario esperar una semana, e insistir en los llamados, para que los obreros hiciesen su aparición. Y emplearon bastante tiempo para la fijación de las tablas en su lugar, bajo la vigilancia de Nicolasa.

—¡Esto, se lo garantizamos, no se va a caer! Y... cada uno a su trabajo, usted sabe.

Pero, a la noche siguiente — fenómeno aún menos explicable, — el joven de la piel de pantera, dejando su marco en el muro, se deslizó, esta vez sin ruido, y fué encontrado a la mañana siguiente sobre el piso.

Una brujería semejante acabó por preocupar a Raúl mismo, si bien procuró callarse. Nicolasa hablaba de cambiar de departamento. Finalmente, tomó el partido más práctico.

—Puesto que estos retratos tienen la manía de descolgarse, se los mando a tu madre. Pondremos en su lugar los grandes grabados que yo tenía intención de vender.

Desde ese momento, inquieta, aguardaba novedades. Tres veces por día telefoneaba a su suegra.

—Los he puesto en su lugar — le respondió la última; — uno, en el salón, el otro en el comedor, y ninguno se mueve.

Y pasaron tantos días, que el joven matrimonio tuvo tiempo de tener un hijo, es decir, de olvidar la singular historia.

Como acontece en las familias, por razones oscuras, complicadas y, sin duda, a base de interés, Raúl y Nicolasa, sorprendidos, supieron que acababa de efectuarse la reconciliación entre la vieja tía abuela de Jéminiers y el resto de la parentela. Y, debido a ello, un día, después del almuerzo, la anciana hizo su entrada, inesperadamente, en el gentil saloncito de Nicolasa, mostrándose emocionada al volver a ver algunos "bibelots" y algunos muebles que ella había conocido en su infancia.

Acerca de cada cosa, su voz trémula relató una anécdota. Era una mujer de mirada extraña, un poco caduca, pero aún encantadora. Mientras tanto, Nicolasa, en actitud de pequeña burguesa sorprendida por la presencia de los antepasados, bostezaba ocultamente, meciendo a su recién nacido, vestida de piyama y con el cigarrillo en los labios.

Cuando estuvo harta de recuerdos, feliz de interrumpir a la anciana, exclamó:

—¡Yo también tengo alguna cosa que contar!

Pero, un poco pálida, cesó de bostezar y de fumar, cuando la tía abuela, después de haber escuchado su historia, declaró muy tranquilamente:

—Mi bella niña, esos dos retratos son los de nuestros primos, en el siglo XVIII, los condes Horacio y Pedro de Jéminiers, a los cuales se les denominaba "los hermanos enemigos". Habían amado a la misma mujer, y no pudiendo batirse en duelo, cada vez que se encontraban, se daban simultáneamente la espalda. Un retrato parecido capta el alma del modelo y se transforma en su doble cuando el modelo ha muerto. Cada uno en una habitación diferente, Horacio y Pedro se mantienen tranquilos. Pero usted los puso frente a frente en su salón. Y, claro está...

LUCIE DELARUE-MARDRUS

Traducción de I. E. J.

DIBUJO DE VALDIVIA

Andrés Theuriet: poeta y prosador

El 23 de julio último celebróse en Francia el centenario del nacimiento de Andrés Theuriet, poeta y prosador. Hubo fiestas en su honor en la ciudad romántica de Barle-Duc, donde el poeta pasó su adolescencia de escritor y su infancia de hombre.

Un monumento, debido al cincel delicado de la señora Genoveva Granger, ha sido erigido en el parque del lugar.

¿Qué más bello, para honrar a un poeta, que el mármol esculpido por las manos de una mujer de arte y de corazón?

En otras ciudades también celebróse este centenario, sobre todo en Marly, donde nació Theuriet. En Annency hubo festejos asimismo; en la quinta de Los Ciclámenes se ha colocado una placa, pues allí vivió un tiempo el cantor. En Bourg-la-Reine, pequeña población vecina de Paris, donde murió el poeta, en el año 1907, se ha hecho también un recuerdo especial. Theuriet fué alcalde, y alcalde ejemplar.

Theuriet hizo sus primeros estudios en el colegio de Bar-le-Duc; yendo a Paris en 1856. Allí publicó sus primeros versos en "La Revista de Paris" y en "La De Dos Mundos". Eran pequeños poemas breves, frescos, lozanos, saturados de una gran ternura. El poeta los reunió y los publicó luego en volumen bajo el titulo de "El Camino del Bosque", obra que la Academia Francesa coronó, en 1868.

Después revelóse el novelista que escribió sus primeras producciones: "El sufrimiento de Claudio Blouet" cuenta entre las mejores.

Después abordó el teatro y dió en el Odeón, en 1871, un drama en un acto y en verso: "Juan María", que ha quedado en el repertorio.

Un nuevo poema — "El Azul y el Negro" — fué también premiado por la citada academia.

Luego el artista continuó alternando la prosa con el verso.

Theuriet fué parnasiano. A este propósito hay que recordar que el editor Lemerre, de Paris, publicó, en 1866, una colección de versos firmados por treinta y siete poetas vivientes que se designaron con el nombre de "parnasianos", porque el volumen se titulaba: "El Parnaso Contemporáneo".



LA UNICA SOLUCION

Falleció el doctor Claudio Williman ex presidente del Uruguay



En Montevideo, alejado ya de toda actividad pública, pero rodeado aún del respeto y el cariño de sus conciudadanos, ha fallecido el doctor Claudio Williman, uno de los más preclaros repúblicos del país hermano. El extinto había nacido en Montevideo, en el año 1862. Comenzó sus estudios de manera muy favorable para su futura personalidad, y en 1885 fué designado por concurso catedrático de física de la Universidad, señalándose así como un joven hombre de ciencia de raros méritos. Dos años después recibió su título de doctor en leyes y entonces fué cuando su vocación de maestro revelóse en toda su fuerza. A partir de esa época su carrera fué rápida y brillante hasta que en 1902 se le nombró rector de la Universidad. Luego, el señor Battle y Ordóñez lo llamó para ocupar la cartera de gobierno. Bien es verdad que el doctor Williman había participado desde el año 1886 en la política activa. Y lo había hecho de modo patriótica, desinteresada y decididamente. Por eso nadie extrañó su axaltación a la primera magistratura del país el 1º de marzo de 1907. Fué un estadista de amplia visión y la nación hermana le debe en no poca parte su progreso actual.

En California fué levantado el primer rascacielos

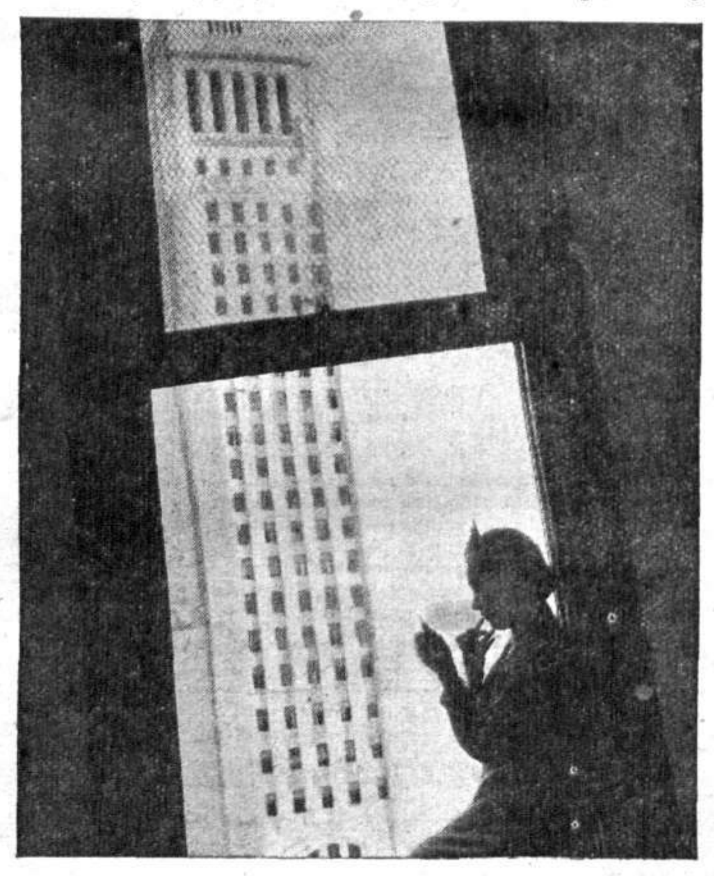
Pequeño detalle inadvertido: ¿Quién fué el ingeniero que creó el primer rascacielos? ¿Cuál el arquitecto que, sentando las bases de una técnica que ha sido luego el símbolo de un pueblo, levantó el primer edificio con esqueleto de hierro?

♥ ♥ ♥

FUÉ la construcción del Palacio de Cristal de Sydenham, levantado por el arquitecto Paxton, para la Exposición de 1851, la que, con su esqueleto metálico recubierto de vidrios, inspiró a los ingenieros norteamericanos la idea de sus rascacielos. La primera tentativa seria fué llevada a cabo en Nueva California hacia el año 1867; tenía por objeto principal el poder resistir los efectos de los temblores de tierra tan frecuentes en la región. Empero, la primera experiencia conocida es la que, en 1882, hizo L. B. Jenny, construyendo en Chicago una casa de diez pisos. Un poco más tarde, José Building, edificó en Filadelfia, el Drexel Building, que tenía la particularidad de llevar todo el peso de los pisos sobre las columnas interiores de la armazón. En Nueva York, el primer edificio alto, con esqueleto metálico fué la Tower Building, con una elevación de doce pisos, construído por B. L. Gilbert, en 1888. Después de éstos, el método fué prestamente adoptado y los progresos que se realizaron permitieron llegar, antes de quince años, a elevaciones insospechadas.

El temblor de tierra de San Francisco no tardó en demostrar la superioridad de las construcciones con esqueleto de hierro. El terrible sismo permitió efectuar algunas trágicas aunque no por eso menos útiles comprobaciones: los edificios de mampostería no resistieron a las sacudidas. En cambio, aquellos contados que tenían esqueleto de hierro permanecieron enhiestos. Entre los casos más interesantes se recuerda el de la Biblioteca de la Universidad de Stanford, cuyo edificio quedó completamente destruído con excepción de la torre. Otro de los ejemplos que luego se tuvieron muy en cuenta para la reconstrucción de la ciudad fué el de la armazón metálica del City Hall, que quedó intacto mientras todo era ruinas a su alrededor.

Desde entonces, los americanos del norte se especializaron en este género de construcciones y hasta el presente han superado cada día las atrevidas concepciones arquitectónicas del anterior. Ya los edificios cuentan los pisos con tres cifras, y la piedra y el cemento contribuyen a dar más apariencia a los esqueletos de acero; pero, aunque anhelado por muchos defensores del hormigón armado, sin desalojar con ventaja del alma de los edificios al noble metal que con su técnica consagró Building.





En honor de siete mujeres

SIETE mujeres actuales han recibido el honor de que aparezcan sus retratos en pinturas murales de sesenta pies ejecutadas por Hildreth Meiere, distinguida artista norteamericana. Han sido colocados de manera que sirvan de fondo a la exhibición del Consejo Nacional de Mujeres en la Exposición "Un Siglo de Progreso", en Chicago. Sus nombres son sumamente conocidos: Cora Wilson, fundadora de los Moonlight Schools; doctora Florence Rena Sabin, famosa por sus investigaciones médicas; doctora Alice Hámilton, la primera mujer a quien se ha conferido una cátedra en Harvard; señora Carrie Chapman Catt, que ha dirigido grandes campañas en pro del sufragio; Florence E. Allen, la primera y única mujer en el mundo que es magistrado del Tribunal Supremo de Justicia; Amelia Earhart, aviadora trasatlántica, y Frances Perkins, Secretaria del Trabajo.

En las márgenes de las pinturas murales se reproduce la efigie de veinte mujeres de significación histórica que han influído profundamente durante el siglo; y treinta episodios de trascendencia histórica en que han figurado, con otras mujeres. Se evocan acontecimientos como la admisión de las mujeres al Oberlin College en 1833; el juicio de Susan B. Anthony por haber depositado su voto; la fundación de Hull House; las actividades de la mujer en la Gran Guerra; mujeres votando por primera vez en una elección presidencial; mujeres reuniendo un millón de firmas para apoyar la petición dirigida a gobiernos extranjeros para que enviasen a los Estados Unidos representantes oficiales al Congreso Internacional que se celebró bajo los auspicios del Consejo Nacional de Mujeres los días 16 a 22 de julio de 1933 en la Exposición "Un Siglo de Progreso".

En el margen superior ha situado la artista las figuras simbólicas, en tamaño heroico, de un siglo (1833-1933) de militancia femenina en los Estados Unidos: actividades de la mujer en la educación, en la modelación de las costumbres, en la abolición de la esclavitud, en los problemas sociales, en el sufragio y en la paz mundial; su entrada en el mundo de los negocios y en las profesiones liberales, que ha ejercido tan vital influencia en la historia del siglo. La emancipación de la mujer como consecuencia de estas actividades se simboliza por medio de barreras que caen a tierra gradualmente, que se destacan con fuerza en la escena inicial que representa a la mujer en 1833, inmersa en la vida del hogar. A Hildreth Meiere se deben, además, muchas de las más importantes pinturas murales en el Capitolio del Estado de Nebraska y en la cúpula de la Academia Nacional de Ciencias, que tiene su sede en Wáshington.

"El Saber combatiendo la Ignorancia", es el profundo sentido de una estatua solitaria que parece dar la bienvenida a los visitantes de la Exposición "Un Siglo de Progreso" al pasar por la Avenida de las Banderas con dirección al sur, hacia el sector septentrional del Pabellón de la Ciencia. A John H. Storrs, escultor, se deben la figura central y los cuatro paneles erigidos entre las columnas y simbolizando cuatro ramas de la ciencia. Están ordenados de izquierda a derecha: la Física, simbolizada en una mujer con una rodilla en tierra y sosteniendo un instrumento de metal; la Ciencia Mecánica, figura de hombre sentado y con las manos sobre una rueda; la Química, figura de mujer también sentada y sosteniendo una retorta de cristal en la palma de la mano; las ciencias naturales, figura femenina con una rodilla en tierra y tomando en la mano una planta. Columnas y hermosos bajorelieves que dominan el patio del edificio de la Electricidad en la Exposición "Un Siglo de Progreso".

Los paneles de 50 pies representan de un modo vivaz la pugna humana para extraer energía de la naturaleza. En ellos se han inscrito estas palabras: "La Luz es el principio de todas las cosas. Emana desde el éter infinito, modelando las estrellas, correspondiendo en sus menores partículas a la majestad del pensamiento creador."

"La energía es la sustancia de todas las cosas: los ciclos de átomos, el juego de los elementos, han recibido de una mano suprema la forma que los convierte en cimientos del mundo."



Las máquinas y la muerte del alma

Esta época ha sido llamada la Edad del Progreso, debido tal vez al importante adelanto realizado en cuanto a comodidades materiales. El bienestar terreno se eleva día a día; las facilidades de transporte han aumentado en forma considerable, y gracias a la radiotelefonía y a la aviación se ha conseguido facilitar en alto grado las comunicaciones. La ciencia se halla empeñada en una ruda y en muchos casos, victoriosa batalla contra las enfermedades, pero, al mismo tiempo, el arte de la guerra se torna más mortífero y el empleo de gases asfixiantes en los servicios aéreos constituye una amenaza contra la cual no existe otra defensa que el temor a una represalia similar.

Como quiera que sea no progresamos y puede decirse que más bien retrocedemos con rapidez, puesto que el progreso material es la verdadera antítesis del adelanto moral é intelectual, términos, fuera de duda, incompatibles.

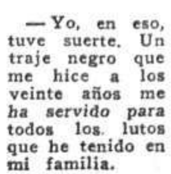
Examinemos un momento las consecuencias de este llamado progreso. Intoxicados por el materialismo, hemos perdido nuestra alma y nos hemos convertido en bárbaros civilizados. Hemos perdido la afición y el aprecio al trabajo, porque el elemento humano ha sido reemplazado por máquinas frías, inhumanas e inexorables. Con la estandarización del trabajo se ha malogrado esa íntima relación entre el obrero y su labor, amable característica del viejo trabajador de los tiempos anteriores a la guerra. Obsérvase especialmente esto en el caso del campesino; un fuerte eslabón le unía a la tierra y le inducía a aceptar las condiciones más difíciles. La tierra formaba parte de él mismo; pertenecía a su familia desde muchas generaciones atrás y él era feliz con la idea de perpetuar una tradición. Atraídos, sin embargo, por la seducción de la ciudad y relajados sus sentimientos religiosos, muchísimos campesinos han abandonade sus tierras. Y así es como gran número de agricultores, después de llevar una vida holgada con el producto de sus tierras, han ido a engrosar las filas de desocupados y empeorado por consiguiente un problema en extremo difícil.

En las cosas espirituales, sobre todo, es donde el hombre ha dado un gran paso atrás. El amor no está sujeto a las leyes humanas y resulta incomprensible para la ciencia; el hombre y la mujer modernos no tienen tiempo para amar, ni tampoco la facultad de poner término a un amor que no existe. "C'est plus difficile de se trouver; plus difficile de se perdre". Y las estadísticas parecen marcar un aumento de crímenes pasionales, débese ello tan sólo a que los amantes modernos no son capaces de soportar una desilusión o tolerar los sufrimientos inherentes a ese sentimiento. Olvidan que no existe pasión sin dolor y que el hombre incapaz de sufrir no podrá amar nunca, y en vez de luchar se someten a su destino.

Dícese que los enamorados se revisten mutuamente de atributos ideales. Los enamorados modernos ignoran, ampero, que son ellos los creadores de su amor y se dan la muerte porque rara vez coinciden con la idea de ellos mismos.

Hemos perdido todo vínculo con la tradición y marchamos a la deriva, faltos de timón, víctimas de los caprichos de la fantasía. Hemos olvidado los títulos de la élite; vamos tras la política de las multitudes con un profundo temor a las guerras internacionales; y por obtener la paz, sacrificamos lo ganado.

H E N R I   B O R D E A U X



—Yo, en eso, tuve suerte. Un traje negro que me hice a los veinte años me ha servido para todos los lutos que he tenido en mi familia.

(De *Estampa*, Madrid)





La reina de las plantas

Cuando se dice que la palmera es el árbol del desierto, no se está en lo justo ni se cree que su habitación predilecta son las arenas ardientes y secas, abrasadas por los rayos de un sol inclemente. Las palmeras, aunque parezca extraño, con árboles de regadío, y los palmeraies se encuentran siempre en terrenos húmedos, ya sea porque la capa natural de aguas telúricas pase a poca profundidad, como sucede en los oasis, o bien porque a ellos se lleven artificialmente el agua de los ríos o de las fuentes. La red intrincada de acequias y canales entre el Eufrates y el Tigris, que en tiempos remotos, fertilizaron las llanuras de Babilonia, riegan al presente los bosques de Bagdad, que constituyen hoy día el centro principal de producción de dátiles. Además, las palmeras indican siempre la presencia del hombre, pues en estado completamente salvaje o natural, no se encuentra en ninguna parte. Cuando el riego, o el agua del subsuelo les falta, desaparecen, como han desaparecido las célebres palmeras de Jericó, cegados los canales que le llevaban su riego.

La "reina de las plantas" busca también para vivir terrenos frescos en donde pueda extender sus raíces, y por eso es el árbol de los oasis fértiles, y de los vergeles que rodean, las históricas ciudades del desierto, tales como Fez, Tafilete, Damasco y Bagdad.

En España se cultivan mucho, especialmente la palmera de los dátiles (Phoenix Dactilifera). Se encuentra en todo el litoral del Mediterráneo, provincias de Murcia y Alicante, que es donde hallan su "paraíso español". Luego continúan viéndose palmeras, si bien en menor número, en las costas de Alemania, Granada y Málaga, y al llegar a la parte baja del Guadalquivir, abandonan las orillas del mar, y tierra adentro suben hasta la ciudad de Córdoba, que fué su cuna, para descender de nuevo y seguir las costas del océano hasta la altura de Cintra y Lisboa.

Pero el verdadero palmeral español, único en Europa, se encuentra en Elche, en donde una red de acequias derivadas del poco caudaloso Vinalojó, da vida a un pequeño oasis, en medio de la gran estepa murciana, en el que crecen las palmeras con la misma libertad y exuberancia que en los del Sahara y de la Arabia. — J.



— Soy tan valiente como el primero, y cuando quiera puede usted hacer la prueba.
— Hombre, quería decirle que no tengo ni cinco para pagar.
— Eso no vale. Eso ya es asustar sin gracia.
(De *Gutiérrez*, Madrid)

L A S   D E S V E N T U R A S



1



2



5



6



9



10

DE MANECO

POR LINAGE



3



4



7



8



11



12



Roma. — Un original cortejo de 820 parejas de esposos, unidas en matrimonio en el mismo día.

"CARAS Y CARETAS"

La luna de miel de milla

Por RAFAEL

▼ ▼

ROMA está llena de parejas de esposos; se ven por todas partes, a centenares, y en algunos períodos, como en primavera, a millares. En el mes de abril llegaron al número de 3300. Llueven, no sólo de todas partes de Italia, sino del exterior, porque la rebaja ferroviaria del ochenta por ciento ha sido la misma para los esposos extranjeros que desean recorrer Italia en la clásica luna de miel. Para los europeos que desean usufructuar de la rebaja del billete ferroviario es necesario que el viaje sea iniciado dentro de los primeros quince días del matrimonio; para aquellos que vengan, en cambio, del otro lado del océano, los quince días son doblados. De esta manera, existe un mes de tiempo para incluir a Roma en el itinerario del viaje de bodas de los nuevos esposos. No ha sido olvidada Venecia, que constituye el sueño de tantos novios. Y así, las parejas que bajan de alguna localidad pueden hacer un paseo por Venecia, o en el viaje de ida o en el viaje de vuelta. Las parejas que inician el viaje en Turín, Milán y Venecia, tienen ocasión de ver otras ciudades importantes, como Génova, Florencia, Bolonia, porque el billete, que dura quince días, da derecho a tres paradas intermedias.



Un gendarme pontificio revisa, en el corredor de San Dámaso, las tarjetas de los esposos, antes de ser recibidos por el Santo Padre.

¡Y no se limitan las concesiones al billete de viaje! Los esposos tienen derecho a viajar en autobús y en tranvías gratuitamente; pueden entrar en las galerías y en los museos; visitar las excavaciones y las ruinas de la antigüedad, todo sin pagar nada. Basta presentar el billete especial ferroviario. Ellos, además, son recibidos por el Papa, que todas las mañanas los bendice y hace distribuir coronitas y recuerdos de carácter religioso.

Roma y la Italia toda, bella, ordenada, activa, ofrecen en este momento especiales atractivos, porque además de las glorias del pasado, cada uno puede admirar cuanto de nuevo, de original y de audaz ha sido hecho en estos últimos años.

COMO SE RECONOCEN A LOS ESPOSOS FLAMANTES

SON fácilmente reconocibles, aunque pertenezcan a clases sociales elevadas. Se reconocen en el modo de vestir (todo es nuevo, desde los zapatos al sombrero), en su an-



Distribución de premios a los esposos.

E N I T A L I A

res de esposos en Roma

S I M B O L I

▼ ▼

dar desarticulado y turbado, que es una mezcla de admiración y de cansancio; caminan casi siempre sin destino fijo; tienen el rostro lleno de estupor, de satisfacción, de alegría íntima; indiferentes de todo, hasta del público que mira y sonríe... Indudablemente, en muchos esposos, especialmente en las mujeres, existe el deseo de volver lo más pronto posible a su rincón de provincia, porque la vida de vagancia en la ciudad estanca, aturde, y más a quien no está hecho al rumor, al olor de la bencina, a las luces cegadoras de los negocios, al andar vertiginoso de los vehículos...

Al retorno, cuántas anécdotas que contar, alegres o no alegres, humorísticas también. He aquí una: "Iniciando el viaje de bodas desde Roma — me decía un amigo, — me fuí a Nápoles y a Capri. *Como sabes, no soy muy jovencito. He hecho,* sin embargo, de todo, ayudado hábilmente por mi mujer, para no hacerme reconocer por nadie. Abolidos: *el velo de la esposa, el ramo de flores,* la valija de cuero nueva y flamante. Nuevos trajes, sí, pero modestos. Primero entré yo en el albergue; *mi mujer debía aparecer después de algunos minutos,* para dejarme el tiempo de elegir la habitación. Todo iba maravillosamente. ¡Hasta cambiamos mi mujer y yo una mirada de triunfo! El camarero nos acompañó hasta la pieza y, al dejarnos solos, nos dijo, sonriendo: "He aquí una de las mejores habitaciones para esposos en viaje de bodas". Espero que se encuentren contentos". ¡Lo habría fulminado! Con una sola mirada nos había clasificado. Me he, por lo tanto, persuadido, que es inútil recurrir a trucos y que es mejor, por consiguiente, sonreír, como lo hacen además todos los esposos, y tomar al mundo como venga, alegremente e inesperadamente.

"*En Pompeya nos divertimos mucho. Justamente* en estos días han abierto una casa llamada de "los jóvenes esposos", los cuales han dejado escrito *su nombre* en el panel decorativo de un cubículo, es decir, del dormitorio por ellos ocupados. La casa que estaba habitada por Venus, Ursa y Hermes, lleva este delicioso epigrama: "Amantes ut apes vitam mellitam exigunt" (Los amantes viven la vida en la miel, como las abejas). Como se ve, la famosa luna de miel tiene algunos años sobre sus espaldas. Mientras hablábamos en un



Observando una cinta de una cuna, señal de nacimiento de un niño.

rincón de la calle, he aquí que vienen hacia nosotros dos parejas características de esposos llegadas de Suiza, y precisamente de Briga. Van acompañados por algunos parientes que han aprovechado la ocasión para visitar Roma. Los esposos visten los antiguos trajes regionales de Vallese, es decir, trajes de colores vistosos, los cuales atraen la atención del público, que observa con curiosidad y con gran indulgencia, pues los esposos son tratados por todos con muchísima simpatía. Cada uno los mira y los juzga según sus propias condiciones: como un hombre libre, como un casado infeliz, como un padre afortunado, como un viudo en espera de pasar a segundas nupcias, como una muchacha que aguarda al novio que debe aún aparecer en el horizonte de su vida en blanco..."

CURIOSIDADES MATRIMONIALES

Los esposos prefieren viajar cómodamente, aun aquellos que deben después imponerse sacrificios para colmar el déficit hallado en el balance doméstico por los gastos nupciales. Resumiendo: sobre once mil quinientas parejas de esposos, ocho mil han tomado el billete de segunda clase, y sólo tres mil quinientos, el de tercera. La primera clase está excluída de la rebaja. En el mes de octubre solamente, de Milán partieron a Roma seiscientas parejas de recién casados. En el mes de noviembre, en la grandiosa iglesia de Santa María de los Angeles, se congregaron más de ochocientas parejas que se habían unido en matrimonio en el mismo día; en la provincia de Roma se habían desposado otras quinientas; es decir, que en el mismo día fué batido probablemente el récord de matrimonios, con un número total de 1300.

Cada pareja recibe un regalo en dinero y los tradicionales "confetti". En algunas ciudades se ha pensado en la lotería nupcial. En Génova, la "lotería de los esposos", que ofrecía como premio un departamento completamente amueblado, ha sido ganada por el cónsul de Noruega, señor Willy Utke, el cual jugó recién a última hora. El es novio de una señorita turinesa, y la afortunada combinación capitalista apurará el matrimonio.

Desde el 29 de julio de 1929 — iniciación de la franquicia ferroviaria — hasta noviembre de 1933, han venido a Roma 36.570 parejas de esposos, de las cuales 1762 provenían de localidades de los confines o del exterior.

LA CINTA DE LA CUNA

Y ya que he hablado de Génova, ¿cómo olvidar el caso acontecido al operario Pío Angelini, cuya mujer, después de sólo un año de matrimonio, ha dado a luz cuatro niños? Los habitantes del caserío Nº 18 de "Salita Origina", han visto, en resumidas cuentas, con el consiguiente estupor, al portero que anudaba en el llamador del portón cuatro cintas blancas. Es la nueva usanza que se difunde cada vez más en Italia. Apenas nace un niño, se cuelga una cinta blanca en el portón de la casa, o se expone una cofia. Es esta una simpática señal para los paseantes distraídos, a fin de que sepan que en la casa, bendecida por la fecundidad, palpita una vida nueva.

Si se trata de una familia pobre, se piensa inmediatamente en procurarle el canastillo para la criatura; si se trata en cambio de una familia rica, es ésta la que ofrece al comité de pías damas el canastillo que podrá servir a cualquier madre necesitada. Así que la cinta llamada de la cuna adorna tanto la puerta de los palacios principescos como la de las casas del pueblo.

El 4 de noviembre, en la basílica de San Pedro, fueron bautizados al mismo tiempo 40 recién nacidos, y fué ofrecido a cada niño un canastillo y una libreta de ahorros de 200 liras.

Una vez que los niños han venido al mundo interviene para las clases de trabajadores necesitados de ayuda la obra de la Maternidad e Infancia con una serie de aprovisionamientos verdaderamente providenciales, los cuales merecerían ser ampliamente documentados si el espacio lo permitiese. Es necesario honrar a la madre y al niño — dice Mussolini, — porque ello significa honrar los valores supremos de la estirpe. Hasta ahora la Obra Nacional de la Maternidad y de la Infancia ha asistido a cerca de doscientas mil madres y no menos de tres millones y medio de niños.

FINALIDAD DEMOGRAFICA

Muchos, en el exterior, no comprenden cómo un país que en el 21 de abril de 1931, época del último censo, tenía una población de 41.651.617 habitantes constreñidos a vivir en un territorio más que estrecho, pueda tener interés, especialmente en un período de crisis económica, en aumentar el número de sus pobladores, incitando a los solteros a tomar mujer si no quieren pagar más la tasa de aquellos que no se casan y los cuales proveen de casi 110.000.000 de liras, destinadas a la Obra de Maternidad e Infancia. ¿No sería mejor — se preguntarán — dejar las cosas en su natural desenvolvimiento, sin estímulos ni restricciones?

Responde elocuentemente a tales críticas un brevísimo artículo aparecido el 30 de octubre de 1933 en el "Popolo d'Italia" de Milán, y que refleja las ideas del jefe de gobierno italiano. Cifras a la mano: "En 1924 los nacimientos fueron 1.124.470; en 1932, es decir, nueve años después, descendieron a 992.049, es decir, ciento treinta y dos mil menos. Los muertos disminuyeron apenas en 55.000, por lo cual se tiene un déficit neto de 77.000 unidades. Si los italianos no hubiesen sido prolíficos, hoy Italia, entre una cosa y otra, tendría 30.000.000 de habitantes. Las familias numerosas son las del pueblo. Los 42.000.000 de italianos son una masa modesta en comparación con los 200.000.000 de eslavos, que aumentan con ritmo impresionante de 8 - 10 millones al año; con los 70 - 80 millones de alemanes; frente a los japoneses que tienen una enorme natalidad. Ellos tienen, en fin, soldados y operarios en tres continentes. En cuanto a la relación entre número y bienestar se ha demostrado que existe interdependencia, es decir, que no es la muerte la que produce riqueza, sino que ésta, como todo lo demás, es producto del nacimiento, es decir, de la vida".

Son estas cifras y observaciones que hacen meditar a todos los pueblos, especialmente a aquellos que no tienen una natalidad bien desenvuelta.

Raffaele Simboli

Roma, 1934.

El adorno de la mesa para la tarde

Ponemos sumo cuidado en adornar nuestra mesa para nuestras comidas, pero también, tan pronto como han sido retirados los manteles hay que pensar que el centro de la mesa debe ser otra vez armonioso y bien adornado para placer y recreo de la vista.

He aquí algunos arreglos que os ayudarán a no dejar la madera desnuda, no importa cuál sea su valor, pues siempre requiere algunos objetos artísticos, flores o cualquier otro objeto.

¿Vuestro comedor es de estilo Directorio? Nada será más bonito que una bella urna del tiempo florido, de lirios de colores, o de una jardinera en "tôle" pintada; flores, plantas de escasa altura y de bello follaje.

¿Epoca Imperio? Entonces una graciosa "corbeille" blanca y oro con un cinturón de azul fuerte, será deliciosa llena de frutas de la estación, tal como manzanas, naranjas, ciruelas de varios tonos y bananas. Será colocada sobre un centro o camino de mesa de gruesa tela con hilos trabajados a mano con dos animalitos de Jacob Petit a cada lado.

Pero recién me percato que todas vosotras sois muy modernas, con muebles de acero y cristal, con tubos de vidrio y níquel, maderas raras y metal cromado; para vosotras un plato de cristal plateado lleno de manzanas de cristal anacarado, racimos de uvas plateadas y de peras doradas; o bien, si mejor os place, un grupo de jugadores de polo a caballo en cristal, soplado o hueco, en colores muy fuertes.

Desde el momento que los muebles provenzales están tan de moda, supongo que los tendréis. Colocaréis sobre la larga y angosta mesa del comedor simplemente una "corbeille" de una fina trama de juncos, que se llenará de toda clase de frutas de la estación.

Los muebles estilo Luis Felipe, que en estos momentos la moda quiere que amemos, os ofrece el placer de decorar el centro de la mesa con un fino biscuit de colores, o un lindo bol, en el cual se agruparán rosas y racimos de uvas negras o rosadas.

Para varios estilos, según sea la estación, se puede escoger estas combinaciones: sopera de porcelana de China, con crisantemos de varios tonos, o dalias dobles disciplinadas; grandes y antiguos platos de porcelana, cubiertos de flores, pero sin tallo, acompañados, uno a cada costado, por un grupo de animales en plata antigua y cincelada; compoteras de cristal de roca, donde irán mezclados limones, peras, almendras de porcelana; "corbeilles" de plata, de cintas trenzadas, colocadas sobre un viejo linón bordado a mano y lleno de ramas de flores de manzanas; un grupo de porcelana de Sevres o de Saxe, colocado sobre un "surtout" o bandeja de cristal con una angosta galería o banda de bronce calado y dorado; un acuario de cristal cincelado con adornos de hierro forjado, pero no muy alto, lleno de pececillos de colores; una jarra de porcelana en tono azul fuerte, donde habrá dalias de varias tonalidades, o margaritas, o flores amarillas de corazón negro. — *M.*



El inspector (haciendo un censo de los desocupados). — ¿Cuánto dinero tiene en el banco?

El pobre. — Cien mil pesos.

El inspector. — No diga tonterías.

El pobre. — ¡Pero si usted ha empezado por decirlas!

(De *Punch*, Londres).



Encanto Irresistible

Distinguida lectora: Proteja su radiante salud, que es la base principal de su irresistible encanto.

Los enemigos más temibles de la salud son los desarreglos del sistema digestivo por muy insignificantes que parezcan.

Los médicos del mundo entero recomiendan ***Leche de Magnesia de Phillips,*** el antiácido-laxante ideal, para evitar y corregir los desarreglos del estómago e intestinos, tales como indigestión, estreñimiento, biliosidad, acidez, gases, etc.

Leche de Magnesia de *Phillips*

SI NO ES PHILLIPS NO ES LEGITIMA



Rod La Rocque y Leni Riefenstahl, los dos intérpretes principales de "S O S Iceberg", el drama polar que se estrenará en esta temporada y que la crítica norteamericana ha recibido con aplausos.

CINCO MINUTOS DE INTERVALO



Los amigos y admiradores de Hal Roach, el famoso productor de films cómicos, le dieron un banquete. A éste, lógicamente, no faltaron Stan Laurel y Oliver Hardy, los dos bufos que constituyen el punto fuerte de sus programas.

PERSPECTIVAS...

Unos días más y se habrá iniciado la temporada cinematográfica. Los exhibidores entregarán al público, no uno después de otro, sino todos a la vez, cuanto de más importante guardan en sus almacenes. El público, como en temporadas anteriores, se encontrará así con semanas en las que no habrá día sin sus dos o tres estrenos de rigor; finales de semana en que serán cinco y seis los films lanzados con el ánimo de aprovechar los domingos.

¿Cuáles son las perspectivas para esta temporada? ¿Qué novedades de real importancia se darán a conocer? ¿Estará ésta a la altura de las anteriores?

Tendremos que ser francos. Esta temporada no será excepcional, posiblemente no alcanzará a mediana. Hay razones fundamentales para barruntarlo. En ella se exhibirán los films preparados en el momento más angustioso de la crisis económica mundial, en general, y norteamericana, en particular. Los films que, por lo menos en los primeros meses de la temporada, se nos presenten, tendrán ese pecado original de la economía en los roles y en la presentación... Naturalmente, puede ser que, con la escasez de recursos artificiales, la inventiva y el tacto de los directores se haya agudizado. Puede ser que, con la pobreza de escenarios, resalten las dotes interpretativas. Pero ello es problemático: el cine es un espectáculo primordialmente visual y el descuido de esta característica siempre debe resultarle perjudicial.

EN BUENOS AIRES...

TAMBIÉN, al igual que en temporadas anteriores, no tendremos más que los films de procedencia norteamericana. Novedades europeas, con excepción de tres o cuatro, no conoceremos. Primero, porque en el viejo continente no se han producido; segundo, porque, si ellas existen, los exhibidores dedicados a este renglón no se apresurarán a pasarlas con la premura que el interés público impone. Veremos algunos films de origen británico. Pero aquí hay que hacer la salvedad de que esas películas, en el fondo, serán como producidas en los Estados Unidos. La filmación en Inglaterra sólo ha obedecido a maniobras financieras: actores, directores, elementos (y hasta capitales) proceden de la Unión.



Margaret Sullivan, una de las estrellas que serán reveladas en 1934, acompañada por Billie Burke, en "Parece que fué ayer", film de argumento directamente vinculado con la crisis mundial.



CORTE Y CENSURA DE FILMS

ESTE año, a las calamidades inherentes a la crisis económica y artística, tendremos la de la censura. Para desdicha suya, ya ha conocido el público la plaga de los cortadores, adaptadores y "arregladores" de films. Ya ha conocido desastres tan grandes como el de *Lluvia* y *Reunión en Viena* (a la que se ha podado y desnaturalizado en tal forma, que no ha quedado en simple reunión sino en mero conato). Este año tendremos censura previa para el cine, innovación oficial que procurará podar a su vez los films, sin recordar que ellos, si son de procedencia norteamericana, ya han pasado por una censura previa que, precisamente, no se caracteriza por lo benigna. Esto se agregará a las imposiciones de algunos propietarios de salas céntricas que sólo han renovado sus contratos de locación en los casos en que los exhibidores se han comprometido a exhibir films "exclusivamente destinados a señoritas". En resumidas cuentas, que tendremos una temporada de "cortes", adaptaciones, arreglos y desastres. El público sólo conocerá obras fragmentarias, debido a una y a otra razón.

CINEMATOGRAFIA NACIONAL

VARIOS estudios locales anuncian desde el año pasado la presentación de obras de diversa índole. Tendremos las obras históricas, las indefectibles gauchescas y también las arrabaleras. La experiencia de *Tango* y *Dancing* parece que ha dado resultados, y ya está en tren de filmación otra con el título de *Riachuelo*. La cinematografía nacional, recién nacida, como nos atrevimos asegurarlo meses atrás, toma el más deporable de los caminos. El sendero que ha arrastrado a la muerte artística a nuestro teatro: el de los éxitos fáciles, de las obras "hechas" para que un actor repita sus caricaturas... Otros estudios, con carácter más elevado, intentan algo en el terreno de la comedia social. Y otros, como siempre, se limitan a hacer fabulosos proyectos.



Roger Pryor y Lilliam Miles aparecerán juntos en "Optimismo 1934", revista espectacular y alegre... aunque no lo evidencian los actores en esta foto...

LOS PRECIOS...

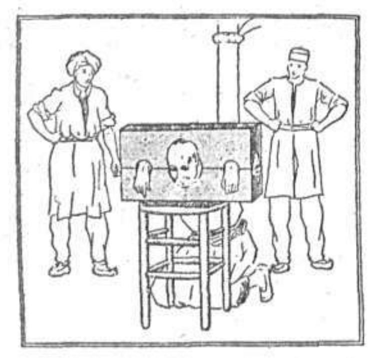
EN cuanto a esto, ni los exhibidores ni los importadores dicen una sola palabra. Los precios del espectáculo cinematográfico deben ponerse a tono con la actual situación económica. Pasaron las épocas felices de los tres pesos por butaca para los estrenos. Espectáculo eminentemente popular, el cine debe tener precios populares. No es posible que un films que en la semana del estreno se pasa a dos pesos la platea, a los ocho días descienda de categoría y se exhiba a cincuenta centavos.



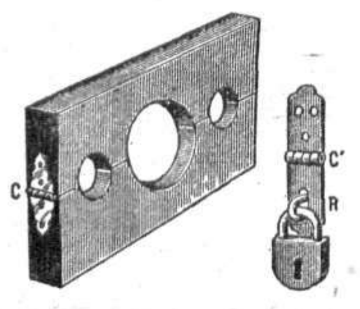
Descubriendo los trucos de los ilusionistas

La liberación del prisionero chino

Sobre la escena todo es ilusión. Un prestidigitador es tanto más famoso cuanto más es el número de recursos técnicos de que dispone para engañar a los espectadores. La prueba del supliciado chino que hoy presentamos es una de las más sencillas; pero, también, de las más eficaces si se sabe presentar con el suficiente aparato y ficticia trascendencia.



El prisionero chino, tal cual queda en la canga, con manos y cuello bajo la opresión de los implacables maderos.



La canga. A la derecha el candado que sirve para asegurarla por uno de los extremos. C es la bisagra que el seudo ajusticiado desarma, retirando el pivote y colocándolo una vez que está en libertad.

El prestidigitador tiene la palabra:

—Señores: voy a mostrarles a ustedes un singular personaje a quien he conocido en China. Se trata de un hombre dotado de una destreza extraordinaria o, si ustedes quieren, de un poder mágico tan misterioso como infalible. Condenado muchas veces en China por delitos políticos, siempre ha conseguido eludir los más severos castigos... Ahora, para probarles a ustedes su misteriosa capacidad, voy a presentarles al chino en cuestión, quien escapará a la opresión de una canga, aparato de suplicio que tiene mucho de parecido con los grillos, sólo que oprime a la vez las muñecas y el cuello de los condenados.

En el preciso instante en que el ilusionista hace la presentación llega a escena el seudo chino acompañado por dos guardias. Uno de éstos lleva bajo el brazo la canga, que deposita ceremoniosamente sobre un taburete. A continuación, como es de rigor, el prestidigitador invita a dos o tres espectadores para que comprueben que el instrumento de tortura, por su misma simplicidad, no admite ningún truco.

Muestra que se compone de dos planchas gruesas, unidas una a la otra por una sólida bisagra. Ambas planchas tiene tres muescas que, una vez colocadas una sobre la otra, formarán los agujeros que aprisionarán las muñecas y el cuello del condenado. Desde luego, invita a los caballeros que se han prestado para el examen a colocar sus puños — y sus cabezas, si quieren — en el aparato y ver que no es posible retirarlos, a menos que se separen las dos partes que une la bisagra.

El seudo chino es, entonces, colocado en la canga, la que uno de los ayudantes asegura por el otro extremo mediante un candado colocado en el extremo opuesto al de la bisagra. Después de esta operación, los espectadores bajan a la platea; los ayudantes cubren con un biombo al ajusticiado; el prestidigitador dice algunas palabras; y, finalmente, como si tal cosa, aparece el chino en libertad, sin canga que le imposibilite los movimientos. Entonces surge el misterio. Porque el ilusionista muestra el instrumento de tortura tal como lo dejó, con el candado en perfecto estado, inviolado...

Pero, ya se imaginará el lector que los milagros, sobre los escenarios, no existen, a menos que se trate del raro milagro de mantener despierta la atención de los desconfiados espectadores.

Hay un truco, un sencillo truco que explicaremos a continuación, bien que con ellos perjudiquemos a algún mago notable.

El seudo chino procede así:

Una vez que han colocado el biombo que lo oculta de las miradas del público, con su mano derecha, haciendo un ligero movimiento, llega a tocar la bisagra. Retira el vástago central, pivote de la bisagra, la abre, separa los dos trozos de la canga y, una vez libre, torna a colocarlos como antes, cuidando de dejar la bisagra como estaba anteriormente. Y entonces aparece ante el admirado público.

Como se ve, sólo con desarmar la bisagra está el hombre en libertad...

Amuletos y talismanes

El uso de los amuletos y de los talismanes es de todos los tiempos y de todos los países de la tierra. En la última exposición francesa, la Colonial, fueron abundantes las muestras de cuantos fetiches ha imaginado el Oriente. Piedrecitas, papeles o trocitos de madera, con escrituras raras y misteriosas, toscos bastones, a los que ciertas tribus negras acuerdan virtudes extraordinarias... Una infinidad de cosas baladíes que "tenían" (o "tienen"...) virtudes curativas...

No obstante, los europeos, los franceses principalmente, que se enorgullecen cada día más con ser *civilizados,* hicieron verdadero derroche de supersticiones, tomando muy en serio cuantos amuletos y talismanes enviaron las colonias lejanas a la metrópoli.

¿Quién es capaz de negar la afición que existe en Francia por los fetiches? No hay un automóvil que no ostente el suyo, y pocos son los aeroplanos que carecen de esas protecciones. Ello sin contar (podría decirse) que no hay dama o caballero que no lleve en su cartera algún amuleto.

Un conocido escritor francés, autoridad que no habríamos de discutir en este caso, afirma confirmativamente la tesis que manifestamos aquí.

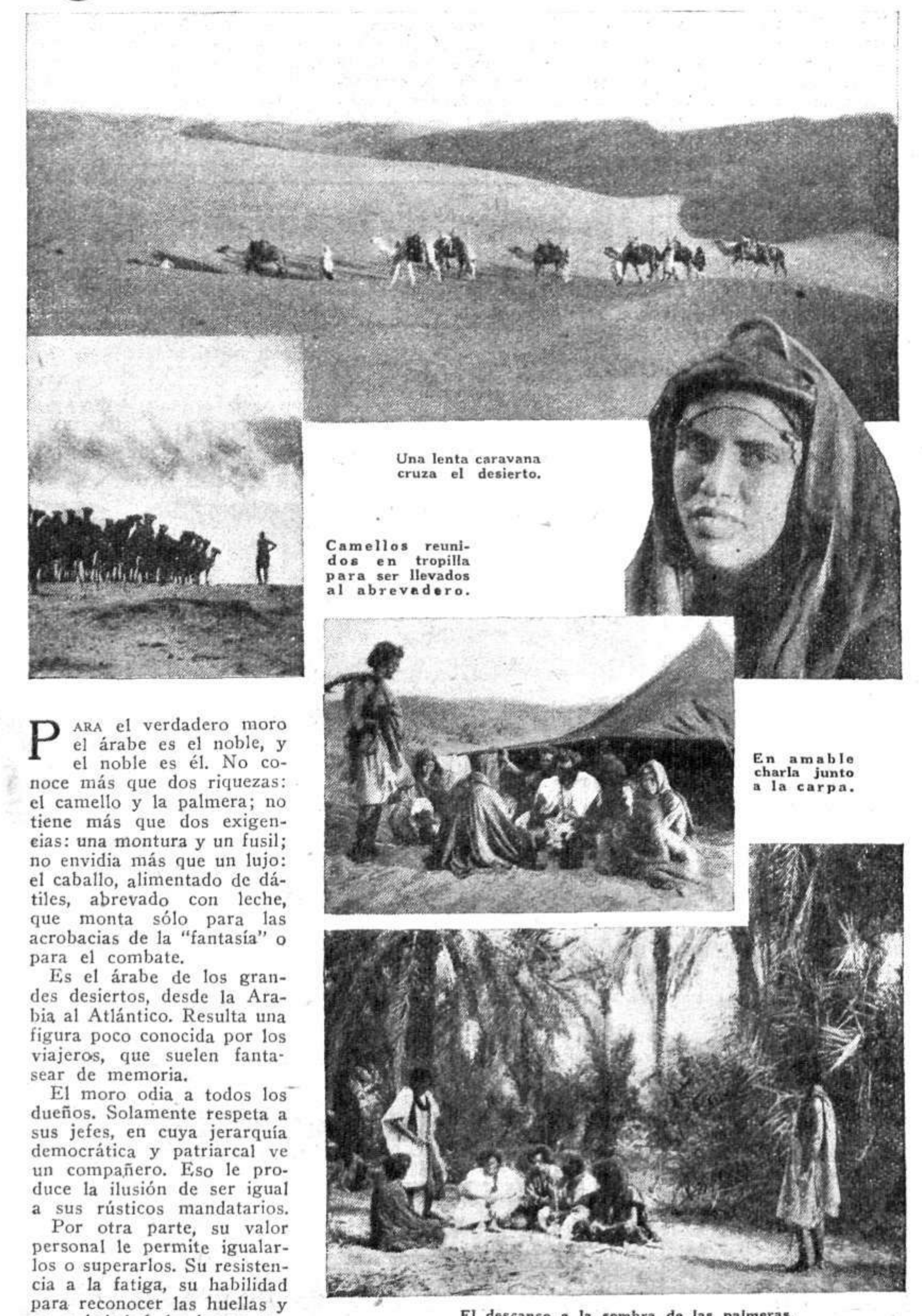
¡Cuántas gentes lucen el número trece en la pulsera o en la cadena del reloj! ¡Cuántas damas y señores serios llevan una "mano de Fatma", un elefantito blanco, una minúscula herradura! Durante la Gran Guerra muchos regimientos poseían animales-mascotas.

Cierto es que las gentes afectan no dar a la cosa sino una importancia de diversión risueña... Pero los que *creen* forman legión. Es tan lamentable acaso, como evidente. Los que se dan un airecito indiferente, pero que tienen su mascota, su talismán, su amuleto, su fetiche, se dicen ni mente: "Si no hace bien... tampoco podrá hacer mal".

Naturalmente que nosotros no nos proponemos estudiar aquí el problema de psicología que encarna la afición referida. Digamos solamente que es evidentemente absurdo creer que esas cosas tengan una influencia cierta y notoria en nuestros destinos. Pero no hay duda de que no son pocas las personas que se dan confianza a sí mismas, mediante el uso de esos caprichos orientales, de las colonias, de los países salvajes.

Eduardo Encina

Los bravos guerreros moros



Una lenta caravana cruza el desierto.

Camellos reunidos en tropilla para ser llevados al abrevadero.

En amable charla junto a la carpa.

El descanso a la sombra de las palmeras.

PARA el verdadero moro el árabe es el noble, y el noble es él. No conoce más que dos riquezas: el camello y la palmera; no tiene más que dos exigencias: una montura y un fusil; no envidia más que un lujo: el caballo, alimentado de dátiles, abrevado con leche, que monta sólo para las acrobacias de la "fantasía" o para el combate.

Es el árabe de los grandes desiertos, desde la Arabia al Atlántico. Resulta una figura poco conocida por los viajeros, que suelen fantasear de memoria.

El moro odia a todos los dueños. Solamente respeta a sus jefes, en cuya jerarquía democrática y patriarcal ve un compañero. Eso le produce la ilusión de ser igual a sus rústicos mandatarios.

Por otra parte, su valor personal le permite igualarlos o superarlos. Su resistencia a la fatiga, su habilidad para reconocer las huellas y su sobriedad lo hacen temible.

Ama las mujeres, las "razzias", los cantos, las narraciones fantásticas o picarescas. Es todo un hombre.

▼ ▼

Valuación de los colores

Los tonos que más a menudo se emplean para amueblar habitaciones son el rojo, el verde, el azul, el gris, es decir, casi todos los colores. Es así, pero hay que reconocer que existe en ellos una gran variedad que llega hasta el infinito.

La moda, tan voluble, prefiere alguna vez los tonos fuertes, tales como aquellos famosos que hicieron las delicias de la Restauración, otras veces los tonos muy apagados, estilo fin del siglo XVIII; otros, los tonos puros, tal como el terciopelo granate de los salones Segundo Imperio.

Puede suplirse, por medio del color, los defectos de ciertas habitaciones, embelleciéndolas con armonías imprevistas.

Rojo. — Siempre ha tenido un lugar preponderante en la decoración interna. Es, en general, cálido, confortable, armoniza divinamente con el mobiliario antiguo de madera obscura como en la moderna de tonos claros. Anima y da vida a una habitación obscura y tristona. El antiguo estilo pide el carmesí, el rojo llama, el rojo viejo, el púrpura. El moderno, en cambio, requiere el rojo laca, el vermellón, el cereza.

El rojo combinado con el azul fuerte, con gris, con "beige" da un feliz resultado. El rosa y el malva lo aclaran, y el verde, según una expresión francesa, lo exalta.

Verde. — Como se sabe muy bien, es un color reposado, fresco, joven, que va bien con todos los estilos, desde el tono más claro hasta el más obscuro, no importa sean sus tonos jade, verde aceituna, mirto, verde italiano, etc. Sobre todo, porque le presta una perspectiva de profundidad que no existe. Resulta muy agradable combinado con rosa, negro y blanco; con el color plata, aluminio, gris plomo y con el color violeta pálido.

Azul. — Muy decorativo, delicioso en los tonos suaves para habitaciones femeninas; soberbio y magnífico en los tonos pavo real, azul viejo, azul verde para las perspectivas serias. Es asimismo el color preferido por los artistas decoradores, para servir de marco a la más tierna infancia, combinado con rosa pálido. También mezclado el azul con el rojo fuerte, con gris, naranja, amarillo y malva pálido producen efectos maravillosos.

Amarillo. — Tono luminoso. Viene a ser el "sol del hogar", da mucho "cachet" y hace resaltar las maderas de tonos obscuros y claros tal como el fresno, el roble, el nogal, la caoba, etc. Este bonito color da vida y animación al conjunto más raquítico y mustio. El tono amarillo va muy bien con los anaranjados, con el lino azulado o azul fuerte, el azul turquesa, el rosa viejo, el plata y el negro.

Violeta. — Muy usado en el nuevo estilo modernista. Es un color muy señorial aunque un poco austero. El violeta es entonces modificado por una combinación de un azul lavanda, turquesa, azul lino y malva rosado. Hay que desconfiar de ciertos tonos de violeta rojizos que se vuelven de un color *marrón a la luz artificial*, de un efecto tristón y deplorable.

Gris. — Tono neutro, tranquilo, muy "chic", quizá un poco frío pero posee una gran cualidad, y es la de acomodarse a todos los demás colores, con algunas excepciones, sin embargo. Da vida al azul y al verde, atenúa el tono rojo fuerte y el amarillo violento y es muy apreciado y usado en la actual moda metálica, en los tonos gris plata y gris perla. Para dormitorio de hombre serio se usa mucho combinado con azul lavanda. — *M.*



—¡Hace bien llevándoselo! ¡Ya me parecía que ese tipo era un alcoholista!

VALLE INCLAN ▾ DICE ALGO ▾ SOBRE TEATRO...

San Bernardo fué a Alemania...

En misión de apostolado llegó el santo a Alemania, sin saber una sola palabra de alemán. Pero se encaramó en pedestalillos de plazas y calles y habló a los teutones que no le entendían. Tampoco hizo falta, porque el tono obró el milagro. San Bernardo levantó una cruzada de millares de alemanes que partieron, henchidos de fe, a reconquistar Tierra Santa. Si en el teatro algo ha de levantar con palanca de emoción el alma de las multitudes, sólo el tono obrará el prodigio.

Los indocumentados sin imaginación

Cuatro indocumentados sin imaginación han creado esa patraña del teatro de tesis. De mala tesis, casi siempre. No sabían que aunque ellos hubieran traído una magnífica doctrina que enseñar, no lo hubieran podido hacer en el teatro, ni en ningún sitio, con argumentos. La multitud no sabe más que conmoverse o regocijarse. Y, lo que conmueve es el tono, no la razón.

El teatro más difícil: el dramático

Como el teatro dramático ha de ser un teatro de tono, resulta difícil de escribir y de interpretar. Se dice que no hay intérpretes, y tienen razón. "Vengo a pasear por la Castellana", se puede decir de muchas maneras. Eso cualquiera lo dice. Pero, el "¡ Demasiado tarde!", de *Hamlet*, es muy difícil de lanzar. Se necesita un gran actor.

La culpa de la técnica francesa...

La técnica francesa ha echado a perder nuestro teatro. Este absurdo decadente de querer encerrar la acción dramática en tres lugares — gabinete elegantemente amueblado, patio andaluz o salón de fiestas — ha hecho de nuestro teatro, antes ágil y expresivo, un teatro cansino y desvaído.

¿Cómo ha de ser el teatro?

El español, como ha sido siempre: un teatro de escenario, de numerosos escenarios. Porque se parte de un error fundamental, y es éste: el creer que la situación crea el escenario. Eso es una falacia, porque, al contrario, es el escenario el que crea la situación. Por eso el mejor autor teatral será siempre el mejor arquitecto. Ahí está nuestro teatro clásico nacional, donde los autores no hacen más que eso: llevar la acción sin relatos a través de muchos escenarios.

Anecdótico ejemplo de Shakespeare

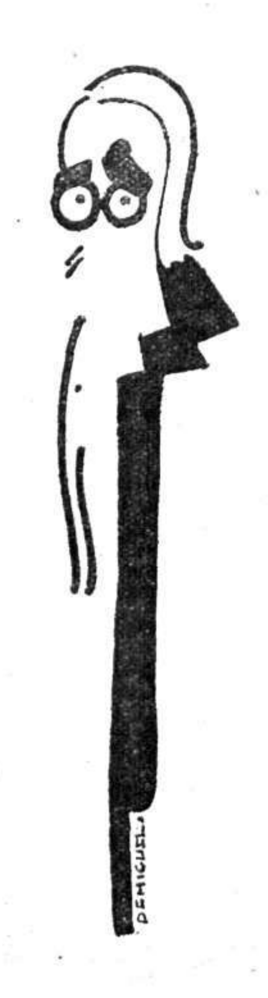
Shakespeare empezó a escribir *Hamlet*, y de pronto se encontró con que Ofelia se le había muerto. "A esta mujer hay que enterrarla", se dijo, sin duda. ¿Dónde la enterraremos? En un cementerio romántico, que puede ser, mejor que ningún otro, un cementerio de aldea". Allí llevó Shakespeare la acción de uno de sus cuadros, sin ocurrírsele contar el entierro, como hubiera hecho cualquier autor de nuestros días. Y, una vez en el cementerio, Shakespeare, se dijo: "Aquí tiene que salir un sepulturero. Pero, como un sepulturero solo se va a hacer pesado, lo mejor será que aparezcan dos. Estos dos sepultureros tienen que hablar de algo mientras cavan la fosa de Ofelia. Al hacerlo, lo natural es que encuentren un hueso humano, y ya que lo han encontrado, hagamos que éste sea el más noble: un cráneo. Y de ahí surgió la admirable situación de *Hamlet*.

Los beneficios del género chico...

Por eso nuestro género chico constituyó un teatro nacional cuando la tradición casticista se había borrado del teatro, desde que Moratín, a espaldas de los clásicos, importó en España la técnica francesa con sus tres célebres unidades.

Todo literatura

En el teatro todo es literatura. Lo que ocurre es que, a veces, esa literatura es buena y otras muy mala. Desde Calderón a Muñoz Seca, en el teatro español, todo es literatura. Tal vez el teatro de este último es el que tiene mayor cantidad de literatura.



Ramón del Valle Inclán, director de la Academia de Bellas Artes Española, de Roma, por breves días, ha retornado a la Península. En su patria ha estrenado una pieza, que la crítica ha discutido y hasta, en algunos casos, rechazado; ha pronunciado algunos vibrantes discursos haciendo el elogio del sistema corporativo y enalteciendo hasta la genialidad a su creador; finalmente, en los breves intervalos, ha acudido a su peña literaria. Allí, en el rincón propicio, ha sido donde el autor de *El marqués de Bradomín* ha expuesto sus ideas sobre el teatro, las que, captadas por un cronista, para el diario "El pueblo", de Vigo, sintetizamos y exponemos a continuación, porque ellas, además, en lo que al género chico se refiere, algún punto de contacto tienen con nuestro teatro nacional.

El buen maestro

El buen maestro es el que ama a sus alumnos. Tiene varias maneras de manifestar ese amor cristiano, altruísta: ante todo haciéndose respetar, porque sólo el respeto suscita y conserva la afección; luego, siendo indulgente y justo, pues ningún ser humano tiene derecho a mostrarse inflexible e inplacable. Desde luego, es preciso que el maestro sea capaz, sin lo cual no puede ser maestro.

Nada es más conmovedor que la fe que algunos alumnos muestran a sus maestros. Y éstos la ganan, no por una vana ostentación de ciencia, sino porque han sabido despertar en las almas jóvenes facultades recónditas que parecen sorprendidas de haber sido despertadas. De ese despertar los alumnos quedan agradecidos durante todo el resto de su vida. Y si el viejo maestro vive aún, cuando los alumnos ya son hombres entrados en la batalla de la existencia, la gratitud se manifiesta en una forma íntegra que no ha perdido frescura y vibración. No hay un hombre normal y fuerte que, al encontrar a su viejo maestro de escuela, no experimente una satisfacción muy grande y muy íntima en demostrarle la permanencia de su gratitud.

¡Y el maestro! ¡Con qué ternura recibe las manifestaciones de la durable gratitud! ¡Cómo evoca su propia juventud en la de esos muchachos ya hombres, que conservan el buen recuerdo escolar! No hay palabras que sepan traducir fielmente esos estados de alma de maestros y de alumnos: de buenos maestros y de alumnos agradecidos, puntualicémoslo netamente.

Se nos refiere que el principal de la "Great Homer Street School", señor Pigott, ha manifestado a sus antiguos alumnos su durable amistad, mediante una empresa que puede calificarse de rara y excepcional. Después de haber ocupado su puesto durante treinta y cinco años, habiendo entrado en la soledad del retiro, sintió un día el deseo irresistible de volver a ver a sus antiguos alumnos, y a los sesenta y cinco años partió en su busca... Para encontrarlos resolvió recorrer el mundo; y ha hecho ya cincuenta mil millas. El viejo maestro desea volver a ver a nada menos que a cinco mil quinientos alumnos. Esta precisión indica una famosa memoria.

¿Cuántos alumnos volverá a ver el maestro? Esperemos que, terminada su larga peregrinación, el señor Pigott dirá los resultados de su intento.



—Estoy buscando un libro que se titula "Amor viejo", y es muy difícil encontrarlo.
—Pero ese libro no se ha editado aún.
—¡Por eso digo que es muy difícil encontrarlo!

Notas

La nota más brillante de la temporada — dentro de los acontecimientos de fuste que congregan a los círculos aristocráticos, en la luminosa ciudad Atlántica, — ha sido el baile de fantasía realizado en Villa Alvear, residencia de doña María Unzué de Alvear, que ha abierto sus salones en honor de la señorita Angela González Alzaga, cuya riente juventud florece en el hogar patricio de tan nobles prestigios. En su temprana juventud ha podido aquilatar la señorita de González Alzaga — justo a las ventajas del rango social y a las de la fortuna — los dones espirituales que modelan el alma con el ejemplo de las virtudes cristianas; bondad infinita, indulgencia para los ajenos errores, generosidad inagotable...

Allí, en la luminosa playa del sur, en donde se levanta la morada amplia y acogedora de doña María Unzué de Alvear, y en cuyas salas ha sabido agrupar con tan singular armonía, junto al elegante mobiliario, las obras de arte que embellecen el propio hogar con el destello imperecedero de la inspiración y del ideal, se levanta también el asilo magnífico erigido merced a la munificencia de las señoras Unzué de Alvear y Unzué de Casares. En ese asilo se educan hoy, bajo el amparo de la Sociedad de Beneficencia — fuertes de cuerpo y de alma, — centenares de criaturas privadas de todas las ventajas de la vida, pero a las que la caridad de dos matronas argentinas dotó de hogar... Y esa fuerza espiritual — la más poderosa, pese al imperio de las prácticas egoistas — equivale, para la señorita de González Alzaga, a los dones más brillantes prodigados por la fortuna...

La expectativa, ante la anunciada fiesta de Villa Alvear, ha sido intensa, en los círculos de la "gentry" reunidos en la temporada que culmina en Mar del Plata, durante las fiestas de carnaval. Ha sido pues intensa, no sólo ante la perspectiva de una fiesta memorable, sino por el comentario auspicioso que rodea a la gentil figurita protagonista de la fiesta, cuya natural alegría — tan ingenua como espontánea — brilla en sus pupilas obscuras, como en la sonrisa cordial que ilumina la expresión de sus rasgos... Muchos son los admiradores que la rodean en asiduo cortejo, y aunque ella no aparenta distiguir a ninguno de ellos todavía, el comentario mundano asegura que en breve plazo ha de revelarse involuntariamente alguna preferencia, y se presiente que ella sea por el candidato que lleva el mismo nombre del monarca legendario en cuyos dominios no se ponía el sol. Al nombre, sinónimo de tan sin igual grandeza, acompaña el viejo y respetable apellido criollo, cuyas tres sílabas, separadas, y añadiendo sólo una consonante para terminar la tercera, tienen el significado de "Dar Más..." Y en este caso, dueño como es él de inmenso caudal, la dádiva que espera de su destino es la dicha, que cree tal vez inaccesible aún. Hay quien opina, sin embargo, que pueda tener también alguna probabilidad la candidatura de otro postulante, muy joven también y tan simpático como buen mozo, que lleva apellido compuesto, vinculado a la gentil figurita por los lazos de parentesco que le unen al jefe de su hogar.

La vida sentimental parece que fuera enredando así sus hebras luminosas en el brillante engranaje de la alta vida mundana de Mar del Plata. Monsieur Potin asegura que son sólo los que viven la primera y riente etapa juvenil los que sienten la sugestión irresistible del primer ensueño... y unen algunos nombres que se repiten con afectuosa indiscreción; y precisamente, con motivo de la fiesta memorable de Villa Alvear, monsieur Potin recuerda otra fiesta análoga, cuya crónica consignara oportunamente esta página mía, tratando de describir la sin igual magnificencia de la recepción, cuyas luminarias de fiesta reverberaban en los espejos que guardarían seguramente — allá en lo profundo y misterioso de su ala — la imagen indecisa de las siluetas que giraban, deslizándose, siguiendo — hasta desvanecerse su reflejo — el ritmo de la música... Ondas de vida sentimental, elegante flirteo, mientras entre tantas de esas parejas — aseguraba entonces esta vieja Duende — se iba tejiendo la trama de un sentimiento que podía llegar a ser fuerte y duradero, a pesar de la extremada juventud de él y de ella... Rol preponderante tenía entonces como ahora el joven y simpático candidato, haciendo los honores de la recepción suntuosa. Muy joven, puesto que sus familiares le llaman aún con el apodo que en francés o en inglés designa al más niño del hogar. Ferviente deportista — guiados por él, la motocicleta o el auto asumen vertiginosa velocidad, — es más bien bajo de estatura, pero la expresión de sus ojos revela un caudal grande y profundo de sentimiento. ¿A qué decir que su nombre es sinónimo de grandeza en los anales gloriosos del

▼▼▼ ALEGRIA Y

Muchas veces se ha hablado de la verdadera alegría, pero sin llegar a una conclusión exacta de la benéfica influencia que ella ejerce en el ánimo del hombre, cuyas ideas y costumbres se encuentran aferradas a una civilización puramente superficial.

Y por eso la mayoría de los que se dedican a cultivarla se han contentado únicamente en juzgar al mundo moderno, que sólo aspira a encumbrarse para ostentar toda una vida llena de placeres y regocijos.

De lo cual resulta que la humanidad toda se siente enferma y oprimida, en medio de ese ambiente saturado de inquietudes y de amargos desengaños. Porque, si bien es cierto que la actual civilización ha aumentado los *bienes materiales* del hombre y le ha engrandecido, poniendo de relieve el mérito de todas sus buenas obras, en cambio ha contribuído de manera sorprendente al *desequilibrio general* de sus más finos y delicados procederes.

Semejantes aptitudes en nuestra vida actual nos demuestran claramente que el linaje humano ha entrado en un período de ligera separación cultural. Y se ha dejado llevar por turbas inconscientes de sus propias calamidades, que lo han obligado a desenvolverse en una existencia de bárbaros principios y de inmoderadas pasiones

Con justificada razón escribe Keppler: "Una civilización que solamente penetra en el cerebro, y no en el fondo del corazón y del alma, es una civilización sin alegrias, porque no puede satisfacer ni hacer feliz al hombre interior. Es posible que las operaciones del entendimiento y sus resultados vayan acom-

Sociales
POR La Dama Duende

imperio romano? Sólo quiero recordar que "ella" es una de las figuras juveniles que han iniciado su actuación mundana con todos los prestigios de un apellido ilustre y respetadísimo, en la provincia considerada en el norte como el jardín de la República; que su agraciado rostro, y su atractivo, le han conquistado, como a su hermana — su inseparable compañera — unánimes simpatías...

Han corrido los días y los meses, y el romance sentimental esbozado en los "links" y en las fiestitas íntimas que han congregado recientemente al mundillo juvenil, ha ido afianzando aquel flirteo vivaz hasta transformarlo en sentimiento firme y duradero. La "entente cordiale" de las familias de ambos augura para dentro de breve plazo la noticia del compromiso oficial.

Y las ondas de vida sentimental siguen infiltrándose en el mundillo juvenil.

Se asegura — pero en forma un tanto vaga todavía — que un hermano del admirador que aspira — ¡a los 20 años! — a conquistar el consentimiento de la gentil figurita en cuyo honor acaba de celebrarse tan memorable fiesta, sufre a su vez la irresistible sugestión sentimental. Muy explicable, por cierto, puesto que ella está ejercida por una deliciosa rubia de claras pupilas color de cielo. Su gracia, casi infantil aún, extiende el hechizo de su belleza, que impera siempre donde ella se presenta: su apellido, de origen británico — el mismo del insigne almirante, figura gloriosa en la historia de Inglaterra, — acompaña al dulce nombre de una de las santas mujeres que acompañaron a la Inmaculada en su calvario inenarrable. La estada de la bella figurita en una de las estancias más antiguas de la provincia, en la que se reúne aristocrática "clique" mundana, preocupa a los distintos admiradores y posibles postulantes a su fina manecita. El joven que aspira, como su hermano, a que "le den más" en su vida, junto al Prince Charmant, o sea al joven considerado como el más rico heredero del país, lleva apellido compuesto, de gran prestigio y arraigo en nuestra aristocracia. El mundillo juvenil sufre así la sugestión de la onda de vida sentimental.

Se habla también con insistencia de la inclinación de un joven muy buen mozo, dueño de una gran fortuna, y que lleva el mismo nombre del rey de la Gran Bretaña, que inspirara en el sexto siglo de la era cristiana los romances fabulosos de la Tabla Redonda. Su apellido compuesto une a dos nombres del mayor prestigio dentro de nuestra aristocracia; el primero evoca el triunfo del trabajo perseverante, de la energía y de la honorabilidad; nombre que han ilustrado sus representantes en las actividades de la alta banca, y la política; el segundo, con una bella y honrosa tradición en la magistratura, y en la política, enaltecido sobre todo con la actuación eminente de un gran presidente argentino. Y esa inclinación sentimental es inspirada por una brillantísima y juvenil figura de mundana, la menor de las tres hermanas que llevan apellido compuesto, siendo el segundo de ellos el de un estadista de nota que tuvo gran actuación como ministro de Relaciones Exteriores de la República. Tan bonita como encantadora, es ella una de las figuritas que dan la norma del chic en el escenario deslumbrador de la Feria de Vanidades, allá en la hermosa ciudad atlántica.

Asegura monsieur Potin, con carácter de información oficial, que sólo los que viven la primera y riente etapa juvenil son los que sufren actualmente la sugestión romántica de la ilusión primera. Sin embargo, el comentario ineludible, que fluye al margen de todo acontecimiento que tenga por escenario el brillante tablado de la Feria de Vanidades, consigna la dolorosa decepción sentimental sufrida por un simpatiquísimo y culto caballero aclimatado hace largos años en el ambiente parisiense, que volvió al viejo solar porteño en pos de una persistente ilusión, que iluminaba con dorado resplandor el otoño de su vida. La interesante y aristocrática figura femenina que inspirara tan ferviente devoción, y que veranea actualmente en una magnífica propiedad próxima a Mar del Plata, resolvió desvanecer lealmente el ensueño del grande amigo y admirador, provocando su actitud, tan digna como discreta, una íntima y desoladora decepción, que ha transcendido en los círculos más brillantes de la alta figuración mundana, en la luminosa playa del sur.

La Dama Duende

MODERNISMO

Por LUIS BELTRAN REYES C.

pañados de sentimientos de alegría; pero éstos no son sino alegrías reflejas, alegrías frías, semejantes a la helada escarcha que empaña los vidrios de las ventanas. Y aun son peligrosas, porque pueden acarrear al hombre, en su altiva arrogancia, un enfriamiento interior. Y si en este frío invernal mueren la caridad y la fe y la vida religiosa, entonces la miseria interior es completa".

He aquí los grandes resultados que se sacan de una vida agitada y febril, donde el hombre, sin tomar en cuenta las *grandes desventajas* que suelen ofrecer estas clases de diversiones y pasatiempos, desprecia la verdadera alegría, para internarse en ellas como por sendas de luminosas esperanzas y de bellos ideales.

Mas si observamos detenidamente el continuo malestar que invade casi todas las clases sociales, comprenderemos mejor que apenas hemos logrado dar un paso en obsequio de atrapar la verdadera alegría, y por eso dice Foerster: "Nuestra risa es forzada, el júbilo más ruidoso es artificial y en el fondo más es atolondramiento que radiante felicidad. Aun el hombre más superficial está sujeto a este anatema, ya que, si no le hieren interiormente los contrastes sociales, llegan, no obstante, a sus oídos las lamentaciones de la calle, ve rostros ceñudos y amenazadores, advierte la envidia de la felicidad y de la alegría ajenas, y le inquietan las ideas y sentimientos que esconden aquellos semblantes. Porque, al fin y al cabo, el hombre es un ser sociable y no un perro que puede roer el hueso *en un rincón*; el ambiente vital de toda alegría es el consenso de los demás hombres".

Paisajes de Mont Blanc

Monte Blanco. Su aspecto es fascinador, y cuando se ha visto una vez se siente la necesidad de verlo lo más cerca posible. Por las vías diversas que se ofrecen, uno trata de acercarse; pero el monte no se muestra siempre según el deseo de sus admiradores. Como un monarca, será rodeado de su guardia: los pequeños montes que le forman una especie de pedestal. Ellos lo ocultan por momentos a los ojos del visitante.

No es sino cuando uno se acerca a Salanches cuando se ve al coloso en toda su majestad.

Nosotros la vemos delumbradora, simpática. Los comercios de Salanches son vistosos. Este es centro de los principales mercados de la región, donde se encuentran buenas fondas. Su altitud media, moderada, es de 579 metros y conviene a los temperamentos delicados. Los viajeros que se detienen allí encuentran en los contornos muchos lugares de paseo agradable, en una especie de escala de precios para todas las bolsas.

Las Gargantas de la Frasse, cuyo camino de acceso ha sido mejorado, ofrecen una serie de paisajes que recuerdan los de nuestros Andes medocinos y sanjuaninos, siendo los nuestros superiores. Lo malo es que entre nosotros no se hacen conocer las bellezas suficientemente, como sucede en los países turísticos del Viejo Mundo. En nuestros Andes abundan los lugares deslumbrantes, que nada podrían envidiar a los más renombrados y turísticos de Francia. ¡Hay que decir y repetir esta verdad!

La Cascada de Arpenas, ya notabilizada en el siglo XVIII, muestra siempre su poderoso chorro de 260 metros de altura, y las colinas cercanas son siempre una inmensa pradera, propicia a los ganados pastoriles. Son numerosos los árboles frutales, y hay estaciones en que las cosechas resultan abundantes.

Hay que visitar, desde luego, los dos grandes belvederes del gran macizo: la Aguja de Varens y la Punta Perforada, de dos mil cuatrocientos a dos mil setecientos metros de altura.

Mas, para los viajeros que tienen tiempo, no es la vía férrea la mejor indicada para estos paseos, sino la carretera, por Megeve. A medida que se sube, el panorama se amplía, naturalmente, y cuando se llega a Combloux, el golpe de vista es muy bello.


EN LA CARCEL

—¿Cuántos evadidos, hoy?

—Cuarenta y ocho.

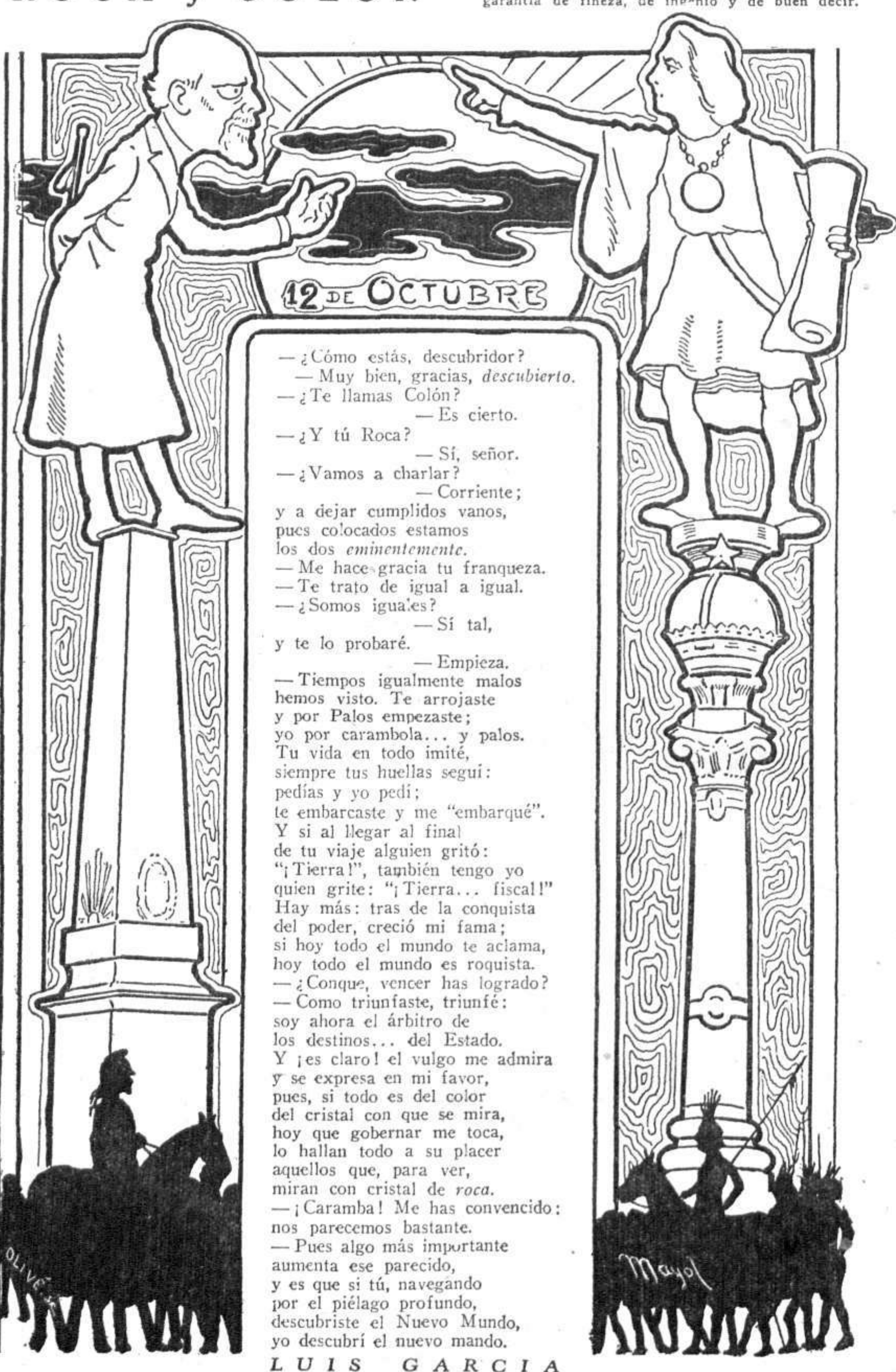
—Uno menos que ayer. ¡Buena señal!

(De *Le Rire*, París)

RECORDANDO EL PASADO

ROCA y COLON

Apareció en el número 2 de "Caras y Caretas", el 15 de octubre de 1898. La fluidez de su verso y la intención satírica reflejan el temperamento de Luis Pardo, cuyo seudónimo, conocido en todo el país, era una garantía de fineza, de ingenio y de buen decir.



— ¿Cómo estás, descubridor?
— Muy bien, gracias, *descubierto.*
— ¿Te llamas Colón?
— Es cierto.
— ¿Y tú Roca?
— Sí, señor.
— ¿Vamos a charlar?
— Corriente;
y a dejar cumplidos vanos,
pues colocados estamos
los dos *eminentemente.*
— Me hace gracia tu franqueza.
— Te trato de igual a igual.
— ¿Somos iguales?
— Sí tal,
y te lo probaré.
— Empieza.
— Tiempos igualmente malos
hemos visto. Te arrojaste
y por Palos empezaste;
yo por carambola... y palos.
Tu vida en todo imité,
siempre tus huellas seguí:
pedías y yo pedí;
te embarcaste y me "embarqué".
Y si al llegar al final
de tu viaje alguien gritó:
"¡Tierra!", también tengo yo
quien grite: "¡Tierra... fiscal!"
Hay más: tras de la conquista
del poder, creció mi fama;
si hoy todo el mundo te aclama,
hoy todo el mundo es roquista.
— ¿Conque, vencer has logrado?
— Como triunfaste, triunfé:
soy ahora el árbitro de
los destinos... del Estado.
Y ¡es claro! el vulgo me admira
y se expresa en mi favor,
pues, si todo es del color
del cristal con que se mira,
hoy que gobernar me toca,
lo hallan todo a su placer
aquellos que, para ver,
miran con cristal de *roca.*
— ¡Caramba! Me has convencido:
nos parecemos bastante.
— Pues algo más importante
aumenta ese parecido,
y es que si tú, navegando
por el piélago profundo,
descubriste el Nuevo Mundo,
yo descubrí el nuevo mando.

LUIS GARCIA

Medicina popular

Hacer una recopilación más o menos completa de los remedios o de los procedimientos utilizados por el vulgo para el tratamiento de las enfermedades, constituye una tarea que escapa, por lo extensa y variada, a la vida de un hombre. Cada pueblo de la tierra, cada región, tienen sus remedios populares que, arraigados con fe en el vulgo, se transmiten de generación en generación. Nuestro pueblo, y sobre todo el de las provincias del interior, posee una terapéutica muy rica, que si bien a veces constituye un verdadero descubrimiento de las propiedades medicinales de algunas yerbas, no conocidas o conocidas a medias por la ciencia, la mayoría de las veces se trata de prácticas descabelladas, cuando no peligrosas para la salud, no obstante lo cual correrá mucha tinta y pasarán muchos años antes de desarraigar lo que con tanta fe se cree. Veamos algunas de las prácticas medicinales que gozan de fama en el interior.

Para el coto (bocio), "hacer un collar con el espinazo de la víbora, y puesto en el pescuezo se lo lleva hasta que desaparezca el coto". Para la culebrilla (herpes zoster o zona), "frotar la parte afectada con la piel del sapo, de modo a contagiarle el mal, pues se cree que una vez logrado este *objeto el sapo muere*, salvándose el enfermo".

Para el "chupo" o "grano" (forúnculo), se recomiendan aplicaciones con "hojas de palán-palán untadas con aceite", emplasto de hojas de malva, etc. Como "madurativos" se recurre a menudo al "emplasto de harina, jugo de cebolla y grasa de vaca", "harina, yema de huevo y aceite", "emplasto de jabón amarillo".



—¡Ajá! Dos negros han alquilado el departamento de los Dupont.
—No, hombre. Son los mismos Dupont que han vuelto de la playa.
(De *Le Rire*, París)

Para la "debilidad" se tiene entre el vulgo de Santiago del Estero como remedio infalible el "meter al chico en una panza caliente de vaca, dejando la cabecita afuera. Se lo tiene media hora y después se saca y arropa bien".

El orzuelo desaparece si se tiene la tarea de "saludar al mortero por la mañana antes de hablar con nadie, diciendo mientras se da vuelta en torno: "Buenos días, señor mortero; aquí le traigo un orzuelo para su consuelo". Este sencillo procedimiento está muy generalizado, pues se dice que es infalible...

El resfrío es tratado mediante "friegas con grasa de ampalagua, dándole después un té de cáscara de mistol". Cuando el resfrío es de "la cabeza", se cura "haciendo oler al enfermo humo de trapo quemado" o si no "refregándole las sienes y el lomo de la nariz con saliva amarga de la mañana; si es de vieja rezadora, mejor". Algunos "hacen correr al enfermo unas cuantas cuadras, y cuando ha sudado lo envuelven con frazadas de lana y sahuman con guano de cabra quemado".

El sarpullido se lo trata "frotando el cuerpo del enfermo con sandía tierna", o si no con "vinagre y agua". — *J.*

▼ ▼ Mujer ▼ ▼

Alienta tu dignidad; aumenta tu dignidad.

No permitas que nadie golpee o hiera ese tu derecho inmenso.

No lo olvides, es afortunado el que posee dignidad, porque ella es el realce de todos los actos de la vida; es el decoro personal de quien la cultive y guarde. Conduce al honor, da brillo y magnitud al amor.

Es esplendorosa en todo pensamiento, y elegante en todo acto de la vida.

Es deleitosa; todo lo adorna y embellece.

Es el ancla salvadora.

Es victoria en las batallas morales.

No hay sentimiento mezquino bajo su imperio.

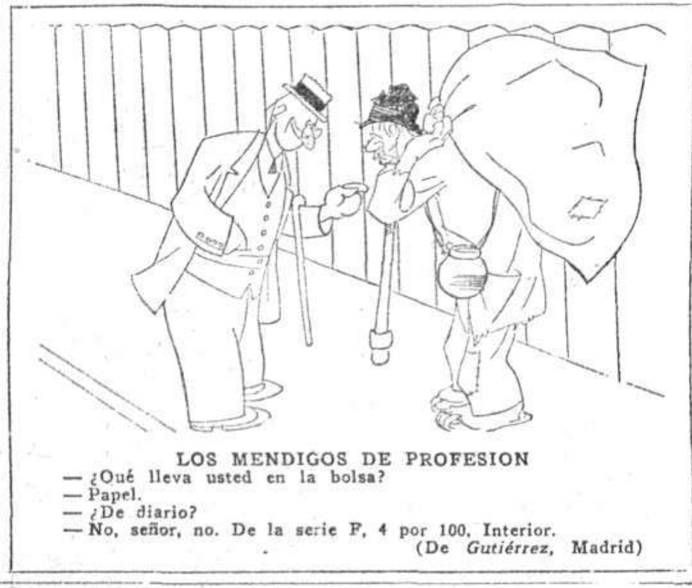
Por ella tórnase honesto lo deshonesto, digno lo indigno, bello lo feo.

Es un magnífico manto, todo lo que con él se cubre se hermosea, es hasta bella la miseria.

Dignidad magnífica: protege a las mujeres, establécete en sus corazones, gobierna en sus vidas, en sus actos y en sus pensamientos.

Mujeres: no desamparéis a la dignidad, aferraos a ella, no importa lo que se renuncie, lo que se gaste, lo que se deje de tener por cultivarla y poseerla. Siempre será pequeño cuanto se le sacrifique y se le rinda.

Irene G. L. de Huergo



LOS MENDIGOS DE PROFESION

— ¿Qué lleva usted en la bolsa?
— Papel.
— ¿De diario?
— No, señor, no. De la serie F, 4 por 100. Interior.

(De *Gutiérrez*, Madrid)



Le invitamos a visitar nuestra Exposición permanente de: Puertas, Ventanas, Casillas, Garages, Gallineros, Kioscos y Galpones en nuestro amplio local: CHARCAS 2950.

TORTOSA Hnos.

ESTABLECIMIENTOS MADERERO - METALURGICOS

Exposición y ventas: CHARCAS 2950 — Administración y talleres: Av. CHICLANA 3341

BUENOS AIRES

A los interesados del interior que nos soliciten catálogos ilustrados, le rogamos indicar el artículo que necesiten.


Saludo a la bandera por la compañía de exploradores.

UN HOGAR MODELO

POR

FAUSTO BURGOS

Cae la oración. Llegamos al Hogar Alberdi, donde un padre, un maestro joven, sonríe a los hijos de su corazón: niños recogidos en la calle.

¡Tener madre! ¡Tener padre!... Los pobres chicos que no conocieron madre, tienen en este Hogar, modelo de hogares, en el dormitorio común, frente a la cama propia, un retrato, el retrato de una madre con el hijo en el regazo.

¡Oh, la dicha de conocer a los padres!

Es la oración. En el patio, los setenta y tantos niños cantan alegremente, al son de un violín, el "Arrorró", "Arroz con leche"... canciones que en la casa de antes, o en la calle, o en la plaza pública, o en el rincón donde los tocaban las manos negras del sueño, no habían cantado nunca. Y es ahora, aun no tarde, cuando comienza la verdadera vida infantil en el hogar

Arroz con leche
me quiero casar.
....
....
Arroró mi niño
arrorró mi Sol,
....
....

El maestro violinista, en el patio hogareño, da con su emoción un calor íntimo al canto de los niños, hasta ayer hijos de la calle, amparados en las noches frías porteñas por las paredes mudas de un vagón de ferrocarril.

Cabezas negras y cabezas rubias. También hay changos del norte entre los cantores. El pelo negro relumbra junto al cabello blondo.

Cantan y se desbandan luego como una lechigada de gorriones que festejara en una misma rama verde el calorcito de la primavera; se desbandan por los caminejos del jardín; algunos se encaminan a las canchas de juego; otros échanse en derechura de la cocina; éstos detienen la carrera bajo las ramas horizontales, como largos brazos extendidos, de un cedro antiguo, iluminado como en día de fiesta. Al primero que pasa a mi vera, lo tomo de la mano. Anda al friso de los nueve años. Tiene una fresca cara sonrosada, una cara de pícaro y de bueno. No lo he interrogado y ya hablan sus ojos rubios, rubios como su pelo lacio, ojos de niño porteño, acostumbrados al sonoro y rápido trajín de las calles; ojos que reaccionan como con pestañadas eléctricas, ojos que adivinan, aun no mirando, ojos que desgajan los telones de la niebla.

—¡Peladilla! — exclama el padre de todos.

— Este Peladilla parece un biznieto de zorro...

Da a entender, con una clara sonrisa, que no le molesta el apodo.

Calza medias y zapatos limpios. Viste correctamente como un escolar que tiene padre que trabaja y madre que vela por sus hijos.

— ¡Peladilla!

— Este se conoce todos los postes de telégrafo y teléfono de Buenos Aires. ¿Es así?

— Sí, señor.

— Hace pocos días salimos en auto. En la calle, los canillitas que íbamos encontrando decían, "¡Adiós, Peladilla!" Todos los canillitas de Buenos Aires lo conocen a Peladilla...

— Sí, señor.

— Fué vendedor de diarios en Palermo, en Belgrano, en Constitución. Peladilla vendía los diarios y la ganancia iba a parar a las manos de un hombre que lo explotaba. De noche, el pobre Peladilla dormía en los vagones de hacienda vacíos del ferrocarril. ¡Ah!..., pero tuvo un amigo, un amigo solo. ¿No es cierto?

— Sí, señor.

— Ese amigo solía llevarlo en las noches frías a dormir *en su cama, en un conventillo.*

Los ojos del rubio miran estamparse en la tela gris de los recuerdos una figura de hermano. Se borró, como barrida por un brochazo negro, la estampa de aquel hombre de voz agria y de mirada fiera, que recibía las monedas que ganaba el canillita descalzo y descamisado. El alma de los niños no es cofre del odio: es como una flor.

— Y una tarde lo recogimos en la calle. ¿No es así?

— Sí, señor.

— Rubio, ¡qué cara alegre tienes! ¡Qué cara de pícaro bueno! ¿Tienes madre?

— No tengo, señor.

— ¿Y padre?

— Tampoco.

— ¿Cómo es eso, Peladilla? ¡Ahora ya tienes padre!

— Mi papá y el de todos los que estamos aquí es el señor maestro Arturo Cabrera Domínguez.

— Tienes otro, otro papá, del que nunca se olvida: es el coronel don Luis Jorge García, el fundador del Hogar Alberdi; el hombre que tiene para los niños corazón de niño. El coronel García, les dijo aquella vez, con lágrimas en los ojos, *cuando concurrió* a una fiestita íntima: "Hijos míos..."

Viene a saludarnos nuestro comprovinciano el Gauchito, un chango morocho de quince años, bien peinado, los botines lustrosos, el traje sin arrugas, como si se hubiera acicalado para ir a pagar una visita. Es el secretario preferido del coronel García; el Gauchito se da cuenta de ello y a veces, cuando el copete de chingolo campero se le alza, mira a sus hermanos, no con desdén, sí con festiva altanería. Acaso entonces alguno piense: "¡Lo que va de ayer a hoy!"... Y es que si uno tiene paciencia y fe, la suerte llega.

— ¿De cuál departamento tucumano eres, Gauchito?

— De Tafí Viejo, señor. Vine hace ocho años; ya de Tafí no me acuerdo nada.

Sus ojos no miran como los de Peladilla; sus ojos tienen una mirada quieta. Las calles de allá no son parecidas ni a las últimas de los últimos barrios porteños; ni la fuerte luz de allá, es la luz que pega en el Río-Mar.

— ¿Y tu mamá, Gauchito?

— No tengo; tía tengo.

— ¿Y padre?

— El coronel y el señor Cabrera Domínguez.

— ¡Bravo, Gauchito!

El Gauchito nos lleva a conocer la lavandería, donde a máquina los muchachos lavan su ropa; nos conduce al taller de planchado y costura. Los niños del Hogar Alberdi han aprendido a planchar, a pegar botones; pero también ya saben ganarse la vida como obreros mozos, haciendo escobas, plumeros, esterillando sillas, labrando cepillos. Tienen ya su casa y su padre; en la casa, patios amplios, con canchas de bochas, de fútbol, de tenis. No les falta monopatines, ni pelotas, ni triciclos, ni baleros, ni trompos, ni bolitas. Y como todos los niños, también ellos, en un instante, se aburren de todos sus juguetes; entonces se dividen en bandos, se calan sus camisetas y van a patear un fútbol; luego a los cuartos de baño y a hacerse el tocado.

Son dueños de lo que hay en la despensa. ¿Quién ha de cuidar mejor las cosas que sus propios dueños? Van a una escuela nocturna, *solos, y no vuelven a deshora. Libertad y orden.*

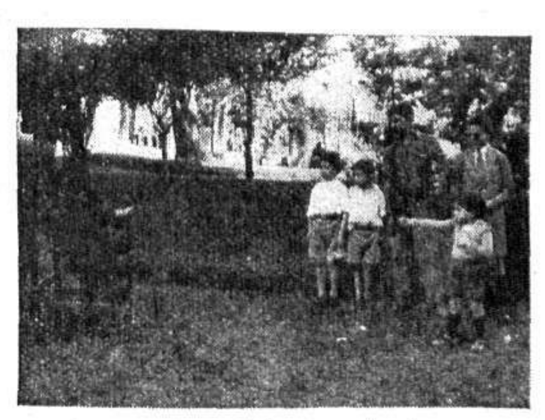
El Gauchito asegura:

— Pronto el coronel García, nuestro padre, nos regalará un piano y varias máquinas de escribir.

Antes de sentarse a la mesa, a cenar, en el patio, como hermanos, de pie, entonan el Himno a la Bandera. Siento, repentinamente, la fuerte emoción que experimenta el soldado cuando, al besar la enseña de su patria, besa a su patria misma.

Ahora habla el maestro Cabrera Domínguez:

— No hace mucho rodeamos una mesa de familia para celebrar el cumpleaños del doctor Freyre, que cura y atiende con rara solicitud a los que llegan enfermos. Vino la familia del médico, esposa, hija, hermanos, sobrinos. Fué muy íntima la reunión y le dieron sentido los muchachos mayores: *pronunciaron* discursos redactados sin ayuda de personas mayores. Algunas frases revelaron el grado de *comprensión que iban adquiriendo* sobre la



Los pequeños asilados jugando al sapo.

vida, sobre el calor de la familia o sobre los peligros de la libertad sin control.

"Otro día festejó nuestro Hogar el cumpleaños de un niño que llegaba a los 18. Por la mañana se tocó una diana dentro del dormitorio. Los compañeros del niño aquel se vistieron para darle la mano o para tirarle las orejas. (A ese niño yo lo encontré una noche fría durmiendo en un vagón, en el puerto, entre una multitud de aventureros y desocupados). Cenamos en el salón central, salón de honor. El festejado estaba alegre y a la vez emocionado. La fiesta que recordaba el día de su nacimiento, lo dignificaba, lo humanizaba. Hubo discursos de niños, no menos interesantes que los de hombres. La psicología tiene mucho que aprender del juicio de los niños. Después de la cena fuimos al teatro...

"Anoche se reunieron doce muchachos para fundar el cuerpo de "Leaders". Esta ceremonia, tan sencilla, tiene que traer muchas ventajas a la Institución. Doce "leaders" tienen que ser doce apóstoles sociales dentro del Hogar. Con tales nuevos preceptores, la casa debe regirse en adelante. Esto es muy fácil y muy difícil, según la penetración de la psicología de los jóvenes y del conocimiento formado de cada niño. Ya tenemos banda lisa; toca ya algunas marchas con seis tambores y seis clarines. Se ha formado el espíritu del scout y pronto se organizará un batallón que ha de servir para templar en los campamentos, el alma de nuestros niños. Hemos llevado a la práctica el generoso ideal del coronel don Luis J. García: evitar el mal antes que remediarlo. Los niños son como "la agüita de la acequia", alegran la casa. Hoy los desperté con mucho cariño. Después de trabajar toda la noche y la madrugada, subí a los dormitorios. ¡Con qué tranquilidad estaban tendidos en la cama! ¡Con qué ritmo respiraban! Era cerca del último canto del gallo. ¡No puede haber una frente de niño sin un beso de madre! El clarín interrumpió el sueño de mis hijos. La voz de bronce entró en los dormitorios; el tambor, por las celosías metió su redoble. Mis chicos empezaron a toser, a estornudar. Fué una resurrección. Fueron a los lavabos; luego, a formar en círculo para cantar el Himno a la Bandera, en el instante de ser alzada. El cielo estaba manso, pero sin azul; el viento impulsaba el pabellón y lo abría como en las barrancas del Paraná, cuando su inventor la hizo jurar por aquel ejército de gauchos y de indios.

"En fin, amigo, esto es un mundo. Es muy complejo. Es también un problema que no se resuelve fácilmente. Es un tapiz, en el que se puede decir, con entera verdad, que lo más interesante es el revés. Es un drama del cual lo que más conmueve es lo que se calla... ¡Pobres mis niños que no tienen madre! Muchas veces quedo absorto viéndolos pasar, porque llevan en su fisonomía una luz o una sombra...

"¡Duro es el regazo de la calle y amoroso y tierno el regazo de una madre!"

Fausto Burgos

Los nueve túneles transalpinos

Existen dos maneras, diremos, para transponer una montaña: pasar por encima o por debajo. Pasar por encima se llama alpinismo y es un deporte. Pasar por debajo equivale a agujerear la montaña... de parte a parte para practicar un pasaje. Entonces este pasaje se llama túnel. Pero hay gentes que tienen horror a los túneles, porque son generalmente obscuros y huelen a humo y a mohó. A estas gentes miedosas les aconsejamos viajar en Carintia y en la región del golfo de Génova.

Del este al sudoeste, de la Carintia al golfo de Génova, los Alpes levantan en torno de Italia septentrional una muralla en arco. Esta muralla llega a 2.865 metros al norte de Trieste, 3.800 metros en Tauern, 4.052 metros en Bernina, 4.638 metros en Monte Rosa, 4.800 en Monte Blanco, y pasa de los 3.000 metros en los parajes del Cuello de Tende, a treinta kilómetros del Mediterráneo.

Pero la audacia de los hombres ha triunfado contra semejante barrera natural, y, hoy, nueve túneles la atraviesan en el orden siguiente:

Túnel de Semmering (línea Viena-Trieste); túnel de Tauern (línea Munich-Villach-Trieste); túnel del Brenner (línea Innsbrun-Verona); túnel de Arlberg (línea Bale- Innsbruk); túnel de San Gotardo (línea Zurich-Milán); túnel de Loetschberg; túnel del Simplón; (Estos dos túneles dan paso a la línea Berna-Novara). Túnel de Monte Conis (línea Chambery-Modano) y túnel del Cuello de Tende (línea Niza-Coni).

El más viejo de esos túneles es el de Semmering, construído de 1848 a 1853.

A decir verdad, hay allí quince pequeños túneles de una longitud total de mil quinientos metros y de una altitud máxima de 896 metros. Los trabajos costaron muchos millones. El Semmering está situado en territorio austríaco, a 200 kilómetros de la frontera italiana.



El amigo. — ¿Y cómo vas a titular ese paisaje?
El artista. — Retrato de mi madre.

(De *Gutiérrez*, Madrid)



La espuma y el perfume del Heno de Pravia hacen delicioso el aseo matinal. Sus aceites finísimos protegen y suavizan. Úselo a diario.

$ 0,70
EN LA CAPITAL FEDERAL

JABÓN HENO DE PRAVIA

PERFUMERÍA GAL - MADRID - BUENOS AIRES

BUENOS AIRES, 24 DE FEBRERO DE 1934

AÑO XXXVII CARAS Y CARETAS NUM. 1847

JOSE S. ALVAREZ, fundador



Laura Mulhall-Girondo

FOTO DE WILENSKI

La escalinata de la Rambla, transformada en altar con motivo de las jornadas eucarísticas, terminadas recientemente con gran entusiasmo.

APUNTES SUPERFICIALES DE UN

CARAS Y CARETAS

Lo que se ve y se oye

Lea en las primeras páginas el

El ilustre sabio argentino Martín Gil, víctima de su único enemigo, el Sol...

Las distinguidas pintoras argentinas señoritas Margarita Roux (de pie) y Antonia Ventura y Verazzi (sentada), tomando interesantes impresiones en la rambla del Bristol.

La señorita Eloisa J. Dufour, prestigiosa pintora, tomando una nota de color a la orilla del mar.







La rambla del Brístol a las 20 horas, cuando pasea una multitud que se calcula en quince mil personas.

CRONISTA A LA ORILLA DEL MAR

en Mar del Plata

CARAS Y CARETAS

artículo de Juan José de Soiza Reilly

El notable artista Fancisco Villar, que, por pintar en la Rambla, fué protagonista de la anécdota que puede leerse en la crónica.

El gobernador de la Provincia, doctor Martínez de Hoz, y el administrador de la Rambla.



El aire de mar es el más favorable a los ensueños tranquilos, lejos de la parrilla de Buenos Aires.



Amelia R. y Carlos A. Pujadas Guiliamondegui.

PRIMERA COMUNION



María Nieves Bariatti.

Raquel Pascual.

Elvira Nougués.

Fotos de Witcomb y de Bixio y Cía.



Capitán de navío IVON DONVAL

Comandante del buque escuela de la armada francesa "Jeanne D'Arc", que ha sido nuestro ilustre huésped.

ACUARELA DE ALONSO

Nuestros niños



AGUSTIN MAGALDI (hijo)



CARMEN ELENA
CAPPARELLI



ANGEL CARLOS y LUIS
FERNANDEZ MOISO



GENE D'ONOFRIO

*Fotos Rixio y Cía.
y Kitzler.*



ESTRELLAS
DEL CINE

BETTE DAVIS

Cuadros célebres

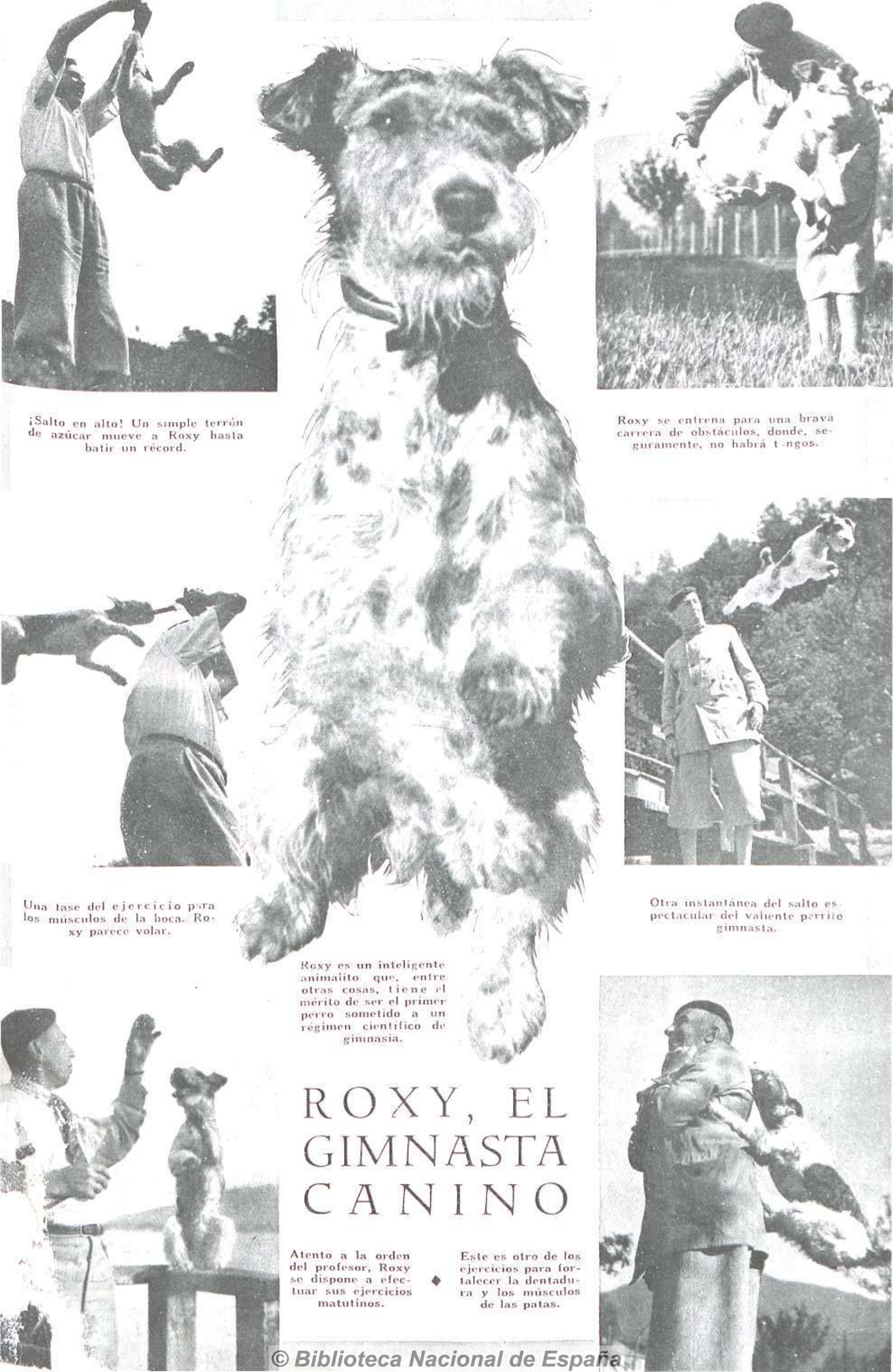
Retrato de Morette

Hans Holbein

(el joven)

Galería de Dresde





¡Salto en alto! Un simple terrón de azúcar mueve a Roxy hasta batir un récord.

Roxy se entrena para una brava carrera de obstáculos, donde, seguramente, no habrá t-ngos.

Una fase del ejercicio para los músculos de la boca. Roxy parece volar.

Otra instantánea del salto espectacular del valiente perrito gimnasta.

Roxy es un inteligente animalito que, entre otras cosas, tiene el mérito de ser el primer perro sometido a un régimen científico de gimnasia.

ROXY, EL GIMNASTA CANINO

Atento a la orden del profesor, Roxy se dispone a efectuar sus ejercicios matutinos.

Este es otro de los ejercicios para fortalecer la dentadura y los músculos de las patas.







PUNTA LARA

Fotos de Mela.

La señorita J. Camoirano y un pequeño bañista.

Señoritas Beba Benchaya, Kica Morales, Rosita Martinez y Kela Benchaya.

Niños Meca, Cacho y Gordita Rodriguez.

CARHUE

Fotos de Carretero.



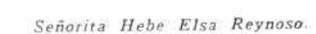
Senora Maria A. de Cichetti.



Señoritas Martha y Raquel Laguzzi.



Señorita Isabel López.



Señorita Hebe Elsa Reynoso.

Señora Angélica Podestá de Lavalle y su hijito Carlos Roberto.

Señorita Dora Esther Pintos.





CUANDO LAS ESTRELLAS ERAN NIÑAS







Miss Madeleine Carroll, pestigiosa actriz de la escena inglesa que ha debutado exitosamente en la pantalla. La foto de la izquierda la muestra a los dos años de edad y la de la derecha cuando tenía 13 años, en Irlanda, en un día de fiesta.







Lilian Harvey, la artista que primero se impuso en la pantalla europea y luego en la norteamericana. A la izquierda, se aparece a los 11 años en el jardín de su tía, en Suiza; a la derecha, se nos muestra a los 13 años cuando era escolar en Berlín.







Miss Sally Eilers, conocida estrella norteamericana de brillante actuación artística. A la izquierda se halla fotografiada con un amiguito, a los 10 años; y a la derecha, a los 9 años, con el empaque propio de una señorita bien educada.


Elenita Vecchiarelli Traverso, danzarina rusa.


Juan A. Sosa, jockey.


Norberto de Prada, torero.


Lola y Cristobal Buendia, muñeca Lenzi y marinerito.


Oscar y Arturo Fentanes, gaucho y marino.


Ricardo López, torero.


Antonio Yangarra, pescador.


Alicia Elsa y María Esther Orr, bailarinas hawaianas.


Nélida, Angélica y Susana García, Doña Francisquita.


Concepción Cambaredes, espigadora.


Noemí Rovagnati, muñequita Lenzi.


Concepción Ramos y María Luisa Gil Zalba, segadoras.

Nuestros pequeños visitantes

EN LAS ULTIMAS PAGINAS PUBLICAMOS NUMEROSOS GRUPOS DE MASCARITAS INFANTILES

Delia y José Pedro De Tomaso, dama de 1890 y charleston.



Rafael Puerto y Daniel R. Madariaga, "clown" y hado.



Teresa González, muñequita Lenzi.



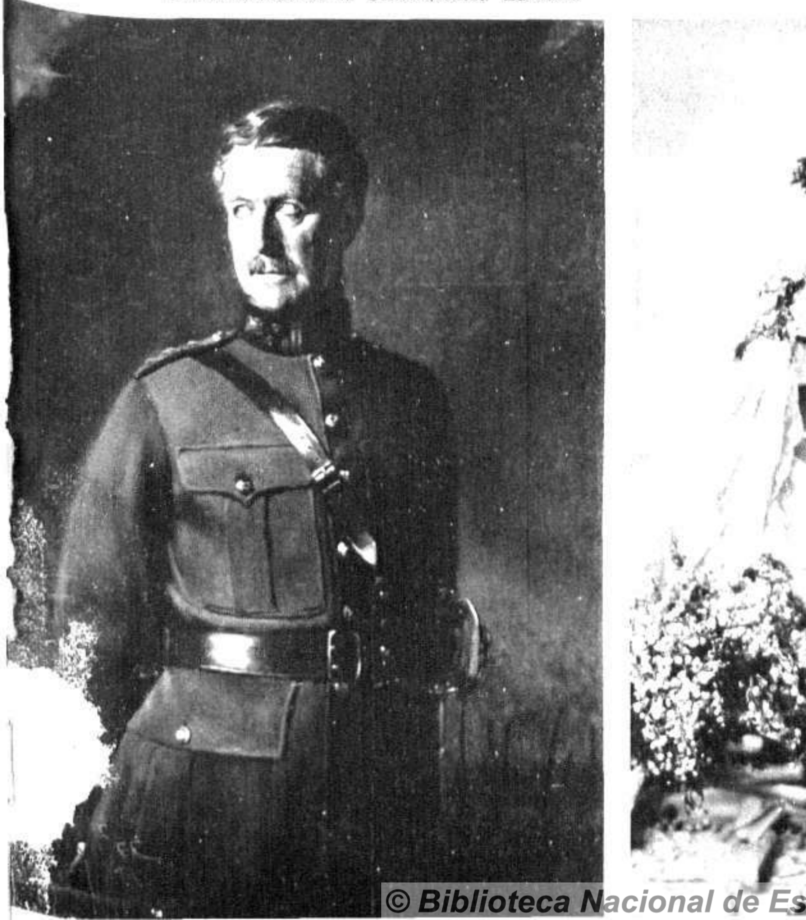
Julio y Diego Barreiro Albate y Eduardo Castaing, "cowboy" y pierrots.



Alberto de Bélgica, en compañía de su esposa la princesa Isabel, cuando eran herederos del trono.

ALBERTO I DE BELGICA

EL REY SOLDADO, QUE JAMAS ABANDONO A SU EJERCITO DURANTE LA GRAN GUERRA, HA PERDIDO LA VIDA EN UN ACCIDENTE DE ALPINISMO



Uno de los últimos retratos del soberano belga, cuya popularidad se hizo universal a raiz de su comportamiento durante la Conflagración Europea.



Los nuevos reyes de Bélgica: Leopoldo III, hijo de Alberto I, y Astrid, hija del príncipe Carlos de Suecia y de la princesa Ingebord

CORSO DE LA

Conjunto de bebas que hicieron roncha entre lo más escéptico del elemento masculino.

Un aspecto parcial del corso de la Costanera, donde se advierte la animación y alegría que reinaron en el desfile.

Cinco cartas bravas desplegadas en línea de tiradoras: los centros fueron numerosos y mortales.

CORSO DE BELGRANO

Familias de Alvarez y Guerrero ocupando un automóvil en el corso de la calle Cabildo.

Señoritas de Piada y Picard ocupando uno de los palcos en el corso de la calle Cabildo.

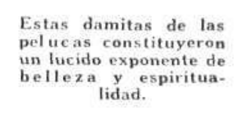
Señoritas de Monti y Acerbo, que dieron animación y alegría al desfile carnavalesco.



COSTANERA

El palco de las sonrisas, temible reducto donde más de uno se rindió con armas y bagajes.





Estas damitas de las pelucas constituyeron un lucido exponente de belleza y espiritualidad.

El desfile de autos fué incesante y bullicioso, y cobró mayor animación a medianoche.

CORSO DE FLORES ▼







Un palco bien adornado, con legítimas flores, en el corso de la calle Rivadavia.

▼

Sonrisas, juventud, alegría, fueron las características de este palco del corso de Flores.

▼

Un conjunto femenino que revela un acuerdo perfecto en los gustos de sus componentes.

LA VERDADER ONCORDANCIA

"TODO LOS UNE: NADA LOS SEPARA"

TRUCO FOTOGRAFI "CARAS Y CARETAS"

PETRÓLEO

Gobernador de Salta. — **Olas que, al llegar, plañideras, muriendo a mis pies...**

El primer baile de



Fernando Ochoa improvisando junto a Tania, Amanda Ledesma y otras conocidas figuras del mundo radiotelefónico.



Lucía Montalvo desplazó al de la batería, y con legítima razón, según se puede juzgar.



Tania y Mercedes Carné muestran el atractivo de sus sonrisas: el ademán es para despistar.



Patrocinio Díaz y Mercedes Simone, desde un [illegible] co, hacen amenos comentarios de rigurosa actual[illegible]

los artistas de radio



El ingeniero Devoto, uno de los ases de la radiotelefonía, se siente optimista junto a un grupo de amigos.



La graciosa cantante brasileña Gina Cruz en una pose genuinamente carioca.



Alejandro Beltrami, speaker que animó con éxito el baile de los artistas del micrófono.



... Montalvo, la conocida vedette, y el barítono Rafael Salvatore en un simulacro de flirt.

La máquina insaciable.

Caricaturas de Valdivia.



Una ducha improvisada en plena calle. Pretexto: carnaval.



El elemento masculino ejecuta un ataque a fondo.

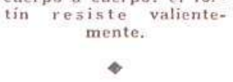
EL PUEBLO DE BUENOS AIRES HA VUELTO A JUGAR CON AGUA





Un encuentro casi cuerpo a cuerpo: el fortín resiste valientemente.

Este tiro, que resultó corto, obliga al atacante a batirse en retirada.



Una emboscada que puede tener éxtio: el proyectil está pronto a ser lanzado.

Lindo combate individual donde las fuerzas resultaron de una paridad completa.



Las tropas del fortín, bien pertrechadas, esperando el ataque enemigo.



Al efectuar una salida, el enemigo sorprende a los sitiados con una descarga en regla.

Fotos de Bejarano.

Suplemento femenino de "Caras y Caretas"

Por BIJOU



LAS LINEAS SENCILLAS PREDOMINAN EN LAS COLECCIONES

1. — Elegantísimo vestido de terciopelo amarillo. La blusa, de líneas y cortes novedosos, forma un moño que al mismo tiempo cae sobre los hombros y está terminada por una pequeña piel marrón. La pollera es bien ceñida hasta las caderas y el vuelo sale así muy bajo formando godéts.

2. — En lana color *bleu* está realizado este espléndido traje para calle. Dos voluminosas solapas, que van abrochadas, asumen la responsabilidad casi total del modelo, que acentúa su atractivo con las mangas de forma original adornadas por unos pequeños bieses.

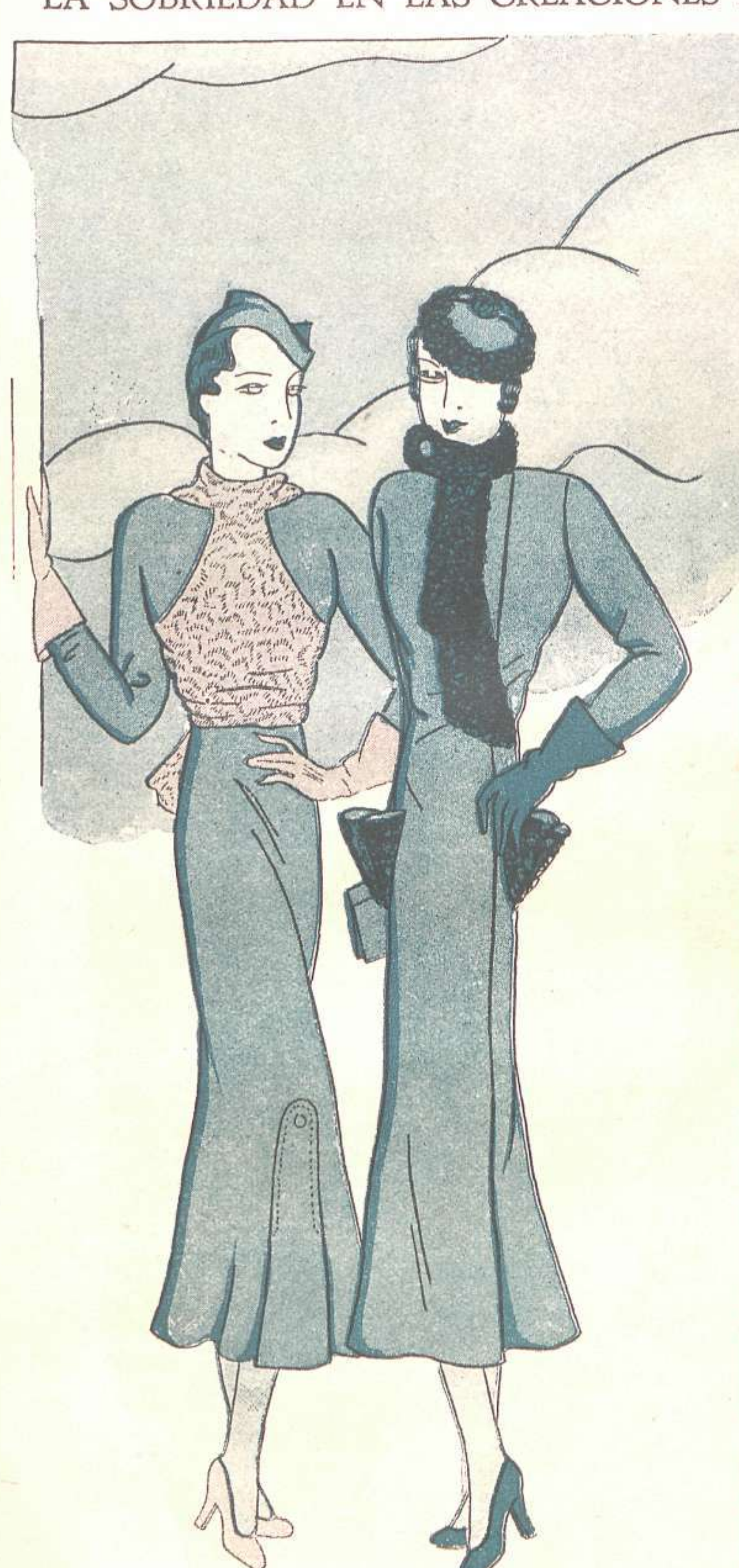
LOS BOTONES Y LAS PIELES EN LAS COLECCIONES DE OTOÑO E INVIERNO



En el primero de los modelos que presentamos en esta página, que es un traje de lanita negra, puede advertirse un señalado predominio de pieles, pues al escote lo realza un adorno de armiño blanco que se repite también en los bolsillos. El corte de este modelo está realizado conforme al último dictado de la moda que impone que las líneas sean bien ceñidas en las caderas para luego abrirse en un vuelo a la altura de las rodillas.

Dijimos que los batones, al igual que las pieles, merecerán las preferencias de la mayoría. En efecto, desde ya podemos adelantar a nuestras lectoras que los habrá en formas variadas y originalísimas y realizados en metal, cuero, madera, laqué, cristal, corcho, etc. Los que pueden advertirse como adorno de la blusa y el cinturón del otro modelo son de madera azul claro. La falda de esta creación forma unas tablas bien profundas y la blusa acusa la originalidad de dos solapas abotonadas.

LA SOBRIEDAD EN LAS CREACIONES MODERNAS



Si bien es profunda la disidencia de criterio de los modistos con respecto a las características que deben prevalecer en las colecciones del momento, puede decirse que, en conjunto, el interés máximo se ha concentrado en las mangas, en los hombros y los cuellos de piel. Se ven así mangas muy trabajadas en la parte superior, cuando el cuello es pequeño, y con una variedad de motivos para que le concedan mayor amplitud.

Además de ese estilo, hay también mangas guarnecidas de tiras de piel que le imprimen un encanto particular y que, por otra parte, ayudan a realizar el modelo. Abundan asimismo los zorros, los "breichwantz" y "putois"... Y no se detienen en esto las perspectivas del modisto ya que también nos brindan cuellos de piel que forman echarpes o se prolongan como corseletes formando alones en torno de los hombros.

Hemos repetido también que la piel de foca tiene gran aceptación, pues se ven mangas completamente recubiertas con ella, combinando sus tonos plateados con el gris topo y los azules.

En esta página ofrecemos dos elegantes modelos, el primero de los cuales es un traje de lana "bleu" con un adorno de piel en la blusa, que además del realce que presta al conjunto como motivo de adorno ofrece la ventaja de poder aplicarse a cualquier otro vestido. El segundo, es un tapado de lana angora beige, con una echarpe que en vez de atarse se abotona, y bolsillos aplicados de astracán marrón.



Martha, Bánfield. — Así es, en efecto, mi simpática lectora: los sombreros tejidos a mano se usan muchísimo y a fin de orientarla mejor sobre este punto he tenido mucho gusto en idearle un modelo para que por sus características pueda usted juzgar con más conocimiento de causa. Puede hacerlo en dos tonos: una mitad "beige" y la otra marrón o asimismo verde y blanco. Le quedará muy mono.

Antigua lectora, Capital. — No se usa mayormente ese estilo que me menciona. Le aconsejo más bien que el cinturón que desea lo haga tejido, a punto crochet, en verde y blanco. Por lo demás, el grabado que le he concebido especialmente con ese objeto, le permitirá una idea más clara.

La señora X. — La aplaudo en sus ideas. Es usted un encanto de madrecita por lo económica. Y ahora, a su consulta: suprima la manga rota del vestido de su nena y, en reemplazo de aquélla, hágale un bolerito. La falda, déjela como la tiene. Confecciónele una blusita en cualquier tela de algodón o de hilo que son tan prácticas porque permiten un lavado frecuente y en esa forma tendrá usted hábilmente reformado el vestido que tanto y tan justamente lamenta. Para la mejor interpretación de las indicaciones que le formulo, le he ilustrado ese modelito.

Teresa, San Lorenzo. — Puede guiarse por el modelo que le he concebido especialmente para usted. Como no le alcanza la tela que dispone, hágase entonces la falda sesgada y no al bies, porque esta clase de corte exige mucho género. El saquito confecciónelo sin margas, y, en cuanto a la blusa que posee, le quedará admirable con ese vestido.

LAS TENDENCIAS ACTUALES



HACE ya tiempo que en la moda de los trajes para deporte se adopta un corte especial que los hace accesible para usarlos también por la mañana y por la tarde, con lo cual se logra una positiva ventaja económica en virtud que dejan de tener un carácter de exclusivismo para aquellas actividades. Estas características pueden apreciarse fácilmente a través del modelo que muestra el primero de los grabados, que es un traje de lana color azul adornado con botones de este mismo tono aunque más claro, y con un canesú que forma al mismo tiempo unos bolsillitos, detalle éste que, formado por unos cortes, se repite en la falda.

El otro grabado nos enseña un elegantísimo traje de terciopelo color celeste con un original escote de forma romboidal en la espalda y un moño en la misma tela que el vestido dispuesto graciosamente en la cintura. Como pueden observar nuestras lectoras, en la generalidad de las colecciones para bailes, la cola está formada por el plisé.

LOS ESTILOS DE MANGAS QUE SE PREFIEREN



Si en algo puede decirse que las opiniones están equilibradamente divididas en materia de modas es en lo que se refiere a las mangas. Es tal la variedad de estilos, que resulta difícil determinar un tipo de adopción general. En esta página presentamos algunas de las que merecen mayores preferencias y especificamos a la vez el destino especial que tiene asignado cada uno de esos modelos.

Así, las que muestra el primero de los grabados sientan admirablemente para un traje sastre. Dos pequeños bieses en punta hacen aún más atractiva la presencia de estas mangas.

Para los tapados queda muy mono ese estilo que nos enseña el segundo modelo y cuyos dos picos están sujetados por una presilla de metal.

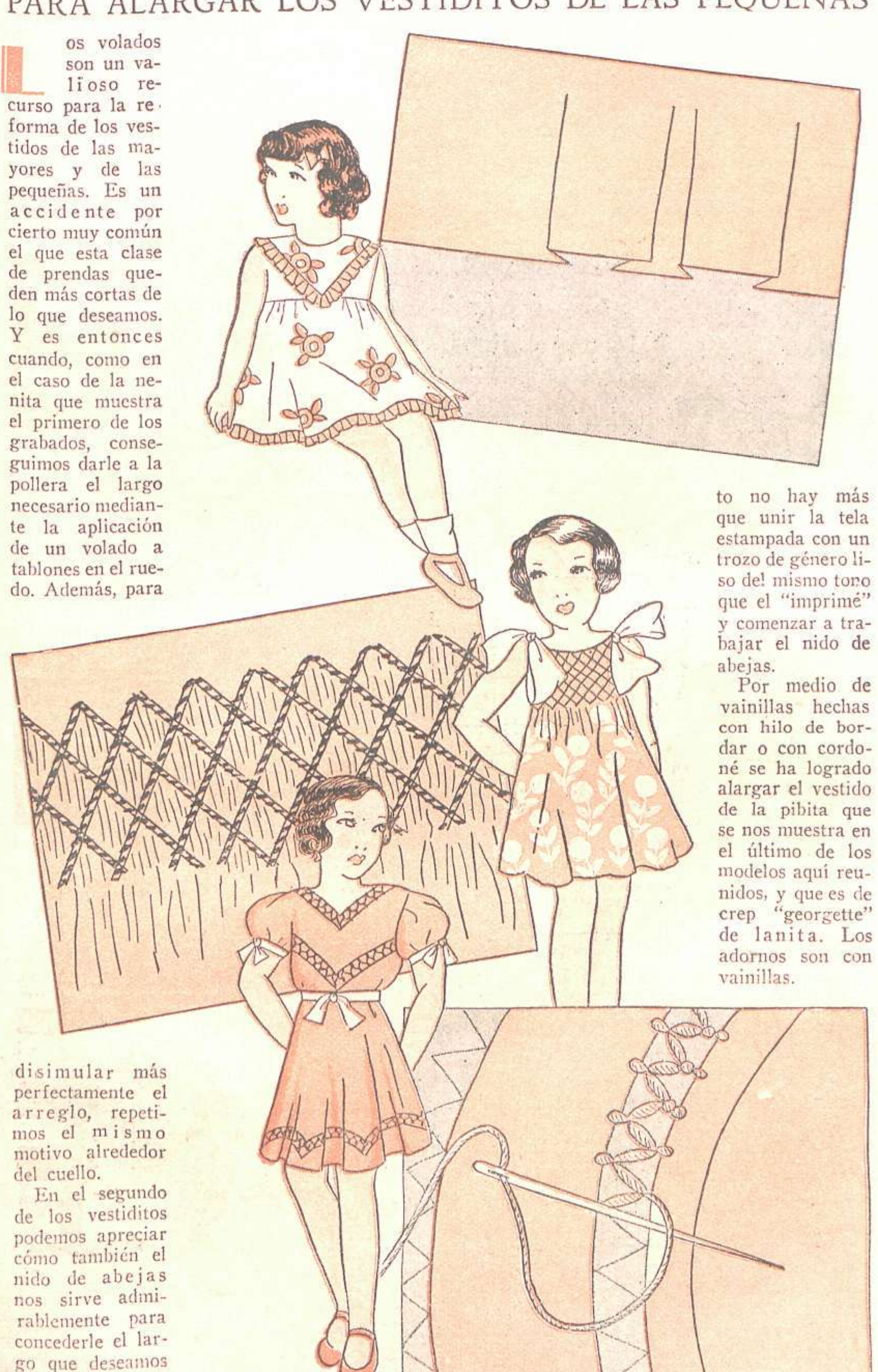
El tercero, que es un volado amplio, está destinado especialmente para un traje de fiesta. En el cuarto y en el quinto grabados se advierten, respectivamente, dos estilos de mangas muy originales, el primero de los cuales, que son pliegues que forman los hombros cuadrados, queda perfectamente con un vestido de terciopelo marrón, y el otro, de líneas también cuadradas, se adapta muy bien para una chaquetita o abrigo.

Finalmente, los dos últimos estilos son unas mangas muy bonitas para una silueta alta y delgada, y destinada exclusivamente para los trajes de noche, el primero, y completamente sencillo y sin más adorno que unas hileras de piel marrón, el otro.

SEA ECONOMICA

PARA ALARGAR LOS VESTIDITOS DE LAS PEQUEÑAS

Los volados son un valioso recurso para la reforma de los vestidos de las mayores y de las pequeñas. Es un accidente por cierto muy común el que esta clase de prendas queden más cortas de lo que deseamos. Y es entonces cuando, como en el caso de la nenita que muestra el primero de los grabados, conseguimos darle a la pollera el largo necesario mediante la aplicación de un volado a tablones en el ruedo. Además, para disimular más perfectamente el arreglo, repetimos el mismo motivo alrededor del cuello.



En el segundo de los vestiditos podemos apreciar cómo también el nido de abejas nos sirve admirablemente para concederle el largo que deseamos al traje. Para esto no hay más que unir la tela estampada con un trozo de género liso del mismo tono que el "imprimé" y comenzar a trabajar el nido de abejas.

Por medio de vainillas hechas con hilo de bordar o con cordoné se ha logrado alargar el vestido de la pibita que se nos muestra en el último de los modelos aquí reunidos, y que es de crep "georgette" de lanita. Los adornos son con vainillas.

Las aventuras

LA CIENCIA INFUSA EN



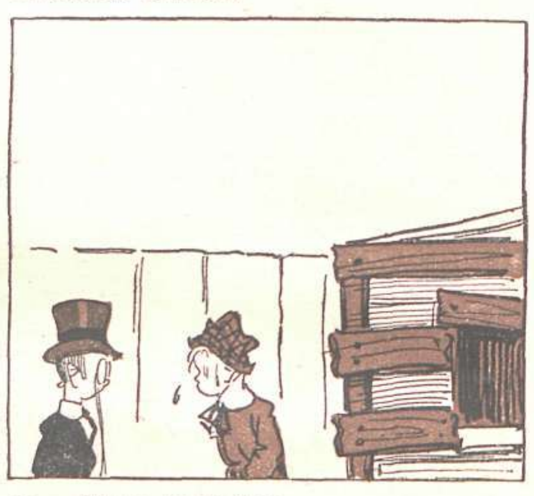
1 —Bueno, señor Pepe el Sabio; ya está admitido como socio de nuestro club.
—Gracias, gracias.



2 —Y ¿qué le parece nuestro club?
—Este... una asociación de entes humanos con un propósito deliberado.



5 —Metele, galerudo, que te escucho.
—Otra cosa: el club debía ser bautizado con un nombre más metafísico.



6 —Meta y ponga, Pepe....
—Después llegaríamos al borde de las discusiones referentes a la idiosincrasia de los socios.



9 —¿Cambiar?
—Sí. Hay que trabajar por la cultura de las masas...

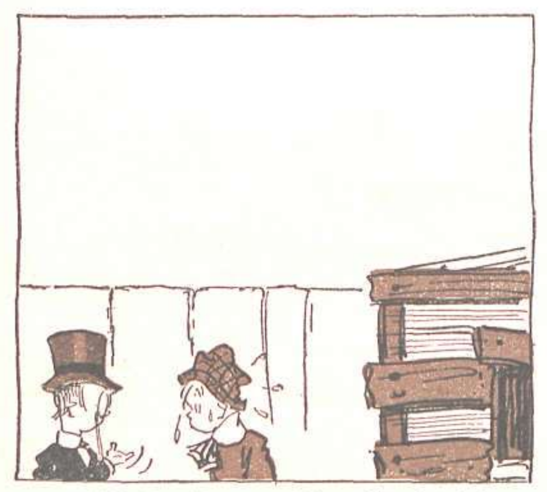


10 —Esperate aquí, galerudo: voy a presentarte un problema.
—Bien, espero.

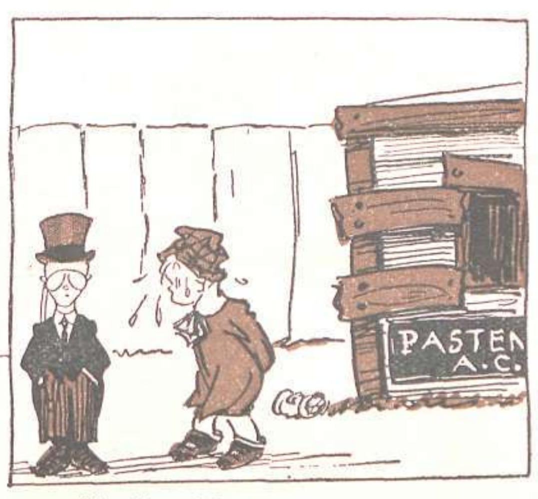
de Chingolo

Por PERCY CROSBY

EL PASTENACA A. C.



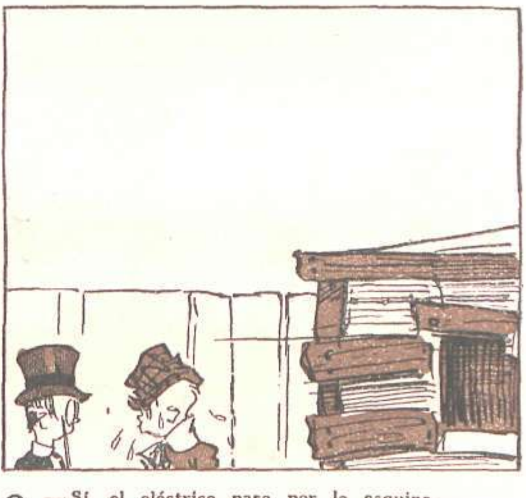
3 —¡Ajá! Muy bien, muy bien. ¿Y qué más?
—Como en toda asociación de altos fines, los socios deberían estudiar filosofía.



4 —Filosofía, ¿eh?
—Sí, y además, la ciencia infusa de las probabilidades problemáticas de los problemas algebraicos.



7 —*Creo que tenés razón... Los socios tienen que bañarse una vez por mes.*
—¡Oh, en cuestiones de higiene soy ecléctico!



8 —*Sí, el eléctrico pasa por la esquina.*
—Otro ítem: debemos cambiar la terminología idiomática de...



11 —Estos jovencitos, son buenos, pero carecen de sensorialidad capacitiva para valorar los sacrificios que supone internarse en el espinoso camino de la ciencia.



12 —A ver, galerudo hiperbólico y eléctrico: ¿cómo tenemos que llamar a este artefacto del club: artículo de goma, "made in Salta", saltarina o la de cuero y no cabelludo?

UN ANTI-REY

En la época en que Blasco Ibáñez realizaba su violenta campaña contra Alfonso XIII, alguien advirtió al ilustre novelista que se había interrumpido la tradición de españoles universales, conquistadores y anti-papas, tan maravillosamente descritos por él.

— Queda uno — rectificó Blasco. — No un anti-papa; un anti-rey: yo.

LA AMABILIDAD DE RASMUSSEN

El explorador de fama universal Rasmussen era un hombre rudo, de imprevistas salidas y de una franqueza que a veces lindaba con la brutalidad. Odiaba a los exploradores de salón. A uno de ellos que en cierta ocasión le estaba mareando a preguntas le respondió:

— Lo mejor será que me presente usted dentro de unos días un cuestionario, y, si vale la pena, emprenderé una nueva expedición a las regiones polares, nada más que para satisfacer su curiosidad por las cosas que sabe todo el que ha viajado más allá de los límites de la provincia en que ha nacido.

UN ARTISTA CHAMBON

En el teatro de variedades se presenta un famoso tirador de cuchillos. La bella ayudante se halla inmóvil junto a la pared de madera. El artista toma el primer cuchillo, lo pesa en la mano y lo tira. Queda clavado a tres escasos centímetros de la cabeza de la joven. Los espectadores siguen el desarrollo de la prueba, sin respirar casi. Va el segundo cuchillo y queda clavado a dos centímetros del cuello de la ayudante. Y así sucesivamente, hasta que, por último, grita uno de los espectadores:

— ¡Chambón! ¡No acierta ni una!

EXTRAPROTOCOLARIO

En Italia se usa el don antepuesto al apellido, no al nombre propio. Generalmente sólo se da este tratamiento a los sacerdotes. A los pocos días de ser exaltado al trono pontificio monseñor Aquiles Ratti (Pío XI), recibió en audiencia a un aristócrata español, quien, en el curso de la conversación, deslizó, distraído:

—... Como os decía, don Pío...

Su santidad rectificó, sonriente:

— Don Ratti.

Por los caminos del mundo

Anécdotas

DEFINICION AL CASO

Dos amigos, de esos a quienes les gusta discutir por nada, hablaban sobre las cuestiones sociales del momento. El menos informado quiso poner en aprietos al más locuaz que, como buen hablador, para todo hallaba remedio, aunque tuviera que ir a buscarlo a los cuernos de la luna:

— Oye, explícame lo que es eso de capital y trabajo.

— Hombre, muy fácil; mira, tú me prestas cinco pesos..., pues ése es el "capital".

— Perfectamente.

— Al cabo de algún tiempo tú quieres que te devuelva el dinero: pues ése es el "trabajo".

PIEZA DE MUSEO

Hay un escualo cuyo nombre común es pez-martillo, y que, por tener la cabeza parecida a un tricornio, los pescadores baleares le llaman "guardia civil".

Llegó un gobernador a Palma de Mallorca y oyó, encantado, al secretario:

— La gente de aquí es tranquila, laboriosa, honrada. Los conflictos sociales escasísimos y siempre de carácter benigno.

Estalló días después una huelga en Ibiza que, por momentos, iba tomando el peor cariz, y una buena mañana el gobernador leyó aterrado, este telegrama procedente de aquella isla:

"Luchando mucho con él hemos logrado pescar un "guardia civil". Se lo enviamos en una caja para que lo diseque y tenga un recuerdo de su mando en estas islas".

HOMBRE DE NEGOCIOS

Bernard Shaw, quien era enemigo del cine mudo, es en cambio gran admirador del cine hablado.

Un magnate de Hollywood, el señor Laemle, pensaba inmediatamente llevar a la pantalla una de las comedias del ilustre dramaturgo e hizo un viaje a Inglaterra para pedir a Shaw la correspondiente autorización y hacerle proposiciones concretas.

Durante su conversación, aseguró a Shaw que la adaptación de la obra se realizaría con el máximo de escrúpulos.

— No crea — dijo el cinematografista — que nosotros de Hollywood no seamos poetas. Somos poetas y al mismo tiempo artistas.

Entonces Shaw lo interrumpió con tono sarcástico:

— Basta, basta. ¡No hablemos más! No vamos a ponernos de acuerdo, porque yo, vea, soy hombre de negocios.

R-A-D-I-O

Patrocinio Díaz, la insuperable cantora santiagueña

Una voz dulce como caricia de madre, y un sentimiento profundo de argentinidad

La compañía de Arte de América, dirigida por Chazarreta, hizo antes de debutar públicamente en el Politeama, el año 1925, un ensayo general. Gente conocida, personalidades, periodistas, ocupaban la platea. Una muchachita de tez bronceada, ojos renegridos, luciendo trenzas y amplia pollera ocupó la escena. Cantó vidalas, zambas, cielos, estilos. Su voz dulce, tranquila, reposada, extrañamente emocionada, se metió hasta la médula de la concurrencia. Hubo quien enjugó lágrimas. Tal fué el debut de Patrocinio Díaz, la insuperable cantora santiagueña. El éxito le abrió sus puertas de par en par. En 1927 debutó ante el micrófono de Radio Splendid. Después se la disputaron todas las broadcastings. Se convirtió en una poderosa atracción, surgiendo con caracteres de estrella refulgente. Patrocinio es sencilla como las flores del campo: su perfume es la modestia. Es, también, estudiosa, inteligente y le anima un afán de cultura. Se propone hacer una clasificación de canciones nativas por regiones para enseñar al público la diferencia que existe entre unas y otras, proyecto muy interesante e imprescindible desde el punto de vista instructivo. Este año, desde el micrófono de Radio Nacional, Patrocinio Díaz verá, sin duda alguna, cómo crece y aumenta su prestigio y popularidad.

DIBUJO DE VALDIVIA

LA VIDA DE PACO BUSTO



1 De entrada ya fué gracioso, pues lloraba en ceceoso.



2 Nunca, gracias a su humor, usó destornillador.



5 Se lucía en la escalera, cuando sintió olor a fiera.



6 De un salto firme y preciso se encontró en el paraíso.



9 Con Olinda se hace empresa, y, aunque hay pesos, no le pesa.



10 Los "ases" de la revista le embarran luego la lista.

DIBUJOS DE

En el próximo número publicaremos

MALA

La radio!... ¡La radio!... ¡He aquí mi salvación! — y sin vacilar un solo instante Juan José Robles y Pinos se dió a pensar cómo podría iniciarse en este nuevo menester, donde según tenía entendido, una idea, a pesar de llevársela el viento, lo llenaría de pesos aunque fueran desvalorizados.

Para poder pensar con tranquilidad se fué a su casa, pues, el ruido callejero por primera vez lo molestaba enormemente.

Sobre la azotea de un décimoquinto piso estaba la pequeña habitación de material donde Juan José Robles y Pinos "fabricaría" la idea salvadora.

Era buen mozo, no había que dudarlo. Si recordaría cuando se presentaba a solicitar empleo como vendedor y el gerente le manifestaba:

— Cuánto lo siento, es buen mozo, tiene gran presencia, pero usted comprenderá... ese pequeño defecto de pronunciación lo perjudica...

Por esto bien sabía él que ser buen mozo no bastaba para pagar la pensión ni se podía comprar un traje, cosas que debía resolver a la brevedad.

Pero se tenía confianza: la idea vendría por fortuna, sumisa a su cerebro, no lo dudaba. Para confirmarlo, allí estaba, en un cuadrito colgado en la pared, la patente de un timbre de seguridad que le robaron, para su desgracia, junto con algunos ahorros.

Tres días estuvo encerrado en su cuchitril barajando ideas y sumando posibilidades.

Se le ocurrió, entre otras cosas, dictar un curso de revelación de películas fotográficas, pero lo abandonó por ser un asunto de negativos, y así otras muchas ideas que sólo fallaban en una insignificancia. El quería algo que no se hubiera hecho nunca, original.

Julio M.

CON MIL EXITOS Y UN SUSTO

Por ALBERTO PIDEMUNT



3 **A los siete años cabales ya daba saltos mortales.**



4 **En el teatro San Martín por poco le llega el fin:**



7 **Luego dedicóse al teatro, valiendo casi por cuatro.**



8 **Carcavallo hizo el prodigio de darle nombre y prestigio.**



11 **Va a la radio, y de repente hace feliz al oyente.**



12 **Y hasta su último momento seguirá haciendo el Sargento.**

VALDIVIA

las aleluyas de Ignacio Corsini.

SUERTE

Finalizaba el tercer día de reclusión voluntaria cuando dándose un tirón de orejas y exclamando la célebre palabra: ¡Eureka! dejó la derrengada silla, se afeitó con todo cuidado, cepilló prolijamente su traje, consultó la dirección de una broadcásting, miró con ternura los destartalados muebles de la habitación a manera de despedida y salió rumbo a la moderna casa encantada, y detrás de los soñados pesos.

Llegó a ella y pidió hablar con el director artístico por un asunto urgente e importante. Lo hicieron pasar a una coqueta salita donde un hombre joven lo recibió muy amablemente, hecho significativo que juzgó de buen augurio.

—Tome asiento señor Robles y Pinos, tendré el mayor gusto en escucharlo — le dijo el director de la broadcásting.

—¡Mu... muchas... gra... gracias se... señor! Es... este... ve.. vea...

Y aquí, el bueno de Robles, vió aumentado su defecto de vocalización por la emoción del trance; sin respirar casi, expuso la idea luminosa que desarrollaría frente al micrófono y en la que se interesarían los millares de radioescuchas del país.

— Sí, amigo — dijo el director de la broadcásting, — su idea es ¡magnífica, colosal!, pero sólo usted podría desarrollarla...

—¡Sí... si... se... señor!

— Pero no es posible... A usted se le entrecorta la modulación y los radioescuchas creerían que es la estación que anda mal y pasarían a otra...

Juan José Robles y Pinos sintió que se lo tragaba la tierra. No había recordado el detalle reventador de su tartamudez.

Ferrari



Tita Galatro asoma como estrella en la canción criolla

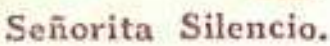
El popular conjunto criollo, denominado "Chispazos de Tradición", que tan lucido éxito tuvo el año pasado, contaba con algunas figuras de reales méritos que lograron destacarse individualmente. Entre estos elementos, Alma Bruja, nombre de batalla de Tita Galatro, atrajo poderosamente la atención de los radioescuchas. Esta excelente cancionista debutó el año 1927 por Radio Splendid, pero ya antes había afrontado el juicio del público con la compañía de Olinda Bozán en el teatro de la Comedia. Ahora canta sola por Radio Nacional, acompañada de sus guitarristas. Domina magníficamente todos los secretos del canto popular. Posee una voz bien timbrada y agradable. Maneja de manera sabia las inflexiones que requieren las canciones del folklore nacional, y va en camino de ser una de las estrellas más populares de la radio.

DIBUJO DE VALDIVIA

PERFILES DEL MICROFONO

CINE PARA CIEGOS





Señorita Silencio.



Señor Mucho Ruido.

EL solo hecho de tener un recuerdo para aquellos que ignoran la luz, es ya suficiente motivo para merecer el elogio y la simpatía. Pero cuando esta dedicación está dirigida por un criterio de bondad inteligente y una absoluta comprensión de las tareas a realizarse en pro de los desdichados seres que no ven, entonces es el momento de ensalzar destacadamente el gesto altruísta de los que procuran aliviar un mal sin remedio. La señorita Silencio y el Señor Mucho Ruido actúan en Radio Fénix.

LOS JOHNNIES

DIBUJOS DE VALDIVIA

El.

Ella.

CANCIONES tristes de Hawaí, melancólicos blues y alegres fox trots forman el repertorio de esta joven pareja de cantantes cuyo desempeño ante el micrófono de Radio Nacional, merece siempre el apoyo del público. Sus voces frescas, agradables, las correctas versiones y el buen gusto que revelan en la elección del repertorio, constituyen las características más salientes del dúo Los Johnnies. El cancionero norteamericano tiene, pues, en ellos a dos intérpretes excelentes.

Quinteto Argentino de Cuerdas



Este excelente y disciplinado conjunto que integran los hermanos César, Carlos, Héctor, Angel y Armando Neira, se destaca por el escogido y selecto repertorio del folklore nacional que ejecuta ante las estaciones L S 5, Radio Rivadavia y L S 3, Radio Mayo. Un afán de plausible cultura lleva a los hermanos Neira a ejecutar, exclusivamente, música nacional.



LAS MANOS

(FRAGMENTO)

Por ARTURO LASSERRE

Composición poética que el autor estrenó por el micrófono de Radio Fénix con tan sugestivo éxito que debió bisarlo por cuatro veces



NTRE la espuma blanca de las sedas, una tibia esperanza se agita suavemente, asiéndose con ánimo a la vida: son las manos del niño. Tibia carne desflecada en pequeños deditos transparentes. Dulce suspiro de sangres ideales. ¿Es real esa manecilla increíble que parece un juguete?... Un leve vagido murmura en la cuna, y las manitas — ¡tan blancas! — hurgan en las ropas, buscando la esperanza.

¿Cómo puede la vida, producir este milagro de esas manos tan leves, tan suaves, tan llenas de ansias y de anhelos? ¿Cómo pudo hacerse este milagro de los dedillos apenas esbozados, donde se afila insinuante la corteza aún no córnea de la uñita sonrosada como un símbolo de auroras infinitas?

¡Las manos de los niños!
¡Qué divina ternura!

¡Y el humo de la vida se disuelve continuándose en estrías de ilusión!

◆

Dos manos temblorosas se asen a la cuna. Manos de piel áspera y rugosa. Contraídas, deformadas por los años que pasaron.

Son manos que hablan con un lenguaje solemne. Dicen de las fiestas del feliz antaño; de las plegarias y los cánticos; de la angustia de todo lo que fué... de todo lo que pudo ser. Son manos sagradas, y en la queda expresión de su lenguaje, vibra el himno imponente de la vida en su trágico escape de minutos, hechos notas sonoras de milagrosa armonía.

Manos de abuela, ¡tan anciana! ¡tan dulce! Manos sin aristas; manos silenciosas. Para enjugar lágrimas y vendar heridas. Para acunar con canto de caricias suavísimas, el alma dolorida de los nietos, en los tristes ensayos de la congoja y la pena. ¡Divinas y maternales manos de abuela!

En el cóncavo espacio de tus palmas, mis primeras lágrimas transformadas en rocío, son ahora fuente mágica de aguas eternas, más allá de toda vida más allá del Todo, en el recuerdo de un amor santísimo.

Y el humo de la vida se disuelve, continuándose en estrías de ilusión.

◆

Las manos!

Expresivas y mudas. Lánguidas, voluptuosas, vivaces, melancólicas, suaves, enérgicas, abandonadas, presurosas, alegres.

Alocadas como pajarillos traviesos. Dulces como ambrosía de dioses. Sagradas como rezos, encendidas como fuegos místicos, turbadoras como prodigioso ensueño sensual de vírgenes demoníacas. Enormes como obra de cíclopes, sosteniendo el propio mundo, diminutas, empero, como buenos enanitos de gloriosa fábula infantil, frescas como brisas tempraneras, tranquilas como espejo de aguas extasiadas de estanques solitarios, leves como luces extraviadas en eternas remembranzas de un ayer confuso. Musicales como arpegios. ¡Manos que lloran en el balbuceo infantil de la cuna! Manos que besan en la confidencia de la adolescente, manos que sonríen en el arco de la carrera, manos que se confiesan en la visión de la tumba, que el Tiempo prepara para reposo insondable de la fatiga humana.

Asidas una a otra, las manos que llegan, y las manos que pasan; las manos que están y las que no estarán. Las que retroceden y las que avanzan, todas las manos brincan la eterna ronda de la vida, cantando en el tiempo la dulce cantinela de átomos en fuga.

Esos átomos humanos, esencia de esencias; que devuelven el humo ilusorio de su eterna renovación, en los espacios inverosímiles de las horas que pasan murmurando, la divina elegía de la esperanza.

Arturo Lasserre

CONTRA LOS RUIDOS PARASITOS

Rosario de Santa Fe, febrero de 1934.
Señor Redactor de la Sección Radio de la revista "Caras y Caretas".
Muy señor mío:

Dados la alta autoridad y el bien ganado prestigio de que disfruta ese importante órgano de publicidad, acudo al mismo, para interesar al señor Redactor de la Sección Radio inicie, salvo su mejor criterio, una campaña tenaz y constante para incitar a los poderes públicos nacionales primero, y luego a los provinciales, a que se legisle amparando el derecho de los radioescuchas del país a recibir las transmisiones de broadcásting sin otras molestias que las que derivan de los parásitos atmosféricos; pues de no poner remedio a los ruidos provenientes de cuantos aparatos eléctricos están en funcionamiento, empezando por el del Telégrafo Nacional, que se filtran por los propios conductores de energía eléctrica o que se transmiten a nuestros receptores por el éter, se llegará al caso de obligarnos a mandar nuestros receptores al rincón de los trastos inútiles.

La Argentina tiene por delante el ejemplo de varios países europeos en los que la radiodifusión está conceptuada y estimada como vehículo de alta cultura, y en los que existe, perfectamente establecida, una legislación que, aun cuando grava con una pequeña contribución a todo receptor, garantiza a los radioescuchas recepciones exentas de toda perturbación mecánica. Bastaría, pues, que las altas autoridades del país se preocuparan por transportar aquí tal legislación y la adaptaran a las características y modalidades de nuestro medio. Pero tenemos casi la certeza de que ello no se hará, si no es a fuerza de una campaña tesonera de un órgano de publicidad de la alta autoridad de "Caras y Caretas".

Al señor Redactor, dejo, pues, la palabra sobre asunto de tanta trascendencia y no dude que si acepta la iniciativa que el suscripto deja expuesta, habrá de recibir los aplausos más entusiastas de todos los radioescuchas de la Argentina.

Le saluda afectuosamente

RADIOESCUCHA ROSARINO

En la alegre Viena

Mientras los vieneses trataban de festejar carnaval, en algunos barrios de la hermosa capital tronaba el cañón que reducía a los rebeldes. Fué, así, un carnaval ruidoso, pero el bullicio era sombrío y los cascabeles de Momo sonaron con el tableteo de las ametralladoras.

Los buenos vieneses quisieron ahogar en música el ruido trágico de sus calles y dieron a sus radios todo el poder. ¡Dramática mezcolanza de balas y música! ¿Qué cruel destino empuja a los pueblos hacia la destrucción? ¿Qué mano homicida, oculta en la sombra, mueve los hilos del encono y del odio hasta que brota la sangre de pechos hermanos?





AUDICIONES RECOMENDABLES



SARITA WATTLE, diseuse: los jueves, a las 19.45, y domingos, a las 21.15, por RADIO STENTOR.

ORQUESTA PORTEÑA DE FILIBERTO: los martes, a las 12.45; miércoles, a las 21.45; sábados, a las 20, y domingos, a las 12, por RADIO EXCELSIOR.

SUSANNE BAUTHIAN: soprano, los lunes, a las 13.30, y los sábados, a las 23, por RADIO SPLENDID.

ALBERTO DIANA LAVALLE, concertista de guitarra: los lunes, a las 22, y miércoles, a las 22.15, por RADIO LA NACION.

El espíritu de imitación

Nunca se hablará bastante del espíritu de servil imitación que guía los "pasos artísticos" de nuestros broadcasters.

Si una estación irradia teatro con éxito popular, aunque no de arte, allá se viene el malón de los imitadores atropellando ciegamente todo lo que encuentra.

En el fondo de todo esto hay una verdad absoluta: comercialismo, comercialismo y comercialismo. El espíritu de imitación es la norma del bolichero que ve a su rival vender, vender y vender. No nos parece mal que el comerciante trate de vender; es más: debe vender cada vez más, pues de cada venta sale un jirón de progreso y riqueza. Pero la radiotelefonía tiene otra misión: la cultura del pueblo, que es también progreso y riqueza y que no debe figurar en los libros de caja. El primer broadcáster que se libre de este espíritu de imitación tendrá derecho a proclamar para sí el título de prócer. Pero ¡este título no se cotiza en la bolsa!



—Ya era hora de que pusieran algo bueno en la radio.

¡NO ME DIGA, CHE!...

—Que Fernando Ochoa ha sido contratado por Radio Nacional para actuar desde el 1º de abril próximo.

—Que con esta noticia quedan contestadas las numerosas preguntas que nos han formulado nuestros lectores acerca del destino del popular recitador.

—Que Raquel Notar y Máximo Orsi, Petronila y Candelario, respectivamente, reaparecerán en Radio Porteña, el 1º de marzo.

—Que Fanny Brena, la destacada actriz nacional, ha sido conquistada por la radio y actúa por Radio Sténtor en el folletín "Las aventuras de Carlos Norton".

—Que Radio Sténtor se ha asegurado el concurso de cuatro típicas: Maffia, Donato, Caló y Juan Maffia con las hermanas Desmond.

—Que la audición "Rueda de Amigos" por Radio Argentina, a beneficio del Hogar para ciegos Vicente Castro Cambón, se desarrolla con gran suceso.

—Que Radio Spléndid se propone contratar un elenco de renombrados artistas extranjeros para reforzar sus programas de este año.

—Que esta iniciativa de buscar números fuera del país, pronto será, como de costumbre, imitada.

—Que, de esa manera, los artistas nacionales se verán en graves aprietos.



PREMATURA NOTORIEDAD



Una incipiente cancionista nacional, que actúa por una de las más populares estaciones, ha elegido como nombre de batalla el de una famosa estrella del cinematógrafo que nos visitó con enorme éxito últimamente. Un poco cohibida, sin embargo, quizá por la diferencia de categoría, nuestra cancionista, entre nombre y apellido, intercaló una inicial.

Nos parece una idea pésima y contraproducente. Por más que se supere la nuestra, el público no dejará de hacer comparaciones y no hay para qué decir quién ha de salir perdiendo.



CORREO DEL RADIOESCUCHA

A Febrero 1934, Frontera. — La dirección de Ignacio Corsini es Otamendi 676, Capital Federal, y la de Libertad Lamarque, Estados Unidos 1426, departamento 3, Capital Federal.

LOS AVISOS QUE NO CANSARIAN

Muy buen día pasará
si va al recreo "La Ambrosía",
muy buen día, muy buen día,
mantantiru lirulá.

—

Compre su calzado en la zapatería y alpargatería de Juan Guerra, el único comerciante que clava con el mismo desenfado la suela que a los acreedores, pues sabe que actualmente no se pagan las deudas de Guerra. Vengan los afligidos, que aquí cualquier calzado "con-suela". Vengan los guerreros, si quieren cargar con un lindo botín de Guerra. A todo comprador le regalamos un gato, pues ya hemos dicho que ésta es una zapatería y "al-par-gatería".

—

¿Le duelen a usted las muelas? ¿Sí?... ¿De veras?... ¿No nos engaña?... Pues lo sentimos mucho: es un dolor terrible.

—

"A usted lo esperábamos". Empresa de mudanzas, gratis. ¡Novedoso procedimiento! Evita roturas, fracturas y facturas y Evita... González. Estupendamente gratis. Usted sale de su casa; deja la puerta abierta y se va al cine. Al volver, encuentra que le hemos mudado todos los muebles, gratis. No olvide de mandarnos su dirección. Escriba a Chorroarín 7777.

BOTONES

"Giardini toma un brazo de Castaño y lo arroja fuera del ring".

Quisiera ver al propietario de ese brazo con broche de presión.

—

"En esta prueba, Trueba lleva detrás de su rueda al campionísimo".

Quedaría redondo con aquel verso: ¡Que llueva, que llueva, la vieja está en la cueva!...

—

"¡Sonó el batintín! Los dos boxeadores van al centro del ring. (Tilín tilín). Derecha e izquierda de Cámpolo que éste siente visiblemente".

Yo creía que los boxeadores trataban de poner fuera de combate al adversario y nunca a sí mismos.

—

"¡Rechaza el back de Independiente!... ¡Toma Ravaschino!... ¡Goal de Rácing!"

Seguro que Ravaschino habrá pateado la pelota con tanta fuerza, que pegó en el travesaño del arco adversario y se introdujo de vuelta en su propia valla.

K. CAREO

Notas gráficas de



Ingeniero Alberto Brouard, propietario de L V 3, Radio Buenos Aires, de Córdoba, y don Vicente Matheu, administrador de la misma.

Esther Francis, dama joven que figura con singular éxito en las operetas que se transmiten por Radio Prieto.

Elías Fert, joven cantor que se destaca en el programa de Radio Prieto.

Componentes del quinteto clásico Excelsior que actúan por L V 5, Radio Los Andes, de San Juan.

varias broadcastings

Rayito de Sol se titula la audición para los niños que transmite con éxito L V 5, Radio Los Andes, de San Juan.



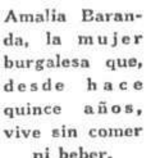
Marta Laverne, joven cancionista de L R 9, Radio Fénix, que realiza interesantes audiciones de música popular.

Antonio Arcieri, director de la disciplinada orquesta típica que se hace escuchar en L R 9, Radio Fénix.

En L R 8, Radio París, triunfa Clara Iriarte, excelente cancionista de variado repertorio.

Canataro y Pedretti, los populares guitarristas que intervienen en Radio Spléndid.





Amalia Baranda, la mujer burgalesa que, desde hace quince años, vive sin comer ni beber.



Una mujer que, desde hace



Mujer creyente, Amalia Baranda tiene a los pies de la cama este altarcillo, cuyas imágenes son alegría de sus ojos.

UNA mujer, de Montecillo, sigue, año tras año, mirando al techo de su alcoba, sin comer, ni beber, ni tener más noticias del mundo vivo que las que le entran en rayos de sol por una humilde ventanita que da a la cabecera de su cama, en un pueblecillo escondido de tierras de Espinosa de los Monteros — comienza el artículo que el periodista español don Eduardo de Ontañón dedica al caso de la enferma Amalia Baranda y del que hemos extraído algunos fragmentos para esta nota.

Claro que el de la enferma de Montecillo no es un caso de exhibición lucrativa, sino de enfermedad real que tiene asombrada a la ciencia.

Pero el mismo asombro con que fué acogido el caso, la misma incredulidad de los más escépticos, el entusiasmo de los más decididos defensores, acrecentado por el resultado de la rigurosa guardia que los cuatro médicos del partido hicieron a la enferma durante quince días para comprobar la exactitud de su extraña inapetencia, todo el mare mágnum, en fin, de dimes y diretes que por aquellos días rodeó el tema, ha hecho que éste quede en el olvido, a pesar de seguir viviendo la enferma años y años, hasta hacer los quince y medio que está en la cama sin comer ni beber, tiempo que se ha cumplido en estos días.

Los médicos comprobaron la autenticidad del caso. Los profanos siguieron discutiéndole. Y





Pequeño aposento donde pasa sus días, siempre acostada, la enferma cuya inapetencia llama la atención.

quince años, no come ni bebe

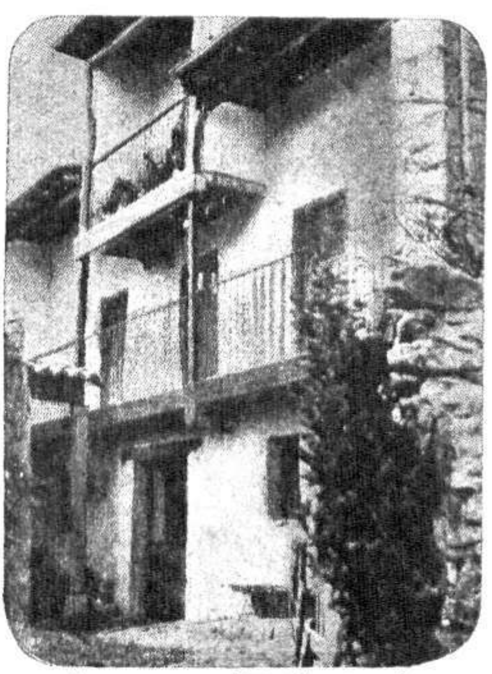
como ni unos ni otros podían explicar sus teorías, y como la vida aireada invita al olvido, y como los sucesos de los pueblos quedan siempre detrás de sus cerros, las voces fueron apagándose; lo extraordinario, haciéndose natural, y la curiosidad, empequeñeciéndose de tal manera, que ya la pregunta que hemos recibido repetidas veces *ha sido siempre* la *misma*: "Aquella mujer que no comía ni bebía, se habrá muerto ya, ¿no?"

No se ha muerto. Aquí está, en su cama de madera; en su pequeña habitación aldeana, y por lo tanto, encalada y llena de cromos con santos; frente a su altarcillo de buena devota que, desde el principio de la enfermedad, se hizo construir a sus pies, en la misma posición tendida con que la dejamos hace más de cinco años.

Aquí está. Su inteligencia sigue tan clara; su color, tan bajo; su aire, tan tranquilo.

Parece una muchacha que está convaleciente de cualquier enfermedad pasajera más que una mujer postrada desde los diecinueve años.

El médico de cabecera, don Manuel Gutiérrez, cuenta que su estado es el mismo de siempre, que siguen poniéndola diariamente una inyección de *fosforrenal*, que cuesta *pinchársela*, por la dureza que su piel ha adquirido, que él cree que puede durar así años y años, y que, desde luego, encuentra todo esto como una de las cosas más extrañas en la historia de la medicina.



La casa que, en Montecillo, cerca de Espinosa de los Monteros, ocupa la *paciente a que aludimos en la presente nota.*



Algunos de los familiares de Amalia Baranda comentando con el médico que asiste a la paciente el extraño caso que preocupa a la ciencia médica de España.

A este propósito recuerda que, al principio de la enfermedad, cuando la llevaron a observar a Zaragoza, el director de la clínica dedicó gran interés al caso, y al despedirse de enferma y médico, dijo a éste:

"Yo creo que esta enferma durará poco; así que le agradeceré muchísimo que, tan pronto como muera, me envíe usted un telegrama urgente para acudir a tiempo y poder observar bien ese cuerpo". — ¡De esto hace unos doce años! — dice muy contento don Manuel Gutiérrez, que es, al mismo tiempo que su más atento observador, uno de los más decididos defensores de la autenticidad del caso, habiendo llegado a tener largas discusiones y cruzar importantes apuestas con los detractores del caso.



La madre y una sobrina de la enferma, que vive rodeada de solícitos cuidados.

Otro doctor, el ilustre especialista don Luis Valero Carreras, a quien, desde el principio, preocupó esta extraña enfermedad, dice:

"Cuando la reconocí aprecié lo que tantos otros médicos: que su aparato digestivo no ofrece nada anormal, excepto en sus funciones, puesto que sabido es que no tiene uso alguno, y si se obliga a tragar algún líquido, lo devuelve en seguida con alguna estría sanguinolenta, debido al esfuerzo. El corazón y vasos no ofrecen nada digno de mención, no existiendo más que ligera disminución de la tensión arterial, que es de once por seis, y mayor número de pulsaciones que el normal: ochenta por minuto.

Un detalle curioso: la delgadez de la enferma permite tocar la columna vertebral a través del abdomen.

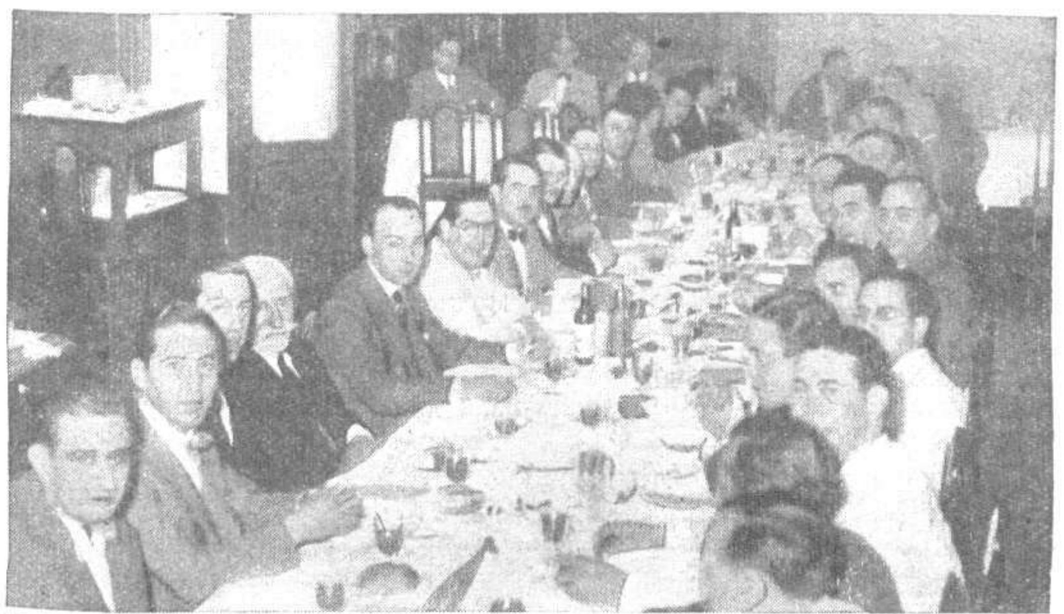
Y agrega: "Del examen clínico nada se deduce que permita explicar el hecho de vivir sin comer ni beber y teniendo pérdidas cada día, y como tal hecho es evidente no es posible rehuir la cuestión. Pero como en el terreno de la hipótesis la imaginación vuela siempre, yo he pensado si por una disposición especial del organismo de esta enferma serán captados del medio ambiente el agua y los elementos nutritivos que el aire contenga, o que sean sectores de energía que sostengan la vida de la enferma a costa de un insignificante déficit de su cuerpo.



El padre de Amalia Baranda, que, como todos los suyos, vive cuidando a su hija.

"Caras y Caretas" en el interior de la República

ROSARIO



Banquete realizado en el Jockey Club en honor del doctor Sebastián Soler, con motivo de la conferencia que pronunciara en el Colegio de Abogados, sobre el tema "Definición del delito".

JUJUY



Parte de la concurrencia que asistió al baile que el Pe otaris Club ofreció a las familias de sus asociados, con toda brillantez.

AYACUCHO



Público que asistió a la fiesta literariomusical con que fué despedido el padre Aniceto Miguel, trasladado a otro puesto, después de residir durante treinta años en la ciudad.

DESCUBRIMIENTO

Juan Augusto Suter, California, enero de 1848.

▼ **Por STEFAN**

HASTIADO DE LA VIEJA EUROPA

1834. — Un vapor americano zarpa de El Havre con rumbo a Nueva York. Entre los centenares de desesperados que lleva a bordo, se halla uno llamado Juan Augusto Suter, natural de Rynenberg, cerca de Basilea, de treinta años de edad. Tiene un gran interés en poner el vasto océano entre su persona y los tribunales europeos de justicia. Acusado de quiebra fraudulenta, de robo, de falsificación, ha abandonado a su mujer y a sus tres hijos menores. Sirviéndose de documentos falsos, se ha proporcionado en París algún dinero. Y ahora emprende el viaje, en busca de una nueva existencia.

El 7 de julio desembarca en Nueva York y durante dos años prueba todos los oficios posibles e imposibles: es droguero, embalador, dentista, traficante, tabernero. Al fin consigue permanecer estabilizado. Abre una posada; pero al poco tiempo la vende para dirigirse hacia la máxima atracción de la época: Missouri.

Allí se hace campesino y, al poco tiempo, llega a ser dueño de una pequeña granja. Podría vivir tranquilo, pero continuamente pasan por delante de su casa innumerables tratantes en pieles, cazadores, aventureros y soldados. Todos se dirigen hacia el oeste. Y la palabra oeste llega a convertirse para él en mágico sonido.

Nadie ignora que primero están las estepas con sus inmensos rebaños de búfalos, grandes desiertos que durante días y días, semanas y semanas, no se ven animados por la presencia del hombre, como no sea el señor y dueño de la llanura, el piel roja. Luego vienen las montañas, altísimas, inexploradas. Y más allá se encuentra aquella tierra nueva, de la cual nadie sabe nada a punto fijo, pero cuyas riquezas son fabulosas. Esa tierra virgen es California. Tierra donde manan generosas la leche y la miel, tierra que será de quien la quiera tomar. Está lejos, inmensamente lejos, y la empresa de alcanzarla llena de peligros.

Pero Juan Augusto Suter tiene sangre de aventurero. No puede acomodarse a la vida tranquila, al cultivo apacible del suelo. Y un día de 1837 vende su casa y su hacienda, organiza una expedición con carros, caballos y rebaños de búfalos, y partiendo del Fort Independence se lanza a lo desconocido.

CAMINO DE CALIFORNIA

1838. — Dos oficiales, cinco misioneros y tres mujeres parten en un carro tirado por búfalos hacia el desierto infinito, en dirección al océano Pacífico, a través de las estepas inacabables y franqueando finalmente las montañas.

El viaje dura tres meses. Al final de octubre llegan al fuerte Vancouveur. Las mujeres han perecido por el camino a causa de los sufrimientos, los oficiales abandonaron el carro al principio del viaje, los misioneros se niegan a seguir avanzando.

Suter se ha quedado solo. En Vancauver intentan hacerle desistir de su empresa, le ofrecen un empleo en la localidad. Pero él permanece firme, el nombre mágico le obsesiona.

A bordo de un mísero velero surca el Pacífico, primero hacia las islas Sandwich, para llegar, después de incontables dificultades, hasta las costas de Alaska y desembarcar, luego, en una región abandonada, conocida por el nombre de San Francisco. No la ciudad de nuestros días, que ha renacido después del terremoto, que cuenta con una población de millones de almas. No. Es un miserable pueblecillo de pescadores que debe su nombre a la misión de los franciscanos. No es ni siquiera la metrópoli de aquella desconocida provincia mejicana de California que, árida y estéril, sumida en profundo abandono, agonizaba en el corazón de la zona más fértil y más frondosa del Nuevo Continente.

Desorden, ausencia de toda autoridad, revueltas, escasez de mano de obra. Ausencia, principalmente, de energías constructivas .

Suter alquila un caballo y desciende al frondoso valle de Sacramento. Le basta un día para convencerse de que allí hay lugar, no sólo para una gran granja, sino para todo un reino. Al día siguiente se dirige a Monte Rey, la mezquina capital, se presenta al gobernador Alvaredo y le expone

DE ELDORADO

ZWEIG

sus planes agrícolas respecto a aquel país. Ha traído canacas de las islas, criaturas laboriosas y diligentes, que le ayudarán a establecer una colonia y a crear un pequeño reino que llamará Nueva Helvecia.

—¿Por qué Nueva Helvecia? — pregunta el gobernador.

—Soy suizo y republicano — contesta Suter.

—Bien, haga lo que quiera. Le doy una concesión por diez años.

Como se ve, las transacciones se realizaban en aquel lugar sin grandes formulismos. A mil millas de distancia de toda civilización, la energía de un solo hombre se avalora de un modo distinto que en su propia patria.

NUEVA HELVECIA

1839. — Una caravana avanza lentamente a lo largo de la ribera del Sacramento. Delante de todos va Suter, montado a caballo, con el fusil al hombro. Detrás de él van dos o tres europeos, y a continuación ciento cincuenta canacas con sus cortas camisas. Luego siguen treinta carros tirados por búfalos, llenos de provisiones, municiones y semillas. Detrás van cincuenta caballos, setenta y cinco mulos, vacas y ovejas. Al final, una pequeña retaguardia. Ese es todo el ejército que va a conquistar Nueva Helvecia.

Ante ellos parece rodar una gigantesca ola de fuego. Han sido incendiados los bosques. Este procedimiento resulta más cómodo que la tala.

Cuando la inmensa hoguera ha expirado sobre la tierra y humean todavía los troncos de los árboles, los hombres dan comienzo a su tarea. Se construyen almacenes, se abren pozos. La tierra, que no necesita ser arada, recibe las semillas. Se disponen rediles para los rebaños.

Numerosos colonos de las regiones vecinas, de las misiones abandonadas, acuden a engrosar la naciente colonia.

El éxito era gigantesco. Los sembrados producen un beneficio de quinientos por ciento. Los depósitos están abarrotados y las cazas de ganado se cuentan por millares. Todo se ha conseguido a través de grandes dificultades, pues los indígenas no cesan en sus repetidos ataques contra la floreciente colonia.

Nueva Helvecia va adquiriendo proporciones fantásticas.

Se construyen canales, molinos y factorías y los barcos surcan los ríos en todas direcciones.

Suter se ha convertido, no sólo en el proveedor de Vancouver y de las islas Sandwich, sino también de todos los veleros que hacen escala en California.

Al ver prosperar tanto su empresa, Suter planta árboles frutales — los hoy famosos *frutales de California*, — hace traer vides de Francia y del Rin, y pocos años después las viñas cubren amplias extensiones. Construye casas y granjas, compra en París un piano Pleyel — 180 días de travesía — y se hace traer de Nueva York, en un carro tirado por sesenta búfalos, que atraviesa todo el continente, una máquina de vapor.

Tiene crédito y cuenta corriente en los principales bancos de Francia e Inglaterra, y entonces, a la edad de cuarenta y cinco años, se acuerda de que hace catorce años abandonó en un rincón del mundo a una mujer y tres hijos pequeños. Les escribe pidiéndoles que se trasladen a su principado. Se siente seguro de su riqueza; es señor de Nueva Helvecia, es uno de los hombres más ricos del mundo y seguirá siéndolo.

Finalmente, Estados Unidos arrebata a Méjico su descuidada colonia.

Un año más y Suter será el hombre más opulento del mundo.

EL FATAL GOLPE DE PALA

1848, en enero.

Un día, de pronto, se presenta en casa de Juan Augusto Suter, su carpintero James W. Marshall. Está muy excitado y solicita entrevistarse inmediatamente con el dueño.

Suter se sorprende, pues la víspera estuvo hablando con Marshall, al que envió a su granja Coloma para que instalase allí una nueva sierra mecánica. El hombre ha regresado sin permiso y se halla ante él temblando de excitación. Los dos hombres se encierran en un cuarto y entonces Marshall saca del bolsillo un puñado de arena entre la cual brillan unos cuantos granitos amarillos. La víspera, cavando,

encontró aquel extraño metal. El cree que es oro, pero los demás se han burlado de su opinión.

Suter toma la arena, analiza el metal. Es oro.

Decide ir al día siguiente a la granja acompañado de Marshall, pero la terrible fiebre que ha de contaminar al mundo entero se ha apoderado ya del servidor. En la noche tempestuosa monta a caballo y se dirige al lugar del descubrimiento; impaciente quiere asegurarse de la realidad de su fortuna.

Al día siguiente el coronel Suter se halla en Coloma. Por medio de un dique es secado el canal y se exploran las arenas en su lecho. Basta tomar un tamiz, cernir un poco, y las brillantes pepitas de oro se destacan sobre la tela metálica.

Suter llama entonces a los pocos blancos que con él conviven, les exige palabra de honor de que guarden el secreto hasta que esté lista la instalación de la sierra y regresa decidido a su granja.

Gigantescas ideas pasan por su imaginación. Jamás el oro se ha presentado en tal abundancia, de un modo tan fácil de obtener. Nunca había aparecido así en la superficie de la tierra, y esa tierra de oro es suya, propia. Es de Suter.

En una sola noche han pasado diez años. Suter es ya el hombre más rico del mundo.

LA INVASION

¿El más rico? No. El más pobre, el más miserable, el más deplorable mendigo de esta tierra.

A los ocho días el secreto ha sido revelado. Una mujer — ¡siempre una mujer! — lo ha comunicado a un vagabundo y le ha dado algunas pepitas de oro.

Lo que ocurre entonces es inaudito, sin ejemplo en la historia. Inmediatamente los hombres de Suter abandonan el trabajo; los herreros dejan la fragua, los pastores el ganado, los viñadores las vides, los soldados los fusiles. Todos se precipitan, exaltados, hacia la sierra, provistos de cernedores, de cacerolas de metal para extraer el oro de la arena. En pocas horas todas las granjas quedan abandonadas. Las vacas lecheras mugen pidiendo ser ordeñadas, pero nadie acude a ellas y van muriendo. Los rebaños de búfalos rompen las vallas y se lanzan a los campos, donde la fruta se pudre en las ramas. Los graneros se hunden. Todo el mecanismo de la gigantesca empresa está paralizado.

El telégrafo difunde a través de mares y continentes la promesa áurea, y de todas las ciudades y de todos los puertos va llegando la multitud. Los marineros abandonan los barcos, los empleados las oficinas. Inacabables caravanas llegan del este, del oeste; vienen a pie, a caballo, en carros. Es la invasión, la plaga de la humana langosta. Son los buscadores de oro. Horda brutal, desenfrenada, que no reconoce más ley que la de sus puños, ni más orden que el del revólver.

La masa humana se desparrama por la floreciente colonia. Nadie puede atreverse a contener el avance de aquellos hombres exasperados. Y esos hombres sacrifican las vacas de Suter, derriban los graneros para construirse cabañas con las maderas, devastan los campos, roban las máquinas. En pocas horas, Juan Augusto Suter se ha convertido en un hombre miserable. Ha muerto ahogado en su propio oro, como el rey Midas.

La sed de oro empuja a aquel alud jamás visto, que avanza como una tempestad. La noticia se ha difundido por todo el mundo. De Nueva York han zarpado cien buques. Y en 1848, 1849, 1850 y 1851 parten de Inglaterra, de Francia, de España, formidables hordas de aventureros. Unos van a dar la vuelta por el cabo de Hornos; para los más impacientes aquella ruta es demasiado larga; prefieren el camino más peligroso, van por tierra, atravesando el istmo de Panamá.

Una emprendedora compañía construye, a toda prisa, un ferrocarril por el istmo, obra que cuesta la vida a miles de obreros, que sucumben a las fiebres. Todo para ahorrar a los impacientes tres o cuatro semanas y llegar antes hasta el precioso metal.

Enormes caravanas atraviesan el continente; son hombres de todas las razas y de todas las lenguas. Y todos se instalan en las propiedades de Juan Augusto Suter como si fuesen suyas.

En la tierra de San Francisco, que según escritura en regla es de su pertenencia, brota con una rapidez portentosa una verdadera ciudad. Hombres extranjeros se compran y se venden mutuamente el suelo que no es suyo, y el nombre de Nueva Helvecia, el reino y el dominio de Suter desaparece borrado por el nombre mágico de Eldorado, la California.

Juan Augusto Suter, sumido en la quiebra, contempla, paralizado, aquella inmensa devastación. Al principio intenta tomar parte en las excavaciones y aprovecharse,

con sus servidores y camaradas, de la nueva riqueza; pero todos le abandonan.

Entonces se aleja de aquella región de oro, se instala en una granja apartada, el Ermitage, en la vertiente de la sierra, lejos del río maldito y de la maldita arena.

Allí se le reúnen sus hijos y su mujer, pero ésta muere al poco tiempo de llegar, víctima de los sufrimientos que ha experimentado por el difícil camino. Sus hijos son ya mayores; son tres, con él suman ocho brazos, y Suter comienza de nuevo la explotación agrícola. Secundado por sus hijos emprende en silencio la obra, ayudado por la fantástica fertilidad de aquella tierra.

En su imaginación ha nacido un nuevo plan gigantesco, cuyo secreto guarda cuidadosamente.

EL PROGRESO

1850. — California ha sido incorporada a los Estados Unidos de América. Bajo la severa disciplina, se ha restablecido finalmente el orden en el país, en la tierra de promisión. La anarquía ha sido dominada y de nuevo impera la ley.

Entonces Juan Augusto Suter se presenta de improviso con sus reclamaciones. Declara que todo el suelo sobre el cual se ha edificado la ciudad de San Francisco es de su pertenencia, en toda justicia. El Estado está obligado a indemnizarle los daños y perjuicios del robo de su propiedad. Además, reclama un tanto por ciento del valor de todo el oro extraído en sus dominios.

Comienza entonces un proceso de dimensiones tales como jamás la humanidad ha podido presenciar.

Juan Augusto Suter acusa a 17.221 colonos que han ocupado sus tierras de labor, les exige que desalojen la propiedad invadida; reclama del Estado de California 25.000.000 de dólares en concepto de indemnización por caminos, canales, puentes, balsas y molinos de su propiedad y de los cuales se ha apropiado el Estado. Pide otros 25.000.000 como reparación de los bienes destruídos. Reclama, además, una parte del oro extraído.

Ha enviado a Wáshington a su hijo mayor, a estudiar derecho, con el fin de que dirija el pleito, y gasta los enormes ingresos que le proporciona su nueva explotación en la tramitación judicial. Esta dura cuatro años, y es condenado a costas en todas las instancias.

El día 15 de marzo de 1855 se dicta, por fin, la sentencia.

El juez Thimson, incorruptible, primer magistrado de California, reconoce los derechos de Juan Augusto Suter y declara sus pretensiones justificadas e indiscutibles.

Juan Augusto Suter ha conseguido su objetivo; es el hombre más rico del mundo.

EL FINAL

¿El hombre más rico del mundo? No. El más pobre de los mendigos, el ser humano más desdichado.

Nuevamente el destino le da un zarpazo mortal y éste le aniquilará definitivamente.

Al conocerse la noticia de la sentencia, estalla en San Francisco y en todo el país un imponente motín. Los amotinados suman millares y millares; son los propietarios amenazados, es la plebe siempre dispuesta a aprovecharse de los disturbios.

Es asaltado e incendiado el palacio de justicia. Se busca al magistrado que presidió el tribunal con intención de lincharlo y luego la inmensa muchedumbre se dirige a la residencia de Suter para incendiarla.

El hijo mayor, al verse acorralado por la multitud, se suicida. El segundo muere asesinado. El tercero consigue huir, pero perece ahogado en su huída.

Las numerosas posesiones de Suter son destruídas, los viñedos arrasados. Los muebles, las colecciones, el dinero desaparecen, y la multitud, alocada por la rabia, convierte las propiedades en un montón de escombros.

Suter consigue salvarse con gran trabajo. Pero ya no puede levantarse jamás de este golpe. Al ver destruída su obra, muertos su mujer y sus hijos, su espíritu se desequilibró. Quedó poseído por una idea fija: el derecho, el proceso.

Es un hombre achacoso, imbécil, andrajoso, que vaga constantemente en Wáshington, en torno del Palacio de Justicia. Y eso dura veinticinco años.

Todos los funcionarios judiciales conocen al "General" de la sucia levita y de los rotos zapatos que reclama sus millones. Abogados aventureros y ladrones le roban hasta el último céntimo de la pensión y le impulsan a entablar nuevos procesos.

Fiesta escolar



Niñas que tomaron parte en el número de danzas clásicas de la velada que celebró la escuela normal mixta "Juan Llerena", de Mercedes (San Luis).



Conjunto de niñitas ejecutando "Los Perritos", en dicho festival de fin de curso.

Temporada de natación en Córdoba



Comisión organizadora de la fiesta a beneficio del Club Femenino de Alta Córdoba y del Neptuno, realizada en el parque Sarmiento.



Señoritas de las mencionadas sociedades, que participaron en las pruebas de natación del animado programa.



Señoritas de Inglimetti y Sosa Gallardo, tres animadoras entusiastas.



La señorita *Bety Inglimetti*, preparándose para un salto ornamental.



Exposición Bertolé, en San Luis



Acto inaugural de la muestra pictórica, presentada por la notable artista Emilia Bertolé, en el Club Social.



Aspecto de la concurrencia que hizo una demostración de aprecio, en el mencionado club, a la pintora argentina.

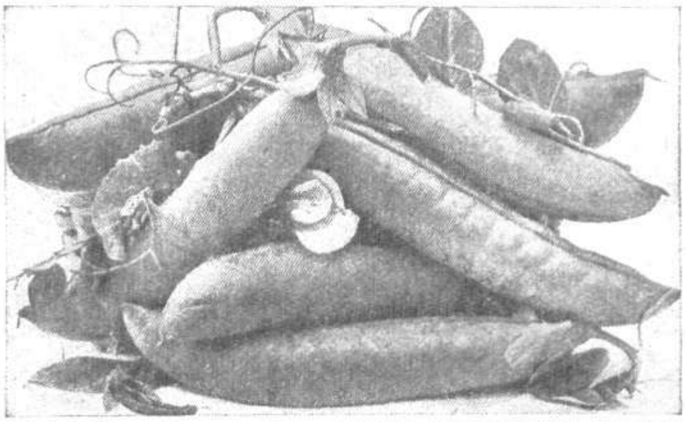


Hortalizas de chacra: las alverjas

Por HUGO MIATELLO

La estadística, la gran maestra de los pueblos, nos enseña que entre los muchos productos de que somos tributarios al extranjero, las alverjas constituyen un renglón de bastante importancia, puesto que hemos importado en estos últimos años de tres a cinco y medio millones de kilos de alverjas en grano y peladas. Importar alverjas un país como el nuestro, donde la tierra abunda y sobra, y donde hay zonas con todos los climas, es un fenómeno que parecería increíble, si no fuera rigurosamente exacto y verídico. Naturalmente que el cuadro mayor de nuestra agricultura lo constituyen los grandes cultivos cerealeros, que son los qué forman la base de nuestra opulenta producción agrícola. Forzosamente, y mientras no tenga el país población más densa, de lo que nadie se preocupa por desgracia, la producción y exportación de cereales ha de ser el renglón mayor de la chacra argentina; pero esto no obsta para que en la zona suburbana de cada centro de población, en las zonas hortícolas por excelencia y también en las mismas chacras, no se deba prestar una mayor atención a los cultivos menores, a aquellos cuyos productos están destinados al consumo interno y que, por consiguiente, tienen mercado asegurado y precio, normalmente, remunerativo.

En cuanto a clima, desde Río Negro hasta las provincias norteñas se puede cultivar las alverjas útilmente, prestándose estas últimas para la producción temprana de chauchas frescas, siempre que dispongan de riego. En muchas partes del país puede, pues, cultivarse con éxito, siempre que se elijan las tierras de mediana consistencia, fresca y permeables, que son las que requiere esta leguminosa.



"Suttn's Pioneer", alverja enana, temprana, muy productiva, de vaina larga, bien llena de granos sabrosos, pequeños, lisos, de color verde obscuro.

Los trabajos culturales que exige la alverja no difieren de los comunes para los cultivos mayores, pudiéndose fácilmente explotar en forma extensiva, es decir, en grandes extensiones: una o dos aradas a regular profundidad, seguida, la última, de una rastreada, son más que suficiente para dejar bien preparado el suelo para la siembra, que se efectúa, por lo general y en zonas templadas, durante el otoño, para tener productos tempranos y porque las plantas están menos expuestas a la invasión primaveral de los yuyos que dificultan su crecimiento. En zonas más frías siémbrase con preferencia de fines de invierno a principios de primavera; siendo así que para el norte de la República, Tucumán y Salta, es época buena a fines de otoño o principio de invierno y para la zona central del país, norte y oeste de la provincia de Buenos Aires, y sur de la de Santa Fe y Córdoba, desde julio en adelante, pero no más tarde del mes de septiembre.

La siembra se efectúa en líneas distantes de sesenta a ochenta centímetros y mas aún para variedades de enrame, de cinco a ocho o diez centímetros de profundidad, según la consistencia de las tierras, empleándose de cincuenta a setenta kilos de semillas por hectárea; las carpidas frecuentes y una aporcadura son indispensables para un buen cultivo y el enrame para las variedades de gran desarrollo; las enanas no lo necesitan, porque entrelazándose las guías, se sostienen bastante bien. La cosecha es gradual y sucesiva si se cultiva para el grano tierno y verde, y si es para grano seco se hará antes de que se abran las vainas para evitar el desgrane. Se cortan las plantas con guadaña o guadañadora, se emparvan y se trillan como los porotos. Rendimientos: de tres a cuatro mil kilos de chauchas verde y mil a dos mil quinientos de granos secos, son muy frecuentes en nuestro país, y lo hemos comprobado más de una vez, en Escobar, Mercedes, Chivilcoy, en provincia de Buenos Aires, así como en Tucumán y otras regiones donde se cultiva esta leguminosa en regular escala.

Con buenos rendimientos hemos visto realizar beneficios netos de 120, 150 y más pesos por hectárea.

En cuanto a variedades, abundan en los catálogos de semillerías, pero para la colocación fácil y remunerativa de las alverjas en grano, hay que elegir variedades que no solamente den buenos rendimientos, sino que también tengan aceptación en el mercado de consumo y que tengan buena y útil aplicación industrial en los establecimientos que las elaboran para la preparación de alverjas partidas, harinas, etc., que absorben la mayor parte de la producción nacional y para esto las variedades más indicadas son las enanas, de grano verde, pequeño y liso, que con nombre genérico, se denominan "petit pois", como por ejemplo, la Blue peter, Imperial y otras. Y en todos caso lo más cómodo es obtener las semillas de los mismos establecimientos industriales que compran después la cosecha.

El cultivo de la alverja es, pues, cuando se explota en debida forma, sumamente remunerador y merece ser ampliado y difundido sobre todo en las regiones del país aptas por sus condiciones de clima y suelo y no muy distantes del gran mercado de consumo que es Buenos Aires, pues, como sabemos, el flete excesivo es el que absorbe la mayor parte de las utilidades del cultivo.

Hugo Miatello

INGENIERO AGRÓNOMO

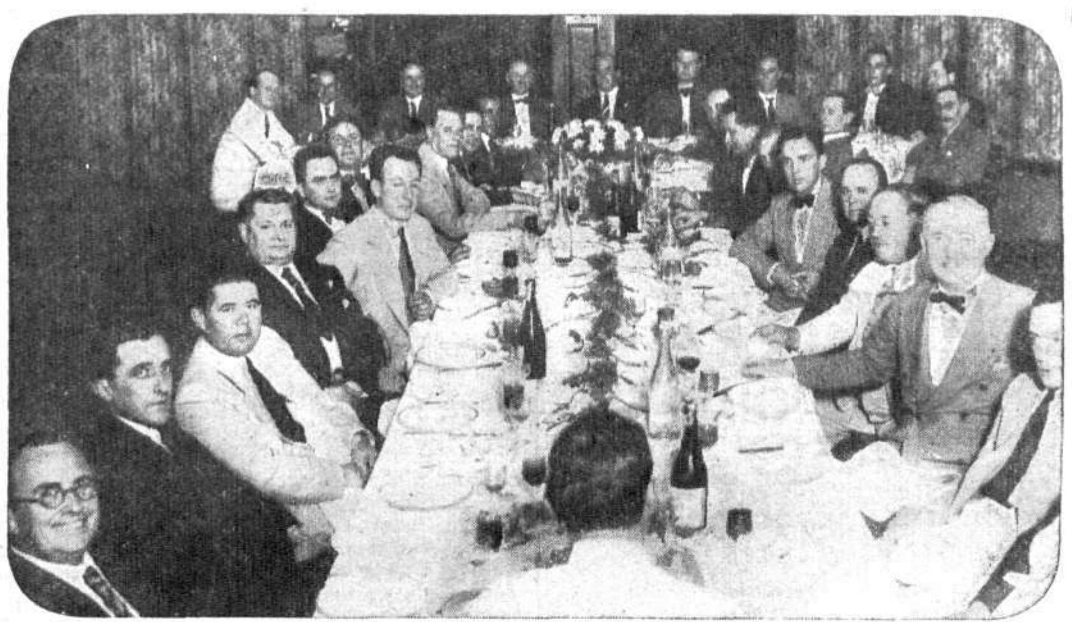
"Caras y Caretas" en el interior de la República

MERCEDES (San Luis)



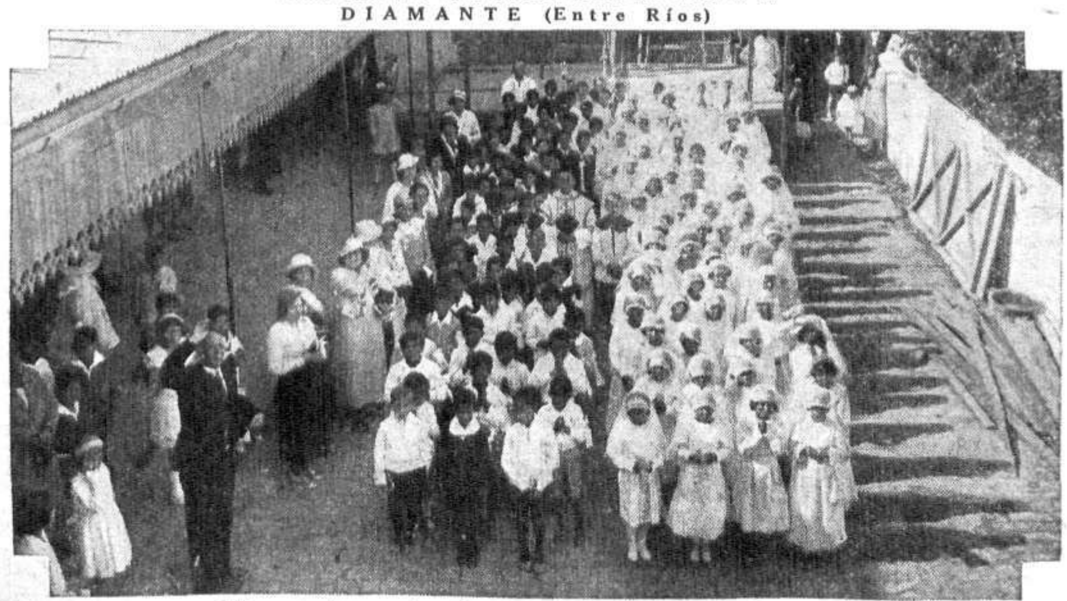
Parte del público que asistió al pícnic efectuado por el Club Pacífico, en honor de las divisiones de fútbol que se clasificaron en la categoría de campeones.

ROSARIO



Comida que los compañeros y amigos del señor Juan Carriga le ofrecieron con motivo de su jubilación como jefe de la sección tráfico del F. C. C. A.

DIAMANTE (Entre Ríos)

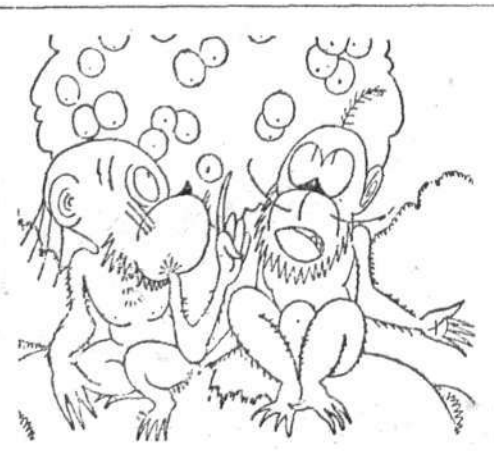


Niños que tomaron la primera comunión, al dirigirse al templo.

"Vidas paralelas", de Plutarco

"Evoca delante de mí los grandes hombres: quiero verlos y conversar con ellos", decía un joven príncipe lleno de imaginación y entusiasmo a una pitonisa célebre que tenía fama en el Oriente de evocar a los muertos. Un sabio que estaba a poca distancia, se acercó y le dijo: "Yo voy a hacer lo que pides: mira, toma este libro, recorre con atención los caracteres que lo componen; a medida que vayas leyendo, verás levantarse a tu alrededor los nombres de los grandes hombres, los que ya no se alejarán de ti". Este libro era "Los Varones Ilustres", del filósofo de Queronea.

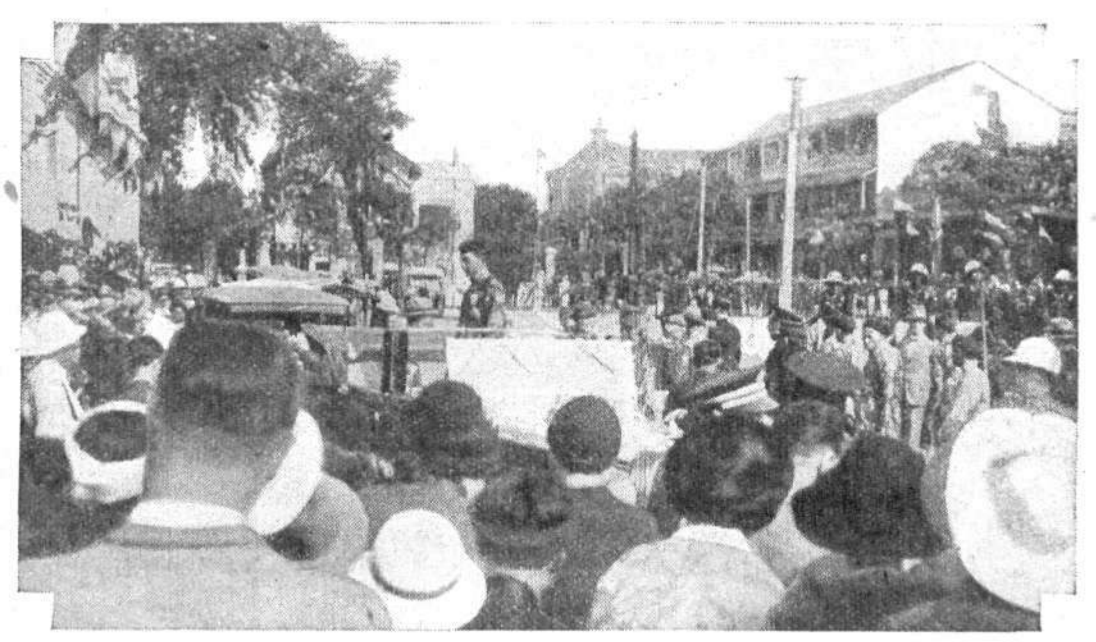
Allí, en efecto, es donde se halla toda la antigüedad. Allí cada hombre hace a su vez su aparición con su juicio y los talentos y virtudes que han tenido influjo en la suerte de los pueblos. Nacimiento, educación, costumbres, principios que arrancan del carácter o lo combaten; concurso de varios grandes hombres que al chocarse se desarrollan; grandes hombres aislados, y que parecen arrojados fuera de las vías de la naturaleza en épocas de debilidad y decadencia; lucha de un gran carácter contra las costumbres envilecidas de un pueblo que corre a su ruina; rápido desarrollo de un pueblo naciente, a quien comunica su fuerza un hombre de genio; movimiento dado a naciones mediante leyes, conquistas, elocuencia, grandes virtudes, siempre más escasas que los talentos, siendo impetuosas y fuertes las unas, sosegadas y razonadas las otras, designios, ora profundamente concebidos y madurados por los años, ora inspirados, concebidos, ejecutados casi en un mismo tiempo, y con un vigor que todo lo arrolla, porque no da tiempo a que nada se prevea; en fin, vidas radiantes, muertes gloriosas y casi siempre violentas, pues por una ley inevitable, la acción de esos hombres, que todo resuelven, produce igual resistencia, en cuanto les rodean; pesan sobre el universo, y el universo pesa sobre ellos: y tras la gloria está casi siempre oculto el destino, la cuchilla o el veneno. Tal es, poco más o menos, el cuadro que nos ofrece Plutarco. — *Thomas*. — J.



CONVERSACION DE MONOS

—Hay una prueba evidente de la teoría de Darwin.
—¿Cuál es?
—Que a los hombres eminentes les llaman eximios.

(De *Luz*, Madrid)



Llegada del emperador a Hanoi.

S. M. Bao Dai, emperador de Anam

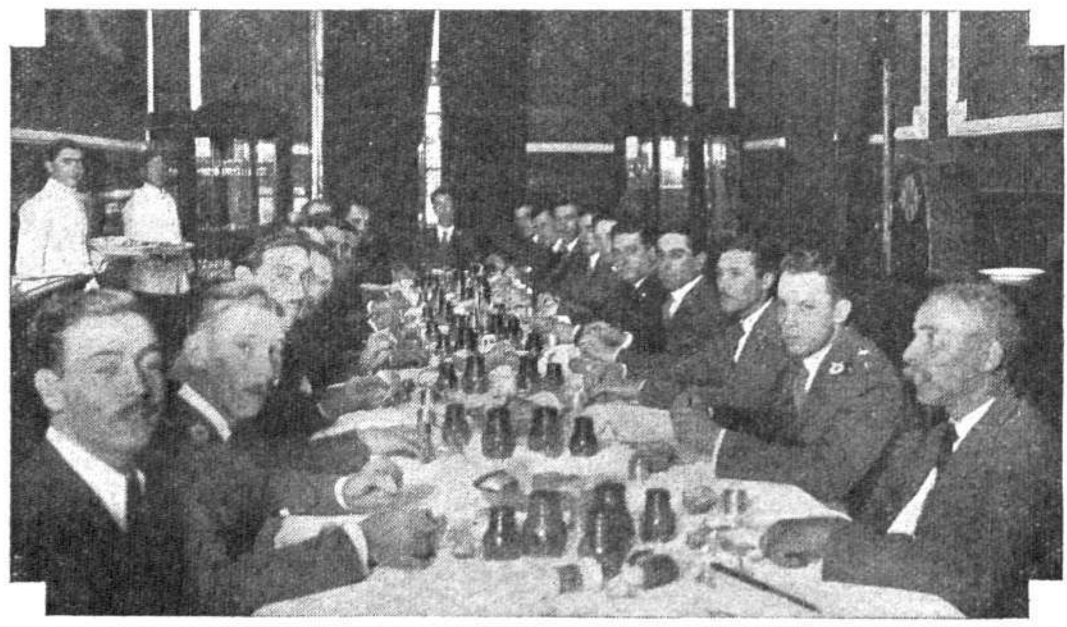
A fines del año próximo pasado el emperador Anam efectuó una visita a Hanoi. Bao Dai está realizando un viaje por todo el país, porque desea conocer detalladamente los resultados de la colaboración de los franceses e indígenas. Todas las poblaciones reciben al soberano con grandes muestras de júbilo. Bao Dai es joven y posee una exquisita cultura europea, y anda empeñado en modernizar a sus súbditos, los cuales parecen dispuestos a secundar los cultos deseos de su soberano, a quien quieren cordialmente.



Alumnos de las escuelas reunidos para recibir al soberano.

"Caras y Caretas" en el interior de la República

RIO CUARTO



Banquete ofrecido en el Casino de Oficiales al teniente coronel don José Luis Villegas, nuevo jefe del regimiento 14 de Infantería.

CHOVET



Señoritas que cooperaron en la quermese organizada por la Sociedad de Socorros Mutuos Italo Hispano Argentina.

JUJUY



Reunión infantil que ofrecieron los esposos Pelagatti-Escadute para celebrar el quinto aniversario de su hijita Elida.

ROSARIO



Niños que tomaron parte en el festival de la danza, realizado en el teatro Colón a beneficio de los desocupados británicos y del Hospicio de Huérfanos.

"Caras y Caretas" en el interior de la República

GOYA



Recepción ofrecida por el señor Raúl R. Balestra, con motivo de la presentación en sociedad de su hija Marta.

ROSARIO



Fiesta infantil que el señor Luis Mancini ofreció a los amiguitos de sus hijos Chiche, Porota, Nelly y Nenucho.

TILCARA



Un grupo de turistas porteños durante su excursión a la montaña.

Anécdotas de Facundo

Es inagotable el repertorio de anécdotas de que está llena la memoria de los pueblos con respecto a Quiroga — dice Sarmiento; — sus dichos, sus expedientes, tienen un sello de originalidad que le daban ciertos visos orientales, cierta tintura de sabiduría salomónica en el concepto de la plebe. ¿Qué diferencia hay, en efecto, entre el famoso expediente de mandar partir en dos al niño disputado, a fin de descubrir la verdadera madre, y este otro para encontrar un ladrón?

Entre los individuos que formaban una compañía, habían robado un objeto, y todas las diligencias practicadas para descubrir el ladrón habían sido infructuosas. Quiroga forma la tropa, hace cortar tantas varitas de igual tamaño cuanto soldados había; hace en seguida que se distribuyan a cada uno; y luego con voz segura dice: "Aquel, cuya varita amanezca mañana más grande que las demás, ése es el ladrón". Al día siguiente formóse de nuevo la tropa, y Quiroga procede a la verificación y comparación de las varitas; un soldado hay, empero, cuya vara aparece más corta que las otras. "¡Miserable! — le grita Facundo con voz aterrante — tú eres...", y en efecto él era; su turbación lo dejaba conocer demasiado. El expediente es sencillo; el crédulo gaucho, temiendo que efectivamente creciese su varilla, le había cortado un pedazo. Pero se necesita superioridad y cierto conocimiento de la naturaleza humana para valerse de estos medios.

Estaba otra vez un gaucho respondiendo a los cargos que se le hacían por un robo. Facundo le interrumpe diciendo: "Ya este pillo está mintiendo; ¡a ver! cien azotes..." Cuando el reo hubo salido, Quiroga dijo a alguno que se hallaba presente: "Vea, patrón, cuando un gaucho al hablar está haciendo marcas con el pie, es señal que está mintiendo." Con los azotes el gaucho contó la historia como debía ser, esto es, que había robado una yunta de bueyes.

Necesitaba otra vez y había pedido un hombre resuelto, audaz, para confiarle una misión peligrosa. Escribía Quiroga cuando le trajeron el hombre; levanta la cara después de habérsele anunciado varias veces, lo mira y dice continuando de escribir: "¡Eh!... ¡Ese es un miserable! ¡Pido un hombre valiente y arrojado!..." Averiguóse, en efecto, que era un patán.

De estos hechos hay a centenares en la vida de Facundo, y que al paso que descubren un hombre superior, ha servido eficazmente para labrarle una reputación misteriosa entre los hombres groseros, que llegaban a atribuirle poderes sobrenaturales. — *J.*

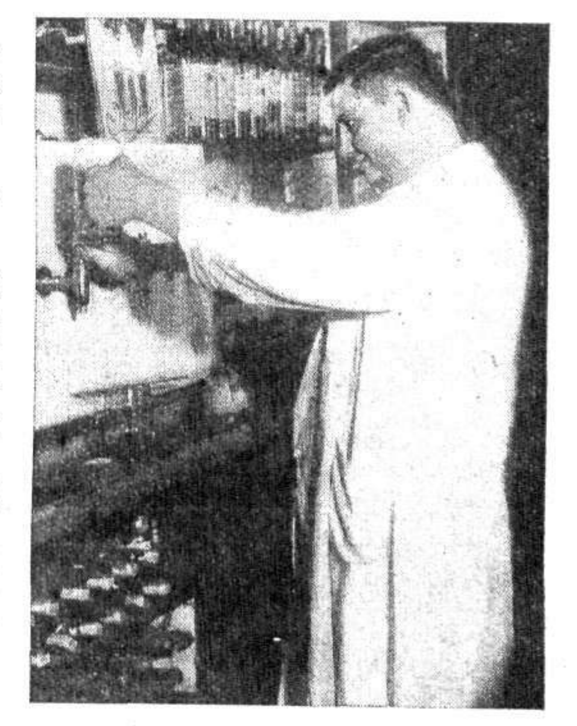


El médico. — Usted lo que tiene es mucha fiebre. Debe procurar no salir de noche.

Apuntecitos al baño de María

"Ordeña otro chope del canillo, che, qu'el día estando como p'arrevienta del calor, sí, sí"

• *Por FELIX LIMA* •



MAÑANITA sofocante, anticipo de un día apto para que un prójimo en buen estado de carnes se convierta en chicharrón. Y no bien el dueño del despacho de comestibles y bebestibles — sobre todo bebestibles helados a esta altura del año en curso, — levantó las cortinas metálicas que dan a la calle, la sección líquido llenóse de gente de trabajo, sedientamente madrugadora.

El lechero. — Por el muestra del mañana, no más, siguro que día del fecha como p'aderretirse con el calor, sí, sí.

El carbonero. — ¡Eh!... Mí sun dal año otanta in Boeno Sarie, e mí, nunca sun sentidu in calor tanto segoido come a cuesto año da mila novechiento trenta e coatro, nunca sun sentidu. ¡Eh!...

El mercero. — Ni en Balestina, sañur.

El sifonero. — Alá también se cuecen jordas, especialmente sobre as costas del Mediterráneo.

El electricista. — Marruecos, senior, koolosal calor, incen, yo no Africa, damboca Asia ni Ausdralia.

El patrón. — ¿Qué le sirvo vasco, para abrir el score de este yorno abrasador?

El lechero. — Ordeña el canillo del chope, y dando uno, pa empezar, no mucha espuma, ¡no, no!

El patrón. — ¿Y usté, Biancardi?

El carbonero. — ¡Eh!... Mí, otro chopetín, ma peró, senza la empenachaciún, senza.

El mercero. — Boni bara mí tres dedos de anís tibo Siria en vaso grande refresco, y llenalo con agua bien helada, barece traen bolo Antártico, sañur batrón.

El electricista. — Un medio lidro, pero fertatero, ¿eh?...

El carnicero. — Dame un naranguín, que a mí, por prescripción del jalenu que me tein en tratamientu, me está prohibidu el alcohole, aun en escasa jraduación, comu por eguemplu, o reguistra el viño de cebada, vulju cerveza. ¿Qué tal, paisano?

El sifonero. — A fábrica de ajuas jaseosas en que trabaixo, tein ya logrado el record de ventas estivales deisde que fué fundada. ¿Cuántas docenas le deixo?

El patrón. — En esta vuelta, diez docenas de sifones, y cuatro de chinchibirras, y en el reparto de la tarde, suscribime con otro tanto, caro Compostela. ¡Salute, tenorín del barrio! ¿Qué le despacho?

El peluquero. — ¡Jesú y María Santísima con er señó calorciyo! Pues yo no he pegao los ojos en toa la mardita noche... ¡Vamo! ¡Qué noche tropicá, pegajosa, horrorosa!

El patrón. — ¡Para hoy!, Paco Montilla.

El peluquero. — Pues entro a matá er calorciyo; no orvide usté que en Málaga juí picaor...

El mercero. — ¿De buchos, sañur?

El peluquero. — ... de praza de toros, con un refresco de granadina con soda. También he matao cristianos, tres cadáveres en er cementerio de Arbacete, y dos turcos, en los alrededores de Constantinopla, que dejé abandonaos y ar libre arbedrío, sobre un campo... ¡vamo!, que de arcachofas.

El mercero. — ¡Bero, sañur!... Balabra buchos, yo la usu sulamente como una chiste, nada más. ¡Bido berdón!

El peluquero. — Pues yo también por un chiste, ¡na más que por un chisteciyo macabro y supernecrológico!, hice picadiyo con la carne y toos los derivaos y menudencias de los susodichos turquiolas. ¿Me ha oído er tío? ¿He sío sufecientemente explícito? ¿Queda arguna duda en pie y sin punto de apoyo; una muleta, por ejemplo?

El electricista. — Enfainen ese asundo, cafalieros, que con el calor los homfres se fuelfen fieras.

El peluquero. — ¡Eso será usté, so tío tigre de... de Bengala la cuenta pa pagarle er entierro.

El patrón. — "Orden y progreso", muchachos, que para el 9 de julio próximo lo tendremos en ésta al presidente del Brasil. ¿Otro medio, Harguindeguy?

El lechero. — Güeno, che, y al ordeña el canillo, no mucho espuma, ¡no, no!

El mercero. — Barece tormenta basó...

El carbonero. — ¡Eh!... Osté, ¿sabe?, in vez de ponerse in tapún de damacoana de venti litro propio in la buca, propio, le busca de la camorra al cotufa que hace l'undulaciún de lo pelo de la siñora, niña e siñorita, hace.

El mercero. — Yo, sañur, no busco belea, bero la digo, si alguien quiere belear, ¡belea, no más!

El electricista. — Eso, y mojar al dipo antaluz el oreja izquierta, equifale al mismo coso. ¿Qué tice el senior fecino?

El peluquero. — ¡Dearme solo!...

Félix Lima

"Caras y Caretas" en el interior de la República

SALTA



Directiva y socios del Círculo de Obreros de San José reunidos para festejar la toma de posesión de su nuevo presidente, ingeniero Peralta.

CARMEN DE LAS FLORES



Familias y socios que hicieron acto de presencia en la inauguración del nuevo local del Club Atlético Las Flores.



ROSARIO



Grupo de niñas que tomó la primera comunión en la capilla del Colegio de la Misericordia.

El amor y las mujeres, según los grandes autores

AZORIN

ESTA Pepita, cuando mira, tiene en sus ojos algo así como unos vislumbres que fascinan. Yo no sé — piensa Azorín — lo que es esto; pero yo puedo asegurar que es algo extraordinario.

— Pepita — le pregunta Azorín, — ¿qué quisiera usted en el mundo?

Pepita levanta los ojos al cielo; después saca la lengua y se moja los labios; después dice:

— Yo quisiera.. Yo quisiera...

Y de pronto rompe en una larga risa cristalina; su cuerpo vibra; sus hombros suben y bajan nerviosamente.

— Yo no sé, Azorín, yo no sé lo que yo quisiera.

Pepita no desea nada. Tiene un bello pelo rubio, abundante y sedoso; sus ojos son azules; su tez es blanca y fina; sus manos, estas bellas manos que urden los encajes, son blancas, carnosas, transparentes, suaves.

Pepita sabe que hay por esos mundos grandes modistos y grandes joyeros, pero ella no desea nada.

Y Azorín, mirándola un poco extático — ¿por qué negarlo? — le dice:

— La elegancia, Pepita, es la sencillez. Hay muy pocas mujeres elegantes, porque son muy pocas las que se resignan a ser sencillas. Pasa, con esto, lo que con nosotros, los que tenemos la manía de escribir: escribimos mejor cuanto más sencillamente escribimos; pero somos muy contados los que nos avenimos a ser naturales y claros. Y, sin embargo, esta naturalidad es lo más bello de todo. Las mujeres que han llegado a ser duchas en elegancia, acaban por ser sencillas... Usted, Pepita, es sencilla y natural espontáneamente. No lo ha aprendido usted en ninguna parte: el pájaro tampoco ha aprendido a cantar...

* Pepita se halla en la entrada tramando sus encajes con sus dedos sutiles. Está sentada; tiene sobre la falda la almohadilla; a sus pies hay un periódico de moda.

Este periódico lo toma Azorín; luego lo hojea. Azorín lo lee todo. Y pasando y repasando las grandes páginas, sus ojos caen sobre algo interesante. Es una consulta que el periódico ha hecho sobre ciertas cuestiones; una de las preguntas es la siguiente: "¿Qué cree usted preferible, ser amada sin amor o amar sin ser amada?" Las respuestas varían, pero todas son curiosas. He aquí lo que dice una de ellas, que Azorín ha leído en voz alta:

"Ninguna de las dos cosas. Para una mujer de corazón tan malo es lo uno como lo otro. He amado sin ser amada, y ahora soy amada sin corresponder, bien a pesar mío. Cuando tenía quince años me enamoré de un hombre que pasaba de los treinta, y él, como es natural, me consideraba una chiquilla. Yo me desesperaba, pero él maldito el caso que hacía de mí. ¡Qué pena la mía cuando un día me preguntó con cara burlona si me gustaban las muñecas, porque pensaba comprarme una. Me puse roja de indignación, y a pesar del cariño que le profesaba, confieso que de buena gana le habría dado un cachete".



Azorín no ha leído más y ha dicho:

— Pepita, este hombre a quien esta muchacha quiso, despreció frívolamente un gran tesoro. Era ya un poco viejo; acaso estaría ya también un poco cansado de la tristeza de la vida. Pudo ser feliz un momento y no quiso serlo.

Azorín ha añadido, tras breve pausa en que contemplaba los ojos de Pepita:

—Sí, éste era un hombre loco. Despreció un consuelo, una ilusión postrera que otros, ya también un poco viejos, ya también un poco tristes, van buscando afanosamente por el mundo y no los encuentran...

Y Pepita ha bajado sus hermosos ojos limpios y azules.



* —Hermano Juan, su mesa de usted era espléndida; había en ella de los más exquisitos manjares.

—Mis manjares son ahora el pan de los buenos corazones.

—Hermano Juan; usted ha visitado todos los países del mundo. ¿Habrá visto usted todas las maravillas?

—Las maravillas que yo veo ahora son la fe de las almas ingenuas y la esperanza que nunca acaba.

—Hermano Juan: no me atrevo a decirlo; pero he oído contar que usted ha amado mucho y que todas las mujeres se le rendían.

—El amor que conozco ahora es el amor más alto. Es la piedad por todo.

(Una palomita blanca volaba por el azul).

* La Xantipa tiene unos ojos grandes, unos labios abultados y una barbilla aguda, puntiaguda; la Xantipa va vestida de negro y se apoya, toda encorvada, en un diminuto bastón blanco con una enorme vuelta. La casa es de techos bajitos, de puertas chiquitas y de estancias hondas. La Xantipa camina de una a otra estancia, de uno a otro patizuelo, lentamente, arrastrando los pies, agachada sobre su palo. La Xantipa, de cuando en cuando, se detiene un momento en el zaguán, en la cocina o en la sala; entonces ella pone su pequeño bastón arrimado a la pared, junta sus manos pálidas, levanta sus ojos al cielo y dice, dando un profundo suspiro:

—¡Ay, Jesús!

Y entonces, si vosotros os halláis allí cerca, si vosotros habéis hablado con ella dos o tres veces, ella os cuenta que tiene muchas penas.

SELECCION DE BERNARDO MANUEL 

DIBUJOS DE ALICIA PEREZ PENALBA

Nº 1

Comprimido, por Lola A. Iriarte (Hinojo, F. C. S.)

2	N O T A	N O T A	50

Nº 2

Dra.

Eleonora Pacheco de Rull

Chile S.

Tarjeta anagrama, por Lola A. Iriarte (Hinojo, F. C. S.)
Con estas letras formar un refrán muy conocido.

Nº 3

Falso aumentativo, por Roque A. Deluca (Ciudad)

***"Tubo"* de cañería**

***"pieza"* de artillería**

Nº 4

Tarjeta anagrama, por Angela L. Valsangiacomo (Rosario de Santa Fe)

A	C	E	G	M	N	O	P
2	2	2	1	1	2	6	2
R	RR	S	T	U	Y		
1	1	4	4	1	2		

Repetir estas letras tantas veces como lo indica el número puesto al pie de cada una de ellas y formar un refrán.

Nº 5

Anagrama (5), por Roque A. Deluca (Ciudad)

En este *"líquido"* tan usual
hay un *"ser"* de fuerza brutal

Nº 6

Expresión vulgar interpretativa, por Amadeo Luna (Ciudad)



Nº 7

Enigma, por Roque E. Muscio (Ciudad)

Emilio, ¿quieres decirme quién fué a buscar los libros que están sobre la mesa?

Nº 8

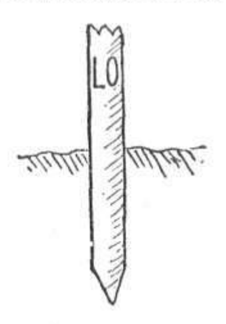
Tarjeta anagrama, por Roque A. Deluca (Ciudad)

Olga canta tango
ella tiene que ganar.
N. Galo

Formar con estas letras un refrán.

Nº 9

Intercalación (frase) comprimida, por "Rino" (Río Santiago, F. C. S.)



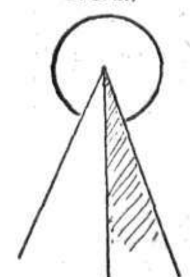
Nº 10

Rebus criptográfico, por "Rino" (Río Santiago, F. C. S.)



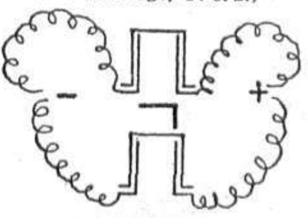
Nº 11

Monoverbo encadenado, por "Rino" (Río Santiago, F. C. S.)



Nº 12

Intercalación doble en cruz, por "Rino" (Río Santiago, F. C. S.)



Concurso de febrero. — Se reciben soluciones hasta el 15 de marzo próximo inclusive.

Véanse las bases en el primer número de cada mes (con premios).

CONCURSO DE PASATIEMPOS
FEBRERO DE 1934
CUPON Nº 1847

Indice semanal de

LIBROS ARGENTINOS

La Gloria de Don Ramiro en veinticinco años de crítica. — En un grueso volumen la comisión de homenaje ha reunido cuanto juicio favorable a la obra de Enrique Larreta se ha escrito en el país y en el extranjero. Igualmente figuran las conferencias que con motivo de la conmemoración pronunciaron algunos escritores argentinos en las postrimerías del año pasado. Un interesante capítulo escrito por Enrique Méndez Calzada entera al lector sobre el contenido de algunos fragmentos del libro de Larreta que no figuran en las ediciones corrientes.

El paisaje argentino en función de arte, por Carlos B. Quiroga. — Tal el título de la primera parte de este volumen, al que completan dos ensayos más — ellos de mayor interés, si cabe — dedicados a Joaquín V. González y a fray Mamerto Esquiú. El autor de *La raza sufrida* ha escrito un libro de orientación. El primero de sus ensayos debiera merecer los honores de una versión al francés así como una amplia difusión en España para desvirtuar los errores y las incongruencias en que suelen caer algunos comentaristas apresurados y accidentales de las letras argentinas, a los que, menester es confesarlo, sirven de deplorable ejemplo, otros nuestros en los que ya no es tan disculpable el pecado de la incomprensión.

Juan B. Justo, parlamentario, por J. Rodríguez Tarditi. — A medida que transcurren los años, adquiere más magnitud la obra del gran parlamentario argentino. El tiempo le ha dado la razón en muchas de las que por entonces se consideraron atrevidas innovaciones en el terreno de lo económico y de lo social. Hoy Justo no es el miembro de un partido, sino un argentino al que todas las actividades de la Nación algo deben. Este libro, escrito sin apasionamiento y con claridad, nos muestra en forma panorámica la obra del luchador excepcional.

Ensoñación, por Arturo I. Mangussi. — El autor se atreve a denominar y calificar como poesías la serie de reflexiones, muy ejemplares, que aquí hace. Hay veces en que la intención sana y loable no es una disculpa. Una de éstas es aquélla en que se invoca cierta mal interpretada propensión artística. Escribir versos no es cosa que implique mayor esfuerzo. Lo que justifica la edición de un libro de versos es el haber dado con algo más que una simple rima. Esto no lo logra el autor y esto debiera haber sido motivo suficiente para evitarle la edición del pequeño volumen.

Poliedro, por Armando E. Molina. — Hay que confesarlo. Cada vez son más los libros de versos de carácter íntimo que se imprimen en el país, pero que carecen en absoluto de justificativo, diríamos, público. A cualquier persona, en particular, le pueden interesar sus congojas y sus ripios emboscados entre melancolías; pero, ya es cosa de más responsabilidad esa de darles forma de libros y brindarlos al común de los lectores, que nada tienen que ver con las congojas ni con las melancolías y que muchos menos motivos tienen para soportar los ripios, los pies forzados y las rimas estereotipadas.

Juan Facundo Quiroga, por Ramón J. Cárcano. — Edición popular de la importante obra. Su realización evidencia hasta qué punto ha sido importante y significativa la demanda del público. Con excepción del papel, en nada se diferencia de la original. Con ella se realiza un loable esfuerzo para abaratar el libro de autores argentinos y se contribuye a una mayor difusión de esta obra que, dicho sea de paso — como ya se apuntara a debido tiempo — tanto como una biografía del trágico aliado de Rosas, es una historia de los hermanos Reinafé. Una de las partes más novelescas y hermosas del libro de Cárcano es la que dedica a describir las andanzas del general Huidobro, prototipo de aventurero quien, por sí solo, daría motivo para intentar la más emocionante de las biografías noveladas.

LIBROS ESPAÑOLES

Historia de España, por Marcelino Menéndez y Pelayo. — Jorge Vigón ha seleccionado buen número de páginas de las muchas que el gran polígrafo dedicó a la historia de su patria. Las ha ordenado en inteligente forma y, de esta manera, ha formado un libro de extraordinario interés. Bien puede decirse que se trata de una nueva obra de Menéndez y Pelayo.

Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay, por Pablo Pasvells. Comprende este tomo (parte integrante de una gran obra) la crónica relacionada con las actividades de la orden en toda la parte sur del continente.

De buena fe, por Delia F. Pardo de Celia. — No le falta interés a esta narración que, desde luego, se nos previene ha sido escrita para servir de pasatiempo a jóvenes y niños.

de las biografías. La del inquieto y rebelde agitador político ha sido

El cura Merino, por Eduardo de Ontañón. — Continúa la boga encarada con acierto por quien, desde luego, no vacila en calificar a su trabajo de simple y vulgar folletín.

E D U A R D O



ESTUDIOS LITERARIOS

Por Vicente Blasco Ibáñez.

Es, diríamos, la postrera obra del gran escritor. No la compuso él con premeditación, para que apareciera en un volumen. Las fué formando a medida que, en su afán de difundir las letras francesas, publicó en su editorial las mejores novelas de los autores contemporáneos. Son estudios en lo que lo biográfico se une a lo crítico y lo anecdótico. Interesantes semblanzas, acertados juicios, intencionadas observaciones. Blasco Ibáñez no era de aquellos que, en atención al talento y las aptitudes artísticas, callaran los defectos de los hombres. La sinceridad, por lo menos en este terreno, fué una de sus características. Lo atestigua en este volumen, la versación que en cuanto a la novelística moderna evidencia al tratar a Paul Bourget, pero, también, la severidad con que analiza las inconsecuencias ideológicas del autor de "El discípulo". Barbusse, Barrés, Gourmont, Huysmans, Miomandre, Pierre Louys, Reboux, etc. Quien necesite conocer la obra y la personalidad de estos autores deberá recurrir a esta recopilación de Blasco Ibáñez.



libros y autores

LIBROS FRANCESES

Armand Godoy, por André Devaux. — Estudio de la labor poética de este escritor americano que escribe en francés y al que se debe la versión francesa, no siempre ajustada, de algunas obras de Martí y de Poe. El volumen parece tener el carácter de homenaje y en él se intercala además una biografía e iconografía del poeta.

Virages, por Ventura García Calderón. — Actualmente en el Brasil, donde representa al Perú, su patria, el escritor no quiere estar ausente del París que le es tan caro y entrega a la estampa un volumen conteniendo interesantes novelas.

Angelina, por Louis Guilloux. — La miseria de una vida para la cual ya no hay ninguna esperanza y el resurgimiento de la rebelión en un alma a la que el dolor ha templado. Obra de un autor de hoy, expresa la impaciencia y el desasosiego actual.

France et Allemagne, por Fernand de Brinon. — Es la obra de un periodista que ha tratado a todos los hombres importantes de uno y de otro país y que, últimamente, obtuvo de Hitler un sensacional reportaje.

Gabriel Hanotaux, por Louis Gillet. — Al cumplirse los ochenta años del hombre público e historiador, se nos presenta toda la vida y toda la obra realizada siempre con idéntico patriotismo e invariable probidad intelectual.

LIBROS SUDAMERICANOS

La revolución del Machete, por Emilio Frugoni. — Es un capítulo de historia contemporánea trazado por un intelectual que, desdichadamente para la cultura de su pueblo, ha sido envuelto por el turbión de la política. En este caso no cabe el juicio sobre el libro por razones obvias; pero, sí, el lamentar que en nuestra América, donde los hombres de estudio no abundan, la impaciencia y el recelo político los aparten de sus cátedras en las que debieran permanecer por y contra todo.

La cruz de los caminos, por Justino Zavala Muñiz. — Siete cuadros dramáticos que, llevados a la escena, momentáneamente, recordaron que aun existía un teatro en el Río de la Plata. Obra de singular reciedumbre; campera de alma y noble de fondo; pieza en la que no se hace concesión alguna al llamado mal gusto del público que, las más de las veces, es sólo un pretexto de los pésimos actores que en estos últimos años ha debido soportar el teatro rioplatense, malgrado los calificativos de genialidad generosamente otorgados por algunos escritores extranjeros.

Revista del colegio Bernardo Valdivieso. — Publicada en Loja (Ecuador), es un interesante y ameno conjunto de trozos escritos por americanos eminentes y seleccionados con singular criterio pedagógico.

Vida, por Oliveira Ribeiro Neto. — Un excelente poeta paulista que, también, obra tras obra, conquista renombre en todo el Brasil. La vida, tumultuosa y alocada, dulce y reconcentrada, está resumida y expresada en las páginas de este su tercer libro. Composiciones como las de "La fiesta del amor" bien merecen un puesto en cualquier antología poética sudamericana; obra que tiempo ha debiera haberse realizado para llegar, ya que no en nutridos volúmenes, al menos en breve compendio, hasta las manos de los indiferentes, críticos y comentaristas del Viejo Mundo.

TRADUCCIONES AL CASTELLANO

Las persecuciones antisemitas en Alemania. — Opiniones de todos los sectores y pertenecientes a hombres y sacerdotes de todos los credos. La intolerancia en materia de religión siempre ha resultado signo de decadencia democrática y, por si alguno lo negara o lo dudara, aquí está el testimonio de pensadores, escritores y políticos eminentes.

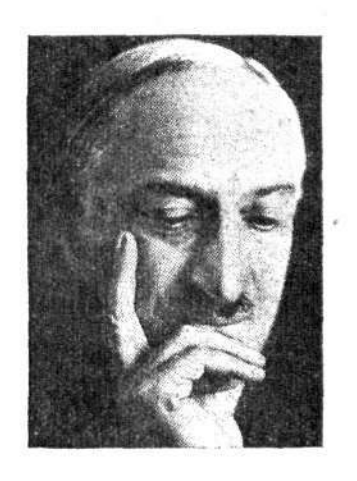
Hacia la escuela del porvenir, por Angelo Patri. — Bien pudiéramos decir que lo que *Corazón*, de De Amicis, es para el niño lo a de ser este óptimo libro para el maestro. No debe faltar en la mesa de trabajo de ningún educador, tanto para infundirle ánimo como para servirles también de reproche a los que todavía confunden sacerdocio pedagógico con simple actuación burocrática.

LIBROS ITALIANOS

Mussolini immaginario, por F. Ciarlantino. — Personaje de tanta importancia, ya en vida, da origen a la leyenda. Esta de la que se confiesa autor el prestigioso periodista, tiene atisbos de humorismo y, hasta en algunos de sus párrafos, casi convence como una realidad.

La rivoluzione italiana, por Carlos Antonio Avenati. — Desde Alfieri hasta Mussolini, pasando por Cavour, Mazzini y Garibaldi. En una palabra: la historia de la Italia moderna.

S U A R E Z



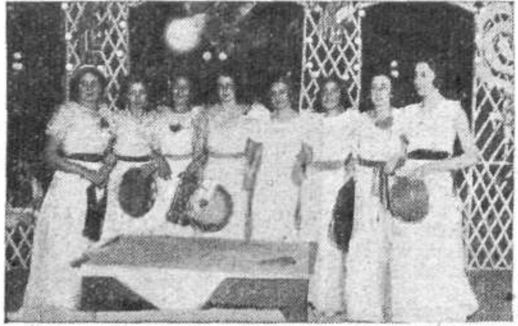
VOLTAIRE

Por André Maurois.

ESTILIZACION de la biografía. Posiblemente, el mejor tipo de biografía; la más concisa que ha realizado Maurois. Una excelente versión castellana de Th. Scheppelmann permite seguir en rápido y expresivo vuelo a esa existencia a la vez grande y pequeña que fué la de Voltaire. Pequeñeces del genio y genialidades de un hombre que fué amigo y enemigo de príncipes y de reyes, enamorado y platónico admirador de beldades. No insiste el autor de "Ariel" en esos mínimos detalles, en las minuciosidades que tan gratas le son a Ludwig. Es más artista y es, también, más digno y discreto. Sabe disimular o concede un ritmo frívolo a muchos de los lamentables aspectos de la existencia volteriana; consigue orientar la simpatía del lector, apartarla hasta del recuerdo de los capítulos para los cuales el mismo biografiado dejó gran acervo documental. Merece una lectura esta biografía. Lo merece tanto como la otra poco difundida sobre Iván Turgenev. Orienta en cuanto a la obra y evoca, repetimos, con ritmo contemporáneo, la vida de Voltaire, despojándola del plúmbeo aditamento documental; humanizándola, en una palabra.



Festival de beneficencia, en San Luis



Quiosco "El Aguila", atendido por las señoritas de Videla, de la Mota, Sosa Carreras, Páez Montero, Sosa Páez y Jofré, en la quermese pro Hijas de María, celebrada en la plaza Pringles.



Las señoritas de Luco, Barbosa, Atencio, Gazari, Taboada y Landaburu, a cuyo cargo estuvieron las ventas realizadas en el quiosco "El Molino".



▲ En el quiosco "Alhambra", dirigido por las señoras de Arancibia Rodríguez, Brunetti, Mendoza y Videla, que atendieron las señoritas de Suárez Luco, Otero, Videla, Parellada, Castillo y Mora Olmedo. ▼

"Caras y Caretas" en el interior de la República

ROSARIO



Socios que tomaron parte en la prueba Gentlemen Riders y miembros de la comisión de carreras del Jockey Club.

MENDOZA



Los tres alumnos premiados por sus altas clasificaciones en el colegio nacional, durante la fiesta con que fuefon agasajados.

AZUL



El director del Instituto Superior de Comercio, profesora señorita Gabi, y alumnos que intervinieron en el festival del centenario de la ciudad.

PARANA



Los nuevos maestros egresados de la escuela nomal, en compañía del director, don Gabriel Echenique.

Cómo escribió Rubén Darío su popularísima "Marcha triunfal"

Por JOSE MONTERO ALONSO



Rubén en Europa

Aquel año de 1895 el gran poeta silencioso y triste estaba en Buenos Aires, representando como cónsul a Nicaragua, su país. Había estado ya dos veces en Europa. Una, en 1892, en España, con motivo del aniversario del descubrimiento de América. Conoció aquellos días a don Juan Valera, a Castelar, a Menéndez y Pelayo, a Zorrilla, a Cánovas, a Núñez de Arce, a Canalejas, a la Pardo Bazán. Se hospedaba, con su primera mujer, en el hotel de las Cuatro Naciones.

La otra vez que vino a Europa estuvo en París. París era su gran deseo, su gran presentimiento. Se embriagó allí de vida literaria y noctámbula. Aspiró gozosamente el perfume de la gran ciudad soñada desde lejos y desde niño. Gómez Carrillo fué su camarada de bohemia parisiense. Con él conoció a Verlaine, a Banville, a Moreas. Un día marchó a Buenos Aires. En Buenos Aires había de escribir la *Marcha triunfal.*

La vida del poeta en Buenos Aires

En la capital argentina Rubén va escribiendo para el diario "La Nación" esas espléndidas semblanzas de escritores que más tarde han de formar el volumen *Los raros*. Su vida es, como casi siempre, inquieta y desordenada. El alcohol y la noche son sus dos grandes amigos. Trabaja sin calma y con fiebre.

Su porte es desaliñado. Se retira a su casa al amanecer, después de haber bebido y escrito en algún café. El poeta no cuenta aún treinta años. Pero su cuerpo grueso, su rostro ancho, su barba rubia, sus ojos cargados de nostalgia, le prestan más edad. Su desaliño, su vida bohemia le hacen tener pocos amigos. Pero esos pocos, por comprender el gran corazón y la gran inteligencia que se esconden tras aquel rostro feo, son leales, son fraternales.

Un encuentro en un amanecer

Entre esos amigos está el doctor Prudencio Plaza. Un gran amigo de los poetas y de los músicos. Es director del lazareto de Martín García, en una isla cercana a Buenos Aires.

Un amanecer, el doctor Plaza se dirige al muelle de la ciudad; media hora más tarde ha de tomar el barco para el lazareto. Y se encuentra, en la plaza de Mayo, con Rubén. Rubén, que viene de un café, donde ha estado bebiendo y escribiendo. Rubén, que va a acostarse, cuando ya todo en la ciudad despierta de su sueño de la noche.

Se saludan. Se preguntan, respectivamente, adónde van. Rubén queda un rato en silencio. De pronto pregunta:

—¿No te parece que yo también debo irme a Martín García?

—Naturalmente. Debes venir —le responde el médico.

Quedan de acuerdo en ello. Pero el amanecer es crudísimo, y el poeta, descuidado siempre, está sin abrigo. Queda en silencio de nuevo. Repentinamente, como por arte providencial, aparece en la plaza Jaime Freyre. Un gran amigo del poeta y del médico. Y con un abrigo verdaderamente espléndido.

Se saludan. En seguida, Jaime Freyre se quita el abrigo y se lo pone a Rubén. Al poco rato, el poeta y el médico están en el barco, rumbo a la isla de Martín García.

La emoción del lazareto

La vida en el lazareto es monótona y dolorosa. Hacen cuarentena en él todos los sospechosos de enfermedad de peligro. Rubén se horroriza muchas veces ante los casos de miseria y de dolor que contempla.

Algo hay en el lazareto, sin embargo, que borra en el pensamiento de Darío esta visión angustiosa de la isla doliente: una cantina y una cantinera. El alcohol y el amor endulzan las esperanzas de aquel vivir solitario. El poeta siente por la muchacha de la cantina un amor rápido y llameante. Habla de ella exaltadamente en sus crónicas de *La Nación*. Y poco tiempo después, al escribir a su amigo el médico, se refiere a aquella muchacha — Betina — con palabras de una melancólica emoción.

La "Marcha triunfal"

La tarde del 22 de mayo el poeta y el médico, después de dar un paseo por la isla, vuelven al lazareto. Sienten que alguien les llama a su espalda. Es un mozo que trae un telegrama. El telegrama es para Rubén. El menudo papel tiembla unos instantes entre las manos del poeta. Por el pensamiento rubeniano cruza esa interrogación que es siempre la llegada de lo imprevisto. ¿Qué traerá el telegrama? Rubén lo abre. ¡Ah! Es del Ateneo de Buenos Aires. Le recuerdan que el día 25 ha de celebrarse en aquel centro una fiesta, y que para ella cuentan con unos versos prometidos por Rubén.

—Es verdad. Lo he prometido y debo cumplirlo... — piensa en voz alta.

—Ten en cuenta — le habla el doctor Plaza — que no puedes perder un solo minuto. El vapor pasa mañana por aquí, y ya no vendrá otro hasta la semana próxima.

Se encierran en un despacho del lazareto. Rubén pasea nerviosamente. Va exaltándose por momentos. Se detiene de pronto.

—¿Qué te parece? Evocar una visión del pasado, un desfile de sombras gloriosas, que cruzan como en una marcha triunfal. ¡Eso es! Y así se va a llamar: la *Marcha triunfal*. ¿Qué te parece?

Continúan hablando mucho tiempo. Pasan las horas. A la una de la madrugada Rubén no ha comenzado todavía a escribir. El médico le apremia:

—¡Bueno, es necesario escribir! Aquí tienes papel, pluma, tinta... ¡Trabaja!

—Está bien... — dice el poeta nada más, dócil como un niño grandote.

Y se sienta ante la mesa. Frente a él, el médico. Cada uno en su trabajo En sus papeles de medicina, el uno. El otro, en sus versos. Tiene la madrugada una quietud sonora en el gran silencio del lazareto. Sólo el leve palpitar apresurado de las plumas sobre el papel.

Rubén — una letra menuda, nerviosa, airosa, inclinada hacia la derecha — escribe:

¡Ya viene el cortejo!
Ya viene el cortejo que anuncian
[los claros clarines.

De pronto, con una raya, rectifica este segundo verso. Quita el "que anuncian" Y el verso queda de esta forma:

Ya viene el cortejo; ya se oyen
[los claros clarines.

A la hora y media Rubén ha terminado la poesía. Abandona la pluma, se levanta, lee los versos a su amigo. El médico le abraza, emocionado. Rubén copia luego los versos, y en la mañana del nuevo día — 23 de mayo — recoge la poesía el barco que hace alto en la isla, camino de Buenos Aires.

A los dos días la *Marcha triunfal* es leída en la fiesta del Ateneo. Y quien la lee es precisamente Jaime Freyre, aquel amigo que prestó a Rubén el gabán en la cruda mañana en que el poeta decidió ir al lazareto.

José MONTERO ALONSO

CONCURSO INFANTIL

PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al "gouache" el dibujo que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso Infantil de "CARAS Y CARETAS", Chacabuco Nº 151-155, Buenos Aires. Se otorgarán CIEN PREMIOS que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — Nº 26.

Nombre y apellido. . . . .

Domicilio. . . . .

Población. . . . .

Escríbase claro y mándese este cupón unido al dibujo coloreado.

ENTRE ASES Y REYES








POR ADOLFO A. GABARRET

Miguel Alfredo Benedit



UN aficionado que se destaca con relieves propios en los centros "brigísticos" de la Capital, es el doctor Miguel Alfredo Banedit.

Aunque sus ocupaciones profesionales no le permiten disponer de tiempo suficiente para practicar su juego preferido con la asiduidad de otros, consigue mantener su "forma" de siempre, gracias a su profundo conocimiento del bridge.

Jugador de mucha experiencia, debida, más que a los años de práctica, a la inteligente observación de casos y cosas, posee un estilo que podríamos llamar clásico y que se inspira más en los viejos maestros que en los expertos a la moda.

La solidez de su juego ofrece poco blanco al adversario y su gran condición de analista meticuloso, le permite sacar provecho de los pequeños detalles, tan a menudo descuidados y tan importantes para llegar a dominar el remate y el carteo.

Parco en sus observaciones y críticas, de que tanto usan y abusan la mayoría de los jugadores, afable y gentil en toda circunstancia, Benedit se convierte en uno de los compañeros preferidos de quien haya tenido oportunidad de jugar con él.

EL "FORCING" *(Continuación)*

EL FORCING DE VANDERBILT

EL creador de las declaraciones "obligantes", Harold S. Vanderbilt, es autor de un interesante sistema cuya base es el "forcing" de apertura con el anuncio convencional de "Un Trébol".

Esta declaración, semejante en su significado a la "2' de un palo del sistema Culbertson, no tiene relación con la tenencia en ♣ (que no afirma ni niega) y sólo indica la posesión de una fuerte mano y exige del compañero que hable por lo menos una vez. Si éste carece de los valores requeridos, debe hacer una respuesta negativa declarando 1 ◇ y su obligación no va más allá; pero si su respuesta tiene carácter positivo, queda establecido entre ambos compañeros que ninguno ha de pasar antes de haber contratado un "game". En las siguientes ruedas del remate se anuncian los palos jugables o el Sin Triunfo a fin de que el contrato se establezca en la mejor declaración.

Ejemplos:

Norte	Este	Sud	Oeste
1 ♣ **"Forcing"**	Pasa	1 ◇ **Niega juego y queda libre de toda obligación ulterior.**	Pasa

Norte	Este	Sud	Oeste
1 ♣ **"Forcing"**	Pasa	1 ♡ **Respuesta afirmativa.**	Pasa

Norte	Este	Sud	Oeste
1 ♣ **"Forcing"**	1 ♠	Dobla **Declaración positiva.**	Pasa

Norte	Este	Sud	Oeste
1 ♣ **"Forcing"**	Dobla	Redobla **Respuesta afirmativa.**	Pasa

En los tres últimos ejemplos, Sud, con sus diferentes declaraciones, acepta la invitación de llegar a "game".

Los cambios y redeclaraciones saltantes, el doble informativo y demás situaciones especiales pasadas en revista en el sistema Culbertson, son utilizadas también en el Vanderbilt. Respecto al doble informativo debe hacerse la salvedad de que sólo se admite como tal un doble hasta 1 ST. o 2 de un palo y en cuanto al "forcing" en segunda o en tercera, no solamente se hace con un cambio o una redeclaración saltante anunciando palo, sino también declarando en Sin Triunfo una baza más de lo necesario.

Si el bridge no existiera, habría que inventarlo

(Imitación de Voltaire)

Norte	Este	Sud	Oeste
1 ♡	Pasa	2 ST.	Pasa
Debe declarar nuevamente.		**"Forcing"**	

Norte	Este	Sud	Oeste
1 ◇	Pasa	1 ♡	Pasa
2 ST.	Pasa	**Debe volver a declarar.**	
"Forcing"			

LA "EXIGENCIA DE GAME" DEL SISTEMA OFICIAL

El llamado Sistema Oficial, fué ideado por un importante grupo de expertos y maestros de bridge a cuya cabeza figuran los nombres famosos de Milton C. Work y Sidney S. Lenz. Se pretendía uniformar la forma de declarar, tomando lo que se creyó mejor de los sistemas y convenciones existentes y aunque no se consiguió dicho objetivo, no es menos cierto que quedó establecido un sistema muy interesante, aunque poco conocido y practicado, principalmente entre nosotros. Contribuyó seguramente a esto último la derrota sufrida por Lenz y sus compañeros en el match que sostuvo en 1931 contra el equipo de Culbertson y en el cual fueron puestos frente a frente los sistemas de ambos "leaders".

En donde difiere de aquél, es en la forma de procedimientos que hemos estudiado al tratar el sistema Culbertson, para el "forcing" en segunda o en tercera y para el doble informativo.

En donde difiere de aquel, es en la forma de hacer una declaración original obligante y en el siginificado de una sobredeclaración en el palo del bando contrario.

FORCING EN LA APERTURA EXIGENCIA DE GAME

La "exigencia de game" — denominación usada en el Sistema Oficial para calificar una declaración obligante, — se hace abriendo el juego con una declaración de "3" de un palo. La declaración de "2", se reserva para manos muy fuertes, pero que no autorizan un "forcing" y debe interpretarse sólo como una "invitación al game".

Norte	Este	Sud	Oeste
3 ◇	Pasa	**Debe mantener el remate abierto hasta "game".**	
"Forcing"			

SOBREDECLARACION INMEDIATA EN EL PALO ANUNCIADO POR EL BANDO CONTRARIO.

Esta declaración cuando se hace sin que el compañero haya declarado, significa, además de la posesión de una mano muy fuerte, el deseo de jugar el contrato en el palo anunciado. Su objeto es combatir las aperturas "psíquicas" (bluff) y dejar al criterio del compañero la última palabra.

Norte	Este	Sud	Oeste
1 ♡	2 ♡	Pasa	**Respuesta opcional.**
	"Semi-forcing"		

Cuando se emplea después de que el compañero ha declarado, es "forcing" incondicional.

Norte	Este	Sud	Oeste
1 ♣	1 ♠	2 ♠	Pasa
Debe mantener el remate abierto hasta "game".		**"Forcing"**	

(Continuará)

EL BLUE BOOK 1933

SU VERSION AL CASTELLANO

Bajo el título de "Libro azul de Bridge por contrato", hemos recibido la versión española del "Blue Book 1933" de Ely Culbertson, editado en Nueva York.

En dicha obra, seguramente la más importante publicada hasta hoy en nuestro idioma, está explicado en forma muy didáctica y con lujo de detalles y ejemplos, todo el sistema creado por su autor, que, bien o mal, es hoy practicado en el mundo entero. Su estudio es de imprescindible necesidad para los principiantes, quienes insensiblemente se verán impelidos a más altas categorías, y de interés real para jugadores más avezados, que encontrarán en él una verdadera fuente de perfeccionamiento.

Su traducción, debida a D. Luis A. Lara, es en general fiel al espíritu del texto inglés, pero los términos empleados, muy apartados de nuestro léxico "bridgístico", no siempre responden con exactitud al significado que se pretende asignarles.

Las palabras, "estuche", por conjunto de cartas de un mismo palo, "tanto por tanto", por Uno sobre Uno, "aproche", por acercamiento, y "forzoso", por obligante, son absolutamente caprichosas y algunas de ellas constituyen verdaderos errores gramaticales o de sentido.

Las locuciones "puja y sobrepuja aplastante", resultan fuera de lugar para traducir las declaraciones y sobredeclaración prohibitivas (shut-out o pre-emptive bids).

Y por fin, los términos, "apuesta" (declaración), "puja" (aumento), "manga" (chico o game), "capote" (slam) y otros, son un tanto exóticos para nosotros y difícilmente han de reemplazar a sus equivalentes ya consagrados.

A pesar de esto, nuestros aficionados — no familiarizados con el inglés, pero ya acostumbrados a las "traiciones", más que traducciones, que ofrecen casi sin excepción nuestros diarios y revistas — tienen ahora a su disposición una obra de verdadero interés y cuya falta se hacía sentir.

Carnaval 1934 – Nuestros


Nilda Clauso, princesita.


Aída Carmen Sosa, maja.


Adelina López Llorente, muñequita Lenzi.


Adela López Carrano, alsaciana del siglo XIX.


Elda Martínez, paladín del Rey.


Norma Anadella Orbe, "midinette"


Betty Berdicheksky, muñequita Lenzi.


Pochita Varela Gómez, fantasía


Nélida Vicenta Lenzzi, muñequita Lenzi.


María Esther Baliño, reina mora.


Irma y Nilda Ferrantini, canastitas.


Alberto Raúl Otero, cadete militar.


Amado O. Filiberto y Carlos M. Abate, gauchos.


Elvirita Lobos, holandesa.


María Eugenia Pérez, República Argentina.


Matilde Galarza, dama antigua.


Zulema González, chula.


Elsa Marta Cruz, payaso.


Delia Noemí Grillo, colombina.


María Isabel Gómez, clavel.


Mirsa Gurú, muñeca.


Susana Clauso, andaluza.


Monona Bringas, rosa.


Horacip López Carrono, gaucho.


Beatriz Julia Hultgren, muñequita Lenzi.

Luisa Lucía Drago, lechera del cántaro.


Roberto M. y Sara E. Castaño, "cowboy" y andaluza.


Argentina Celia Di Martino, glicina.


Sara Silberstein, fantasía.

pequeños visitantes



Jorge R. Salatine, Tom Mix.



María T. Garyuno, Doña Francisquita.



Norma B. Faranda, muñequita Lenzi.



Susana Babassi, bailarina.



Mario A. Mingrone, duman.



Tita y Angélica Wulman, cíngara y bailarina.



Nelly Rosello, fantasía de perlas.



Elsa Irene Cascio, guindas.



Elda J. Traverso, pollito.



Nélida Tejerina, maja.



Héctor Tejerina, Tom Mix.



Regina Selberstein, segadora.



Héctor y Pedro Telmo, fado y "cowboy".



Rosa Casta, fantasía.



Olga Avila, muñeca Lenzi.



Ofelia Di Pasco, mariposa.



Palmira E. Suárez, aldeana portuguesa.



Carolina M. Nápoli, Mistinguette.



Beatriz López Llorente, manola.



Herminia M. Marchese, aldeana.



Isabel S. Márquez, Cafiaspirina.



Beatriz Mercado y Celia Abate, muñeca.



Liria P. Díaz, montañesa de León.



Ignacio A. Iglesias, lecherito.



María A. Esquivo y Juan A. Arce, princesa y príncipe del Infierno.



A. Castaño, Orfeón Gallego Primitivo.



María Luisa Docampo, Día de la Raza.



Lucía y José Ceña e Irma Acuña, muñequita Lenzi, Tom Mix y baby.



Graziela G. Márquez y Olinda N. Fortini, fantasías.

Carnaval 1934. Nuestros



Asunción López, andaluza; Cladys Marta Vinasco, gato; Víctor y María Elena Ro, pintor y bailarina; Olinda F. Sánchez, aldeana; Alfredo Tucco, luchador; María Catalina Tucci, muñeca; Carlos Nogueira, misterioso; Carmen Fernández, fantasía; Alicia Esther Fernández, botón de oro; Betty González, gitana.



Luisita Carpintero, andaluza; Norberto Rico, dandi; Modesto Manuel Ingilde, aviador; Catalina y Juana Yácomo, maja y cantinera española; Anita Carmen Alderetti Salomón, dama; V. Lorda, pierrot; M. A. Alderetti, fantasía; C. Espósito, fantasía; R. Gallardo, fantasía; P. López, andaluza; S. Mahumud, paisana; Z. Antorino, muñeca Lenzi.



Magdalena Allegretta, paisana; Linda Allegretta, muñeca Lenzi; Aída Osmán, violetera; Hebe Quadraccia Pierini, capricho Luis XV; Cristina Juana Perdeiro, primera mascota de Lanús; Emma Osmán, República; Ana y Angela Allegretta, muñecas Lenzi.



Norma Edith Zago, muñeca Lenzi; Delia Olga Zago, naranja; Miguel Angel Guiloni, oficial ruso; Angela María Gagliano, primavera; Antonio Gagliano, mejicano; Rosa Andina Agosto, mariposa; Nélida María Agosto, rosa.



Gloria Delia Salas, emperatriz Eugenia; Nelly Fortunatti, margarita; Enrique J. Fargas, ruso; Humberto Maidana, gaucho; Yolanda Argüello, bailarina; Marta Maidana, paisana; Lydia A. Prerirca, bailarina; Domingo A. Liz, pierrot; Rubén de Cabo Cruzat, maragato.



Cecilia Rosa Regazzoni, danzarina rusa; Elsa María Regazzoni, muñequita Lenzi; Raquel Libas, muñequita Lenzi; Honorio Argentino Vedoya, príncipe Carlos; Elsa Blanca Pérez, granito de mostaza; Lydia Azucena Sarandria, fado; Antonio Di María, chárleston; Osvaldo F. Lapadula, gaucho; Elena F. Rotstein, fantasía.

pequeños visitantes



Esther Rodríguez, holandesa; Amelia María y Elda Beatriz Berene, reina del carnaval y abuelita; Ana Lobato, muñeca Lenzi; Florentina R. Gómez, Tom Mix; Clelia Gutiérrez, japonesa; Ilda Querubina Mantuano, muñequita Lenzi; Ledia Edicarle, muñeca.



Liria Bonci, bailarina mejicana; Julieta Asiutti, bailarina clásica; Romeo Bonci, turco; Beatriz Fernández, bailarina; Ilda Alonso, paisana; María T. y Jorge Castellanos, fantasía y pierrot; Elvira Argento, locura; Miguel y Alida Amalfitano, "cowboy" y trovador; Nelly Olga Gordini, odalisca.



Roberto Severo Novoa, húsar; Mario Eduardo Corcuera, gaucho; Nélida Julia Cappas, gitana; Leonor María Bonetti, italoargentina; Beatriz Juana Ferraro, Lázaro Fun; Enrique Raysin, cadete; Nélida Beatriz Ordóñez, paisana; Enrique, Rosa y Juan Carlos López, príncipe, aldeana rusa y Tom Mix.



Alberto Pérez Portela, gaucho; Elena Trobado Portela, aldeana; Antonio Otero, gaucho; Josefina Ottaviano, dama; Aurora y Angeles Gutiérrez, gallega y ama; F. Abad, muñequita Lenzi; José y Blanca Dramezin, cadete y corazón.



Rosario y Josefa Villaverde, paisanas; Ilda Vidal, mirasol; Nélida Iglesias, paisana argentina; Adolfo Vázquez, flit; Juan José Biaño, torero; Haydee Teresa Silveyra, muñeca Lenzi; Teresa Espósito, muñequita Lenzi; Jorge Fernández, cadete; Armando Espósito, gaucho; L. Gumia, jockey; J. Posdomenchs, aldeana; José Ferraro, negro.



Elena Wais, húngara; E. Vido, indio; J. Benenati, cadete; Maruca y Nelly Bernardo, manola y bailarina; N. Padin, manola; A. Navona, muñequita.

Carnaval 1934. Nuestros



Jorge Luis Brissolesi, diablo fantasía; María Angélica Moltrasio, fado; Zulema Fierro, glicina; Amelia Isolina Ramos, florista; Mercedes, Miguel Angel y Edith Margarita Amato Moreno, árabe, "cowboy" y muñeca Lenzi; Luisa Laurio, bersaglieri.



Chela Almozny, copo de nieve; María Gómez Gil, gallega; Azucena Cela, madama Dubarry; Emilia García, muñeca Lenzi; María Inés García, fantasía; Juan Carlos Pellegrini, Tom Mix; Olga Pellegrini, holandesa; Norberto Osvaldo Mathéu, maharajá; José María Pellegrini, Tom Mix; Juan Carlos Mathéu, ángel.



Perla Fernández, colombina fantasía; Norma Isabel Papandrea, andaluza; Sara Folgueira, guitarra española; María Teresa Guiusto, muñeca Lenzi; Esther Josefa Bouzas, aldeana española; Angelita Perelli, jockey; Oscar Mosquera, pelotaris.



María Fravilli y Nélida Capano, relámpago; Hortensia y Aída María, paisanas; María, Félix e Isabel Aracri, cruz roja, diablo y mucama; Oscar y Julio César de Allende, Tom Mix y mejicano.



Armando S. Dupuy, pantomima; Nélida Elsa Dupuy, muñeca Lenzi; Irma Esther y Cachito Caram, andaluza y pierrot; Blanca Azucena Uriña, madama Pompadour; Mario S. Amarante, payaso; Carlos Antonio Amarante, pierrot; María A. Amarante, fantasía; Rosita Bartolomé, dama antigua.



Nilda Moreno, fantasía; Rodolfo José Rodríguez, boxeador; Lidia Esther Colonnello, muñeca Lenzi; Horacio Fiorito, clown; Carmen Polanco, paisana; Angelita Castrillón, paisana; Esther Moreno, gitana; Juan Carlos Parra, diablo; María Elena Castrillón, hada de las estrellas.

pequeños visitantes



Horacio M. Gianello, jockey; Norma Haydee Berretti, marquesa; Carmen Lorenzo, dama porteña; Celia Alonso, dama porteña; Máximo Fernández, tonny; Silla Santamaría, cordobesa; Coca y Angela Rigoni, fantasía; Susana Adela Chevalier, holandesa.



Rubén Kasdaglis, Juan Manuel de Rosas; Héctor Kasdaglis, soldado de Santos Lugares 1840; Dorita Decoube, muñeca Lenzi; Marina Pomares, aldeana; María D. Alvarez, danzarina; J. Marini Bueno, dandi; A. Cabalausca, muñeca Lenzi; I. Carpinelli, rosa; Anita L. Sio, sultana; M. Sio, ruso.



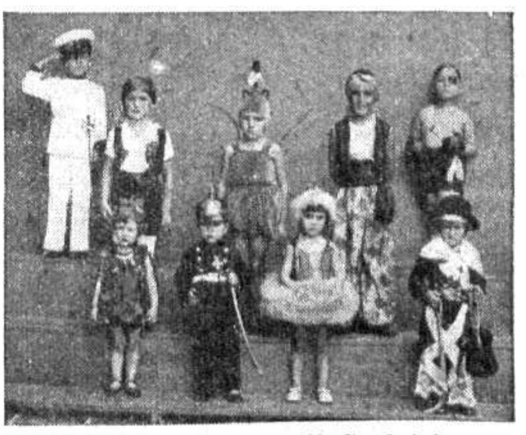
Josefina Adela y María Teresa Papaccio, hada del bosque y "poupée"; H. Cappelletti, cadete militar; N. Sincatti, castillo; A. Martínez, muñeca; C. García, Tom Mix; Carmen López muñeca.



Osvaldo Andrés y Edi Carmen García, paisano y paisana; Delia Teresita Sanmartín, mensajero del amor; Teresa Zuecca, muñequita Lenzi; Ernesto Elías, mejicano.



Marta Sara Georgini, bolsa de labor; Herbert Georgini, pícnic; María Esperanza Barbeito, muñequita Lenzi; María Esther Intriago, bailarina; Angélica Quián, gitana; Aurea Clelia Lera, marquesita; Héctor Quián, fantasía.



Rolando Dall'Armi, boxeador; Alfredito Lajud, cadete; Jorge Coasini, maharaja; Olga Alonso, araña; Norberto Alonso, gaucho; Raúl Iglesias, baturro; Amalia Gimeraus, cisne; José Alcántara, bombero; Olga Strepon, frutilla.

Carnaval 1934. Nuestros



Beatriz y Eduardo Lavigne Tramutola, fantasía antigua y payaso; Antonia y Rosa Barisani, muñequitas Lenzi; Juan Mario Marangoni, clown; Antonio Ruiz Alcaraz, Tom Mix; Susana Esther Mercuri, odalisca; Graciana Carolina Luciani, "cowboy"; Amanda Dora Airoldi, bandera; José María Hidalgo, gaucho; Olga Esther Yegros, muñequita.



Elena Marta Molinelli Dubarbier, maja; Antonio Turra, "cowboy"; Reynaldo Venarotti, mejicano; Teresa Ilda Otero, dama antigua; Aurelia Nelly Kney, muñequita Lenzi; Armando Cadorini, "cowboy"; María Esther Soria, muñequita Lenzi; Amelia Benítez, serpentina 1934; Susana Llados, muñequita Lenzi.



Olga Montaine, mariposa; Clotilde Ana, Héctor y Esther Castanera, pastora, holandesa, San Lorenzo y polvera; Haydee Mesorio, Doña Francisquita; Luisa Mesorio, muñeca Lenzi; Amelia Jair y Alfredito Mitre, "midinette" y jefe del desierto; Angela Berraute, bailarina; Carlitos Mallet, cocinero.



Teresa, Juancito y Josefa María Tesallo, Primavera, pescador y muñequita Lenzi; Victoria e Isabel Pérez, María Antonieta y torero; Julio César Benedetti, pierrot; E. Abal, muñequita; S. Domínguez, gitana; J. Bernachia, gitana; H. Mancino, bailarina; Adela y Rolando Galiano, molinera y presidente.



Sarita Ríos, muñequita Lenzi; Celia Esther Miranda, florista; M. José Sancho, vasco lechero; Nidia Elda Maisterrena, madama Pompadour; E. Canze, cosaco ruso; Enza Lammda, billiken; Enrique Bugnot, holandés; Engracia Irma Decker, gaucho; Erminia Mazzurco, muñequita Lenzi; Clotilde Farré, paisana.



Nélida Haydee Meliare, muñequita Lenzi; Félix y Catalina Quirós, pierrot y fantasía; Beatriz Jaricez, bailarina bataclana; Ada Beatriz y Oscar Enrique A'garra, Manuelita Rosas y mazorquero; Ilda y Elva Zarache Bitz, bailarinas; Lidia Sofía e Ilda Beatriz Bottigelli, la dama de los lunares y la eterna pregunta; Alfredo Vega, príncipe árabe.

pequeños visitantes



Adela Moñio, regalona; Antonio, Haydee, Yolanda y Nélida Herrera, turquito, Cupido, Arlequín y Arlequín; Elena Esther Bova, muñequita Lenzi; E. Chichita Tarquini, colombina; Delia Marta Pavía, mariposa; Osvaldo Cápula, pierrot.



Susana Facio, fantasía; Margarita Facio, fantasía; Alfredo y Sarita Pereira, fado y fantasía; Elma Asurabarrena, sirvientita de Manuelita Rosas; Beatriz, Teresita, Celia y Alberto Ramos, gitanas y jugador de Boca Juniors; Lidia Detto, esclava.



Juana Teresa Basso, fantasía; Pascual y Sarita Cerabolo, muñequita Lenzi y apache; Sarita Dueñas, fantasía turca; María Erminia Montaus, paisanita; Luz Divina Dávila, bailarina; Juan Carlos Ramé, Cupido; Enrique Ramé, Tom Mix; Alfredo, Roberto y Armando Pertossi, caja, payaso y gitana.



Kelita Levy, muñequita Lenzi; Clelia Leticia Rodríguez, muñeca Lenzi; *Roberto Antonio Pérez Cabrera, "groom"*; Catalina María Ventre Conte, muñequita Lenzi; Margarita R. Caballero, fantasía; Miguel Guevara Ordano, campeón de box; Alba Lucila Fresco, mariposa; Ana María Argerich, golf.



Carmen Vuela, muñequita Lenzi; Héctor Oscar Rivero, mascota del club San Lorenzo de Almagro; Enrique Gómez, baturro; María Angélica Depalma, muñequita Lenzi; Edelmira S. Palladino Cravena, dama antigua; Esther L. Tarride, "Pierrette"; Mechita Fernández Sarrocco, maja; Osvaldo y Mary Andrea Flores, baturro y gitana.



Titita Abrego, dama antigua; Amalia Haydee Interlandi, mirasol; Lydia Elsa Albión, marquesa; María Luisa Segura Vexina, muñequita; Gertrudis Yolanda Tirigai, fantasía; Carolina Véndola, muñequita Lenzi; Ema Alicia Gasti, fatima; Selva Esther Gasti, dama antigua; Marujita Arcuri, muñequita Lenzi.

Carnaval 1934. Nuestros



Esther Porto, pierrot; Haydee Bogosian, andaluza; Martha y Curt Rank, holandesa y dandi; Zulema Witteru, chárleston; Emma Vanquez, gitana española; Francisca Ferrantelli, marinero.



Chela de Paulo, pierrot fantasía; Félix Martínez, muchacho chino; Aniceto Gómez, torero; María Valentina de Paulo Martínez, muñequita Lenzi; Esther Cotini, holandesa; Eduardo y Rita Millán, cowboy y holandesa; Elsa del Cerro, abanico; Ana María Grisok, marquesa; Fernando Emilio Damón, chingolo; Carlos Jorge Damón, cocinero; Nora Luisa Salvemini, arlequín moderno.



Magtio Amayo, reloj; Esther Angélica Molina, gaucho; Martita Martínez, madame Pompadour; José Natalio Besana, holandés; Irma A. Gaitán, mucamita; Beatriz V. Senarega, mucamita; Juan S. Rossetti, comboy; Eda E. Rossetti, bailarina.



Leonor Garchetta, bailarina hawaiana; Concepción Casero, Hilda J. Medin y Catalina Quirós, muñequitas Lenzi y aldeana gallega; Amalia Levane Boga, dama 1890; Haydee Nelly Ortino, bataclana; Angelita Rosso Pres ia, reina del Oriente; Angelita Scarinsi, pirata; Elsa M. Madunich, holandesa.



Beatriz Oliva, gitana; Celia Vázquez, aldeana normanda; María Teresa Valte, hawaiana; Osvaldo Romani, aldeano ruso; María del Carmen Armiño, muñeca Lenzi; Victoria Olga Bruzzo, muñeca Lenzi; María Tirelli, gaucho; Lydia Beatriz de la Horra, dama antigua; Inge Donisck, caperucita roja; José Orquin, pierrot; Sara Elvira Lespet, fantasía andaluza.



Antonio Rodríguez, gaucho; Rosita Ramírez, muñeca; Alfredito Maciel, gaucho; Julia Rosa González, muñeca Lenzi, Cotita Rodríguez, muñeca rococó; Otto Bestercan, baturro aragonés; Norma Beatriz Colantti, campesino alemán; Esther Gago, dama antigua; Graziela Garillo Márquez, mil flores; Olinda M. Tortini, muñeca Lenzi.

pequeños visitantes



Oscar A. Elías Flores, turco; María M. y Dionisia I. Céspedes, pastora de Arcadia; Celia Rodríguez, bailarina húngara; Zulina Leonor Luraghi, manola; Teresa y Mario Scotta, el deporte y el vicio y príncipe hindú; Carlos A. Nardi, pierrot; Ernesta Castora Vega, bailarina; Roberto Oscar Palmer, boxeador; Albertito Dios, ratón Mickey; Adela Perromi, española; Norma A. Palmieri, marqués.



Oscar Rodríguez Gómez, cowboy; Erminda Muñiz, fado; María Elena Urien, muñequita; Daniel Osvaldo Valles, groom; Ricardo Domingo de Cesare, gaucho; Ricardo Molina, pierrot.



Virginia Rosaguta, bailarina rusa; Paquita Díaz Sánchez, margarita; Rosalía Emma Miranda, fado; Beatriz Matilde Traverso, crinolina; Matilde Ana Pallarés, fantasía; Elvira Pérez, paisanita; Dora y Cora Talurelli, dama porteña y bailarina; Rubén Alcántara, gaucho; Agustín Fernández, pierrot.



Lydia Rodríguez, muñequita Lenzi; Zulema Angela Morini, fantasía; José y Alberto Napolitano, pierrot y marqués; Elsa Torrasque, muñequita Lenzi; Aurelio y Argentina Meleo Cortés, húngaros orientales; Alba Melero Cortés y Oscar Rubén Cortés, manola y payaso.



Ricardo Merayo, pantomima; Miti Blanco, hawaiana; Dora Albergo, fantasía; Francisco S. Mancini, turco; María J. Mesurado, bailarina guayana; Nélida B. Mármol, punto de interrogación; Nelly Esther Penello, paisanita; María Elena Guangicoli, portuguesa; Beatriz Catalina Gretter, muñequita Lenzi; María Amelia Stuchi, imperio segundo.



Noralba Nelba Miranda, muñeca Lenzi; Tilde Martínez, manola; Eve Norma Luquez, hada de las estrellas; Pilar Corgo, fantasía; Haydee y Jesús Amor, marinero y expres; Horacio Deangelis, sargento Lorenzo (susodicho); Vicente Martino, angelito; Norma Antonia Caputo, mensajero del amor; Julio y Marta Abarca Viega, Dante Alighieri y hada de las estrellas.

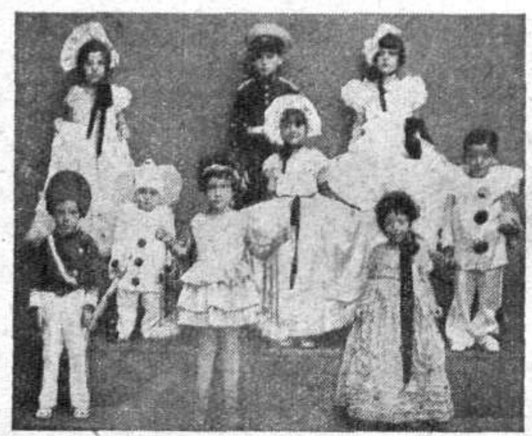
Carnaval 1934. Nuestros



Pedro Garzo, aldeano italiano; Catalina J. Infantino, colombina; Juanita Garzo, muñeca Lenzi; Homero Juan Cadelago Passicot, dandi; Blanca C. Romano, muñeca Lenzi; Nelly Elena Vicente, muñeca Lenzi; María y Catalina Garzo, muñequita Lenzi.



Julia Mirás, fantasía holandesa; Elena Mirás, fantasía holandesa; Huberto Monry, gaucho; Alicia y Luis Rábago, muñequita Lenzi y "cowboy"; María Teresa Gervasio, fantasía militar; Olga L. Lodi, florista; Julio Buonanotte Paganini, cowboy; E. Nelly Monroy, madrileña.



David Chiriquils, cadete militar; Héctor Manfredi, pierrot; Emilio Héctor Salvo, fantasía americana; Irma L. Congett, muñeca Lenzi; Irma L. Congett, muñeca Lenzi; Alberto Fernández, pierrot; Margarita C. Galindo, marquesita; Rosalinda Pomares, muñeca Lenzi; Inés Nery, muñeca Lenzi; Martita J. Bassanetti, "pomponette".



Lalita Ciruzzi, japonesa; Cholita Ciruzzi, muñeca; Chichi Ciruzzi, bailarina; Ricardito Ciruzzi, pato; Inés Lôpez, bailarina; Alba Passo, española; Dora Leonor Ginepro, sultana; Jorge Laforit, fantasía; Amelia D'Abbraccio, parra; Eduardo Balbuena, sargento Lorenzo; Antonio y Josefina Fuertes, pierrot y damita.



Angel Roberto Mosca Di Feo, jefe del desierto; Elba Milena Di Feo, escocesa; Elena Esther De Benedetti, fantasía; Paquita Margenat, húngara; Anita Estremé González, rosa; Sarita Scalia, española; Blanca Isabel Ferrer, pierrete elegante; Cristina Siciliani, bailarina.



Angelita Magro, colombina; Olga Alicia Cardoso, madama Pompadour; Esther Spandonari, italiano; José y Agustina Maseda, fado y rosa; Raquel Nelly Demarco, diablo rojo; Nilda Rosa Colombo, muñeca Lenzi; Sarita Azul, muñequita Lenzi.

pequeños visitantes



Carmen Balado, alsaciana; Erminia y Hortensia Gómez Doña Francisquita y gitana; Teodoro Bauzán, chárleston; Celia Bettor, palmolive; María Ana Rojas, manola; Delia Rivera, gitana; Jorge Steinman, compesino rumano; Billa Aloy Cruspan, fantasía de arlequín.



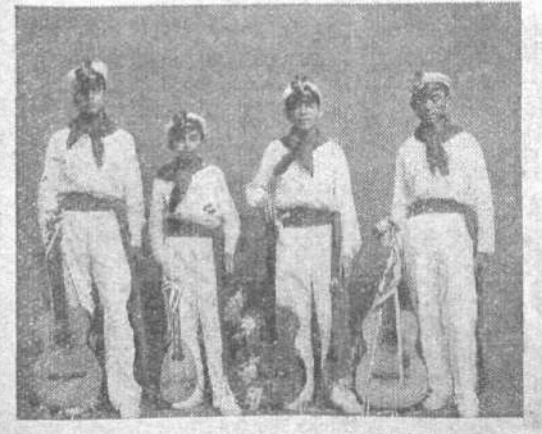
Nelly y Dina Dekono, Japonesas; Ludovina Clara Espinosa, pierrot; Raquel Julia Castoldi, fantasía; Carlos y María Gambin, Tarzán y gallega aldeana; Ebe Menéndez, asturiana; Angela García, andaluza; Isabel Pérez, andaluza; Susana Beatriz Domínguez López, muñequita Lenzi; Mara Cristina Terminello, muñequita Lenzi.



Juan Carlos San José y Adelina Elida Del Pane, gaucho y paisana; Célica Sara e Inés Clotilde Ferreyra, violetera y paisanita; Victoria y Humberto Rojas, holandesa y pescador.



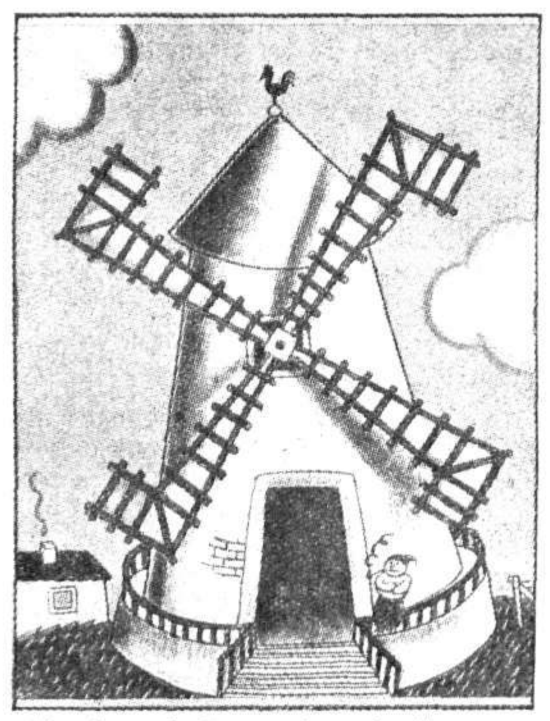
Nélida Marta Reyes, muñequita Lenzi; Sara y Alberto Pellejero, aldeana vasca y príncipe hindú; Julia Azcona, bailarina persa; Emilia F. y Juan José Nigro, muñequita Lenzi y holandés; Leonilde Strino, bataclana; J. Albertoli, muñequita Lenzi; L. Bertonasco, dama; María Bolzoni, molinera; I. Balcavado, crisantemos.



Interesante conjunto "Los Paraguayitos", integrado por los hermanos Higinio, Indalecio y Dimas Britos, y José Alvarez.



Julia Alarcón, Pastora Imperio; Blanca Biyeri, primavera; Eva Ilda y Jorge Julio Ginestet, muñeca Lenzi y comparsa; Delia Llagostera de Nardo, firmamento; Oscar Carmona y José Morán, piratas rojos; Elida Alba Chiaia, glicina.



El molinero alemán que quiere andar bien con su gobierno.

(De *Estampa*, Madrid)



EL VOTO FEMENINO EN ESPAÑA

—Yo, doña Milagritos, necesito antes saber por qué partido va a votar mi marido...
—Opino del mismo modo.
—...para votar yo por el contrario.

(De *Ahora*, Madrid)

LA CARICATURA POLITICA EN EL EXTRANJERO



—¡Pobre judío! ¿Viene de Alemania?
—¡No! Salgo del congreso sionista.

(De *Kladderadatsch*, Berlín)



—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Ya empieza a crecer!

(De *New York Times*)



LA NUEVA BABEL

—Pero ¿cómo quiere usted que se entiendan hablando sesenta y seis idiomas distintos?

(De *Le Rire*, París)



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

TELEFONOS: Unión Telefónica: Administración: 8080 (Rivadavia). Dirección: 8081 (Rivadavia). Sección Avisos: 8082 (Rivadavia). Talleres: 8083 (Rivadavia).

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL	EN EL INTERIOR	EN EL EXTERIOR
Trimestre . . . . . $ 2.50	Trimestre . . . . . $ 3—.	Trimestre . . . $ oro 2.—
Semestre . . . . . „ 5.—	Semestre . . . . . „ 6.—	Semestre . . . . „ „ 4.—
Año . . . . „ 9.—	Año . . . . „ 11.—	Año . . . . . . „ „ 8.—
Número suelto . . . 20 ctvs.	Número suelto . . . 25 ctvs.	
Número atrasado del corriente año . . 40 „	Número atrasado del corriente año . . 50 „	

Para Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, Estados Unidos de América, España, Ecuador, Filipinas, Honduras, Méjico, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año . . . . $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR







OLIVA CLASE BAU *(Aumentada 16 volumenes)*

Características Principales

Piel sana
Desarrollo perfecto
Tersura y tacto uniformes
} *Libre de vegetaciones y de parásitos*

FREIXAS & Cía

ETIQUETA ROJA (SECO) — *Ocho hermanos* — ETIQUETA AZUL (DULCE)

MARCA DE PRODUCCION INDUSTRIAL EN LOS SIGUIENTES PAISES: ARGENTINA [illegible] ESTADOS UNIDOS [illegible] FRANCIA [illegible] BRASIL [illegible] CANADA [illegible] BOLIVIA [illegible] ESPAÑA [illegible] COLOMBIA [illegible] CHILE [illegible] INGLATERRA [illegible] CUBA [illegible] ISLAS FILIPINAS [illegible] CHINA [illegible] PERU [illegible] ITALIA [illegible] JAPON [illegible] MEJICO [illegible] PARAGUAY [illegible] URUGUAY [illegible] VENEZUELA [illegible]



Talleres Gráfic
de Caras y Caret